CUADERNOS
HISPANOAMERICANOS

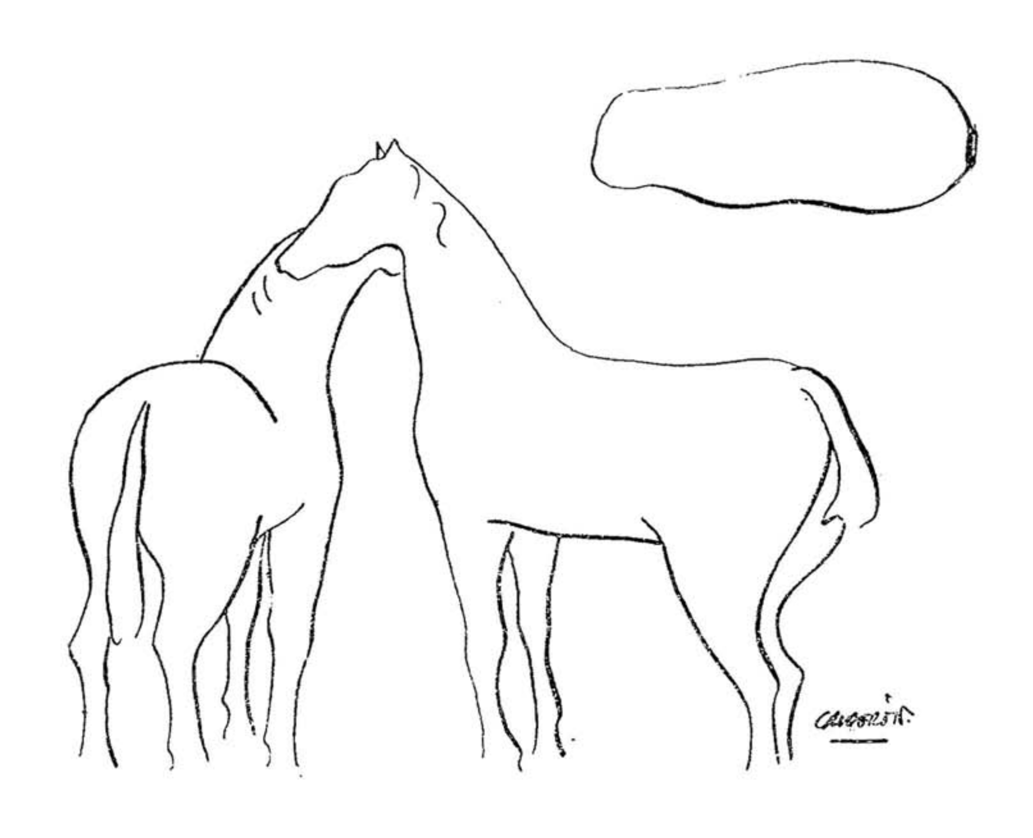
Z-1
Cuadernos Hispanoamericanos
[2ª colección]



MADRID 45
SEPTIEMBRE, 1953

INDICE

Portada del pintor español *Antonio Rodríguez Valdivieso.* Dibujos de *Aurelio Calderón* y *J. Hernández Pijuan.*—En páginas de color, crónica general del VII Curso de Problemas Contemporáneos, organizado por el Instituto de Cultura Hispánica en el Palacio de la Magdalena, de Santander.



BRUJULA DEL PENSAMIENTO

REFLEXIONES SOBRE LA LIRICA

EL LIBRO «COLECCIÓN», DEL POETA ANDALUZ MANUEL MORENO VILLA

(Primera versión)

POR

ANTONIO MACHADO

La primera composición del libro de Moreno Villa se titula *Modelos, las Montañas*, y es como sigue:

Así, como vosotras, en el mitin
de la naturaleza multiforme;
junto al valle de los almendros
y la fresca ladera
y el río y los jardines.
Así, como vosotras, en el mitin
de nubes y de soles,
sin adornos, sin cambios,
en sobriedad eterna
—un tanto arisca—lejos
y por encima de nuestros tejados.

En esta bella estrofa no pretende el poeta representarnos con palabras la imagen—líneas, colores—de las montañas ni la emoción que despierta en su ánimo la visión de las montañas. Lo sensorial y emotivo están ausentes, o lejos, de la estrofa. Las imágenes no tienen aquí un valor intuitivo, de objetos únicos que impresionan al poeta en un momento no menos singular; son imágenes genéricas que, en vez de acercarnos a las cosas, nos apartan de ellas para llevarnos a los conceptos. No todo—como ríos y nubes—es flúido en el paisaje. Ahí están los montes altos, quietos y firmes. Altura y lejanía, inmutabilidad y permanencia desea el poeta que, como las montañas, tengan sus creaciones.

En esta composición, donde el poeta se propone—acaso nos dicta—una norma estética, lo esencial es el esquema lógico. Esta composición no es lírica—la lírica empieza en la página siguiente—; pero aquí, como en todo el libro, se advierte la actitud vigilante del poeta. No es Moreno Villa, cier-

tamente, hombre que se abandone y entregue a su demonio interior ni ha de tentarle ese ilogismo sistemático, captado en las cerebraciones semicomatosas del sueño, con que algunos sedicentes novadores—¡bien rezagados, a fe mía!—pretenden asombrarnos. De tales peligros libra al poeta su capacidad de reflexión, su siempre despierta intelectualidad. Si algún peligro ha corrido, y aun puede correr, la lírica de Moreno Villa, es de índole contraria. Pero no adelantemos nuestros juicios, pretendiendo concluir sin apenas haber empezado.

Reparemos en lo bien que sienta a esta composición la ausencia de rima. Y en verdad que la rima hubiera sido aquí superflua, cuando no impertinente. La rima es uno de los medios que el poeta emplea para crear el tiempo ideal, mejor diré artificial, en que se da el poema. Porque los sonidos se repiten nos damos cuenta de que se suceden; porque se suceden los sentimos en el tiempo. Pero ¿para qué rimar un razonamiento? ¿Qué tiene que ver la lógica con el tiempo? El pensamiento lógico tiene, precisamente, la pretensión contraria de la rima y de todos los elementos rítmicos, temporales, del verso. Sólo él, en el fluir de nuestra conciencia, pretende siempre anclar y también, como veremos después, construir; pero, en todo caso, aspira a la intemporalidad. El más elemental buen gusto sentirá profunda antipatía por toda lógica rimada.

La segunda composición del libro dice así:

VOZ MADURA

Déjame tu caña verde.
Toma mi vara de granado.
¿No ves que el cielo está rojo
y amarillo el prado;
que las naranjas saben a rosas
y las rosas a cuerpo humano?
¡Déjame tu caña verde!
¡Toma mi vara de granado!

En esta bella estrofa hay, por lo menos, cuatro versos flúidos. Y digo cuatro, porque los dos primeros, repetidos al final entre admiraciones, acaso encierran, bajo forma de alegoría, una idea: la total del poema; no pertenecen a la zona emotiva del alma del poeta, y sólo pueden hablar a la inteligencia. Estarían, pues, fuera de todo suceder, de todo deve-

nir, en la región intemporal de la lógica (1). Y acaso podríamos señalar en Moreno Villa la tendencia a un equilibrio, cada día más logrado, entre los elementos conceptuales del verso y los intuitivos—los específicamente líricos—, imágenes en el tiempo, con que el poeta pretende expresar lo inmediato psíquico, su íntima historia sensorial y emotiva. Este cielo rojo y este prado amarillo nos sugieren momentos únicos del cielo y el prado y nos acercan a la intimidad del poeta que los intuye, alejándonos de las imágenes genéricas—cielo azul o prado verde—que tienen, o pueden tener, valor conceptual cuando pretenden ser, estéticamente al menos, definiciones del cielo y del prado. Y ¿qué diremos de esas naranjas que saben a rosas y de esas rosas, etc.? Pues que ya nada, o casi nada, tienen que ver con las naranjas y las rosas que nosotros pensamos en huertos y jardines, sino con una íntima y singular experiencia del poeta, que se nos invita a realizar.

Reparemos en que esta composición está rimada, y en asonante, rima trivialmente llamada imperfecta. La rima—*ce bijou d'un sou* de que hablaba Verlaine—no es—ya lo sabemos—un elemento esencial de la lírica. No lo es, porque puede prescindirse de ella. Pero siempre a condición de sustituirla por algún otro elemento rítmico que haga sus veces. Esto quiere decir que comparte con otros medios el ejercicio de una función esencial: poner la palabra en el tiempo, y no en el tiempo matemático, que es mero concepto abstracto, sino en el tiempo vital; darnos la emoción del tiempo. No es la rima—exactamente hablando—una repetición de sonidos. Lo que se da en cada momento de la rima es el encuentro de un sonido y el recuerdo de otro; elementos distintos y, acaso, heterogéneos, porque el uno pertenece al mundo de la sensación y el otro al del recuerdo. Con la rima estamos dentro y fuera de nosotros mismos. El artificio de la rima es una creación tardía, pero admirable, que sólo una grosera ignorancia puede desdeñar. Se dirá que la rima, por su carácter iterativo, constituye en la música del verso el esquema fónico perma-

(1) Los conceptos revestidos de imágenes no pierden un ápice de su valor conceptual, ni se acercan en absoluto a nuestra intimidad. Si algún día se estudia el barroco literario español—Góngora, Calderón, Quevedo—se verá que es, en su mayor parte, metaforismo conceptual, un *piétinement sur place* del alma española que retrocede ante las ideas, creando con conceptos, tópicos, definiciones dogmáticas, un laberinto donde circular y que, concomitantemente, ciega las fuentes de la emoción humana, esencialmente religiosa, para rendir culto a las emociones convencionales, políticas o eclesiásticas. Se comprenderá la carencia, en nuestra cultura, de una filosofía y de una lírica.

nente. Y esto es verdad a medias. En efecto: uno de los oficios de la rima es hacernos sentir, por contraste, el fluir de los sonidos que pasan para no repetirse. Pero la rima que, con relación a los elementos irreversibles del verso, acentúa su carácter de permanencia, no es por sí misma ni rígida, ni uniforme, ni permanente. Es un cauce, más que una corriente; pero un cauce que, a su vez, fluye. Complicando sensación y memoria, contribuye a crear la emoción temporal *sine qua non* del poema.

Moreno Villa acostumbra rimar y muestra cierta predilección por el asonante. El asonante—tan propio de nuestra métrica—tiene ciertas ventajas sobre la llamada rima perfecta. El culto a la dificultad de todo negro catedrático ha contribuído al mayor prestigio del consonante. Pero la dificultad no tiene, por sí misma, ningún valor estético. Difícil es, ciertamente, dar a una estrofa la estructura de soneto; no tanto, sin embargo, como romper un adoquín con los dientes. Entre las excelencias de la rima aconsonantada sólo los papanatas pueden incluir su dificultad. Tampoco he de señalar como excelencia del asonante su escaso artificio. La rima asonantada es una atenuación de la rima, que permite la repetición indefinida de las mismas vocales, acompañadas de diversas articulaciones. Cuando se la emplea, tal como cristaliza en nuestros romances, sin la bárbara y caótica mezcla de asonancias distintas y con la doble serie de versos libres y rimados, alcanza por sí misma un cierto encanto. Esa asonancia continuada—cuya monotonía es sólo aparente—contribuye en nuestro Romancero—épica rememorada—a acentuar el sentimiento del tiempo, porque en el EPOS castellano es, realmente, lírica. Como toda rima, no contiene el romance sino el repetido encuentro de un sonido con su imagen fónica, pero la iteración periódica de las mismas vocales va reforzando en la memoria la serie de fonemas pasados y nos da en cada momento de la rima una sensación nueva que se destaca sobre recuerdos de tonalidad y tensión distintas. Si la poesía es, como yo creo, palabra en el tiempo, su metro más adecuado es el romance, que canta y cuenta, que ahonda constantemente la perspectiva del pasado, poniendo en serie temporal hechos, ideas, imágenes, al paso que avanza, con su periódico martilleo, en el presente. Es una creación más o menos consciente de nuestra musa, que aparece como molde

adecuado al sentimiento de la historia y que, más tarde, será el mejor molde de lírica, de la historia emotiva de cada poeta. No es extraño que nuestra lírica llegase con Gustavo Adolfo Bécquer—único lírico de nuestro ochocientos—a una marcada predilección por el asonante y que después el archimélico Juan Ramón Jiménez nos diese tantos inolvidables romances sentimentales.

También en la lírica de Moreno Villa, este fino cantor malagueño, es la rima asonante un signo de honda significación. Por eso me he detenido—acaso más de la cuenta—en el examen de esta forma. En las composiciones más bellas de Moreno Villa, más claras de ambiente, más directas de forma y más emotivas suele aparecer la forma romanceada. Pero dejemos esto para adentrarnos algo más en la obra de Moreno Villa.

En los cuatro versos citados, como en otros muchos que pudiéramos citar, no emplea el poeta metáforas propiamente dichas, es decir, imágenes que pretendan representar a otras. En la intención del poeta las imágenes tienen aquí un valor directo, fluyen y se alcanzan, pero no llegan a trocarse o a sustituirse. Ni estas naranjas que saben a rosas, ni estas rosas que saben a cuerpo humano, tienen ni remotamente una significación metafísica, como pudiera deducirse de un grosero análisis. La metáfora no suele ser poesía, sino retórica; ahonda en el barroco literario, es decir, cuando el mundo intuitivo del poeta ha cedido su puesto a un mundo de conceptos. Se forman casi siempre entre imágenes pensadas, no intuídas, únicas que pueden tener un común esquema conceptual. Porque se ha confundido groseramente el empleo de las imágenes como expresión de lo inefable, de lo que no puede ser captado lógicamente, con el trasiego de las imágenes, fruto de un análisis conceptual, que es, precisamente, todo lo contrario, se mantiene un equívoco que conviene deshacer. Metaforismo y conceptismo suelen ir de la mano, son dos fenómenos concomitantes que expresan una esencial ruina del mundo intuitivo. ¿Quién leyendo a Quevedo o a Góngora culterano no verá claramente que la poesía—no ya la lírica—es algo definitivamente muerto? ¿Quién, que sepa leer a Calderón, nuestro gran barroco, no verá en él un punto final? Son, no obstante, los tres grandes maestros de la metáfora. Y estos tres robustísimos ingenios—digámoslo de

paso—representan no solamente el agotamiento lírico de la raza, sino el *piétinement sur place* de su pensamiento lógico, que retrocede ante las ideas y se encierra en un laberinto de conceptos, de tópicos, de definiciones. Son tres escolásticos rezagados, tres barrocos, en quienes las imágenes, no solamente suelen estar vacías de intuiciones, sino que se emplean para enturbiar conceptos y disfrazar la estéril superfluidad del pensamiento (2).

He intentado—dice Moreno Villa, hablando de su propia lírica—*decir lo más posible del modo más directo y más sencillo. Poesía desnuda y francamente humana he querido hacer.* Y este propósito persiste—en efecto—a través de toda su obra. Y es esta sencillez de forma y este anhelo de expresión directa lo que hace aparentemente oscuras muchas de las composiciones de este y de otros poetas. No es extraño. Se entiende generalmente por claridad aquello que creemos comprender sin esfuerzo, aunque a veces sea, en realidad, lo incomprensible y aun lo absurdo. Pero lo que creemos comprender sin esfuerzo es siempre lo que no pensamos, el correcto esquema lógico entre nociones definidas, definiciones que aceptamos como verdaderas, séanlo o no. Nuestra actividad mental descansa siempre que no traspasa las fronteras de lo convenido, de lo aceptado por autoridad, por rutina o, acaso también, por una experiencia propia ya realizada. Este ahorro de nuestra actividad psíquica es el que agradecemos con el nombre de claridad, aplicado al pensamiento ajeno. Es casi siempre un simulacro de pensamiento, no un pensamiento real, lo que más satisface las exigencias lógicas del vulgo. Esto lo saben muy bien todos nuestros oradores políticos y no pocos de nuestros autores dramáticos. Y son siempre las formas retóricas, indirectas, de artificio, envueltas en metaforismo conceptual, las que encierran los tópicos que diputamos claros, y que son, en realidad, la oscuridad—la vaciedad—misma. Sólo un pensar ficticio gusta del disfraz y huye del desnudo. Pero un pensamiento vivo, real, porque no respeta los límites de lo definido, aunque aspire a definir, y porque emplea la expresión adecuada, directa, la inmediata, si posible pura, tan ajena a nuestros hábitos mentales, es por ello mismo tachado de oscuro. Así nos venga-

(2) No ignoramos cuánto—al margen de su perversidad—hay de excelente en los tres ingenios citados; pero no es ésta la ocasión de hablar de ello.

mos del doloroso esfuerzo con que vencimos nuestra inercia mental.

Oscuro para que atiendan;
claro como el agua, claro
para que nadie comprenda.

Así decía José Luis Fuentes, poeta sanluqueño, místico y borracho, muerto en Cádiz hacia finales del pasado siglo (3).

* * *

Poesía desnuda y francamente humana—dice Moreno Villa—*he querido hacer.* Sin embargo, se equivocará quien piense que es Moreno Villa un cantor ingenuo y tan seguro de su estética como de estas palabras pudiera deducirse. Porque no en vano Moreno Villa aparece en el mundo de la lírica en los momentos, esencialmente afónicos, en que la lírica es para muchos—y no los peores—un problema y para pocos un oficio que se ejerce, confiadamente, bajo normas seguras. La preocupación estética, una reflexión sobre su propio canto, en detrimento, aunque no grave, de su canto mismo, acompaña a la obra de Moreno Villa.

Yo no sé, en verdad, lo que entiende Moreno Villa por poesía francamente humana, ni si, puesto a definirlo, le sería fácil hacerlo. El concepto de lo humano no se formó de una vez para siempre, sino que cambia con la fe de cada tiempo, con la metafísica, más o menos consciente, que expresa nuestras creencias últimas. Los simbolistas—poetas de antes de ayer—, en cuanto mostraron un cierto acuerdo consigo mis-

(3) José Luis Fuentes: un poeta complementario más de Antonio Machado, por cierto no incluído entre los componentes del *Cancionero Apócrifo* ("Los complementarios", vol. I, fols. 105-109 v.; 111 v.-113; 124 v.-125). Este *Cancionero*, que Machado subtitula "Doce poetas que pudieron existir" (folio 115 v.), y que sumados resultan algunos más, son los siguientes: Jorge Menéndez, Víctor Acucroni, José María Torres, Manuel Cifuentes Fandanguillo, Antonio Machado, Abraham Macabeo de la Torre, Lope Robledo, Tiburcio Rodriálvarez, Pedro Carranza, Abel Infanzón, Andrés Santallana, José Mantecón de Palacio, Froilán Meneses, Adrián Macizo y Manuel Espejo. En total, contando con José Luis Fuentes, suman dieciséis, que, unidos a los primeros y prototípicos complementarios Abel Martín y Juan de Mairena, encuadran un ejército apócrifo de dieciocho poetas que complementan al gran don Antonio. Y para evitar seguros equívocos, puntualizamos aquí la nota biográfica del apócrifo Antonio Machado, redactada de puño y letra por su creador. Dice así: *Antonio Machado. Nació en Sevilla en 1895. Fué profesor en Soria, Baeza, Segovia y Teruel. Murió en Huesca en fecha todavía no precisada. Alguien lo ha confundido con el célebre poeta del mismo nombre, autor de "Soledades", "Campos de Castilla", etc.* ("Los complementarios", vol. I, fol. 107). [NOTA DE LA REDACCIÓN.]

mos, una relativa congruencia entre sus poemas y sus propósitos confesados, dejaban ver claramente cuáles eran esta fe, estas creencias últimas, esta metafísica que estaba en el fondo de su lírica. Su concepto de lo humano hubiera sido fácil de formular. Hombres de la segunda mitad del ochocientos, llevaban muy acusado el acento del siglo que fué, en parte, acaso en lo específicamente suyo, un siglo hondamente irracionalista (4). Hubiera definido al hombre como un ser sensible, volente, sentimental, ciegamente dinámico o esencialmente absurdo.

Un cambio de clima espiritual—que tendría su equivalencia física en un nuevo período tórrido o glacial—se da en Europa cuando la fe de nuestros abuelos, que los llevó al culto de la diosa razón, se trocó en la fe, no menos arbitraria, en la esencial acefalía del mundo. Yo no sé si alguien ha señalado, con suficiente insistencia, la importancia que tiene como signo acusador de este hondo cambio: la metafísica de Schopenhauer, el humor de Nietzsche y tantas ingentes manifestaciones de una fe agnóstica que va poco a poco madurando el dogma del siglo, señalado por Goethe con la anticipación vidente propia del genio. No es la posición egocéntrica —un alma es siempre centro—, sino la posición espectacular, teórica, de visión a distancia, la que el hombre cree haber perdido para siempre. La inteligencia mera (?) y tardía, acaso superfluo accidente vital, carece ya de toda dignidad teórica. Nada puede intuir; no tiene ojos. Los ojos, bien mirado, no están ya en ninguna parte. El hombre del ochocientos pide a la música—Wagner—un consuelo del total apagón de su mundo leibniziano, que tenía los ojos en todas partes. Florece un arte de ciegos músicos. La pintura misma, el impresionismo, es arte de ojos que no ven y pretenden palpar la luz. La lírica apela también a las potencias oscuras, a las raíces más soterrañas del ser, donde ya no está la razón, sino la ciega voluntad cósmica. El simbolismo declara guerra a lo inteligible y pretende una expresión directa de lo inmediato psíquico, para lo cual, según ellos, no sirve la palabra sino empleada como símbolo. En efecto: si la palabra es producto de objetividad, de convención entre sujetos, moneda

(4) Digo hondamente, porque en lo superficial, formado siempre de reminiscencias del pensamiento muerto, en la política, por ejemplo, era muy otra cosa.

corriente para uso de todos, será preciso borrarle el valor que tiene en el comercio humano, su significación léxica, si ha de expresar el hondo monólogo de cada espíritu. Borrado el cuño a la moneda, sólo queda el metal. El metal de la palabra es el sonido. *Parler n'a trait à la realité des choses*—dice Mallarmé—*que commercialement;* y Verlaine: *de la musique avant toute chose.* Ambas sentencias, que hoy empiezan a parecernos blasfemias, encierran el mismo concepto. Claro es que Verlaine es un poeta que—a pesar de su estética—logra una expresión integral de un mundo emotivo; y Mallarmé, un teorizante que no siempre consigue una realización poética. Pero el culto a lo irracional, que hace al uno blandamente caótico, y al otro deliberadamente enigmático, es común a ambos.

Los dos tienen tras sí la metafísica de su siglo; contribuyen, con más o menos conciencia, a la ingente labor de un siglo que ha puesto al sol las raíces del ente de razón cartesiano. Lo humano era entonces—¿lo recuerda Moreno Villa?—el caos sensible, lo inconmensurable con el lenguaje, el puro fluir de una conciencia individual horra, si posible fuera, de toda estructuración lógica. Se buscaba una expresión de lo vivo; era, por definición, lo que necesariamente había de escapar y escurrirse entre las más tupidas redes de la lógica. Se elaboraba por entonces—si bien todavía en el silencio del filósofo—la filosofía bergsoniana, donde la inteligencia, incapaz de pensar lo vital, era definida como la facultad pragmática de pensar la materia inerte, donde inteligencia y materialidad eran dos hermanas gemelas nacidas en el ODOS KATO del fuego heraclitano. *Des reçu: de l'absolu.* Con estas palabras se predicaba ya a convencidos. Muchos que no habíamos leído a Bergson, bergsonizamos por cuenta propia, hace ya más de veinticinco años.

Mas ¿qué será una poesía francamente humana en estos días en que Moreno Villa nos ofrece su bello ramo de claveles líricos? Ortega y Gasset nos hablaba—no hace mucho—de una deshumanización del arte. Con ello no pretendía—como algunos pensaron—dictarnos una norma estética, sino señalar un hecho. Y en efecto, si no una deshumanización, al menos una rápida desintegración de modalidades estéticas, reveladora de un cambio muy hondo de sentimentalidad, caracteriza al arte actual. Es lo humano, tal como era pensado y sentido

por el ochocientos, lo que está en crisis. Si nos limitamos al arte de la palabra, los propósitos—¿quién no pretende hoy definir antes de realizar?—más parecen adscritos a lo viejo que a lo nuevo. No olvidemos que son los rezagados del ochocientos, en pugna con los pocos que empiezan a superarlo, los que más pretenden de novadores y adoptan los motes y denominaciones más extraños. En opinión de muchos, son éstos los que representan lo nuevo. Así, por ejemplo, el culto a lo inconsciente, tan esencialmente ochocentista, parece tener hoy más devotos y oficiantes que nunca. Son éstos, a mi juicio, los más rezagados. Pero aun en estos mismos se inicia el nuevo cambio de clima espiritual. Ellos convierten en temas de reflexión y análisis los que fueron ayer temas cordiales, de fe, de honda creencia. Hoy alcanzan una expresión conceptual que ayer no tuvieron; pero las realizaciones artísticas, que responden a esta estética de lo inconsciente, son frías y desdichadas baratijas de bazar. Heine definía su corazón como un mar en cuyo fondo había bellas perlas. Las bellas perlas que ayer buscábamos, buceando en nuestros corazones, hoy se fabrican, y, por cierto, baratas. Y es que el hombre del primer cuarto del siglo XX parece—en cuanto alcanza directa e indirectamente a expresarse—haber perdido en parte la fe agnóstica—sin que esto suponga haber recobrado la fe racionalista—; poco espera y poco pide a las potencias oscuras, a las raíces soterrañas del ser; no cree demasiado, aunque aparente creer, en la elementalidad creadora, en la fecunda opacidad del mundo. El hombre del ochocientos, que fué—todavía—a la guerra europea ebrio de turbia metafísica, llevando a Zaratustra en la mochila y su propia definición en términos de ciego dinamismo, paréceme que ha cerrado su KARMA. El hombre actual—no el de mis tiempos, sino el de los tiempos de Moreno Villa—dista mucho de aquél. Es pronto, a mi juicio, para que podamos pedirle una definición. Yo he creído, sin embargo, leer este lema en sus banderas, más de concordia que de combate: ANTES QUE NADA, VER (5).

(5) Yo no pretendo augurar lo que sean en lo por venir los movimientos sociales y políticos. Puesto a ello, les señalaría un sentido contrario, el de una continuación de la muerta ideología ochocentista, algo así como el triunfo del hombre pragmático en mangas de camisa, consagrado el *sport* y al negocio. Cuando las ideas del ochocentista se conviertan en piedras arrojadizas, pasarán al dominio de las masas, y aparecerán como tópicos oratorios y programas políticos. Me refiero siempre a la minoría pensadora que representa la honda conciencia de todos.

Esta vuelta del hombre actual—unas cuantas conciencias—a la posición teórica, de visión a distancia, contemplativa, espectacular, mientras las masas, que nunca representan lo actual, sino la ideología muerta, puede seguir el camino contrario. Hasta pudiera ser—sin que yo lo afirme—hostil a la lírica. No todos los tiempos son cantores. Pero en la lírica—menguada o floreciente—se acusará de algún modo la nueva fe. Y es esto, en verdad, lo que pasa. Quien lea, por ejemplo, a los dos poetas franceses actuales—Valéry y Romain—no comprenderá de ellos una palabra si no repara en que el primero es un hombre para quien la inteligencia—suprema actividad vidente—es el yo; y en que el segundo es un racionalista, quiero decir, un creyente en la superindividualidad del sujeto, en la multiplicidad de sujetos de común estructura espiritual. Estas posiciones—no opuestas, sino complementarias—anuncian ya un renacimiento del hombre cuyo pensamiento se define como una facultad de relación directa con lo real. Este hombre clásico, para quien el objeto está donde se le ve, y el sujeto allí donde ve, distará tanto del absolutismo racionalista de nuestros abuelos como del absolutismo agnóstico de nuestros padres.

* * *

Entre los nuevos poetas españoles—muchos hay de mérito incuestionable—Moreno Villa ocupa una posición firme, que merece ser señalada. Es un poeta de su tiempo que no parece interesarse por las modas literarias de su tiempo. Se engañará, sin embargo, quien piense que las ignora. Pero Moreno Villa sabe que los programas literarios son casi siempre desorientadores, si se los interpreta literalmente. No son, como muchos creen, supercherías o ficciones de hombres que buscan notoriedad por caminos deshonestos, pero suelen responder a visiones unilaterales, incompletas y apresuradas de los problemas que en la esfera del arte se plantea el hombre de cada tiempo. Su valor es grande; pero sólo documental, más hondo que él. Sólo un fetichismo literario puede tomar como revelaciones de una nueva estética proclamas y manifiestos en que se pretende la total abolición de la tradición artística y la generación espontánea de un arte nuevo. En los círculos caóticos y bullangueros en que

todos aspiran a la novedad, puede asegurarse que nada nuevo se produce todavía. Pero es allí donde lo viejo ha entrado en un rápido proceso de desintegración. Saber esto conviene a quien aspire a descubrir en sí mismo y en torno la humilde palpitación de lo nuevo, en medio de los estrepitosos ruidos de lo inerte.

Se buscará en vano, leyendo a Moreno Villa, la novedad escandalosa, lo que el vulgo literario entiende por literatura de vanguardia. Y es que Moreno Villa ha sabido resistir a la corriente negativa de su tiempo. Ni siquiera ha perdido la fe en la importancia de su arte. (Hace bien. La lírica es una expresión integral del hombre en cada tiempo. Podrá existir o no, mas nunca ser una actividad subalterna.) Sin embargo, tampoco encontraremos en él el entusiasmo y la autoloa de los creyentes en la infalible divinidad de su misión. De su tiempo dista mucho el entusiasmo. Aun no ha cuajado la nueva sentimentalidad, mientras la vieja rápidamente se arruina. Mientras tanto, el hombre—no ya el poeta—vacila, y harto hace con no seguir el ODOS KATO de su tiempo. Por el camino de los que se van, en toda época de transición, hay un hombre que dice, con Moreno Villa —y no le tomemos en cuenta esta blasfemia sino como signo negativo de su tiempo—: *Comencé a cobrar asco por el egocentrismo, la confesión, el* CORAZÓN *y la tristeza infinita.* Un hombre que, en realidad, no sabe lo que siente, un corazón desorientado, es decir, que busca nuevo oriente. Este hombre, que apenas tiene con Moreno Villa un mínimo parentesco, y en quien se acentúa el mal del siglo—el mal de todo siglo es siempre un siglo anterior—, tampoco viene inútil y superfluamente al mundo de las letras. Puede ser un juglar y un bufón para intermedios líricos. Parte de una desvalorización de su mundo emotivo y cae necesariamente en el fetichismo de las cosas. Sus imágenes, que no pretenden expresar su íntimo sentir, puesto que él mismo lo desestima, aspiran a ser transubjetivas, tener el valor de cosas. Y si a este hecho de la desvalorización de lo interno acompaña alguna reflexión, el poeta comprende que, concomitantemente, el mundo de las cosas se ha desvalorizado también, porque eran esos mismos sentimientos, ausentes o apagados, los que prestaban toda su magia al mundo externo. Las cosas se materializan, se dispersan, se emancipan del

lazo cordial que antes las domeñaba, y ahora parecen invadir y acorralar el alma del poeta, perderle el respeto, reírsele en las barbas. En medio de su imaginería de bazar, el poeta siente su íntimo fracaso y, en consecuencia, tampoco prestará a sus creaciones otro valor que el de juguetes mecánicos, buenos, cuando más, para curar el tedio infantil.

Fols. 191-206 de "Los Complementarios".



MEDITERRANEO Y MUNDO HISPANICO

POR

ANGEL ALVAREZ DE MIRANDA

En el *Fedón*, que es, sin duda, el más hermoso y profundo de los *Diálogos* de Platón, encontramos una extraña metáfora aplicada a los pueblos del Mediterráneo: *Los que habitamos entre Fasos y las Columnas de Hércules*—son sus palabras textuales—, *vivimos encerrados dentro de la estrecha barrera mediterránea, como las hormigas o las ranas alrededor de un estanque.* En esta expresión no se ve la sublimidad ni la grandeza del tipo platónico.

¿Por qué utiliza Platón estas imágenes? Nadie dirá que aquí el filósofo-poeta había idealizado precisamente nuestra condición geográfica e histórica. Sin embargo, Platón conocía bien su propio mar: lo había visto con aquella visión concreta e intensidad vital que sólo entre los antiguos, y sobre todo entre los griegos, vivificaba el contacto de los hombres con las cosas. Se le antojaba pequeño, demasiado pequeño. Los viajes de los que, como él, se dirigían del Pireo al Nilo y de Corinto a Sicilia no eran para él más que saltos de ranas. Ahora bien: en su visión de la humanidad mediterránea está caracterizada la vida en el Mediterráneo desde el período neolítico hasta el comienzo de la Edad Moderna: una sucesión constante y uniforme de emigraciones y supremacías, de colonizaciones y piraterías. El ir y venir de los hombres mediterráneos a lo largo de las costas de este mar justifica la doble metáfora platónica: un hormiguear incansable y milenario, una vida fatalmente anfibia.

Pero lo sorprendente, a mi juicio, no es el hecho de que al mundo mediterráneo se le considerara demasiado reducido ya en aquellos tiempos remotos, sino el de que les pareciera estrecho cuando aquél era el único mundo conocido, cuando se vivía en él como en la única tierra habitada. Hace cinco siglos que nosotros conocemos otros continentes y otros mares, y sabemos que el mundo mediterráneo es pequeño *porque* sólo es parte de un todo. Los antiguos como Platón lo encontraban pequeño *a pesar* de que no lo veían como una parte, sino que lo consideraban, en cierto modo, como el todo.

¿Qué significa esto? En el espíritu del hombre antiguo existió, en los momentos de más felices intuiciones, como en el caso de Platón, un ansia o—mejor aún—una necesidad de dilatar los límites del mundo mediterráneo, de ensancharlo más y más. De aquí que desde la Edad Antigua se haya venido acusando la rebeldía del espacio excesivamente estrecho de la vida mediterránea. En esta sed de espacio, más que en el conocimiento positivo y exacto de las tierras, hay que buscar el fundamento psicológico del mito de la Atlántida. La más secreta y urgente necesidad del mundo mediterráneo puede sintetizarse en un ardiente sueño de expansión.

Desde las expediciones marítimas de los fenicios hasta la evasión de Marco Polo a Oriente, desde el periplo de Annón hasta el Descubrimiento de América, la historia del Mediterráneo es la historia de una provincia que se siente recluída y con una población desbordante. Es, por lo mismo, la historia de un ininterrumpido forcejeo interno por la conquista de una supremacía. Desde la Edad Antigua hasta finales de la Edad Media, Creta, Grecia, Cartago, Roma, Italia y España se han ido sucediendo en la posesión de la soberanía del Mediterráneo. Más tarde, la lucha se centrará en la rivalidad de dos bloques supranacionales espiritualmente irreconciliables: islamismo y cristianismo. Y, sin embargo, es en este momento cuando se produce el hecho más importante de la Historia: la aparición de un nuevo mundo, el cumplimiento del vaticinio formulado por toda la antigüedad a través de mitos, profecías e ilusiones.

El mar Mediterráneo no es ya el estanque del que Platón habla con tristeza, sino un golfo del Océano Unico. El organismo de las antiguas hormigas y ranas experimenta, fatalmente, una metamorfosis biológica que las capacita para más largas emigraciones, que las hace ciudadanas de un mundo más dilatado y más adecuado. El hombre mediterráneo ya no será en el mundo una fauna cantonal: su "medio vital" se extiende sobre todo hacia el Oeste, hacia el Atlántico. Más allá de las Columnas de Hércules existen hoy veinte naciones descendientes de una estirpe mediterránea—la hispánica—, que hablan una lengua mediterránea—la española—, que constituyen una unidad cultural profundamente diferenciada de la del resto de América. Si de verdad creemos que el concepto de "Mediterráneo" encierra un contenido espiritual, es decir, superior al espacio físico, no queda más remedio que tener en cuenta esta realidad. Si la expresión "unidad mediterránea" encierra algo más que un sentido económico y geopolítico, esta unidad tendrá que estar sostenida por los lazos reales de raza, cultura e ideales, que

hacen que la mitad del nuevo mundo, y sólo ella, sea una prolongación viva de nuestro mundo mediterráneo. ¿Se ha meditado a fondo en estas realidades? Es ilógico hablar de "influencia" del mundo mediterráneo en Sudamérica, puesto que no se trata de influencias exteriores, sino de esencias íntimas constitutivas, trasplantadas allí para siempre por obra de España. No somos los españoles los únicos en decirlo; lo afirman también, y acaso con más insistencia que nosotros, los más ilustres representantes del pensamiento americano. Desde el momento en que el mundo hispanoamericano comienza a tener conciencia de sí mismo, comienza también a tener conciencia del vínculo de sangre, que lo une con el mundo mediterráneo a través de España. Rubén Darío, el primer poeta de América, eligió por esta razón como morada propia la isla de Mallorca, donde escribió estas palabras:

Aquí, junto al mar latino,
digo la verdad:
Siento en roca, aceite y vino
yo mi antigüedad.

El humanista y filólogo más prestigioso de Sudamérica, Pedro Henríquez Ureña, afirma que la fisonomía cutural de aquellos pueblos viene a ser como una prolongación del mundo neolatino con la incorporación del elemento telúrico e indígena, y hasta prevé el trasplante espiritual de todo el mundo español en América. El mejicano José Vasconcelos, considerado unánimemente, dentro y fuera de América, como el primer filósofo de la América Hispana, llegó a afirmar que si a los pueblos americanos se los despoja de su medula hispánica y cristiana, quedarán reducidos a "parias del espíritu".

El sutil pensador centroamericano Pablo Antonio Cuadra ha sintetizado su pensamiento en esta frase: *América comienza en los Pirineos.* Y el argentino Mario Amadeo decía: *Nosotros, los herederos de España y de Roma, estamos apostados en el último confín del mundo actual para vigilar sobre el flanco de Europa, y nuestra misión consiste en reproducir la imagen familiar de nuestra estirpe.*

El más alto exponente del pensamiento filosófico peruano de hoy, Wágner de Reyna, resume en estas palabras toda la esencia radicalmente mediterránea del mundo iberoamericano: *Cuanto más nos alejemos de la tradición helénica e iberocristiana, tanto menos universal será nuestra cultura y tanto menor será su dignidad y su nobleza. España y América deben realizar en sí mismas*

el hispanismo, que es la síntesis de las civilizaciones helénica y romana.

Y frente a un sector del pensamiento americano que pretende exaltar, como primordiales y auténticos, los valores indígenas precolombinos anteponiéndolos a la herencia occidental, los representantes del pensamiento que acabamos de reseñar, tachados de "hispanofilia" por los indigenistas, ponen de relieve que la fidelidad a los valores espirituales de su raza no es una "hispanofilia", sino una antecedente filiación hispánica; es decir, no una actitud, sino un vínculo objetivo natural al que no pueden renunciar.

Podríamos aducir muchos más testimonios de otros tantos representantes del pensamiento hispanoamericano, como Carlos Pereyra o Rómulo Carbia, Vicente Sierra o Carlos Ibarguren, y tantos otros. Cualquiera que conozca un poco el panorama espiritual de la América Hispana, sabe que no es difícil multiplicar alegatos de esta índole.

¿Es posible inferir de todos estos hechos alguna conclusión que tenga relación directa con el mundo mediterráneo? Evidentemente. Dentro de la unidad del mundo mediterráneo existe una múltiple variedad. Geográficamente, España es una de las naciones de más prometedoras posibilidades; e históricamente es una de las que más han intervenido en la marcha de los acontecimientos del Mediterráneo en todos los tiempos; pero, desde el punto de vista específicamente cultural, existe una esfera hispánica que, informada totalmente por esencias de origen y de estilo mediterráneos, constituye una vastísima unidad, comparable a la unidad religiosa y lingüística del mundo árabe, que es ubérrima en creaciones espirituales de carácter universal, y que, proyectándose sobre un nuevo continente y con una lengua viva hablada por ciento cuarenta millones de hombres, ofrece posibilidades prácticamente ilimitadas para un futuro grandioso.

Nos parece lógico insistir precisamente en el futuro; pero para quienes prefieren hablar del Mediterráneo en sentido retrospectivo, de historia pasada, el mundo cultural hispánico ofrece también un campo extraordinariamente fecundo y complejo. Además de la aportación propiamente española a la cultura de los pueblos mediterráneos, no hay que olvidar que, históricamente, la cultura árabe tiene en España uno de sus solares más gloriosos: desde el Califato de Córdoba hasta los reinos medievales de Sevilla y Granada, desde Al-Gazel a Averroes, la cultura medieval hispanoárabe constituye quizá el momento más fecundo de la historia espiritual del Islam, y precisamente a través de España, mediante la Escuela

de Traductores de Toledo, el mundo intelectual árabe, cuyo hogar más vivo ha sido español durante largos siglos, se extendió por la Europa medieval de Santo Tomás y del Dante. Tanto es así, que puede afirmarse con toda exactitud que la más importante convivencia cultural lograda entre los dos grandes mundos mediterráneos—el cristiano y el árabe—ha sido la que tuvo su expresión en la cultura hispanoárabe.

Podríamos—y tal vez debiéramos—extendernos en el análisis de toda la empresa histórica española, desde la Edad de Bronce, pasando por la Contrarreforma, hasta nuestros días, hasta nuestra guerra civil, como una contribución, frecuentemente heroica, puesta al servicio de la civilización mediterránea.

Todo lo que acabamos de decir pone de manifiesto la especial función cultural que, ayer como hoy, ha tenido el mundo hispánico en el ámbito mediterráneo: función de proyección y de expansión; si hasta en la antigüedad pudieron parecer demasiado estrechos los límites materiales del Mediterráneo, preciso es reconocer que su dilatación geográfica y espiritual ha sido, y puede continuar siendo, misión especialmente propia del mundo hispánico.

En la comunidad cultural de todos los pueblos del Mediterráneo, España ha sido y es como aquellos atletas que recorrían la Hélade empuñando las antorchas olímpicas: España, llevando la luz espiritual mediterránea hasta los más remotos confines del mundo.

Angel Alvarez de Miranda.
Director del Instituto de Lengua y de Literatura.
Via della Rotonda, 23.
ROMA (Italia).

NOTAS PARCIALES SOBRE ARNICHES

POR

FELIX ROS

El dramaturgo es un psicólogo de urgencia. Quizá en teoría, otros géneros literarios superen al Teatro en complejidad; prácticamente, no. Por lo menos, en España. Anótese: el autor de Teatro debe enfrentarse con numerosos escollos que podríamos llamar previos, cara al "ser o no ser". Para catalogarlos hay que cultivar, como el que suscribe, diversas ramas de la Literatura. Puede que a todo novel le resulte difícil: *a*) llegar hasta un editor; *b*) convencerle de que lea su obra; *c*) que se la edite; *d*) que se la pague adecuadamente; *e*) que la anuncie y la distribuya como sería menester; *f*) que—independientemente de aquel patrocinio—al ciudadano de la calle le dé por adquirirla. Puede, concedo, que resulte difícil; pero mil veces más, y me quedo corto, es que cualquier empresario, actor, cabecera de cartel o director escénico a secas: *a*) le reciba; *b*) acepte leerle una producción; *c*) lea el primer acto; *d*) siga leyendo; *e*) vuelva a recibirle; *f*) deje de excusarse, diciendo que la comedia es demasiado atrevida, o que "no le va", o que lo que necesita son cosas ligeras y graciosas, como las de Tejedor; *g*) aceptando estrenarla, no disuelva al mes la Compañía; *h*) aceptando estrenarla y sin disolver, la estrene; *i*) la estrene sin pedir dinero o sin cobrar sólidos porcentajes en la Sociedad de Autores; *j*) lo efectúe en el momento adecuado, presentando la obra como merece, sin cambiar frases ni acortar papeles a favor todos de uno, con reparto, lógico, etc.; *k*) vencidos todos cuyos obstáculos, deberán: no equivocarse ni el traspunte ni el último partiquino, funcionando también las luces a la perfección; la tramoya, con rapidez, que no impaciente a los ocupantes de las butacas; y todos y cada uno de éstos disfrutar, acordarse en días sucesivos de propalarlo entre sus amistades, y que dichas amistades no recuerden, a su vez, haber leído una sola crítica adversa. (Sabido es en el *milieu* que, si una crítica positiva apenas ayuda, por no decir nada, una negativa logra hundir.)

Las pesadumbres antedichas atañen a un orden estrictamente manifestativo... Pero la profesionalidad no le nace al escritor en

su recogimiento ante las cuartillas, sino en el punto en que, por sistemas usuales, toma contacto con las demás gentes. Por tanto, desconoceremos a quien no haya divulgado libro—en el papel o en las ondas; para el caso, da igual—o haya hecho vivir a sus personajes tras la batería. Como en España las tres categorías que acabo de reseñar—empresario, actor cabecera y director escénico—suelen coincidir, ¡qué calle de la Amargura la de todo aspirante a comediógrafo! Entre editores abunda el hombre de criterio, con estudios—o asesorado por quien los tenga—, con trato social, sin ambiciones a velocidad supersónica... Imagínese, en contraste, a ese otro aduanero de la fama que impera bajo bambalinas. Sin ánimo de ofenderle—el avezado lector, con imaginar, reduce toda enumeración a contundente adjetivo—, sí me atrevo a argüir la mayor emboscada que nos tiende su criterio: la vanidad. Porque a ese actor empresario le importa bien poco, ante la comedia ofrecida, no ya que sea buena o mala, sino aun que le guste o no a la gente, junto a su brillo personal. Peligro extranjero al editor. Insufriblemente fatuo, cada cómico—inclúyanse los mediocres—cree de toda creencia que el público paga su butaca sin otro objeto que admirarle a él, Fulanito o Perenganito.

Salvadas cuyas cien pegas de "toma de contacto", de simple transmisión, le quedan al heroico hortelano del arte escénico las otras ciento que supone afrontar de manera ruidosa, en riesgo casi circense, a un público como el español, cuyo encaje multitudinario no va más allá de lo numérico. Nosotros ni pluriacompañados hacemos dejación de nuestra libérrima, analítica, agresiva individualidad. János Vaszary, el comediógrafo húngaro, que ha estrenado en docena y media de países, me aseguraba un día que eso sólo le ocurre a nuestro espectador y al de su país. Acudimos al espectáculo con una especie de "curiosidad insolidaria" previa, previsora. Y hasta..., ¿cómo lo diré?..., aprensiva. Vendiendo caras las posibles contaminaciones; sólo dispuestos a que nos conquisten como se nos conquistaron los bastiones de Arrás.

¿Más trampas? Para no eternizarme en este apenas, aunque abigarrado, exordio: utilizará quien aborde el Teatro elementos simples de lugar—la Jauja, para todas las Compañías, es una salita de estar, clase media; a ser posible, en los tres impepinables actos—, de acción—pocos personajes, pues el negocio descansa en Compañías con breve nómina—y aun de tiempo—esto le exige a un elenco concienzudo mucho cambio de ropa, de mobiliario y de caracterizaciones—. En fin, las tres unidades; no porque nos convenza Boileau, sino por ahorro.

En este oficio tremendo, al que la palabra "novel" afecta siempre, pues el autor en cada estreno se juega el pan y la sal, y anda de continuo amenazado por cuanto se menciona aquí, más por los repentinos cambios de gusto del espectador, más por las inclemencias o clemencias del tiempo... y por otros mil fantasmas, se debe ser, repitámoslo, un verdadero psicólogo; pero, además, un repentizador. Triunfa sólo quien anuda todos los cordeles y danza sobre ellos como por maromas. Quien, en una palabra, conoce lo que en el *argot* se llama "la carpintería".

Nadie, en nuestro tiempo—y muy pocos en el antiguo—, conoció la carpintería teatral como Carlos Arniches.

* * *

Posible que, con estas notas, más que a una personalidad enjuicie yo un suceso. Posible que lo que voy a escribir afecte casi igualmente a un autor que a varios. Arniches derrochó su rúbrica en plurales colaboraciones. De las trescientas comedias—cifra, a mi entender, algo exagerada—en que él mismo pretende haber intervenido, cuatro quintas partes responsabilizan tanto como al de *La cara de Dios* a otros autores. A veces, hasta a tres más: Joaquín Abati, Enrique García Alvarez y Antonio Paso *(La corte de Risalía, Genio y figura....)*. Con el segundo escribe algunos de sus mejores sainetes: *Alma de Dios, El cuarteto Pons, Gente menuda, El método Górritz, El perro chico, El pobre Valbuena, El pollo Tejada, El terrible Pérez, El trust de los Tenorios.* "Monstruo de la gracia popular" le ha llamado Marqueríe, con harta razón, a García Alvarez (1), y es presumible que su temperamento generoso, colaborando pintorescamente con todo el mundo, originase la injusta valoración de sus méritos, siempre olvidados, a la zaga de alguna de las grandes figuras consignantes: Arniches, Muñoz Seca. No silencia Arniches, en su divulgada autobiografía, que le acusan de explotar a sus colaboradores. Curiosa esta fama, así como aquella de que aprovechó argumentos ajenos, y aun que "robaba" comedias inéditas—lo afirmaron, tiempo ha, de *Es mi hombre*—. Me guardaré muy mucho de amparar cuanto huele a pura insidia. Pero puesto que el mundo de los cuartos teatrales la cobija, y casi como respeto al monstruo citado, admitiré esa fórmula del "suceso Arniches", un poco telón de fondo que ambiente la *aceptio vulgaris* del escritor.

---

(1) De Madrid (1873-1931). Su firma no aparece sola jamás.

Una cosa salta a la vista: desde el momento en que todos le abren colaboración, reconocen que para algo vale. Analizando estas obras, comparándolas con las que desasiste él, me arriesgo a denunciar su mano, sobre todo en la aludida carpintería, *métier*, oficio. No debía de tener rival en ello. Más adelante puntualizaremos las características de tan perfecta construcción; pues nuestro hombre se aleja de la reputada como tradicional.

Por otra parte, y para destierro sin apelación de malentendidos, todas mis citas en este tanteo corresponden a obras de Carlos Arniches, *único autor*. Precisamente, mi base van a ser los cuatro tomos del *Teatro completo*, que Aguilar brinda con pleonástica pulcritud (2). Silenciar cuya razón, me desazonara en extremo. Ya escribí otras veces que, sobre el medio siglo anterior a Jardiel, considero al de *Las estrellas*, con exactitud, la estrella máxima de nuestro teatro (3).

Nacido en Alicante, y despierto a la literatura en Barcelona, que vivía con sazón de *Renaixensa* (1883-84), Arniches conoce en Madrid la antesala de sus veinte. Acepto cualquier móvil antes que el esbozo de una biografía tan sin probabilidades de interés. La de Arniches ciñóse siempre a lo estrictamente profesional. Los tres climas del futuro comediógrafo van en pura aclaración de oficio. El nombre de Eduardo Escalante, el popular sainetero de Valencia, se suele argüir como modelo inmediato. Reconstruyamos idealmente el camino. Sin duda, asistió allá a representaciones de las obras del autor de *Des de dalt del Micalet* (4). En Cataluña comprobaría el éxito de los dramaturgos populares—pararelos a su conterráneo—. Pensemos en Camprodón (5), en Josep María Arnáu (6), en Eduardo Aulés (7), en Vidal y Valenciano (8), en Albert Lla-

---

(2) CARLOS ARNICHES: *Obras Completas*. Con estudios de F. M. del Portillo. M. Aguilar, editor. Madrid, 1949. (Cuatro vols., en 16.°, encuadernados en semipiel; un total de 4.866 págs.). Contiene las sesenta obras teatrales, más los "pasos" *Del Madrid castizo*, debidas a Arniches, único autor.

(3) Véase *Un autor, junto a su libro. Inconvenientes notables, a cargo de Alvaro de Laiglesia (Semana*, Madrid, 1 de febrero de 1949). Y *Este es Félix Ros (Triunfo*, Madrid, 18 de junio de 1952).

(4) Escalante nació en El Cañabal (1834-1895); dejó más de medio millar de pintorescos cuadros de costumbres de su tierra. Entre ellos destacan: *Desde dalt del Micalet, La escaleta del dimoni, Matasiete i Espantaocho, Les chiques del entresuelo, Bufar en caldo chelat, Un grapaet i prou, El chiquet del milacre, L'agüelo Cuc, Les coentes...*

(5) Además de sus conocidos dramas y adaptaciones en castellano, Camprodón (Vich, 1816-1870) cultivó la lengua vernácula alguna vez, en obras como *La Teta gallinaire*.

(6) De Arenys de Mar (nació en 1832): *La mitja taronja*.

(7) De Barcelona (1839-1913): *El diari ho porta, Cel rogent, Sis rals diaris*.

(8) De Villafranca del Panadés (1839-1899), autor de *Tants caps, tants barrets, Qui juga no dorm, Lo Birolet de San Guim, Lo diable son les dones,*

nas (9), en Emili Vilanova (10), en Teodor Baró (11) y, especialmente, en el relojero Serafí Pitarra (12). Desorientación inicial matritense; recuerdo de fórmulas con resonancias en sus anteriores domicilios. Parece lógico suponer que cuanto entrevió de Escalante y por Barcelona le deslumbrara y orientara. Arniches, en lo que toca resultados, es el pintor de lo madrileño; pero respecto a sistemas, se ha escrito ya que el suyo nace de aplicar la facundia levantina a todo lo espontáneo e inconscientemente vivo en su ciudad de adopción. Según lo cual, el aprendiz de comediógrafo se inmiscuye por un ambiente nuevo..., con perspectivas temperamentales, regionales, ajenas a éste. Cala con buidez los pies de que cojea —importa decirlo de algún modo—su nueva ciudad. Y su teatro, en resumen, deriva del amolde de las características originarias al punto de adopción.

Cuya teoría es la ortodoxia, la en uso. Cien veces se ha escrito. "No es que Arniches reproduzca el habla de los madrileños: es que los madrileños se han decidido a hablar según Arniches."

Lamento renunciar al que constituyera elogio insuperable de nuestro escritor. Evidentemente, no se limita él a reproducir, en la acepción sobria de la palabra. A nadie que tal haga le consideraremos escritor con todas sus consecuencias. El de *Doloretes* tiene su "deformativómetro" particular, idiosincrásico. Su influjo sobre los convecinos responde a meras causas de ingenio, de divulgación, de diana popular. Ni más ni menos que las frases literarias o históricas que popularizaron lances no siempre sustantivos: "Con la Iglesia hemos topado, Sancho", "Porque inútil la hais dejado / para vos y para mí", "Manos blancas no ofenden", "Cualquiera tiempo pasado / fué mejor", "Más quiero honra sin barcos, que barcos sin honra", "Sevilla, Guadalquivir, / ¡cuál atormentáis mi mente!", "Hasta la última gota de sangre y hasta la

---

etcétera, a partir de *Tal faràs, tal trobaràs,* una de las más resonantes. Forma entre los clásicos de la *Renaixensa.*

(9) Nacido en Barcelona (1840-1915), puede considerarse a Llanas una de las figuras más simpáticas y pintorescas de este período. Su pieza teatral archicélebre (aún la ponen hoy), *Don Gonzalo, o l'orgull del gec.*

(10) Vilanova (1840-1905), el formidable costumbrista barcelonés, enriqueció el teatro regional con pequeñas obras maestras: *Lo pati d'en Llimona, Qui... compra maduixes?, L'ase de l'hortolà, Colometa, la gitana...*

(11) De Figueras (1842-1916): *L'hostal de la granota, Lo tren de tres quarts de quinze.*

(12) Más de un centenar de producciones de toda índole, en el acervo de Frederic Soler (Barcelona, 1839-1895). Sus parodias y *gatades* eran de representación frecuente por el tiempo en que Arniches habitó Barcelona. Entre ellas, *Cafè i copa, Cura de moro, Lo jardí del General, Lo teatre por dins, Un mercat de Calaf, L'esquella de la torratxa, La butifarra de la llibertat, La Rambla de les Flors...*

última peseta", "España y yo somos así, señora"... La lista resultaría interminable. ¿Quién duda que la de creador de tópicos supere las más envidiables misiones del ser humano? Su ejercicio demuestra calidades óptimas. Pero logísimo, también, que en todo artista aplicado—como es el caso del que nos ocupa—a la transmisión, *artísticamente* (de ahí aquel nombre) deformada, de una esfera geográfica o social, una vez aprehendido el tono de ésta y quintaesenciado—que es tanto como creado—su lenguaje, las influencias mutuas existan. Los madrileños, contra lo que se dijo, no imitaron nunca a Arniches. Acontece que don Carlos sintetizó o perfeccionó modismos, expresiones, reacciones, espirituales o verbales, de su "sujeto manipulado". Fijó lo que pudiéramos considerar fórmulas definitivas.

¿Cómo suponer que al madrileño, tan "mirado"—mirado en su propio espejo—, le pasasen inadvertidas aquellas triunfantes pugnas por elevar a categoría literaria, eterna, sus medios de expresión? ¿Cómo no iba él a fomentar, premiar, completar, patrocinar cuanto le atañía tan directamente?

Este fetichismo, "hinchismo", es el que confunde más de uno. El madrileño se vió caricatural, graciosamente retratado. Nombró *in mentis* a Arniches cronista oficial de sus hechos y sus dichos. No aprendió a hablar en él, pero en aquella triple luna perfeccionó sus modos, buenos o malos modos. Advirtió los fallos de su atuendo conceptual, como los de un sastre en su ropa..., y los cultivó. Cultivar equivale a postura activa. Arniches ha fijado el idioma popular de Madrid, dándole categoría literaria. Ha proporcionado, como juglar de ancha aceptación, las linfas inextinguibles en que mirarse y admirarse. El pueblo tiene buen ojo; sabe por dónde va lo que se acaba y por dónde lo que queda.

Cabe prever que los modos, en especial los malos modos, de Madrid sorprenderán al joven alicantino. Sorpresa, velay, origen del entender—lentamente—; del definir, al cabo. Perspectiva se llama tal figura. De espíritu habilidoso y ordenado—forastero, por otra parte, aún: y le conserve Dios esa distancia—, selecciona con puntería los elementos que considera arquetípicos. Lánzase, por fin, a ejemplificar: casi a las moralejas. *La divisa, Doloretes* significan, en esa primera labor, regresiones, nostalgias, de su región nativa. Poco a poco se va limitando a Madrid. Los sainetes andaluces, alguno de ellos bueno, como *Gazpacho andaluz, La casa de Quirós*, escasean. En afán de perfección, a última hora, sólo la capital le surte de éxitos gordos.

Todas las clases sociales hallan cabida en su teatro. De *El*

Santo de la Isidra a *La Condesa está triste* hay un abismo. Todas se sienten perspicazmente estudiadas por él.

Quizá piense alguno que exagero..., impermeabilizándome a esa exageración de que Arniches enseñara a hablar a sus conciudadanos. (Facecia, que no cede ante la de Max Jacob: "Mi abuelo fué el inventor de las costumbres bretonas".) Yo hablé con Arniches un par de veces sólo. Pero, por estrecha amistad con íntimos suyos, sé cosas de él. Su yerno Pepe Bergamín referíame, en cierto trance, una frase popular que acababa de impresionar al sainetero. En una tasca en que se refugió bajo repentino chubasco—estertores del crepúsculo—penetra, embozado en su pañosa, un castizo. Agua de pies a cabeza, su saludo es piramidal: "¡Buenas noches..., hipotéticamente!"

He oído discutir cien veces el redichismo de los madrileños. Para mí no ofrece duda. La frase transcrita es exacto módulo de una manera de ser, de un hallarse sobre aviso, más avisado que toro con latines, caro al habitante de la capital. Ese retorcimiento, de honda raíz hispánica, que hicieron ilustre nuestros barrocos, expende cédula metropolitana, como de antipaletismo, según su propio dictado. Si se considera friamente, cae en lo que intenta salvar, pues vivir con tanto aviso de algo es pasarse de rosca. ¡Pero cualquiera le da esa comunión al "buen pueblo de Madrid"!

Arniches es genial intérprete del redichismo, del retorcimiento urbano, del contraisidrismo. Nótese:

"... Por hacer caso a una golfa, que de seguro no se deja someter el pasao a los rayos equis..." (13).

"Mi hermano es más honrao que una lata sardinas: que no hay más que mirarla pa saber lo que tié dentro" (14).

"... Saturnina, una doncella más discreta que una pared maestra, que, siendo maestra, parece no saber nada" (15).

"¡Vamos, una película de la Metro y medio Goldwin Mayer!" (16).

"¡Mentira! Anteayer te fuiste a las Ventas a merendar con *el Chano*, que había hecho las paces con *la Tere* por décima vez esta semana. Gracias que se enteró el marido y os estropeó la *garden party* con unos estacazos, que me han dicho que hasta las aceitunas tenían los huesos fracturaos" (17).

---

(13) *La fiesta de San Antón* (t. I, pág. 180).
(14) *La venganza de la Petra, o donde las dan las toman* (t. II, pág. 160).
(15) *¡La condesa está triste!...* (t. III, pág. 822).
(16) *Vivir de ilusiones* (t. III, pág. 1091).
(17) *Las doce en punto* (t. IV, pág. 255).

DON EVARISTO. ¡Yo no he visto un espíritu satírico de mayor causticidad que el suyo, mi culto y discreto don Gonzalo!

GONZALO. No, ¿verdad?... ¡Pues beba usté una copita y tú otra..., mis glaciales y frígidos convivientes!

DON EVARISTO. Gracias, mi perínclito y asendereado amigo. *(Bebe.)*

GONZALO. ¡Y le suplico a usté parquedad en los adjetivos, mi retórico y amable parásito!

DON EVARISTO. Usté los merece todos, porque es un caballero de la cabeza a los pies.

GONZALO. No me elogie usté los pies, porque algún día puede ser que se arrepienta.

DON EVARISTO. Pero ¿no es usté un caballero?

GONZALO. Esa ilusión me hago; sino que somos tantos a hacérnosla, que ya duda uno...

DON EVARISTO. Yo no dudo.

GONZALO. Porque es usté un carente de vergüenza como una loma.

DON EVARISTO. Hombre, no creo merecer esa jocunda diatriba...

GONZALO. Usté lo merece todo. Las cosas, diáfanas. ¿A qué andar con paños torrefactos?

DON EVARISTO. ¡Ja, ja!... ¡Puro Tawain! ¡Puro Tawain! (18).

DANIELA. ¡Por Dios, Gonzalo!

GONZALO. Y tú ¡bebe también, Dani! ¡Bebamos todos! *(Le da a ella.)* ¿Usté no es mi administrador? ¿Tú no eres mi secretario?... Pues a beber..., ¡y no hay más! Y oigan ustedes... *(Acariciando a Dani.)* A mí me ha gustado hasta el delirio este melocotoncito fino, sabroso..., ¿no, cielo? *(La acaricia.)* He tenido que tomarlo como venía *(Por ellos)*, con pellejo y todo. Ya lo mondaré y tiraré las mondas.

DON EVARISTO. Lo de la monda, ¿es por menda?... Y usté perdone el retruecanillo, pero el "cocktelito" me incita a ciertas libertades... (19).

Este diálogo último cifra y compendia—enterito—el arte repipi de una conversación entre avisados. No sólo se pasan los tales, sino también el escritor. Tanto exprimir el idioma conduce a esas gracias. No menos hipotéticas que las "buenas noches" del desembozado de la tasca.

Así empadrona en los Madriles, en su modo y modismos, aquel meteco, de construcciones idiomáticas tan regionales inicialmente. He aquí un solecismo valenciano-catalán, en que incurre una y otra vez:

...Y como que yo
no puedo vivir
sin que vivas tú
sólo para mí,
vengo a que todos se desengañen... (20).

* * *

---

(18) Se refiere a Mark Twain.
(19) *La tragedia del pelele* (t. IV, págs. 439-40).
(20) *La fiesta de San Antón* (t. I, pág. 194).

Se ha afirmado la amplitud de zonas arnichescas, aun circunscribiéndoonos a su ciudad-base. Cualquier estamento social tiene ahí cabida; ahora: los temas revisten poca variación. Arniches propende al melodrama. En cuanto se descuida se le va la mano... Considero obvio insistir. Repásese su obra detalladamente. En todo escritor fecundo, cultive el género que cultive, es fácil descubrir una fórmula, arma secreta para el éxito. El comediógrafo, además—no lo olvidemos—, mata muchas horas entre bastidores, en la primera caja, aprendiéndose las reacciones estruendosas del público ante la comedia propia que representan. ¿Qué de particular, los resabios, la aplicación de tranquillos, de paralelismos de situación, enlaces o desenlaces, luego? El escritor de teatro vive totalmente de su éxito, y muere de su fracaso no menos totalmente. En legítima defensa de aquél, acata aires predilectos; se acompasa o se descompasa, pero sabe adónde va, y, como es lógico, prefiere caminos seguros.

La esencia del melodrama jamás varía. Trátase de una lucha entre buenos y malos; en lo posible, con el triunfo de los primeros. Innúmeras creaciones arnichescas nos presentan una injusticia, una mala suerte, un *manquement*, del héroe. Este es befado: a causa de la antigua conducta de su mujer (*La fiesta de San Antón*), o del desdén o de las traiciones de la que ama (*Cuidado con el amor; El señor Adrián, el primo*, respectivamente), o por el abuso de su tribu (*La tragedia del pelele*). O le acosa la miseria, casi más por poquedad que por bondad, hasta descalificarle en toda la lucha por la vida (*Es mi hombre*). O es víctima de la maledicencia farisaica (*La sobrina del cura, El Padre Pitillo*), o del desprecio general por razones de orden físico (*El último mono, El hombrecillo*). En esta larga galería cabe su mejor teatro... Sin olvidar los tipos femeninos equivalentes: *La señorita de Trevélez, La chica del gato, La Condesa está triste*... Ni las antitragedias, que nunca dejan de ser tragedias tampoco: *Para ti es el mundo*.

La fórmula arnichesca, ¡qué sencilla! En primer término, conseguir que el cuitado personaje *viva*. Infundirle tal verdad, tanta naturalidad, sufrimientos tan admisibles y proporcionados, que jamás carezca de asidero en la memoria comparativa del público. Cuanto más vulgares se nos aparezcan esas existencias catastróficas, mejor. Las equipara uno sin esfuerzo a las de Juan, Francisco, Andrés..., textos de consulta relativamente vivos en cada rellano. Segundo: elegir, con apoyo de varias graduaciones capciosas, el momento de crisis: aquel en que se hace imposible

el sostenimiento de la situación. Tercero: la crisis provoca un resplandor que pensaríamos de artificiero—artillero—: mil cualidades de la víctima, súbita, avasalladora, conmovedoramente, manifestadas ante nosotros. Es el momento puro del melodrama: final del segundo acto, con enormes esperanzas en el espectador, cara al tercero, del que el noble triunfará. A través de sus lágrimas, prevé cada quisque la apetecida masticación de polvo a cargo de los antipáticos.

El talento de Arniches se manifiesta en su capacidad de humanización. Hay muchas suertes de ternura respecto a lo humilde, desde Cervantes a Jules Rénard; desde Balzac—o Turgueniev, o Dickens—a Bontempelli. En el bebedizo arnichesco, el ingrediente social alcanza perentorias dosis. Las desventuras de sus arlequines provienen, más que de circunstancias externas, de su propia falta de recelo, de su inocencia cristiana, nada susceptible de claudicantes adecuaciones al medio... Notemos, en un análisis de esas figuras, que su incómoda integridad da verismo al fracaso con que se debaten en cada primer acto, mejor que un simple capricho del argumento. Este no conmovería tanto al espectador. Lo aceptaría según mudable circunstancia—como las que la mayoría de los humanos conoce en una u otra hora—, y los episodios de la trama, encaminados a reparar la situación de su sujeto, llegarían, cuando más, a amena diversión, nunca a la vibración de raíces eternas, en que es tan rico el teatro de Arniches.

Pero esa ternura social, fluctuante, antideterminista, se nos contagia a través del humor. Un humor corrosivo, de frase, pugnaz siempre. Y, en cambio, tolerante, comprensibilísimo, Jordán de flaquezas, en cuanto a la acción. Al concebir, al construir, Arniches pasa de sainetero a dramaturgo. No se limita, como aquél, a la suelta de tipos, una vez observado cuyo matiz, y sin plantear, ni mucho menos resolver, tesis o argumento alguno, quepa la caída del telón entre esa inteligente carcajada de los goces sin compromiso. No. El concibe un drama con todas sus características, pero al desarrollarlo en cierta atmósfera asequible, inmediata, callejera, en suma, recaba una sencillez de tipos y de lenguajes donde está, con exactitud, su secreto. El triunfo le sonríe por ser más, mucho más, que un costumbrista. Recordemos la fecha en que asoma al teatro: 1888. Son tiempos declamatorios: Echegaray, Sellés, Guimerá, Cano, Felíu y Codina. La comedia suave, de lances intermedios, bulevardera, que comienza a saborear toda Europa, no se conoce aquí. En rigor, confesemos que tampoco se aclimata nunca. Los españoles necesitamos teatro de conflictos, de choque.

Con sus buenos y sus malos; a Arniches se le derrumbarían los dramas sin aquel cupo de exageración, de énfasis, mediante el que las frases se le quintaesencian, se le encaraman a tópico. Atravesamos un terrible momento de tópicos teatrales...:

...¡¡De esta mujer, más pura y más honrada
que su madre de usted, mal caballero!!

"¡Muerto! Su cadáver es mío. Siempre le conservaré a mi lado: le acariciaré con los besos de mi boca; le regaré con las lágrimas de mis ojos. El, muerto, y yo, viva aún, seguiremos unidos. Si, muerte implacable, burlaré tu intento. Poco es tu poder para arrancarle de mis brazos. ¡Silencio, señores, silencio!... El Rey se ha dormido. ¡Silencio!... No le despertéis."

Mi madre, aunque está impedida,
¡la pobre te quiere tanto!

"¡Ah! Ya llega, ya entra en Jerusa Lucrecia Richmond... Ya estás aquí... ¡Cuánto deseaba yo esta ocasión! ¡Tú y yo, solos, frente a frente!... No sé quién es peor: si tú, que paseas siempre por el mundo tu desvergüenza, o el pueblo servil y degradado que te festeja y te adula. ¡Repican por ti..., y luego tocarán a la oración!... ¡Pueblo imbécil! ¡Esa que a ti llega es un monstruo de liviandad, una infame falsaria! No la vitorees, no la agasajes. Apedréala, escúpela."

Y que un honrado cajista,
que gana cuatro pesetas...

"¡Lejos, de la tierra baja! ¡Afuera todo el mundo! ¡Apartaos! ¡He matado al lobo! ¡He matado al lobo! ¡He matado al lobo!"

—¡No es mala la cicatriz!
—La cuchillada fué buena.

"¡Huir!... ¿Y pa qué voy a huir?... ¿Qué libro con huir?... ¡La vida! ¡Mi vida era esto, y lo he matao!"

—¡María!, ¿es cierto? ¿Y, con sospecha loca,
tu corazón aflijo?
—¡Una madre no miente cuando invoca
el nombre de su hijo! (21).

El de *La gentuza*, todo resabios de teatro doméstico—valenciano, catalán—, al emprender el suyo se enfrentaba con un teorema desalentador: ¿aceptaría aquel público, aún impermeable años después a las delicias coloquiales de Benavente (22), un drama en todas sus consecuencias, pero dócil al rudimentario énfasis del

(21) Respectivamente: *El gran Galeoto* (Echegaray), *Locura de amor* (Tamayo), *Flor de un día* (Camprodón), *El abuelo* (Galdós), *La verbena de la Paloma* (Ricardo de la Vega), *Tierra baja* (Guimerá), *Traidor, inconfeso y mártir* (Zorrilla), *Juan José* (Dicenta), *Venganza catalana* (García Gutiérrez).

(22) La primera obra de este escritor, *El nido ajeno*, data de 1894. Ni ésta ni las siguientes logran éxito alguno, y puede decirse que continúa estrenando—entonces—sólo por influencia familiar.

pueblo? La excepción de *Juan José* (1895) no pasaba de ser eso, una excepción; buscábansele, además, unas vueltas que a Arniches le aterraban (23). En el floreciente teatro catalán impera todavía el bilingüismo. Desde Robreño (24), ése constituía uno de los principales recursos cómicos, y ni a los mentados Vilanova y Pitarra les estorbó una sola vez. Costó que se acostumbrara el público a oír cosas "importantes"—la altisonancia, tan de moda—en su idioma íntimo, en el de *estar por casa.* Todavía hoy no desahucia del todo sus bilingüismos el teatro valenciano. Acepta la timidez dialectal del mallorquín. Por Mallorca, aun hablando vernáculo, en castellano va la palabra-clave de cualquier discurso que se estima: "*Si trobes à sa Maria, dòna-li molts* recuerdos", "*Ha estar molt lluïda sa profesò. Hi anaven es bisbe, es governadó, s'alcalde, i tot s'* elemento oficial" (25). Rusiñol, en *L'illa de la calma,* se burla donosamente de ese complejo, por lo demás sólo aplicable a lo idiomático (26).

Arniches no venía a hacer teatro para las casas del pueblo. El pueblo sin casas le era más próximo. Aceptó el lenguaje del "género chico" en boga. Como éste había amamantado también tópicos, a partir del de "también la gente del pueblo / tiene su corazoncito", decidió que la envoltura de sus dramas fuese aquella jergona pintoresca, graficísima, directa cual hondazo. El imprescindible amaneramiento iba a acopiarse con las palabras pedantes, desfiguradas, aplicadas sin ton ni son, de los redichos. Esa fonética con que simula tras la batería el hablar matritense (todas las regiones de España tiene ahí la suya, no más apropiada que la que me ocupa ahora) ampara, con trémolos de emoción y de honradez, el nuevo bagaje. Los subrepticios dramas arnichescos logran gran triunfo;

(23) La crítica entonó, casi unánime, sus alabanzas del *Juan José.* Ni los periódicos moderados (véase el artículo de *Zeda* en *El Imparcial,* 30-X-1895), ni los derechistas, como *La Ilustración Española y Americana* (por pluma del entusiástico Eduardo Bustillo, 15-XI-1895) o *La Correspondencia de España* (léase a *El A. Pirracas,* 30-X-1895), oponen reparos ideológicos. Empero, la última entre esas publicaciones ya alude al previsible malestar del "público estirado del teatro de la calle del Príncipe" (se refiere a La Comedia), y lo cierto es que las reservas mentales fueron muchas... Tantas que, detalle curioso en éxito de ese repique, Dicenta sólo apareció a saludar al final del segundo acto.

(24) José Robreño, de Barcelona (1780-1838), publicó los más dispares y disparatados manifiestos y proclamas políticos en aquellos años confusos de la invasión napoleónica y la primera carlistada. A veces, su Teatro es bilingüe hasta en los títulos: *La calumnia descubierta, o en Batista i la Carmeta.* Obtuvo celebridad, en ese género, *El Sarau de la Patacada.*

(25) "Si encuentras a María, dale muchos recuerdos." "Ha estado muy lucida la procesión. Iban el obispo, el gobernador, el alcalde y todo el elemento oficial."

(26) Véase *L'illa de la Calma,* capítulo "Els palmesans".

triunfo perfectamente inexplicable si, como más de uno, se tratara tan sólo de sainetes.

La gente se emociona; el maridaje entre aquel idioma desaliñado y los internos aliños diluía sus aduanas merced a cien ocurrencias chistosas del primero. Arniches, a lomos de la caricatura, burlábase de su propio elemento de expresión. No habíamos alcanzado el punto en que una lengua artificiosamente primitiva conmoviera a mansalva. Vicente Medina, Gabriel y Galán comienzan a imponerse más tarde (27). Los dramas rurales serán también posteriores (28).

El fulminante *referendum* de su "modo" decide el camino de Arniches, quien lo continúa—sin vacilación—años y años, hasta el último de su vida. Había encontrado una veta eterna.

Porque él no manipuló, en cuanto al fondo de su teatro, sino sentimientos acreditadísimos. Puede que su lenguaje llegue a ser arqueología—arqueología graciosa—, pero los conflictos quedarán.

Su artística copia del vivir de las clases bajas compite ventajosamente con las mejores del teatro de hoy, tanto hispánico como extranjero. Los dramas y comedias cumbres del realismo norteamericano—*The Street*, de Rice, a la cabeza—andan por debajo de nuestro escritor. Curioso que, habiéndolo sido él de rango popular, resista impávido el paso del poco tiempo—que es el tiempo difícil de resistir—. Vamos a proclamarlo clásico dentro de poco, y su obra gustará, como arquetípica en gran parte, por motivos muy diferentes a los que le aplaudían sus coetáneos.

Recuerdo mi meditación sobre todo esto cuando—hace tres años ya—se estrenó en el Español, de Madrid, *Historia de una escalera*. Premio Lope de Vega en su Municipio, ese drama del hasta entonces novel Buero Vallejo fué muy celebrado. En puridad, resulta obra arnichesca, aunque escrita con amargura. Más ciertas tremendas desventajas: que su autor, que admira a Lenormand (y Dios le perdone), sólo plantea, antes forzada que esforzadamente, cosas que no resolverá al cabo. Es decir, diminutas acuarelas sombrías, en plan de pintar como querer. Arniches estuvo presente en mí toda la noche. Y no por el emplazamiento de la acción, sino por la humanidad mesocrática de alguno de los personajes; por su cobarde conformismo ante la vida; por sus

(27) La obra más antigua del primero, *Aires murcianos*, es de 1899. En cuanto al cantor de El Guijo, aunque premiado en algunos juegos florales entre el 96 y el 97, no da libros—*Poesías* y *Extremeñas*—hasta 1902.

(28) Esto ni valdrá la pena demostrarlo. El protodrama rural importante de nuestra literatura moderna es *Terra Baixa*, de Guimerá, cuya versión castellana no se estrena hasta 1896 (antes que en catalán, por cierto).

conflictos, tan recónditos como intensos; por la habilidad del autor para interesarnos en ellos también. Arniches, con su concepto cristiano, popular y optimista, le habría dado fuerza a alguno de los monigotes, para librarle de ese declive ininterrumpido, fatalista y fatal, según *Les ratés.* De otro modo, habría incidentado la tragedia, hasta convertirla en drama... Porque, de haberse liberado, como Buero, de la preocupación práctica de "hacerle un papel" a Fulanito o Menganito, era capaz de resolver ese friso con más fuerza y piedad, aunque con menos poesía, según era él de artificioso—y de sencillo el joven galardonado—.

Ni busco establecer paralelos, ni menos la crítica de drama tan reciente. Importa sólo anotar los lauros del que podríamos advertir "esquema de obra de Arniches". O sea, los elementos permanentes, esotéricos, del de *Los caciques* se continúan considerando, de puro eternos, modernísimos. Buero ni roza la fenomenal gracia locutiva del cantor de Madrid; no persigue, tampoco, que a los malos los aplasten los buenos. Sin embargo, aun sin tales alicientes, interesa al público. Podrá éste sentirse entristecido o defraudado al fin; ahora, no hay duda de que revalidó temas y situaciones en una línea que reputamos inalterable. Convirtiéndose en mirador excepcional sobre el más moderno de nuestros clásicos.

* * *

De lo expuesto se deduce que no es Arniches gran prohijador de caracteres. La misma "dirección única" del plan en cada una de sus farsas impúsole, más que la creación de aquéllos, la de los tipos. "Tipos" se llama, en la jerga teatral, a figurones, o figuradores de algo, producto de exageración no menos que de observación. Cabrá defender, empero, que, inventando los tales, Arniches no sigue caminos trillados; antes bien, dentro de sus consuetudinarios módulos de veracidad, enriquece la guardarropía anímica de nuestra escena con muñecos de calibre.

Me guardaré de insistir en esa afirmación, pues requeriría un inventario por lo menudo. Bastará recordar lo que han significado para algunos actores los papeles de don Carlos, como siguen llamándole ellos hoy. Lo que pesaron en el acervo de Loreto Prado la Antoñita, de *Las estrellas,* o la Lucila, de *La pena negra;* en Pepe Moncayo, su *Amigo Melquíades;* en el gran Thuillier, el don Gonzalo, de *La señorita de Trevélez*; en Bonafé, el Pepe Ojeda, de *Los caciques*; en Catalina Bárcena, Josita Hernán y María Esperanza Navarro, *La chica del gato*; en Valeriano León, *Es mi*

hombre, El último mono, El Padre Pitillo, El tío Miseria y tantas otras; en Ortas y Zorrilla, sus *roles* de *El señor Adrián, el primo*; en Antonio Vico, el Paquito, de *Para ti es el mundo*; en María Bru, *La Condesa está triste*; en Paco Melgares, el Pepe Fuentes de *La tragedia del pelele*... Y eso, trillando al desgaire sólo.

Tipos de verdad, tornándose falsos bajo la implacable gubia de la deformación. En el ánimo de todos ya, empero, el barroquismo de Arniches. Su sentido deformativo, trasplante de realidades —a lo Quevedo, según defendía Dámaso Alonso—, enlaza sin vacilación con el barroco latente siempre en nuestra Literatura (29). Exagerando, como a chafarrinones, se materializan sus propósitos. Frente al público de las butacas sobra toda casuística; lo que debe el autor es electrocutarlo, bien con la lágrima, bien con la carcajada. Pocas veces le fallaron a Arniches ambos procedimientos para sacudir.

Obsérvese unas cuantas carcajadas, en ese sistema de "exorbitancia reactival":

SEÑORA FELICIANA. ¡Mentira! El chico no sirve pa torero.
SEÑOR PRUDENCIO. ¿Que no sirve? *(Con indignación.)*
SEÑORA FELICIANA. ¡Qué va a servir; si está la pobre criatura de cornás que lo miras por la espalda y se le ve la corbata a trasluz!... ¿Y tú crees que he criao yo a mi hijo pa colador? (30).

"Lo que hay es que tengo una mirada que es para sacar patente. La fijo cuarenta segundos en un puro, y lo enciendo. No te digo más. Y hay días que los enciendo de reojo" (31).

SEÑORA CALIXTA. ¡Pero usté s'ha dejao los ojos en su pueblo, hijo!... Amos, que si no fuera por no darle un susto al juez, esto es pa irse al Juzgado de guardia, ¡palabra!, que hay que ver la engañifa; que esto no se hace con unas personas regulares... ¿A usté le parece bonito?
DON ANTONIO. Mujer, como bonito...
LEONOR. *(Aterrada y llorosa.)* Pues sí que me choca esto, porque...
SEÑORA CALIXTA. Más me choca a mí, que te he encargao un trajecito de marinero, y me encuentro al niño haciendo de miraguano, metío en la funda de una almohada. ¡Porque hay que ver qué birria!

---

(29) Véase *Escila y Caribdis de la literatura española*, por Dámaso Alonso *(Cruz y Raya, Madrid*, t. VII, 15-X-1933). En este ensayo, recogido después en el volumen *Ensayos sobre poesía española (Revista de Occidente*, Madrid, 1944) se citan algunas frases del autor del *Buscón*, ejemplos de los que afirmo: "Calzaba diez y seis puntos de cara." "Recogía el dinero con las ancas de la mano"... Parecen de Arniches. Sobre el Barroco, latente siempre en nuestras letras, repásense los ensayos de Eugenio d'Ors, en especial el fundamentalísimo libro *Lo Barroco* (M. Aguilar, editor. Madrid, s/f.).
(30) *Las estrellas* (t. I, pág. 575).
(31) *La señorita de Trevélez* (t. II, pág. 83).

DON ANTONIO. No, no está tan mal; lo que pasa es que el cuellecito...

SEÑORA CALIXTA. ¿Pero le llama usté cuellecito a esto?... ¡Qué imaginación! Si esto no es un cuellecito, hijo; es como si se hubiera echao el niño una manta al hombro.

LEONOR. ¡Qué he hecho yo, Dios mío!

DON ANTONIO. Mujer, no tanto; usté exagera.

SEÑORA CALIXTA. ¿Que exagero?... Fíjese usté en las anclitas: una le pilla en las narices y la otra en salva sea la parte... Y un bolsillo en el sobaco..., pa guardarse el sudor, será... ¡Amos, que esto clama al Cielo, hija!... ¡Habernos echao a perder la tela! ¿Pero ande tiés tú los ojos?

LEONOR. *(Llorosa.)* ¡Ay señora Calixta!...

SEÑORA CALIXTA. ¡Qué señora Calixta, ni qué narices!... Que si tú no sabes de estas cosas, ¿pa qué te metes?

DON ANTONIO. No, si la niña sabe.

LEONOR. Sí, señora, yo sé..., y no es el primer traje de marinero que hago.

SEÑORA CALIXTA. ¡Pero hay que ver la poca vergüenza!... ¿Pues no dice que sabe?...

LEONOR. Y, además, lo he cortao con patrón...

DON ANTONIO. Y ya sabe usté de toda la vida que donde hay patrón...

SEÑORA CALIXTA. Donde hay patrón no se manda este marinero..., que es lo que yo digo. Que fíjense ustés...: una manga de Pierró... y la otra como si el niño se hubiá remangao p'hacer morcillas... Y el pantaloncito, ídem de lienzo, es decir, ídem de piqué..., y el talle, en las corvas..., porque hay que ser francos... ¿Ustés creen que si el niño se presenta así en la parroquia le dan la primera comunión?... Le dan la primera patada. Y, luego, la ocurrencia de haberle puesto en el letrero de la gorrita "El Terror". ¡El terror va a ser si lo saco a la calle!...

DON ANTONIO. ¡"El Terror" es un destroyer, señora!

SEÑORA CALIXTA. El destroyer lo ha sido su hija de usté... ¡Dos metros de tela, perdidos!... ¡No m'ha pasao otra en los años que tengo!... ¡Amos, que el disgusto es pa morirse!... (32).

PATITAS. Que he ido a las Cambroneras, a ver si me colocaba en una casa.

EULALIA. ¿De primera doncella?

PATITAS. D'ama de gobierno.

EULALIA. ¿En cá de Medinacelis?

PATITAS. En cá de la señá Prisca, la cangrejera, que me da tres pesetas al mes, comida y vestida.

EULALIA. ¿Vestida de qué?

PATITAS. De lo que yo lleve.

EULALIA. ¿Y la comida?... Porque pa ella la quisiera.

PATITAS. Pues m'ha dicho que comeremos del cocido de las madres laztantes que dan en las Esclavas, ¡que tié papeleta!

EULALIA. ¿Pero ella es madre?

PATITAS. Madre, no; pero dice que es tía laztante, porque le da el biberón a un sobrino de su ahijá, la Bruna, una

---

(32) *Es mi hombre* (t. II, págs. 877-78).

alta, morena, que vivía enfrentito de la Corrala, orilla del tío Sixto. ¿No t'acuerdas?

EULALIA. ¿Pero ésa ha tenío un chico?

PATITAS. Dos.

EULALIA. ¿Pero está casá?

PATITAS. El año pasao, sí; pero éste creo que no, y por eso sus chicos ahora la llaman tía (33).

ISIDORO. Misté cómo voy de destrozao, que es una vergüenza. ¡Si basta me pega los remiendos con engrudo, qué más voy a decir!... ¿Y usté cree que yo llevo un botón?

NEME. Dos llevas.

ISIDORO. ¿Adónde?

NEME. Uno en la bocamanga y otro en el pantalón.

ISIDORO. Sí; pero lo demás me lo tengo que abrochar con automáticos..., véase la clase...: una tramilla. Calcetines tengo dos medios pares: uno verde y otro encarnao...

NEME. ¿Y yo qué culpa tengo que no casen?

ISIDORO. Y del encarnao ya no me queda más que lo indispensable pa que se me vean tres agujeros. En fin, cómo iré vestido que el otro día, en la obra, me mandó el arquitecto que subiese por una cuerda pa colocar la tabla... Pues a la tercera flexión me mandaron bajar, y me dijeron que pa espectáculos de variétés, Romea. ¡Qué habrían visto!

SEÑORA POLONIA. Pues ¿qué quiés con ocho pesetas, que te lleve escotao y de manga corta?

ISIDORO. Y de comé, no digamos. La metá e las noches me saca una cazuela llena de caldo, con dos cosas incógnitas flotando encima, y me dice: "¿A ver si averiguas lo que es...?" Y empiezo a meter el tenedor en el caldo...

NEME. ¡Yo, pa que vaya mojando pan y se distraiga!

ISIDORO. ¡Sí; pero, después de diez minutos de venga con el tenedor, lo único que averiguo es que no he cenao!

NEME. ¡Y yo qué voy a hacerle, señá Polonia!... ¡Qué voy a hacer con ocho pesetas, como está todo!... ¡Pague usté casa, vístase usté, coma usté!... ¡Claro, pone una unas patatas con bacalao, y el bacalao tié que dejar tarjeta; si no, no se enteran las patatas que ha estao!... (34).

PACO. ...Lo aguanto porque en el mundo cada uno ha nacido para una cosa, y yo no he nacido para trabajar.

MANOLO. Ni nadie; como que ya tienen que dar medallas, a ver si la gente se anima (35).

* * *

Como cien ejemplos epónimos, Arniches emprende ruta desde lo naturalista hacia lo poético. Ruta difícil, en cada una de cuyas revueltas acecha el fracaso. La porción de poesía lógrase aquí tan

(33) *La hora mala* (t. II, págs. 972-73).
(34) *Los milagros del jornal* (t. II, págs. 1236-37).
(35) *¡La condesa está triste!...* (t. III, págs. 853-54).

sobre circunstancias humanas, que el *pathos* melodramático la suele ahogar. Su juego con muñecos no conduce a la invención pura, alígera, cerebral, de un Jardiel, sino a postulados efectistas casi en el orden de la Matemática. El vuelo de nuestro hombre en ese concepto va rasante. No cabe engaño posible.

Debemos considerarle, pues, pese a su facundia caricatural, dentro del naturalismo aún. Un naturalismo de clima, de pauta —querría escribir "de planta"... y aun de plantilla—, pese a que después los personajes se disparen en sofiones románticos. Arniches maneja elementos tan dispares, siente tan poderoso desprecio por lo selectivo, es un ecléctico tan fértil, tan sano y contagioso, que, antes de aventurarnos a cualquier clasificación de escuela, debemos meditar escrupulosamente. Su naturalismo crecerá coartado por distingos de todo orden; no tantos que le nieguen, como San Pedro a Jesús (36).

A la Poesía le abren pocas aspilleras estas producciones perfectamente urdidas. En el teatro todo acierto depende, en porcentaje elevadísimo, del cálculo. La inefabilidad sólo se otorga a escritores de muy amplio panorama. Arniches no nutría tal pléyade. Era, simplemente, un "hombre de teatro". Eso sí, asombroso, en cuanto a tal.

Irá amaneciendo sobre él a medida que el tiempo transcurra. Dejarnos, solo o en colaboración, cuatro docenas de comedias, si no inmortales—puede que sí—, en agonía tan invisible, no merece menos. Superior a cuantos géneros cultivara—acabados completamente al desaparecer él—, tampoco es soplo comprar el Olimpo, "y que no falten", con cuatro níqueles y dos perras...

Félix Ros.
Avenida de José Antonio, 32.
MADRID.

---

(36) Clásico, barroco, naturalista... Cualquiera de esos calificativos, por una u otra circunstancia, acabamos de ver que conviene a nuestro hombre. Llamándole naturalista, al fin, le sitúo en el espacio y en el tiempo; pero—¿cómo decirlo?—"por mayoría", y gracias.

CINCO ROMANCES

DE

CARLOS SALOMON

LA PASION

I

La pasión ejerce
su poder. Levanta
sobre nuestras frentes
su mano encarnada.

Somos violentos.
Morimos de infamia.
Los apasionados,
el mundo nos llama.

Somos los que tienen
fuego en las entrañas,
solitario fuego
que en la boca estalla.

Somos los que vierten
fuego sobre el agua,
los que esconden fuego,
los que lo propagan.

Los que siempre piden,
la estirpe marcada
que todo lo espera,
que abrasa y se abrasa.

II

La pasión nos busca;
dispuestos nos halla.
Silenciosas aves
por los aires vagan.

Silenciosamente
se hunde en nuestras almas.
La pasión nos presta
sueños como águilas.

Fuertes, hondos sueños
la pasión nos manda;
misteriosos sueños
de radiantes alas.

LAS HORAS

I

Sobre todas las cosas,
la sorpresa y la angustia.
Nos sorprende estar solos,
nos angustia la duda.

Entre todas las cosas,
la que más nos conturba
vuelve a ser la sorpresa
de sentirnos sin culpa.

Comprender, angustiados,
que la vida nos juzga,
que no existe quien pueda
venir en nuestra ayuda.

II

Sobre todas las cosas,
la esperanza, su pura,
clara mano que pone
norte y sur, sol y luna.

La esperanza de pronto
nos habla, nos escucha,
del pecho nos arranca
la fina flecha oscura.

La flecha que teníamos
clavada tan segura,
la que tocó tan hondo
con su afilada punta.

III

Sentimos la esperanza.
Proseguimos la lucha.
Sobre todas las cosas,
la palabra profunda

de amor que en nuestros labios
brota, la frase única
de amor que pronunciamos
contra la tierra dura.

Contra la dura tierra,
la más honda pregunta
de amor que nuestros labios
incansables formulan.

La respuesta incesante
de amor y desventura,
de amor por cuanto existe
que ciego nos impulsa.

LA FE

I

Dios en el cielo. Dios
mirando desde arriba.
Nosotros en la Tierra,
de rodillas.

La Tierra en el espacio
traza su elipse mínima.
Pero Dios no está solo
con su enigma.

Porque Dios está cerca,
Dios está aquí. Nos mira.
Vierte sobre nosotros
su canícula.

Hondas llamas de pronto
somos que rojas brillan.
Llamas somos de pronto,
no ceniza.

II

Otra vez Dios. Su imagen
otra vez en nosotros.
Por dentro, removiéndolo
todo.

La razón del amor
y la razón del odio
se nos tornan tan claras
como

si fueran luces puestas
delante de los ojos.
La verdad con distintos
fondos.

Otra vez Dios. Razones
del dolor y del gozo.
Y el saber que no estamos
solos.

Que El nos puso en la Tierra
y escucha el golpe sordo
del hacha sobre nuestros
troncos.

EL SUEÑO

I

Una vez tuve un sueño.
Se sueña muchas veces.
Pero existe entre todas
una que es diferente.

De diferente modo
soñé. Quien sueña tiene
las manos desatadas,
deshelada la frente.

Pero yo tuve un sueño
que no era como éste.
No mi sueño de ahora,
que es el mismo de siempre.

Soñaba de una forma
distinta, de otra suerte,
como nunca, ni en sueños,
se espera que se sueñe.

II

Soñé de una manera
distinta, como debe
soñarse cuando un día
la Vida nos advierte.

Como puede soñarse
si la Muerte lo quiere,
si al soñar no pedimos
sus frases a los débiles.

Si al soñar sólo amamos
la verdad o la Muerte,
porque al fin somos hombres
entre tantos que mienten.

III

Somos hombres que nacen,
que viven y que mueren.
Cualquier noche sentimos
que el amor nos enciende.

Somos hombres que miran,
escuchan. Nos envuelven
los sueños. Detestamos.
Cualquier noche sucede.

Cualquier día pensamos
que los hombres padecen,
y pedimos un sueño
puro, que no consuele.

IV

Somos hombres que viven.
Nos decimos vivientes.
Somos vanas figuras,
tapadas y solemnes.

Y todos escondemos
el temor que nos hiere.
Cada cual, su secreto,
su miseria, su peste.

Nuestro sueño guardamos,
con los ojos ardientes.
Cada cual en su pecho,
lo más hondo que puede.

EL INUTIL

I

El inútil sabe
que el mundo se nutre
de angustia y engaño,
que todo es inútil.

El inútil busca,
se tiende de bruces;
yergue silencioso
su pesada lumbre.

Con sus dedos tristes
su mirada cubre;
gime solitario;
va tras un perfume.

Va tras la cerrada
flor que lo produce;
silencioso yergue
sus manos inútiles.

II

Por los cielos cruzan
lunas, soles, nubes.
Van pasando mayos,
eneros y octubres.

El inútil mira
los cielos azules,
y los negros cielos,
y las altas cumbres.

Y las cumbres ciegas,
y los valles dulces.
Todo lo contempla,
por amarlo sufre.

Es él quien más ama.
Nadie le pregunte.
Marcha silencioso
tras su pesadumbre.

Carlos Salomón.
SANTANDER (España).



AGUSTIN DE PEDRAYES, EL MATEMATICO ESPAÑOL MAS ILUSTRE DEL SIGLO XVIII

POR

RAMON CRESPO PEREIRA

Hace algún tiempo, en una obra sobre el gran matemático alemán Carlos Federico Gauss, me tropecé con una referencia al matemático español Agustín de Pedrayes. Sorprendido por esta cita inesperada—nunca había oído hablar de tal matemático—, hice averiguaciones, en la biblioteca del Instituto Jorge Juan de Matemáticas, sobre Pedrayes. Grandemente aumentó mi asombro cuando me encontré con que no había la más ligera referencia acerca de tal matemático. Que Pedrayes tiene interés se verá por lo que va a seguir. De momento, el hecho de que el inaccesible Gauss, en carta a Schumacher, responda a una pregunta de éste sobre el problema de Pedrayes, es suficiente para suscitar nuestra atención. Gauss era hermético y no solía hacer declaraciones sobre temas tratados por otros. Pero el hecho de que se tomara, además, algún tiempo antes de contestar, y que al hacerlo manifestara que no podía responder aún categóricamente y que acaso los trabajos suyos sobre las funciones elípticas, permitirían decidir acerca del problema, suscitó mi alerta mental. Por un lado, téngase muy presente que Gauss es uno de los genios matemáticos más portentosos que registra la Historia. Por otro, hay que considerar que Gauss se expresa de tal guisa en plena madurez, es decir, cuando está en las mejores condiciones para interesarse de verdad por los problemas más importantes de la matemática de aquel período.

En vista de eso, interpelé al director del Instituto Jorge Juan, don Tomás R. Bachiller, erudito y culto como hay pocos, en busca de datos sobre el tema. Pero cuál no sería mi sorpresa al saber que este señor estaba falto de noticias sobre Pedrayes. En la biblioteca general del Consejo de Investigaciones Científicas tampoco puede allegar ningún detalle ni la más pequeña referencia. El diccionario enciclopédico *Espasa* guardaba, asimismo, absoluto silencio sobre Pedrayes.

Casi desesperaba ya de encontrar datos sobre el matemático español, indudablemente olvidado, cuando en la Biblioteca Na-

cional de Madrid pude tener, por fin, entre mis manos un libro de Pedrayes. Se trata de un ejemplar impreso en Madrid en 1805, en la Imprenta de la Administración del Real Arbitrio de Beneficencia. Su título reza así: *Opúsculo primero. Solución del problema propuesto el año 1797, dada a luz por una asociación literaria.* Imagine el lector con qué afán me sumergí en la lectura del libro. Comienza el escrito con una súplica de los suscriptores (ya veremos quiénes eran estos señores) para que el trono español permitiera la impresión del opúsculo. Tal súplica está dirigida al excelentísimo señor don Pedro Cevallos, primer secretario de Estado de Su Majestad Católica. Entre otras cosas, puede leerse: "El profundo reconocimiento al Rey nuestro señor, al excelentísimo señor Príncipe de la Paz y a V. E. mismo por la singular protección que nos ha dispensado para llevar a efecto la publicación del contenido de este escrito y la Real munificencia con que han sostenido a su autor, aquí y en París, en desempeño de sus honrosas comisiones y trabajos literarios, nos imponen la más estrecha y gustosa obligación de dar un testimonio de nuestra eterna gratitud..." Sigue una noticia histórica, en la que se explican los medios de que se valieron algunos amigos de Pedrayes "para que no quedasen sepultados en un eterno olvido ciertos adelantamientos suyos importantes en las Matemáticas". Se propone la formación de una "asociación de sujetos apreciadores de las ciencias", que hagan una suscripción para imprimir los trabajos de Pedrayes. Según parece, el éxito de la empresa es inmediato. Aparte de la Real Sociedad de Amigos del País, de Asturias y del Real Instituto de Gijón, participan en la suscripción 55 señores y señoras, entre los que figuran: el Duque de Osuna, Jovellanos, el Marqués de Villena, el Marqués de Villafranca, el Marqués de la Romana, Porlier, la Condesa de Lalaing, el Conde de Marcel de Peñalva, etc. Por esta noticia llegamos, además, a saber algo acerca del carácter del matemático. En efecto, puede leerse: "... teniendo bien conocido el carácter del autor, que, aunque con un genio sobradamente inclinado a las Matemáticas, tanto como estudia para saber, otro tanto repugna el escribir para hacer papel y adquirir fama y nombradía."

La lectura de este libro de Pedrayes me permitió así ponerme en contacto con la obra de un gran matemático español casi olvidado. Pero este opúsculo resultaba de todo punto insuficiente para calar en el pensamiento del autor. Pedrayes remitía a un segundo opúsculo, que en la Biblioteca Nacional no figuraba. De todos modos, realizando verdaderos esfuerzos, conseguí penetrar

en la marcha general de las ideas del matemático. Fruto de tal actividad interpretativa fué el artículo que publiqué en la *Gaceta Matemática*, tomo IV, número 5, Madrid, 1952, que lleva por título *Sobre el problema de Pedrayes*. Pero a todo esto, seguía ignorando los datos más importantes sobre el matemático español. Hasta que tuve la fortuna de que mi buen amigo don Teófilo Martín Escobar, director de la Escuela de Peritos de Gijón, me enviase un trabajo original de don Javier Rubio Vidal, discurso leído por el autor en el acto de su recepción académica el día 20 de diciembre de 1950, titulado *Un matemático asturiano casi olvidado*: *Agustín de Pedrayes*, Oviedo, 1951, *Instituto de Estudios Asturianos*. Esta obra, excelente en todos sentidos, y que leí con sumo interés, pudo aclararme muchos de los problemas históricos que se me habían planteado al ocuparme de Pedrayes.

* * *

He aquí, resumidamente, los datos más importantes de la vida de nuestro matemático:

Nace en Lastres (Asturias) el 28 de agosto de 1744. Su padre era médico. Realiza sus estudios superiores en Santiago de Compostela. Estudia Filosofía y Jurisprudencia, y obtiene el título de bachiller en la Facultad de Teología. Pero antes de concluir sus estudios de Jurisprudencia se siente atraído por las Matemáticas. Decide estudiar esta ciencia. En poco tiempo se pone al corriente de ella. En julio de 1769 fué nombrado maestro de la Real Casa de Caballeros Pajes del Rey. Sabemos que poseía dotes pedagógicas, y que su exposición era clara y brillante. Tenía amplios conocimientos de otras ciencias: dominaba la mecánica, la geodesia, la mineralogía... Ya en Madrid, iniciada su vida docente, se dispuso a completar su formación matemática. Claro que sólo pudo ponerse en contacto con la producción extranjera dentro de ciertos límites. Tengamos presente que por entonces era la Revolución francesa, y que en España, a fin de impedir la introducción de las ideas revolucionarias, existía censura de libros. Puede decirse que Pedrayes vivió muchos años aislado de la bibliografía matemática. Este es un dato que hay que subrayar. Pues gran parte de los trabajos originales de Pedrayes están elaborados con una información deficiente acerca de las investigaciones realizadas por otros matemáticos de su tiempo. En 1786, por fusión de la Real Casa de Caballeros Pajes del Rey con el Seminario de Nobles, pasa a ser en éste profesor de Matemáticas.

Actividad que posteriormente le fué grandemente favorable, porque entonces se puso en relación con la nobleza española, la que luego le había de ayudar en sus trabajos, costeando la impresión de su opúsculo. Según cita Vidal, que a su vez lo toma del P. Gaspar Alvarez, "Es este Real Seminario o Casa Real, Escuela general o Universidad, donde se cría la Nobleza de España en Virtud, Letras y Policía; salen adiestrados en todas aquellas habilidades que son propias de la Nobleza y en aquellos estudios que les pueden pertenecer, así por ornamento de su sangre como por los altos ministerios y gloriosos empleos a que desde que son les ha destinado el mismo nacimiento. A este fin, ninguna Facultad más útil, cuando no diga más necesaria, que la aplicación de las Matemáticas" (*Euclides, Elementos geométricos,* por el padre Gaspar Alvarez, del Real Seminario de Nobles. Madrid, 1739).

Pedrayes pasa veintiún años dedicado, sin interrupción, a la enseñanza de la Matemática. En todo este tiempo no deja, además, de consagrarse a una constante, intensa y prolongada labor investigadora. Como consecuencia, su salud se quebranta. Tan agotado estaba, que una real orden de fecha 10 de noviembre de 1790 le concede licencia por enfermo, permitiéndole residir donde le plazca, con el goce del sueldo de doce mil reales de vellón anuales y de cuatro reales diarios para casa. Pedrayes, entonces, se retira a Lastres, su pueblo natal, donde la vida sosegada y los cuidados y desvelos de su anciana madre le van devolviendo la salud.

Durante el retiro por enfermedad, que dura cinco años, frecuenta el trato y amistad de Jovellanos, como lo atestiguan las repetidas menciones que éste hace de Pedrayes en sus *Diarios* (véase en el trabajo de Vidal antes citado el documento número 4, *Transcripción literal y ordenada de las frases relativas a don Agustín de Pedrayes contenidas en los "Diarios" de don Gaspar Melchor de Jovellanos* (1790-1801). Edición a cargo del Real Instituto de Jovellanos, de Gijón. Madrid, 1915. El martes 27 de mayo de 1794 puede leerse:

"Tiempo crudo; agua y frío. Viene Pedrayes; opina decididamente que el Algebra debe preceder a la Geometría; recomienda el *Curso de M. La Caille* como el mejor. El tomo I de su obra contiene los mejores elementos de Matemáticas puras; dice que basta una buena traducción; propóngole que se establezca en Gijón; le indico que tendrá alguna ayuda de costa. Mis deseos son formar principios de una Academia, para cuando vayan saliendo nuestros jóvenes de la enseñanza elemental del Instituto empeñarlos en los estudios sublimes y emplearlos en la aplicación de las verdades

útiles. Muestra dificultad en asentir: primero, por su madre, único objeto de su residencia en Asturias; segundo, por su dependencia de la Corte; tercero, por su amor a la libertad; cuarto, por su deseo de volver a Madrid cuando el amor a su madre (de setenta y ocho años) no le detenga. Recurro a todo: que puede traer a su madre, o, dejándola allá, verla con frecuencia; que antes asegurará el favor de la Corte, encargándome yo de autorizar su resolución por medio del señor Valdés; que tendrá la misma libertad que en Lastres, pues que no se le impondrá ningún cargo ni sujeción; que la tendrá de volver a Madrid, aunque las circunstancias tienen pocos atractivos. Responde ya con perplejidad..."

Es por este año de 1794 cuando empieza a hablarse del *Programa*. Lemaur hace de él grandes elogios. Dicho *Programa* atrae asimismo la atención de Campomanes, y se imprime en 1796. En Berlín y en París se reparten primero cien ejemplares. Luego se editan cuatrocientos más, que se reparten y distribuyen por toda España. En este *Programa* se plantea un problema sobre la integración de una cierta y complicada ecuación diferencial "para asegurarse de la novedad del método ideado por el autor", y porque Pedrayes no se decidía "a publicar como nuevo lo que no lo fuese". Creo que vale la pena de copiar parte del preámbulo de este citado documento, el cual figura en el trabajo de Vidal, porque expresa mucho sobre Pedrayes y el ambiente espiritual y cultural de España en aquel momento. El precitado *Programa* empieza así:

"Se desea saber si por alguno de los muchos métodos descubiertos después de la invención del cálculo diferencial se puede resolver el problema que aquí se propone; también si algún geómetra se ha ocupado en investigaciones de esta naturaleza, resolviendo otros semejantes, y deduciendo de su método teoremas que conduzcan al adelantamiento de la Geometría superior, pues habiéndose hallado hace dieciséis años un método para resolver este problema y cualquiera de la misma clase que puedan proponerse con cierta mira, que no es de pura curiosidad, ni dirigida a una vana ostentación de ingenio, no ha sacado su autor de ninguna de las obras matemáticas que ha visto principio que le encaminase a su idea; pero como esta circunstancia no es suficiente para calificarle por nuevo, la solución del problema manifestará el juicio que deba formarse. De este modo, los grandes geómetras Newton y Leibniz demostraron ser los primeros inventores del cálculo diferencial o método de las fluxiones; y los problemas compuestos en aquella época con dificultad podrían resolverse sino por el mismo cálculo.

"Los métodos matemáticos, que son las fuentes de todos los des-

cubrimientos hechos en estas ciencias, por lo común han debido su origen a la resolución de problemas particulares. Esta verdad es conocida de todos los inteligentes: es cosa sabida que los problemas isoperimétricos fueron el origen del cálculo de las variaciones. Otros muchos métodos que son conocidos en la Geometría superior tuvieron su principio de la resolución de problemas particulares, y después se han generalizado. Lo mismo se podría demostrar en otros ejemplos si se comparasen con un riguroso examen las cosas inventadas.

"No es el ánimo del inventor de este método embarazar ni fatigar con el problema que propone los ingenios de los grandes matemáticos, cuyos talentos respeta como es justo; antes al contrario, está persuadido que muchos podrán tal vez por el mismo método, o por otro más ingenioso, llegar a su solución. Solamente asegura como cosa certísima que no ha hallado en ninguna obra matemática la serie de combinaciones que le constituyen; añadiendo que los problemas se van complicando gradualmente hasta un cierto término, de manera que, aunque dentro de este término es infinito el número de problemas que están al alcance del método, si se pasa es mucho mayor el número de los que no pueden resolverse. Así, su generalidad está circunscrita por ciertos límites... Esto a todos interesa y no debe excitar los celos de ninguno."

A continuación sigue la expresión en símbolos matemáticos del problema propuesto, que paso por alto, remitiendo a quien sienta interés por el asunto a mi trabajo de la *Gaceta Matemática* arriba citado, o, naturalmente, a la misma obra de Pedrayes que se encuentra en la Biblioteca Nacional de Madrid.

El viernes 19 de agosto de 1796, Jovellanos inserta en su *Diario:* "... Proyecto de suscripción en favor de Pedrayes sobre descubrimiento de un método para resolver todas las ecuaciones de cualquier grado; me lo comunica Ramoncito Angulo; hoy le respondo. El obispo suscribe con mil reales; el Instituto, con 500; yo, con otro tanto..." El importe total de la suscripción alcanzó a los treinta mil reales de vellón. Pero el *Programa,* sin embargo, no contiene nada sobre resolución de ecuaciones algebraicas. Sólo la propuesta de la resolución de la ecuación diferencial a que me he referido anteriormente. Para sumergir al lector en el ambiente intelectual de la época y ponerle en debidos antecedentes sobre el citado *Programa,* voy a citar textualmente las partes más interesantes de la *Noticia histórica* que encabeza al *Opúsculo primero,* referido al principio de este artículo. Dice así:

"Cuando algunos amigos del autor del *Problema* nos juntamos

a tratar el medio de que nos valdríamos para que no quedasen sepultados en un eterno olvido ciertos adelantamientos suyos importantes en las Matemáticas..., determinamos que don Agustín de Pedrayes (así se llama el autor) propusiese un problema resoluble por su método, para asegurarnos de que éste era nuevo, si nadie lo resolvía, como se ha verificado.

"Pero teniendo bien conocido el carácter del autor, que con un genio sobradamente inclinado a las Matemáticas, tanto como estudia para saber, otro tanto repugna el escribir para hacer papel, y adquirir fama y nombradía, previmos la resistencia que había de oponer a nuestros pensamientos, y, por lo mismo, le ocultamos el plan trazado hasta el tiempo en que ya no tenía arbitrio para excusarse, y en que debía ceder forzosamente a nuestras instancias... Entonces fué cuando dispusimos, con la protección del Gobierno, hacer públicos los adelantamientos del señor Pedrayes en las Matemáticas, quien, con los auxilios de los calculadores que le proporcionaba el fondo de la suscripción, se animó por fin a emprender una obra que le hubiera sido imposible concluir por sí sólo, a pesar de los mejores deseos. Exigió de nosotros una sola condición: conviene, a saber: que no había de tener a su cargo sino una parte puramente geométrica o analítica, cuya responsabilidad tomaba sobre sí enteramente; pero todo lo demás que fuera necesario para conducir la empresa a su término había de quedar a cargo de la Asociación.

"En consecuencia de esto, solicitamos la protección del excelentísimo señor Príncipe de la Paz, que en aquella época tenía a su cargo el Ministerio de Estado, y hallamos en S. E. un tan decidido protector de nuestra empresa, que desde aquel tiempo debe mirarse, y ha sido realmente conducido bajo los auspicios de S. M. y de su Gobierno de Estado. Penetrados del más vivo reconocimiento publicamos esto... Su Majestad Católica, para estimular a los sabios que gusten en hallar la solución de este problema, encargó al marqués del Campo, su embajador en París, propusiera un premio de cincuenta luises de oro al primero que, según el juicio del Instituto Nacional de Francia, presentase la solución del mencionado problema. La Real Academia de Berlín hizo su publicación, y propuso el premio de cincuenta federicos de oro... M. Marian, secretario perpetuo de aquella Academia, recibió una sola Memoria dirigida allí, en cuyo sobre se leía: "A Mr. Pedrayes, Professeur de Mathématiques à Madrid", y la entregó al excelentísimo señor marqués de Muzquiz, ministro de S. M. Católica en Berlín... Estaba encargado el señor Pedrayes por nuestro Gobierno de presen-

tar al Instituto Nacional de Francia todas las Memorias aspirantes al premio que se le enviasen desde Berlín o Madrid, así como la solución dada por él mismo del problema propuesto, a fin de que, comparadas entre sí, pudiera juzgarse cuál desempeñaba las condiciones del problema y merecía el premio.

"Finalizado ya el término último que se prefijó para España, no habiendo concurrido ninguno, sino el que dirigió la sobredicha a Berlín, presentó al Instituto Nacional el señor Pedrayes la suya, juntamente con la solución que le había remitido nuestro embajador en Berlín, cerrada y sellada. Nombró el Instituto cinco Comisarios para el examen y decisión de este asunto."

Un oficio de Delambre, secretario perpetuo de la clase de ciencias físicas y matemáticas, comunica: "La Memoria señalada con el número 1, que vino de Berlín, ha sido examinada cuidadosamente, y todos los comisionados unánimes fueron de dictamen que de ningún modo satisfacía la cuestión propuesta, por lo que no ha podido la Comisión hacer su informe al Instituto, y adjudicar a su autor el premio señalado; pues por lo que mira a los dos escritos entregados por el señor Pedrayes, no aspirando él al premio, como lo había declarado, tampoco debía hacer público su juicio."

Pedrayes permanece en París hasta primeros de octubre de 1800, "en cuyo tiempo tuvo la satisfacción de que ninguno de los individuos nombrados para el examen de su solución le pusiese reparo alguno ni dificultad sobre ella".

De vuelta en Madrid se le concede, en 2 de marzo de 1801, una ayuda de mil reales de vellón mensuales, con cargo a la renta de Correos, para sufragar los gastos de calculadores y escribientes, necesarios en sus trabajos matemáticos.

Pero la invasión de los franceses perturba gravemente las investigaciones del matemático. Deja de percibir su sueldo y la ayuda destinada a facilitar sus trabajos. Acuciado por la más estricta necesidad, dirige al Poder usurpador una solicitud para que se le paguen los haberes de profesor jubilado. He aquí el texto del documento núm. 14 del trabajo de Vidal relativo a este asunto. Dice así: "Número 2.909 del Registro del Archivo General del Palacio. Día 21 de mayo de 1810. = D. Agustín Pedrayes dice que disfrutaba anualmente el sueldo de 13.460 reales que no percibe desde mayo de 1808, y que tampoco ha cobrado dos mil reales de los meses de agosto y setiembre del mismo año, por la pensión de doce mil que se le señaló en Correos. Pide socorro a su necesidad. = (Al

margen): En 28 de mayo se pasó oficio a la Hacienda para que se le socorriese con dos mil reales."

Pero esto llama la atención sobre su persona, la cual, después de algunas investigaciones policíacas, es juzgada *peligrosa*. Para evitar el encarcelamiento huye—enfermo y achacoso—, y consigue llegar a Cádiz. Aquí eleva una instancia a la Regencia para aclarar su situación. Su solicitud fué atendida, y en razón "a los talentos matemáticos y deplorable estado de salud", la Regencia del Reino le concede los doce mil reales que tenía que percibir como jubilado.

Regresa a poco a Madrid. La soldadesca invasora había destruído los legajos que se guardaban en el Archivo del Observatorio Astronómico, entre los que figuraban los materiales, reunidos con tanto trabajo, para el *Opúsculo segundo* de su obra. Da pena pensar en los últimos años de la vida de Pedrayes y la terrible suerte que corrieron sus trabajos. Así, no es de extrañar que el pasado haya dejado tan pocos documentos sobre el sabio español. Aparte de los manuscritos que fueron quemados por los soldados de Napoleón, otros libros y documentos de Pedrayes que se conservaban en el Alcázar de Segovia quedaron destruídos en el incendio del mismo. Incluso es probable que datos inéditos conservados en la Universidad de Oviedo fueran arrasados en octubre de 1934. De aquí que sean tan dignos de los máximos elogios los desvelos de Vidal por sacar del triste olvido en que yacían los trabajos de tan gran matemático asturiano, gloria de España.

Muere Pedrayes en Madrid, totalmente abandonado y en plena oscuridad, el 26 de febrero de 1815.

Las obras de Pedrayes de que se tiene noticia, aunque no todas se conserven, aparte del mencionado *Opúsculo primero*, son las siguientes:

1. *Nuevo y universal methodo de quadraturas determinadas.* Madrid, 1777, 5 hojas y 279 págs.

2. *Programa y problema.* Madrid, 1797. Tipografía Regia. En latín y español, 12 págs.

3. *Tratado de mathematicas.* París, 1799.

Además de los trabajos que hemos referido, Pedrayes se ocupó de otros asuntos. En 12 de septiembre de 1798 fué designado por real orden para asistir en París a las tareas del Instituto Nacional, encaminadas a fijar los fundamentos de los nuevos pesos y medidas. Durante el tiempo de su ausencia en el extranjero siguió percibiendo sus emolumentos; pero no recibió socorro alguno para su viaje y estancia fuera del Reino. Esto dice mucho y bueno acerca

del carácter generoso y científico de Pedrayes. A los debates del Instituto asistieron matemáticos y físicos importantes; entre ellos figuraban Lagrange, Laplace, Delambre, Coulomb, Mascheroni, etcétera. Como puede verse, todos hombres de primera fila en la ciencia universal. Las intervenciones de Pedrayes fueron escuchadas con gran atención por todos ellos. En París conocían a nuestro compatriota, y le dedicaban los títulos de "geómetra insigne" y "sabio español".

Durante su estancia en la capital francesa, Lenoir construyó un aparato comparador ideado por Pedrayes. Con este instrumento se pueden medir todas las longitudes, desde una línea hasta 37 pulgadas de la toesa de Francia, con la diferencia de una milésima de línea. (Véase, para más detalles, el trabajo de Vidal.)

* * *

Hasta aquí, como puede ver el lector, los datos relativos a nuestro olvidado compatriota. Cabe ahora hacer una recapitulación y enfocar el problema estimativo. Indudablemente, Pedrayes fué un hombre de mérito. Sus trabajos, sus problemas matemáticos, lo atestiguan. Ahora bien: Pedrayes ofrece uno de los numerosos casos que registra la historia de un científico que dedicó su vida a la ciencia, pero cuyos métodos y teorías, por causas ajenas a su valer, han sido desbordados por la ciencia posterior. El hecho de que no puedan señalarse caminos de la ciencia actual abiertos por Pedrayes, que éste no dejase su impronta en algún método o alguna teoría actuales, no quiere decir nada contra el talento de nuestro ilustre matemático del siglo XVIII. Lo que caracteriza al saber científico no es propiamente la realización o el logro; es más bien la tendencia, la orientación. Uno de los mayores genios matemáticos de todos los tiempos, Carlos Federico Gauss, en carta a Bolyai (septiembre de 1808), dice: "En realidad, no es el *saber*, sino el *aprender*; no es la *posesión*, sino el *adquirir*; no el *estar ahí*, sino el *llegar a* lo que proporciona el mayor gozo. Cuando yo he agotado un tema que he puesto completamente en claro, me desintereso de él para sumergirme otra vez con gusto en la oscuridad."

Pedrayes fué, pues, un gran matemático, porque vivió toda su vida dedicado a problemas que inquietaban al mundo científico de la época. Pruébalo que el mismo Gauss se interesase por el asunto, y que por el tiempo en que trabajaba Pedrayes no hubiese llegado todavía a poner en claro las dificultades que permitirían desvelar el problema. También nuestro matemático creyó haber en-

contrado un método general para resolver todas las ecuaciones algebraicas. El viernes 23 de septiembre de 1796, en los *Diarios* de Jovellanos puede leerse: "... programa de Pedrayes, sobre un método nuevo descubierto por él para resolver todas las ecuaciones de cualquier grado. Se propondrá a todas las Academias, ofreciendo un premio de cien doblones al que le atinare..." En descargo de esta ilusión sufrida por Pedrayes, conviene recordar no sólo el aislamiento en que vivía, sino que años después incurrió en el mismo error un gran matemático noruego: Abel. Aunque éste pudo rectificar a tiempo. Como es sabido, Abel nació el 5 de agosto de 1802. Uno de los problemas matemáticos que más le inquietaron al comienzo de su vida fué justamente la resolución de la ecuación general de quinto grado, en vista, entre otras razones, del fracaso de los matemáticos, que no lograban dar con el método adecuado. Llegó un momento en que Abel creyó haber dado, por fin, con un procedimiento, que se apresuró a remitir al matemático más entendido de Dinamarca. Afortunadamente, el trabajo fué devuelto a Abel, a fin de que aclarase ciertos detalles, y sin un juicio sobre el método. En este intervalo, Abel había encontrado una laguna en sus razonamientos, la cual le impulsó a dudar de la posibilidad de la solución algebraica. Poco después consiguió demostrar que es imposible una solución algebraica de la ecuación quíntica general.

Pero no solamente Abel; también Galois incurrió en el mismo error. Hacia 1827—tenía entonces dieciséis años—, ignorante de la demostración de imposibilidad de Abel, *creyó* Galois que había resuelto la ecuación de quinto grado. Claro que duró poco este espejismo. (Ya se sabe que luego dedicó gran parte de su cortísima vida a los trabajos algebraicos, que le han inmortalizado.)

En lo que se refiere a los métodos de integración de Pedrayes, debemos confesar que carecía de instrumentos adecuados en el terreno funcional. Pero téngase muy presente que los trabajos decisivos sobre el asunto fueron publicados al final, o mucho después, de la vida de Pedrayes.

Aunque Pedrayes no haya legado a la posteridad métodos prácticos y potentes, aunque sus trabajos sean defectuosos o insuficientes, supo situarse en la corriente matemática europea de la época, supo plantear problemas que intentó resolver derrochando ingenio y sirviéndose de métodos poco adecuados. Pero es indudable que el resto de los matemáticos europeos que se ocupaban con las mismas cuestiones, tampoco supieron dar cabal solución al problema que Pedrayes propuso. Sólo años después, y gracias al genio de

los mayores talentos y a una colaboración científica intensa, se pudieron aclarar las penumbras que rodeaban a tan difíciles problemas. No creo, por tanto, pecar de exageración si estimo que Pedrayes fué el matemático español más ilustre del siglo XVIII.

Ramón Crespo Pereira.
Fernando el Católico, 28.
MADRID.



LA FILOSOFIA HISPANOAMERICANA Y SU RITMO ASINCRONICO

POR

JOSE PERDOMO GARCIA

El pensamiento filosófico se desenvuelve en la Historia siguiendo una trayectoria continua, pero no invariablemente uniforme. El curso de la filosofía a través del tiempo sigue en todo momento una línea sinuosa, en la que no hay trazos discontinuos, pero sí depresiones y cimas. La actividad del filosofar es un quehacer incesante que no tiene interrupciones, pero que está sujeta a alteraciones. Tiene, sí, un comienzo en la Historia, tan pronto se alcanza cierto grado de madurez especulativa, y un fin, tan pronto desaparece el complejo repertorio de circunstancias que hacen posible el mismo filosofar; pero la actividad filosófica no se agota ni se destruye por completo desde el momento que se ha iniciado. Lo difícil, lo tremendamente trágico en la historia del hombre, es el comienzo del filosofar; pero apenas iniciado el proceso, difícil es detenerse. Se filosofa entonces muchas veces por inercia. Hay cierta proclividad a seguir filosofando, a no pararse en el camino de la especulación. El curso de la filosofía se asemeja entonces al de una corriente incesante y permanente, en eterno movimiento. Se filosofa todas las horas, todos los días, todas las épocas. Aunque la actividad del filosofar nada tenga que ver funcionalmente con el tiempo, en medio de sus coordenadas se produce y tiene lugar. La trayectoria de la filosofía fluye con continuidad, arrastrando doctrinas, teorías, sistemas, nuevos puntos de vista, nuevas concepciones. Los contenidos de esta actividad filosófica incesante son los que se decantan y sedimentan, mientras la corriente del filosofar sigue su curso constante. La historia de la filosofía se presenta así en una perspectiva estática, como la superposición histórica de distintas capas de pensamiento, y en una perspectiva dinámica, como el curso fluyente de una actividad pensante. Ahora bien: los estratos de esas diversas capas no son totalmente extraños y ajenos los unos a los otros. Hay entre ellos cierta conexión, cierta relación. En el curso de la filosofía hay estratos que pierden su actualidad, que se desgastan al perder validez para un mo-

mento histórico determinado, y estratos que mantienen y conservan durante mucho tiempo su vigencia. Sobre el cauce de estas sedimentaciones filosóficas, estratificadas en el transcurso de los tiempos, sigue moviéndose la corriente de la actividad filosófica. Los sistemas y concepciones siguen encadenándose unos en otros, enlazándose por nexos profundos y no casuales. Cada sistema tiene su explicación en unos supuestos teóricos que dan sentido a su aparición en el tiempo, y, a su vez, es punto de arranque de un repertorio de consecuencias y resultados que posibilitan nuevas doctrinas. La suerte y el destino de estas conexiones no se sujetan a ninguna ley ni a ningún orden mecánico; pero acontecen con un ritmo y una consecuencia no totalmente dejadas al azar.

En la trayectoria histórica de todo pensamiento filosófico hay siempre un ritmo de sucesión, un ritmo de engarce entre las distintas corrientes y tendencias ideológicas que van aflorando a un primer plano. Este acontecer no desordenado de la filosofía viene manifiesto en el orden que regula la aparición y el eclipse de los sistemas de pensamiento, su momentánea actualidad o declinación, el encadenamiento y trabazón de unas escuelas con otras. La historia de cualquier filosofía acontece con cierto orden y medida. Recuérdese si no la máxima platónica que definía la filosofía como la música más excelsa. No está de más precisar que se trata de una música terrenal y no de mera música celestial. Postular este sentido rítmico de la trayectoria de toda actividad filosófica no quiere decir que la filosofía esté sujeta al determinismo fatalmente riguroso de unos ciclos y períodos que siempre deben cumplirse. La especulación filosófica escapa a toda determinación rígida e inmutable; pero no por ello deja de sentir los efectos de las circunstancias tempóreas y espaciales, en cuyo marco aparece. En el ritmo de toda filosofía tiene cierta intervención la particular propensión o idiosincrasia de la comunidad racial en la que se da tal filosofía, así como la mayor o menor idoneidad de la lengua o instrumento expresivo en la que se vierte el pensamiento. Ese ritmo presente en la trayectoria de la filosofía nunca es previsible ni determinable rigurosamente, si con esa previsibilidad y determinación queremos entender una fijación exacta, casi geométrica, de la trayectoria futurible de una concreta dirección de pensamiento. Pero nos es tangible en la visión panorámica del curso de la filosofía en un área geográfica concreta o en un espacio de tiempo determinado. Presentimos ese acontecer rítmico de la filosofía en el curso irregularmente continuado de la actividad filosó-

fica. En toda trayectoria filosófica se van sucediendo los momentos de intensidad, de máximo despliegue y desarrollo, con las épocas apagadas y oscuras. Si quisiéramos representar gráficamente el derrotero de esta trayectoria, tendríamos que recurrir a una sinusoide con altibajos, donde las cimas se presentan asimétricamente espaciadas y con largos períodos, en los que las ondas aparecen muy amortiguadas. El sentido rítmico de toda evolución filosófica se nos hace patente si consideramos que determinadas ideas surgen y desaparecen, nacen y mueren, determinándose las apariciones y desapariciones por unas circunstancias precisas que posibilitan esos cambios y alteraciones. Esas circunstancias son de muy diversos géneros; pero no podemos entrar, por el momento, en su registro. Baste indicar que en el devenir de estas circunstancias hay oscilaciones y balanceos que repercuten en la marcha de las ideas, actualizándose unos temas más que otros en determinados momentos, acentuándose la importancia de un particular punto de vista, encauzándose toda la actividad filosófica en una peculiar y concreta dirección. Estas variaciones se suceden y registran con un compás y un paso en cierto modo rítmicos.

Ese ritmo no es del todo extraño ni ajeno al mismo proceso de creación de la filosofía. El mismo acto del filosofar es un ciclo rítmico que guarda cierto orden y correlación con la propia existencia del que filosofa. En el caso del ritmo de la filosofía, esta medida, este compás a que se sujeta la sucesión de los sistemas filosóficos, es intrínseca a la misma consistencia y naturaleza de esos sistemas. De esta forma, el idealismo platónico se contrapone en el curso de los tiempos en un fenómeno de balanceo histórico: el realismo aristotélico, el materialismo atomista de la antigüedad es suplantado por una reacción espiritualista de base moral. Las manifestaciones de estos fenómenos en la Edad Moderna se ponen de relieve en el curso del racionalismo al positivismo, del positivismo al existencialismo. La filosofía acontece, por consiguiente, históricamente con un ritmo dialéctico. La historia de la filosofía, en general, se desenvuelve dialécticamente entre posiciones polarmente extremas. Pero no es a este sentido dialéctico al que nos referimos cuando hablamos del ritmo de la filosofía. El fenómeno que analizamos es más circunscrito y limitado. Estudiamos el sentido rítmico de la filosofía peculiar de un momento histórico o de una comunidad concreta, no el curso dialéctico de la filosofía en general. Nuestra investigación se centra en una órbita más reducida; nos ceñimos al círculo estrecho de la evolución de la filosofía en un conjunto de pueblos determinados. Las circunstancias que ex-

plican la resonancia de una dirección de pensamiento de un pueblo en otro, y precisamente en ese pueblo y en ese momento concreto, no son, por lo general, enteramente fortuitas y casuales. La repercusión de un sistema de pensamiento en un lugar concreto tiene siempre un sentido muy caracterizado. En esos encadenamientos de ideas hay una profunda y honda implicación internas.

El que la filosofía, además de un comportamiento dialéctico, tenga un ritmo, no quiere decir que su desenvolvimiento esté sometido a un proceso de ciclos uniformes y sincronizados. El curso que sigue la trayectoria de la filosofía en un país no corre por un cauce continuo descomponible en partes iguales. La filosofía no se da históricamente en intervalos medidos, no se despliega en el tiempo por períodos cíclicos. El acontecer de la filosofía no se sujeta a un rígido proceso mecánico. Quiere decir simplemente que la sucesión de las ideas no se verifica de un modo absolutamente indeterminado y ciego. En la concatenación de las distintas tendencias, de los diversos sistemas filosóficos, hay cierta consecuencia, una cierta coherencia interna; en cierto modo, está establecida esa ilación con logicidad. Nada adviene ni acontece en el orden de las ideas por azar caprichoso. La afirmación del ritmo en la filosofía sólo postula que la trayectoria de la filosofía en un pueblo sigue unos derroteros característicos.

Lo típico del acontecer rítmico de la filosofía en un pueblo es que el sistema de doctrinas y concepciones peculiares de ese pueblo se ha acomodado e incorporado de un modo tan orgánico a ese ritmo y orden, que casi puede decirse que ese repertorio de ideas se presenta como una manifestación vital más de la existencia histórica de ese pueblo. El ritmo particular de esa trayectoria define así, en cierta manera, el particular ser de esa continuidad. La continuidad entre ritmo, pensamiento y naturaleza se presenta entonces, hasta cierto punto, como un fenómeno lógico. El pensamiento de un pueblo define su naturaleza espiritual, y, a su vez, el pensamiento es definido por el ritmo y por sus contenidos. El ritmo de la filosofía, fundido en la índole de los temas y tendencias filosóficas, está siempre restringido y condicionado por estos contenidos de la filosofía. La estructura del acontecer filosófico de un pueblo viene determinada por la índole de las particulares concepciones y teorías hacia las que propende. Ello quiere decir que la trayectoria filosófica de un pueblo puede representarse bajo dos formas: de un modo discontinuo, aislando un momento sobre un marco de doctrinas y sistemas del que se destaca, o de una manera continua, en íntima relación con el cauce ambiental por el que dis-

curre. Una u otra representación será más o menos idónea según la propensión discontinua o continua de esa filosofía.

Cuando caracterizamos la filosofía hispanoamericana en función de un cierto ritmo, no abordamos el estudio del sentido de esa filosofía en términos vagos y generales, sino que examinamos la cuestión en los términos de la mayor precisión y del más completo rigor. No se trata tampoco de una tesis sustentada a la ligera, sino que, por el contrario, viene ejemplificada por determinados fenómenos de paralelismo y extemporaneidad ideológica. Claro está que, a través de esta caracterización de la filosofía hispanoamericana en su historia, a lo más que llegamos es a destacar sus caracteres primordiales, los rasgos más acusados y arraigados del perfil de esa filosofía. Ello nos permite reconocer, en el curso histórico de esa filosofía, la permanencia de determinados caracteres constantes y perdurables, que permiten su mejor determinación.

Conviene sentar de paso que las circunstancias que concurren en el desenvolvimiento de la filosofía hispanoamericana no son totalmente insólitas y extrañas en relación a las que se dan en el curso de la filosofía española. En uno y otro caso se trata de un pensamiento en lengua castellana. El troquel de las formas expresivas del lenguaje impone, al menos, en el caso de la filosofía, quiérase o no, una inicial homogeneidad de estilos y formas de pensar. La filosofía se vierte siempre en una lengua; pero esta lengua, en cierto modo, hace la filosofía. Las palabras tienen en ella una carga conceptual ya establecida. La filosofía, en su radical intento por precisar y hacer luz en la oscuridad de las cosas, tiene que contar previamente con el depósito de significaciones contenidas en esa lengua, y, a partir de él, explicar la realidad última de las cosas. Ello quiere decir que la actividad filosófica aquilata y perfecciona los contenidos significantes de una lengua; pero, al mismo tiempo, no hay que olvidar que dicha actividad viene predeterminada por la índole de los recursos expresivos con que cuenta. En este punto hay que reconocer que hay lenguas más o menos propicias para la expresión filosófica; pero no conviene olvidar que esta mayor o menor adecuación viene siempre conexionada con el uso filosófico que se ha hecho de esa lengua. La conformación de la filosofía por la lengua en que viene vertida tiene, por tanto, raíces más profundas que las meramente filológicas. Más acusada importancia tiene, si cabe, la condición particular del hombre que filosofa. Que el pensamiento de un pueblo está influído, en cierta manera, por los particulares rasgos de ese pueblo en el que aparece la filosofía, es un hecho que pertenece a la común experien-

cia. Las capas profundas de la naturaleza humana están siempre influyendo en la índole del pensamiento. Hay en la naturaleza humana determinadas propensiones, concretas aptitudes e inclinaciones, que se traducen en una mayor o menor actividad filosófica, en la preferencia de ciertos motivos de meditación sobre otros. La homogeneidad de la filosofía hispanoamericana y la filosofía española no sólo viene fundada en la lengua común en la que está vertida, sino en la naturaleza también común del hombre que filosofa, cuya fisonomía está dotada de rasgos somáticos y espirituales más semejantes de lo que generalmente se admite. (Las características del hombre hispanoamericano y español que filosofa son más comunes de lo que corrientemente se cree.) No vamos aquí a señalar el cuadro de estas analogías; pero sí se va a poner de manifiesto en el paralelo curso de las corrientes de pensamiento. Nuestro análisis de la trayectoria del pensamiento hispanoamericano, por la misma índole del problema que discutimos, tiene que ceñirse, por tanto, a la observación de cómo se produce la evolución de esa filosofía hispanoamericana en la Edad Moderna. La razón de centrar nuestra indagación en la Edad Moderna es obvia.

El ritmo de la trayectoria de la filosofía, tanto hispanoamericana como española, sobre todo a partir de la Edad Moderna, es "asincrónico". Esta asincronía hace referencia al irregular encadenamiento de las distintas direcciones filosóficas, tanto en España como en Hispanoamérica, y lo que es más importante, a la extemporánea resonancia de formas de pensar extrañas e importadas. Podemos concebir la historia del pensamiento hispanoamericano y español como un proceso de sacudidas rítmicas, en el que domina la nota de la extemporaneidad; una trayectoria con cimas aisladas, muchas veces inadvertidas, y depresiones largas, que no guardan relación alguna con el curso de las ideas del momento. Por eso, la inicial impresión que nos produce el primer contacto con la historia del pensamiento hispanoamericano o español es la de la extrañeza. Tenemos la sensación de entrar en un mundo intelectual distinto al que vemos reflejado en el curso del pensamiento de otros pueblos. A la extrañeza y al asombro se abre nuestro espíritu cuando consideramos que el máximo esplendor en el siglo XVI de la exégesis de la física aristotélica, dentro del mundo hispánico, coincide cronológicamente con el momento histórico en que se están echando los cimientos a la nueva concepción físico-matemática de la ciencia en Italia, Alemania, Inglaterra, Francia en la obra de Copérnico, Galileo, Tycho-Brahe, Kepler, Newton, Descartes y Gassendi. En el preciso instante histórico en que se

formula una nueva concepción del mundo, nuestros intelectuales y filósofos siguen desenvolviendo sus especulaciones en el mundo arqueológico de una visión aristotélica del mundo. Tenemos, sí, escritores y pensadores que dialogan con Copérnico, Galileo o Gassendi, pero el diálogo, cuando no es extemporáneo, no es original, no añade ni descubre nada nuevo. Es inútil querer explicar el fenómeno de esta "asincronía" aduciendo que nuestra especulación estaba entonces polarizada en torno a la teología y a la mística, porque teología y mística tenían también en toda Europa un magnífico desarrollo a través de la mística especulativa alemana, de la mística sentimental francesa y, sobre todo, a través de las controversias doctrinales entre protestantes y católicos. En este punto lo que sí es cierto es que llevamos la voz cantante en la defensa de los dogmas católicos. El hecho de esta "asincronía", a mi entender, tiene una explicación más sencilla, de índole sociológico-histórica. Convendría en esta cuestión no perder nunca de vista la consideración del estamento social más preponderante por entonces en la sociedad española. Esta y no otra es la razón de esta asincronía, y, como simplistas, hay que rechazar cuantas explicaciones se han formulado, sobre la base de una connatural incapacidad del pensamiento hispanoamericano y español para la actividad científica. Es muy difícil que pueda haber ciencia físico-matemática cuando no se dan las condiciones sociológico-económicas que la hacen posible, y encima de ello cuando en la órbita intelectual se siguen derroteros muy distintos a los que conducen al desarrollo de la ciencia. De esta disociación entre el ámbito de los problemas que se plantean dentro del mundo hispánico y fuera de él podía pensarse que arranca la asincronía de nuestro pensamiento. Pero pronto se advierte, apenas consideramos la cuestión más detenidamente, que las causas son mucho más profundas. Están en la misma naturaleza, en el mismo ser del hombre hispánico que filosofa.

Tanto en España como en Hispanoamérica se está en la mayor parte de las ocasiones filosofando "a destiempo", o muy adelantadamente a los tiempos que se vive o muy retrasadamente. Digo filosofando, y lo mismo podía decirse en relación con la literatura, con la ciencia, con el arte y, en general, con todas las creaciones del espíritu. Ese comportamiento a destiempo se manifiesta unas veces anticipándose las creaciones filosóficas en las singladuras que luego han de recorrer las trayectorias del pensamiento en otros pueblos. Otras veces retrasándose inexplicablemente en el registro y asimilación de nuevas formas de filosofar. Con harta frecuencia, tanto en Hispanoamérica como en España, suelen tender a

ser nuestros filósofos precursores que se anticipan en la institución de unas verdades que luego quedan relegadas en el olvido al ser plenamente descubiertas, o tardíos seguidores que se entregan a la completa aceptación de unos enunciados de verdad muchas veces ya abandonados.

El apego a las propias opiniones y un cierto misoneísmo endémico son los factores históricos que nos explican el que la mayoría de las producciones filosóficas hispanoamericanas y españolas se presenten casi siempre como frutos precoces aún en embrión o como frutos de maduración tardía. Esta asincronía donde más gravemente repercute es en la continuidad de la trayectoria filosófica. Se está condenado entonces a filosofar de un modo discontinuo, a salto de mata, y sólo en períodos muy limitados llega a cuajar una tradición filosófica. Todas las corrientes ideológicas en lo que concierne a su trayectoria histórica quedan en agraz. El fenómeno de la continuidad y prolongación de una escuela filosófica es siempre fortuito y casual. El lulismo queda así en la historia de la filosofía española, junto con el senequismo y otras pocas direcciones de pensamiento, como hechos aislados. La ley general es que los maestros no llegan nunca a formar escuela. Si surge algún conato de dirección filosófica tienen, en todo momento, un sentido más corporativo que propiamente ideológico. Se acusa entonces con más fuerza el hecho de la incidental agrupación de personas, que el de una convergencia propiamente doctrinal de puntos de vista y soluciones. Es ya sintomático a este respecto que en el momento de máximo despliegue de la filosofía escolástica española e hispanoamericana en los siglos XVI y XVII se hable más de la escuela de los jesuítas que de la escuela suarista, y se prefiera el nombre de escuela dominicana al de escuela tomista.

Esta ley de asincronía que parece cumplirse en la trayectoria de la filosofía hispanoamericana, donde mejor se pone de relieve es en el paralelismo "discrónico" de las direcciones de pensamiento europeo e hispanoamericano. Tomamos aquí las expresiones asincrónico y discrónico de la teoría de la relatividad. Dos sucesos tienen ritmo asincrónico cuando entre ellos no se da ninguna simultaneidad. Es la máxima negación del "isocronismo", esto es, de la simultaneidad de dos sucesos. Son, en cambio, "discrónicos" cuando, aun sin ser simultáneos, hay en ellos alguna tensión a cierto modo de simultaneidad. La discronía conlleva sólo una parcial negación del isocronismo. En el curso de la historia del pensamiento europeo e hispanoamericano no hay temas ni tendencias simultáneas. Si quisiéramos representar gráficamente esta discronía

imaginaríamos la curva del pensamiento europeo como una sinusoide, con cimas y depresiones expresivas de su proceso evolutivo; la sinusoide que representara el pensamiento hispanoamericano ofrecería fases más espaciadas, en las que las cimas y depresiones paralelas a las europeas se encontrarían a gran distancia. No habría en ambas curvas un paralelismo exactamente sincrónico. Habría, sí, cierto paralelismo, pero las distintas fases paralelas no se corresponderían en la dimensión tempórea. Esta discronía salta a la vista apenas examinamos cualquier período de la historia de la filosofía hispanoamericana moderna. Las tendencias vigentes en un momento determinado dentro de Europa aparecen, en la mayoría de las veces, en Hispanoamérica en un momento tardío, o cuando no, se anticipan insinuándose sus rasgos de un modo incompleto e impreciso.

De esta forma, Aristóteles sigue teniendo actualidad palpitante en América española, dentro incluso del mismo siglo XVIII, cuando en Europa hace muchos años que se ha vuelto de espaldas al pensamiento aristotélico. El iluminismo marca la época de la crisis definitiva del aristotelismo. La marca antiaristotélica europea puede decirse que ha llegado a su pleamar dentro del siglo XVI. Pues bien: en Hispanoamérica, concretamente en el reino de la Nueva España, no alcanza la crítica del aristotelismo su sazón hasta el siglo XVIII. Un libro del siglo pasado, el tratado sobre *La Filosofía de la Nueva España*, publicado en 1885 por Agustín Rivera, nos da una imagen aproximada del estado de las cosas en este punto. Sin embargo, un hecho coetáneo nos da una confirmación más cercana a nosotros de este fenómeno. Maritain tiene contemporaneamente en Hispanoamérica resonancias profundas mucho antes que se deje sentir su influencia orientadora como portavoz de una corriente ideológica en la misma Francia. Podemos decir que la repercusión que ha alcanzado la obra de Maritain, especialmente en Brasil, Argentina, Chile, Uruguay y Costa Rica, rebasa por completo el influjo que haya podido ejercer en ciertos círculos católicos franceses, italianos o alemanes. Creo que ni el mismo Maritain hubiera soñado una acción magistral tan honda en tan poco tiempo. Y, sin embargo, ahí está el hecho de la penetración y saturación de los puntos de vista de Maritain en el pensamiento político, para evidenciarnos que su resonancia, además de no tener precedentes, es extemporánea.

Esta desconexión de coetaneidad donde más patente se hace es, sobre todo, en la introducción del pensamiento europeo moderno, no sólo en Hispanoamérica, sino también en España. La filosofía

moderna en uno y otro mundo manifiestan claramente este fenómeno de discronía. No hay en este tiempo relación de continuidad histórica en la filosofía. Muy interesante sería la determinación de los complejos factores históricos que contribuyen, en el transcurso de la Edad Moderna, a acentuar esta discronía, pero el empeño nos distraería de nuestro tema. La falta de coetaneidad se debe principalmente a que el pulso intelectual de los pueblos de raíz hispánica va con mucha frecuencia descompasado. Es muy corriente perderse, durante ciclos amplios de la historia, el sentido del compás y de la medida de los tiempos. El fenómeno que comprobamos no adviene incidentalmente en un momento único y aislado.

Se repite con harta frecuencia, y esta reincidencia nos pone en camino de entrever en ella una manifestación más profunda, mucho más profunda de la índole discrónica de tal filosofía. Esta anomalía no se nos revela fortuita y accidentalmente en un instante concreto de la trayectoria ideológica. Se advierte, antes al contrario, cierta inclinación o tendencia a reiterarse, a producirse la reincidencia.

El hecho no es tan desusado en el curso de la historia de la cultura como para sorprendernos. Que se dan situaciones de discronía entre movimientos culturales paralelos por sus contenidos, pero divergentes en el tiempo, es un hecho comprobado y reconocido por más de un filósofo de la historia. El fenómeno de los períodos discrónicos de la historia está ya señalado en 1861 por Dromel en un interesante estudio sobre *Les lois des révolutions*. Claro está que Dromel, en esta obra, registra el hecho de la asincronía, pero referida exclusivamente al cómputo de las generaciones históricas, y constreñida la órbita de tal discronía solamente al plano de la ideología política. Lo llamativo no es que azarosamente se produzca esta discronía. Lo que nos asombra es que se repita y se reitere hasta el punto de que esas fases discrónicas constituyan crisis endémicas que acaban por hacerse crónicas. La discronía casual y fortuita no conlleva una anómala conformación espiritual de la realidad donde se produce. Lo grave es cuando ese discronismo se convierte en un proceso crónico. Entonces es cuando hay que buscar las raíces de estas alteraciones en el ritmo de la trayectoria filosófica en capas más profundas. Algo de esto es lo que ocurre en la evolución cultural de España e Hispanoamérica en la Edad Moderna. Las generaciones ideológicas en España y, por extensión, podemos añadir en Hispanoamérica, están desde el Renacimiento desenlazadas y desconectadas de las de Europa desde el punto de vista de la coetaneidad. Este discronismo

a veces sólo se limita a la tardía apertura del diálogo, pero con mucha frecuencia se da la circunstancia mucho más grave de no darse ni presentarse tal diálogo, ni siquiera tardíamente. La vida intelectual queda así condenada a diálogos tardíos que han perdido toda actualidad, o lo que es más corriente, a un desesperante soliloquio. Puede concebirse la historia de los movimientos ideológicos en España e Hispanoamérica como una sucesión de diástoles y sístoles violentas y descompasadas, en las que el genio filosófico se abre curiosamente, pero con retraso y, por ello, con ingenuidad, a las innovaciones europeas, o se contrae en un rabioso ensimismamiento en el más cerrado y apasionado casticismo. La extemporaneidad da la impresión de haber llegado tarde al reparto de los dones intelectuales de la Humanidad; el casticismo, por el contrario, causa la sensación de vivir en un mundo aparte, en un mundo arqueológico de momias y estantiguas. Hay un plano de la vida moderna en nuestros pueblos en el que claramente se manifiesta este descompasamiento. El ciclo de los cambios políticos está sujeto en el mundo hispánico a una ley de irregularidad cronológica, produciéndose sus fenómenos de un modo totalmente descompasado en relación con el acontecer político del resto de Europa, y sin ajustarse a la cadencia normal del suceder histórico occidental. El fenómeno que registramos tiene para Dromel una clara expresión en la seriación de las crisis políticas de la vida española en la Edad Moderna. La comprobación de que en el proceso político contemporáneo de España hay una serie de coyunturas esquinadas en los años 1808, 1812, 1820, 1823, 1834, 1845 y 1860, cuya sucesión no guarda relación alguna con la ley de los ciclos generacionales de quince o dieciséis años, lleva al escritor francés a la conclusión de un ritmo extemporáneo permanente y crónico en el proceso de la vida histórica española. Lo que Dromel ha puesto de relieve con todo género de detalles, en relación con España, tiene también su confirmación en la realidad hispanoamericana con sólo retrasar la cronología y situar esas crisis en en función de circunstancias históricas distintas, en todos los casos provocadas y superadas bajo efectos de una análoga idiosincrasia o genialidad. Esa explicación que aduce Dromel en su ensayo es eminentemente sociológica. Todos los movimientos ideológicos españoles e hispanoamericanos son incompletos e irregulares y, en consecuencia, abortados desde su nacimiento por el tipo de existencia inestable que vive el pueblo español e hispanoamericano.

En España y en Hispanoamérica hay un permanente estado crítico de larvada efervescencia prerrevolucionaria o de soño-

liento casticismo, que desgasta las energías y debilita la capacidad creadora de sus gentes. Cuantas generaciones se proponen seriamente la corrección y rectificación del cuadro de estas circunstancias, con un plan de realizaciones y creaciones, llegan a esta etapa decisiva tardíamente, cuando ya nada puede hacerse, o totalmente deshechas, sin fuerza ni ímpetu, con la mayor parte de los cartuchos gastados, y entonces lo fácil es acomodarse en la nostálgica contemplación y lamentación por el pasado. El desgaste anómalo que la existencia hispánica somete al hombre nos explica también a nosotros esta "asincronía" de los ciclos ideológicos.

El hecho del ritmo discrónico de la filosofía hispanoamericana se pone de relieve apenas seguimos de cerca la repercusión de los sistemas filosóficos modernos en el ámbito hispanoamericano. En ambos mundos las distintas direcciones marchan por cauces cronológicos distanciados. Puede así comprobarse cómo el cartesianismo europeo es totalmente asincrónico respecto del hispanoamericano. Hubo cartesianismo en Europa en la primera mitad del siglo XVII. El *Discurso del Método* aparece en París en 1637. En cambio, tanto en Hispanoamérica como en España, no aparecen seguidores importantes hasta fines del siglo XVII y comienzos del XVIII. El año 1750 es fecha clave en la introducción de Descartes en Hispanoamérica. En España se marca el punto máximo de la influencia cartesiana con Vicente Tosca. Las *Instituciones*, de Jacquier, texto filosófico inspirado en los nuevos sistemas de Descartes, Bacon, Gassendi y Locke, tiene entrada formal en 1786. El primer libro de filosofía moderna en Méjico son las *Instituciones elementales de Filosofía*, del P. Andrés de Guevara, publicado en 1748. La obra tiene poca importancia, es un simple tratado escolar. Dentro mismo del siglo XVIII, Díaz de Gamarra es extemporáneamente un cartesiano en Méjico, con tendencias eclesiásticas. El Deán Funes sigue en Argentina atacando, a muchos años de distancia de las controversias europeas cartesianas, a "los sectarios de Newton y Descartes que, cruzando el océano, introducían la discordia en las aulas donde Aristóteles, desterrado de Europa, creía dominar tranquilamente". Es imposible imaginar un cuadro más anacrónico que esta visión del panorama intelectual de la Argentina en el iluminismo. El gassendismo y el movimiento atomista del "seiscientos" no llegan a tener representantes caracterizados hasta entrado el mismo siglo XVIII. El informe del Cabildo Eclesiástico de Buenos Aires al Virrey nos habla de que sólo por ese tiempo se permite enseñar filosofía según los principios de Descartes, Newton o Gassendi. Algo parecido puede decirse respecto al empirismo de Bacon

y, en modo especial, de Locke, que tiene, asimismo, un ingreso retardado en la vida filosófica hispanoamericana. El extraordinario desarrollo del movimiento científico europeo del siglo XVII, sobre todo en los dominios de las ciencias físicas y matemáticas, no tiene representantes acusados hasta entrado el período de la Ilustración. Es sintomático a este respecto el que todavía, en el Plan de Estudios para la Universidad Mayor de Córdoba de 1813, se tenga que probar que los "microscopios, los barómetros y los termómetros son instrumentos más a propósito que los silogismos para descubrir la verdad", y esto cuando se lleva ya más de dos siglos de ciencia experimental y mecánica.

La gravedad de este discronismo se acrece si consideramos que se tiene conciencia muchas veces de él, tanto en España como en Hispanoamérica. Torres de Villarroel nos ha dejado el relato de cómo a finales del siglo XVII continuaba todavía enseñándose en la Universidad de Salamanca el sistema geocéntrico de Tolomeo, cuando ya el sistema copérnico era aceptado en la mayoría de las universidades europeas. El informe que eleva la misma Universidad de Salamanca ante los planes reformistas de Ensenada nos ofrece un cuadro de la completa indigencia intelectual. "Nada enseña Newton—reza el aludido informe—para hacer buenos lógicos o metafísicos, y Gassendi y Descartes no van tan acordes como Aristóteles con la verdad revelada." Lo que ocurría en las universidades de la metrópoli acontecía también en las universidades hispanoamericanas. En un documento, en el que se recoge la postulación de erección de varias cátedras en la Universidad de Méjico, fechado hacia 1762, y que se conserva en el Archivo de Historia de Méjico, se sale al paso de la opinión extendida de que "los americanos no vivimos en la barbarie, ignorancia y retiro de la erudición". Bajo este lugar común de la leyenda negra hispanoamericana lo que latía era el reconocimiento de un evidente fenómeno de anacronismo ideológico.

Hay, sin embargo, dentro de la Edad Moderna, una etapa en la que el ritmo asincrónico se presenta amortiguado. El retraso de los siglos entre las trayectorias de pensamiento europeo e hispanoamericano se reduce. Newton es aceptado en América medio siglo después de la publicación de su *Philosophia Naturalis*, y a los diez años escasos de su muerte. En el período de la Ilustración, las promociones de intelectuales librepensadores son más contiguos cronológicamente en uno y otro lado del Atlántico. Voltaire vive entre los años 1694 y 1778. El peruano don Pablo de Olavide nace en 1725. De él dice Voltaire que "sería de desear que hubiese en

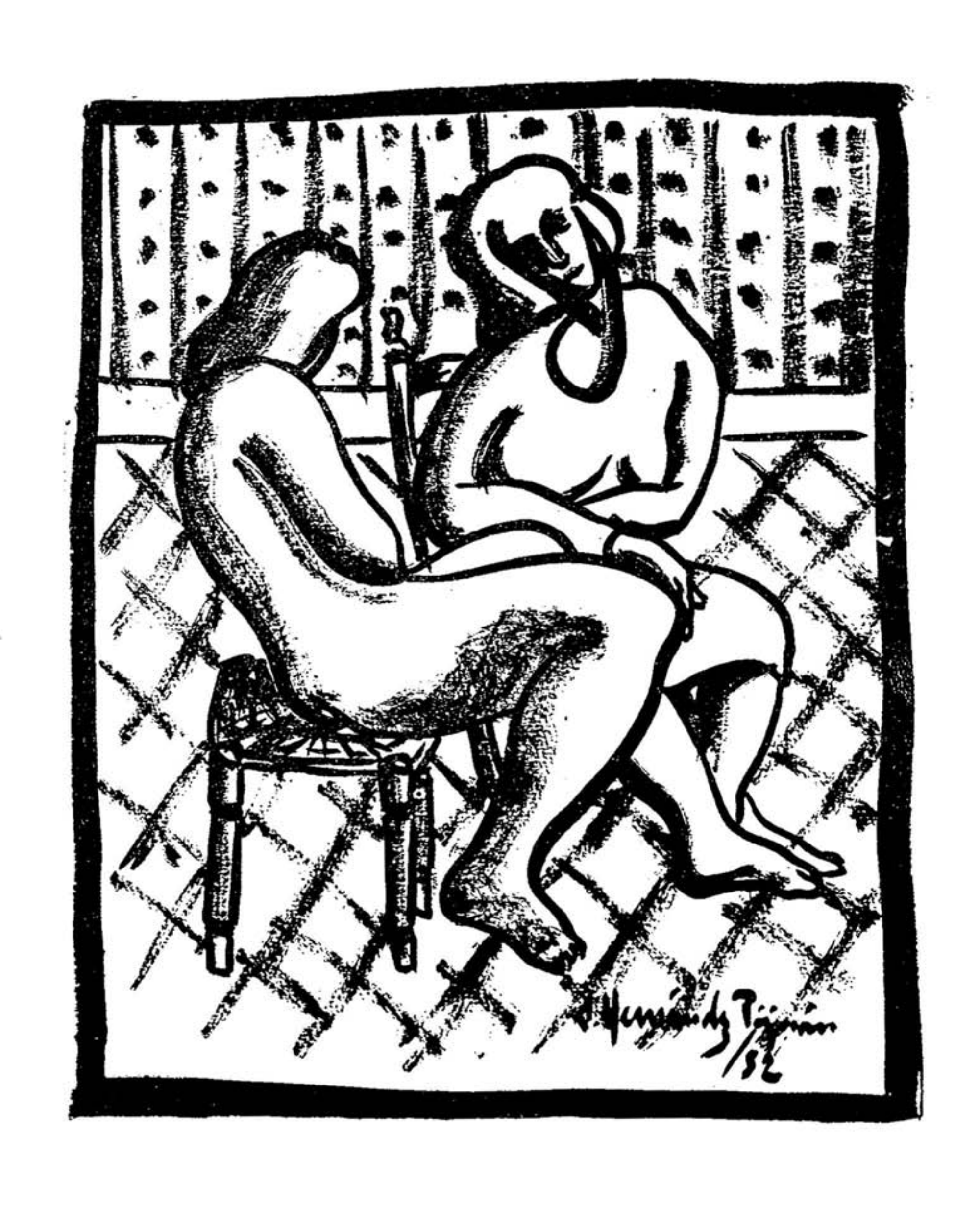
España cuarenta hombres como usted". Es curioso notar que en el único momento de sincronía ideológica entre Europa y América, ésta no pasa de ser meramente un fenómeno local. Diego de Espinosa no imprime hasta 1794, clandestinamente, la traducción de Narino de la *Declaración de los Derechos del Hombre,* cuando las calles de París están anegadas de sangre en defensa aparente de esos derechos. El movimiento se extiende con Rocafuerte en Ecuador, Morelos en Méjico, Gual y España en Venezuela, Zela en Perú, Martínez de la Rosa en Chile y Tiradantes en Brasil, pero sus efectos no se dejarán sentir plenamente hasta las guerras de Independencia. El sensualismo tiene una formulación europea en la obra de Condillac (1715-1785), y hasta 1818 no surge en Argentina el sensualismo mitigado de Crisóstomo Lafinur. El movimiento de los ideólogos se impone en Francia desde la mitad del "siglo de las luces", pero no tiene repercusiones en las tierras del Mar del Plata hasta entrado el siglo XIX. Los *Éléments d'Ideologie,* de Destutt de Tracy, obra que tiene gran difusión en Hispanoamérica, aparecen entre los años 1817 y 1818, cuando ya estaba muy avanzada esta corriente de pensamiento. En el Plan de Educación de 1833, de Méjico, se proyecta la creación de un Instituto de Estudios ideológicos y Humanidades, estableciéndose, además, una cátedra de Ideología, que es desempeñada por el doctor Moya. La presencia de la Ideología en las *Lecciones de Filosofía,* del ecléctico cubano Varona, son lo suficientemente acusadas para comprobarse. *Los principios de Ideología,* de Riva Agüero, se publican en 1822. La coetaneidad, como puede notarse, es ya muy acentuada.

La asincronía mitigada queda también patente en la difusión del positivismo por Hispanoamérica. La trayectoria vital de Comte transita entre los años 1798 y 1857. En Francia hay positivismo desde comienzos del siglo XIX. Littré vive entre 1801 y 1881. Hasta 1870 no aparecen los síntomas de positivismo definido en Méjico, con don Gabino Barreda. Los seis volúmenes del *Curso de Filosofía Positiva* habían aparecido en 1830-1842. La distancia de casi cuarenta años es todavía algo exagerada en el cómputo de los contactos generacionales de dos países. Esta ley de asincronía, si se prolongara nuestro análisis, en el curso de pensamientos contemporáneos hispanoamericanos, veríamos que se va desde luego atenuando. Puede decirse que es en nuestra época cuando el pensamiento hispanoamericano ha entrado en la órbita de la más candente actualidad, cuando deja de percibirse esa asincronía que ha caracterizado el curso de la filosofía moderna hispanoamericana. El

ritmo de esa filosofía, a través de un proceso de acercamiento, tiende cada vez más en nuestro tiempo a una sincronía más profunda con las corrientes de pensamiento europeas.

José Perdomo García.
Residencia del C. S. I. C.
Pinar, 21.
MADRID.





BRUJULA DE ACTUALIDAD

EL LATIDO DE EUROPA

"DIALOGOS DE LAS CARMELITAS" VENDRA A ESPAÑA.— Me dicen que *Diálogos de las carmelitas* será uno de los estrenos que la Compañía Lope de Vega ofrecerá al público de Madrid la próxima temporada en el teatro de la Zarzuela. Llega *Diálogos de las carmelitas* a Madrid después de haber dado, triunfalmente, la vuelta a Europa.

Diálogos de las carmelitas—que en el Schauspielhaus, de Zurich, se representó con el aceptable título de *El miedo y la gracia*—es, como se sabe, una obra de compleja elaboración, en la que han intervenido, ni más ni menos, seis autores: Gertrudis von Le Fort —autora de la novelita *La última en el patíbulo,* donde recoge la historia de las carmelitas de Compiègne, ejecutadas durante la Revolución Francesa, y el proceso, desde el miedo al martirio, de Blanca de la Force, "la última en el patíbulo"—, el P. Bruckberger y Philippe Agostini—autores de un guión sobre la citada novelita—, Georges Bernanos—autor del guión cinematográfico *Diálogos de las carmelitas,* escrito sobre los trabajos anteriores—y, en fin, Marcelle Tassencourt y Albert Beguin, que, bajo los auspicios de Jacques Hebértot, escribieron la obra teatral que se ha representado, con tanto éxito, en toda Europa.

En la "fase Bernanos", la obra no tiene consistencia dramática. No es, desde luego, una obra teatral, pero tampoco es, ni mucho menos, un buen guión cinematográfico. Se trata más bien de una serie de motivos dramáticos, ligeramente organizados en una estructura provisional. Parece como un borrador en el que se ha precisado un aspecto: los diálogos. Y más en cuanto a su carga conceptual que en cuanto a su sustancia dramática. El texto de Bernanos me parece pura materia para un drama: posibilidad de un drama. Esta materia, organizada, informada por Marcelle Tassencourt y Albert Beguin, puede haber desembocado, sin duda, en el campo teatral, con una estructura dramática aceptable e incluso notable.

Bernanos relata, en *Diálogos de las carmelitas,* la historia de la joven aristócrata Blanca de la Force, cuya madre muere al nacer ella, en agitadas circunstancias de revuelta que preludian las jornadas de 1789. Blanca de la Force no está bien pertrechada para vivir con entereza los días de la Revolución. Tiene el miedo dentro.

O, más que el miedo, el susto agazapado y dispuesto a saltar al menor impacto de la terrible realidad de aquellos días. Decide hacerse religiosa y entra en un convento de carmelitas. Allí la sorprende la Revolución. Asistimos a la vida y diálogos de las monjas, a los distintos puntos de vista de aquellas mujeres con relación a la conducta general de la comunidad frente a los acontecimientos que se les vienen encima. Muere la superiora con una muerte crispada, terrible, que nadie esperaba. El convento es visitado, registrado por comisarios del pueblo.

El Gobierno ha prohibido que hagan votos nuevas religiosas. La nueva superiora decide obedecer la orden gubernamental a pesar de la tesis, que alguna mantiene, de que se celebre secretamente la ceremonia. A todo esto, Blanca de la Force es la más desvalida de todas. Sus actos (su grito ante la visita de los comisarios del pueblo; su turbación cuando oye los gritos de la muchedumbre—en esa escena deja caer y rompe una imagen de Jesús—; su huída, en fin, después de hacer el voto de martirio) confirman lo que, en las primeras escenas, se nos ha dicho de ella: que es una pobre muchacha espantada.

Contra la opinión de la superiora—y en su ausencia—, las religiosas hacen el voto de martirio. Pero Blanca, aterrada por los acontecimientos posteriores, huye a París. Allí se entera de que las religiosas de Compiègne han sido condenadas a muerte y van a ser ejecutadas. En el último momento, cuando ha empezado la ejecución, llega Blanca de la Force, se entrega, muere—"la última en el patíbulo"—y cumple el voto de martirio. El canto de las religiosas, según van muriendo, se extingue poco a poco.

No faltan, pues, en *Diálogos de las carmelitas*—un feo título, por otra parte—"motivos dramáticos". Lo que falta es "forma". La temporada próxima veremos si los adaptadores han conseguido una aceptable forma teatral para estos apuntes dialogados. Mientras tanto no hay nada más que decir.

A. S.

ORACION Y POESIA.—El mes pasado se ha reunido en Florencia el segundo Congreso por la paz y la civilización cristiana. El organizador de este Congreso, en el que participaron 39 naciones de distintas razas y religiones, fué el alcalde de la ciudad del lirio, el señor La Pira, célebre por sus calidades de hombre político (La

Pira es diputado demócratacristiano) y por la ejemplaridad de su vida cristiana. Lo ha ayudado en esta difícil tarea el consejero cultural del Municipio, Piero Bargellini, ex director de la revista *Frontespizio* y escritor de fama mundial. Y, finalmente, animó las jornadas de esta reunión el padre jesuíta Jean Daniélou, redactor de la revista *Études* y autor de un *Orígenes* y de un recién aparecido *El misterio de la Historia.* Leyó una interesante ponencia el poeta Ungaretti, que asistió pocas horas a los debates por tener que salir rumbo a Salamanca, donde participó en las Jornadas Hispanoamericanas de Lengua y Literatura. El tema de este año fué "Oración y poesía" (el del año pasado había sido "La *civitas* cristiana"), y tocó al padre Daniélou inaugurar los trabajos de la primera reunión con una brillante disertación, en la que afirmó que el poeta es el descubridor del reflejo de Dios en las cosas de este mundo, y que en este sentido toda gran poesía es oración, desde Virgilio y Dante hasta Milton y Claudel.

Impresionante por su tono trágico y profundo fué la ponencia de George Fox, que dijo, entre otras: "Es privilegio del poeta ayudar al hombre a sobrevivirse, recordándole a cada instante el honor, el coraje, la esperanza, la piedad. La voz del poeta se erige como un pilar de la fe humana." Y, sin embargo, una de las voces que más tocaron la sensibilidad de los congresistas fué la del egipcio Taha Husseim, el poeta ciego, dos veces desterrado por el régimen del rey Faruk, y actual ministro de Educación en el Gabinete del general Naguib: "Yo les llevo la adhesión de mi país —dijo Husseim— y la de todos los países islámicos, y lo hago sin restricción alguna, en cuanto nuestra manera de pensar es exactamente igual a la vuestra: no tenemos ninguna diferencia en el modo de entender y de apreciar los valores del espíritu."

El padre Meysztowicz, desterrado polaco, expresó lo siguiente: "Es mi deber recordar aquí... a los que no están presentes en este pacífico encuentro: Lituania, Letonia, Estonia, Rusia, Polonia, Rumania, Hungría, Checoslovaquia, Yugoslavia. Todo lo que tengo que decir en el nombre de ellas se concentra en tres letras: S. O. S., salváis nuestras almas en el nombre de Dios, salváis nuestras naciones."

Testigos del mundo entero asistieron en el Palazzo Vecchio, de Florencia, a este segundo Congreso por la paz y la civilización cristiana, contestando, con su tranquila presencia, las histéricas lucubraciones de Viena, donde los escritores comunistas proponían en su resolución final el siguiente punto programático: "Proyectar viajes de escritores que pueden suscitar obras que contribuyan al

mantenimiento de la paz." Sabido es que tales viajes resultan en el fondo imposibles detrás del telón de acero, tan imposibles como la palabra paz cuando se la pronuncie más allá del espacio espiritual, donde la poesía es oración.

V. H.

UN "IBERISTA" EN ITALIA.—Algunas veces tenemos todos un remordimiento de conciencia que se llama Portugal. Nunca pensamos bastante en él, como si detrás de Valencia de Alcántara se extendiera una gran lejanía; como si Lisboa no estuviera más cerca que Sevilla; como si Portugal hubiese llegado a ser alguna vez verdaderamente "extranjero". El ejemplo de Unamuno, abierto a Portugal, como a Hispanoamérica y a tantas otras cosas, a pesar de su constante monólogo, sigue siendo anécdota remota; las amorosas definiciones de Eugenio d'Ors ("No se es impunemente el confín del mundo"), todavía después de los años, siguen como profecía e invitación no recogida: muy pocos son todavía los intelectuales españoles que cuentan con Portugal en el horizonte habitual de sus meditaciones.

Por eso es tan interesante registrar un fenómeno que tal vez está empezando a ocurrir a espaldas nuestras: la aparición del "iberista", es decir, el estudioso extranjero de cosas hispanoportuguesas, consideradas como un conjunto fraternal e inseparable. En este momento, en Italia, la colección "La Civiltà Europea", de la casa Sansoni, de Florencia, colección fundada por el difunto filósofo Giovanni Gentile para ser "la prima storia della civiltà europea scritta in Italia da studiosi italiani", acaba de publicar la *Storia della letteratura portoghese*, de Giuseppe Carlo Rossi, profesor de literatura portuguesa en la Universidad de Roma y estudioso, al mismo tiempo, de cosas españolas. (Su estudio sobre el concepto de la Hispanidad aparecido en *Nueva Antología* será reproducido en breve por nuestra revista.) Hojeando este libro sentiremos probablemente el rubor de que haya sido un italiano el que ha hecho un estudio "tan español" y tan perfecto de la literatura portuguesa. Y no por apasionamiento ni capricho; el clima científico que se respira en este libro—de bibliografía seguramente agotadora, para aludir sólo a ese punto donde suele tomarse la temperatura científica a las obras—nos inclinaría más bien a pensar en hábitos de seriedad germánica, en un objetivismo no muy latino.

Naturalmente, no decimos esto por encontrar, como era natural, los cancioneros galaicoportugueses y las cantigas de Alfonso el Sabio, aquí tan en su casa como en la nuestra; conviene ir más adelante para apreciar el buen "iberismo" de Rossi: ante todo, Gil Vicente, objeto de estudio ejemplar; luego, Camoens, Montemor (o, como decimos nosotros, Montemayor), y más tarde los separatistas, como Melo, del tiempo de la anexión. Pero a medida que se avanza va siendo más emocionante descubrir que en medio de su progresivo olvido mutuo, aun vueltos de espaldas, los dos pueblos sienten intermitentes ramalazos de nostalgia. ¿Quién sabía, por ejemplo, que el gran poeta Antero de Quental, tan admirado por Unamuno, recibió, según cuenta Rossi en la página 244 de su libro, una invitación de Emilio Castelar, "jefe del movimiento republicano unionista español", para ir a España a defender la idea común de la unión ibérica? Quental aceptó, y aunque no realizó el viaje, escribió dos ensayos "iberistas": *Portugal perante a Revoluçao da Espanha* (1868) y *Causas da decadência dos Povos Peninsulares nos últimos três séculos* (1871).

Por otra parte, este libro inicia lo que llamaríamos "historia del sentimiento de Portugal en los escritores españoles"; verdaderamente ejemplar, aun con ese poco de humor natural entre vecinos que nunca han peleado en serio; por ejemplo, desconocíamos esta cita de Lope:

A un portugués que lloraba
preguntaron la ocasión:
respondió que el corazón
y que enamorado estaba.
Por mitigar su dolor
le preguntaron de quién:
respondió que de ninguem,
que lloro de puro amor.

No es éste lugar para lanzarse a hablar de perspectivas supernacionales, etc. Simplemente, queríamos llamar la atención sobre esta excelente historia literaria de Portugal escrita en Italia desde el punto de vista que ojalá hubiéramos usado nosotros. Gran cosa sería, y más materia de alegría que de celos ver que el hispanismo internacional (algo de esto pasa en *Die sprachliche Kunstwerk*, de Wolfgang Kayser) se forrase de iberismo, para ver si el acostumbrado prestigio de lo extranjero nos abría un poco más los ojos a nuestra irrenegable fraternidad con Portugal.

J. M. V.

LA EVOLUCION DEL MODERNO PENSAMIENTO SOCIALISTA.—Muy a menudo se ha subrayado el deslizamiento, ideológico o práctico, de sectores socialistas hacia el comunismo, al cual vienen a servir así, a manera de puente o transición. También es justo que observemos la evolución inversa de otros importantes grupos socialistas hacia posiciones de plena coincidencia con los católicos. Cuando no la valiente actitud antisoviética, que, por ejemplo, en la impresionante rebelión de Alemania oriental es común tanto a los Sindicatos socialistas como a los cristianos.

Política y Espíritu, de Santiago, en su número de 1 de marzo último, reproduce un trabajo de Michael Harrington aparecido originalmente en *The Commonwealth* de 23 de enero de este año, y titulado "El socialismo en transición", en el que, desde el punto de vista del socialismo norteamericano, se enjuician los principales problemas de reforma social con que hoy se encara dicho movimiento en Inglaterra, Alemania occidental, India, y por extensión en Australia y Canadá.

Hay aspectos puramente externos ya ampliamente difundidos, que acreditan una amplia colaboración entre católicos y socialistas, por ejemplo, en Inglaterra, donde la mayoría de los católicos votan por el laborismo, y de 22 católicos representantes en el Parlamento durante la última etapa laborista, 16 eran socialistas y uno ministro del Gabinete; o en Alemania, donde, alrededor de Walter Dirks y los "Franckfurter Heften", algunos de los católicos más influyentes vienen trabajando, junto al partido socialista y el D. G. B. (Federación Alemana del Trabajo), por el objetivo común que representa la fórmula de cogestión en las empresas, la redacción de cuyo estatuto original se les atribuye últimamente. En la India, la jerarquía eclesiástica aprobó el apoyo católico al partido socialista—grupo descentralizado gandhista, recientemente unido al partido de los campesinos, y que concentra 17 millones de votos—, según refiere también el autor del artículo que anotamos.

Pero la implicación verdadera de esfuerzos se da en un terreno, doctrinal y práctico a la vez, mucho más hondo. Por lo pronto, es común en los socialistas actuales su hostilidad a la estatificación general, a la sociedad dirigida y al despotismo burocrático. La táctica con la que, bajo muchos aspectos, el laborismo está afrontando el problema de unir, para bien de todos, a los diversos elementos dentro de la industria—obreros, técnicos, planificadores—, es la misma del respeto a las diferencias funcionales dentro de la empresa, preconizada por el magisterio pontificio. Algo de esto pusieron de relieve también las declaraciones del señor obispo de Má-

laga, don Angel Herrera, con ocasión de su reciente visita a Inglaterra. Apuntan allí los intentos reformadores actuales, de una parte, a un semisindicalismo industrial de autogobierno y control por los obreros, y de otra, al establecimiento de un cuerpo consultivo en el que tomen parte los obreros para decidir la política económica a seguir. En definitiva, se camina hacia un control obrero total y hacia una propiedad social.

En Alemania, después de la declaración pontificia de 1949, de que no existe "un derecho natural" a la cogestión—lo que no quiere decir que ésta sea equivocada, como ha pretendido deducir forzadamente la oposición conservadora—, el cardenal Frings continúa siendo un ardiente defensor de la misma, igual que von Neel Bruening, uno de los actuales comentaristas pontificios alemanes más autorizados. Una situación de afinidad también muy estrecha y eficaz entre ambas tendencias, es sabido que viene manifestándose muy característicamente, durante los últimos años, en Holanda.

En realidad, la distancia que existe hoy entre las más significativas corrientes del socialismo democrático y el stalinismo hacen que sólo a este último, y a algunas formas sectarias del socialismo continental europeo, afecten los términos en que León XIII condenó las formas de socialismo a las cuales hizo concreta referencia, distinción que ya en 1947, según hace constar Harrington, puntualizó *L'Osservatore Romano.*

M. L.

HAMSUN NOS HA DICHO ADIOS.—El mismo año de su muerte—1952—aparecía en España el último libro de Knut Hamsun. Los últimos libros de los grandes escritores nos llegan todos impregnados de una honda y sabia tristeza. Parece inevitable. Es como si hubieran sido pensados y escritos en el recuerdo, en la añoranza de las viejas cosas pasadas, y fuesen una despedida, un adiós definitivo al mundo, a la necesaria comunicación del escritor con su mundo. Lenormand—y ésta es otra despedida relativamente reciente—publicó poco antes de morir sus memorias, el libro más triste que pueda pensarse. Se lamentaba, en él, del olvido en que habían caído su nombre y su obra para las nuevas generaciones. Y, en efecto—uno pudo comprobarlo con jóvenes universitarios franceses—, el dramaturgo que tanto había influído en la renovación del teatro contemporáneo era ignorado o, a lo más, apreciado injustamente por la juventud.

Por los viejos caminos, de Knut Hamsun, no es precisamente un libro de memorias, aun cuando participe, en cierto modo, de este género. Quizá por esta exclusiva razón, la tristeza del libro de Hamsun sea una tristeza más profunda y difícil. Porque no se trata de un melancólico sentimiento nacido de la nostalgia, sino de algo mucho más vivo, entrañable y misterioso. Resulta también triste, por otra parte, saber y considerar al escritor viejo y sordo, dominado a veces por ataques de afasia que le impiden dar con la expresión justa y adecuada. Hamsun recorre aquí su último camino. Tiene ya noventa, noventa y dos años, y más de cien obras detrás de sí. El libro empieza: "Estamos en 1945", y termina: "Estamos a mediados de 1948." Transcurren, pues, tres largos años, durante los cuales, Hamsun, procesado por un Tribunal de desnacificación, se ve obligado a recorrer un camino bien amargo. En calidad de preso va de Norhölm, su hacienda, al hospital de Grimstad; de aquí, a un asilo de ancianos, en Landvik, y, luego, a la clínica de Psiquiatría de Oslo, para enfermos nerviosos y mentales, donde permanece cuatro meses sometido a observación. He aquí, en este peregrinar, material más que suficiente para escribir un libro agrio donde cupiera el resentimiento. Pero Hamsun—fiel a la constante de toda su vida—no puede aborrecer a los hombres; acépta todos los padecimientos y vuelve, como tantas otras veces hiciera, a cantar su discurrir nómada por el mundo. Alegría, alegría porque todavía siente el sol y la nieve quedar y enfriar su cuerpo. No obstante, a veces necesita de todos sus recuerdos para no desfallecer, para olvidar el sufrimiento presente. Retirado, incomunicado del mundo, se siente como muerto. Cierto día, desde Java, recibe una caja de tabaco que le envía una lectora desconocida. "Bendita sea—dice—por haber hecho una cosa así por un extraño que vive tan lejos." Hamsun ahora tampoco puede sustraerse a la llamada del bosque. Casi cotidianamente se interna en un bosquecillo próximo; pero—ya sordo—no oye el murmullo de otros tiempos, en el que creía adivinar el soplo de Dios; se contenta, no obstante, con ver cómo se agitan las ramas. Por fin—han transcurrido tres años—, el Tribunal Supremo dicta sentencia, y Hamsun acaba con sus apuntes, termina su último libro.

Hamsun, en esta hora europea de cabildeos y renegamientos, se presenta como un coloso. Sus jueces se asombran de la entereza de un hombre de su edad. Cuando sale de la clínica de Oslo, donde ha sido sometido a la tortura de los procedimientos psiquiátricos, se siente enfermo, debilitado, muy cerca de la muerte. Sin embargo, no culpa a nadie de ello. Porque la culpa no la tiene el hom-

bre, *nada individual, sino un sistema, una ordenación arbitraria de la vida, reglas sin intuición ni corazón.* Escribe al fiscal—eso sí—una carta, en la que se queja y lamenta del mal que se le hace con retrasar tanto y tanto tiempo su caso. El—como Joseph X, del proceso de Kafka—desea ser juzgado rápidamente, porque ni siquiera sabe bien de qué se le acusa; desea acabar cuanto antes para desterrar esta angustia de la espera, y porque, si sobreviene su muerte, la pública opinión le creerá culpable. *¿Tengo que suponer*—le escribe al fiscal, en protesta de la tortura psiquiátrica—*que mi nombre le era desconocido? Algunos hubieran podido contarle que en el mundo psicológico no era un novato..., que en mi muy larga vida de escritor he creado cientos de personajes..., creado por dentro y por fuera, como si fuesen hombres vivos, en los más diversos estados de ánimo... ¿Se trataba acaso*—añade—*de declararme enfermo mental, y, por tanto, irresponsable de mis actos? Entonces no había contado usted conmigo. Tomé desde el primer momento sobre mí la responsabilidad de mis actos, y he mantenido esta actitud durante todo el tiempo, sin modificarla.* El colaboracionismo de Hamsun, durante la ocupación, se redujo a sus artículos en los periódicos. La defensa que de sí mismo hizo ante el Tribunal es sobradamente sincera, como para no creer en su inocencia. Hamsun creía en la comunidad germánica universal, dentro de la cual Noruega iba a ocupar un puesto elevado. Y escribió en este sentido. Vivía en su casa rodeado de oficiales y tropa alemana, controlado y observado continuamente. Telegrafiaba día y noche—existen los telegramas—pidiendo clemencia para sus compatriotas condenados a muerte, hasta el punto de que Hitler, a quien iban dirigidos, dejó de contestarle. El pecado—su único pecado—fué el de no huir, el de no *pasar a Inglaterra*—son sus mismas palabras—, *como hicieron tantos que luego regresaron como héroes, porque habían abandonado su patria.* ¿Qué norma de conducta debe seguir el escritor ante la ocupación de su país por una nación enemiga? ¿Pacificar? ¿Erigirse en cabeza de un movimiento resistente? Hamsun eligió lo primero. Kaj Munk, dramaturgo danés muerto por la Gestapo en una carretera, optó por lo segundo. Debe añadirse, claro está, que Knut Hamsun contaba ya cerca de los noventa años, en tanto que Kaj Munk no había llegado a los cincuenta.

J. Q.

«NUESTRA AMERICA»

EL RETORNO DE HEMINGWAY.—Conforme iba avanzando en el tiempo la producción novelística de Ernest Hemingway, iban disminuyendo simultáneamente su calidad estética y sus condiciones de sugestión. A partir de publicarse aquella malograda novela que se llamó, bajo una cita de John Donne, *Por quién tañen las campanas,* la crítica de los Estados Unidos inició una campaña de denuestos y de tendenciosas elegías dedicada al autor de *El Sol sale también.* Ni siquiera el cúmulo de intereses circunstanciales que rodeaban al citado relato sobre la guerra española pudo relevar de su indeclinable decadencia a Ernest Hemingway. Con cierto ensañamiento colectivo, se comenzaba a zahondar la fosa donde había de ser inhumada la gloria del más popular de los *tought writers.*

Pero he aquí que, en septiembre último, dentro de las difundidas páginas de la revista *Life,* aparece un breve relato firmado por Hemingway, que deja atónita a la crítica y que entusiasma al sector masivo del público. Se trataba de *El viejo y el mar (The old man and the Sea),* poco más que una *short story,* que reveló de súbito una faceta, tan desconocida como trascendental, en el arte del escritor. Relato que, meses más tarde, acaba de ver refrendado su éxito con la unánime concesión del premio Pulitzer de 1953.

La técnica literaria que caracterizó toda la anterior producción de Hemingway se nutría primordialmente de su carácter reporteril, de la rapidez de sus narraciones, construídas sobre un *tempo* casi vertiginoso, jalonado por diálogos secos y totalmente exentos de retórica, con más dignidad periodística que categoría estética. Una prosa incisiva, erizada de vulgarismos, llena de una sobriedad que a veces lindaba con lo pedestre, sostenía los esquemas psicológicos de unos personajes apenas esbozados, esculpidos precipitadamente sobre un solo bloque, sin matización o gradaciones en su caracterología; personajes que pretendían ser—y lo conseguían harto a menudo—encarnaciones y arquetipos de toda una época: precisamente aquella época de absoluto desarraigamiento y desvalorización espiritual que dió origen a la que luego denominó Gertrude Stein "generación perdida". Epoca de entreguerras, que acuña unos tipos humanos víctimas del colectivo desquiciamiento, sin ape-

nas más consistencia y asidero que los de su pretendido simbolismo; carentes de la menor hondura individual, sin más singularidad que la muy relativa de su permanente consciencia de fracasos sin remedio. De ahí que los protagonistas de las novelas de Hemingway hayan de buscar, con la fatalidad o el determinismo insoslayables en que los sitúa su creador, algo que justifique su realidad existencial, cualquier valor que los aboque a una transitoria salvación. Por eso, sin duda, se ven empujados a sumirse en la sensualidad más desbocada y en el continuo riesgo ante la muerte, tomando estas categorías como únicas metas a su alcance, como exclusivas razones de existir.

Los dos *leit-motivs* básicos de la novelística de Hemingway son, por tanto, el culto al erotismo y el culto a la violencia. En ellos buscan sus agonistas la ablución que los purifique de tanta vaciedad, el riego que informe su espíritu aun pasajeramente y la desembocadura final que les sirva de liberación, que los acoja y les llene de verdad indubitable.

En las novelas de Hemingway late ese duro descorazonamiento, la apremiante reclamación de una finalidad terrena. Así, *Las nieves del Klimandjaro* no es más que la descripción minuciosa de una prolongada agonía en el corazón del Africa, donde la memoria del cazador que muere se desborda de retrospectivas imágenes. *Por quién tañen las campanas* es una relación de seres humanos que, como el Jordán protagonista, no tienen posible destino; fauna que se siente en perpetua fuga de sí misma, y que, cruel primero, concluye aceptando el don de la muerte como disculpa de su paso por la vida. Lady Ashley, Jake, los toreros de *El Sol sale también,* amalgaman lo turbio de su amor con la pasión ante el peligro, desbocándose en un dinamismo equívoco, acezante, tal vez para no permitir así al pensamiento que torne por sus fueros. Lo cual acontece asimismo al Frederick Henry de *Un adiós a las armas,* fugitivo, desnortado, desertor, traspasado de dudas y vacilaciones, absolutamente enquistado en el talante de su época.

Este angustioso panorama que gravita sobre las novelas de Hemingway ha bastado sobradamente para definir y caracterizar su personalidad de escritor. Pero entonces, cuando ya su obra aparecía como conclusa y rematada, sale a luz *El viejo y el mar,* este relato que coloca a los críticos en una ardua encrucijada, al verse obligados a desvelar un aspecto insólito dentro de la capacidad creadora del novelista, mientras éste derriba tumultuosamente todas las tópicas estimaciones que en torno a él se habían erigido. Y la crítica, suspensa, se ha desorientado en la valoración.

El viejo y el mar es un poema en prosa mejor que una novela. Con un estilo cuajado de lirismo se enuncia en sus páginas algo así como un símbolo esperanzador de la verdadera condición humana, que lidia denodadamente con los signos adversos, que se precipita en las oscuras simas del fracaso y que renace luego en hermosa asunción para volver a entregarse al combate. La historia de este viejo pescador cubano, vegetando en un mundo que le ignora o que le humilla, es una bella síntesis de todo el humano destino. Su lucha irrevocable, su cruenta victoria, el subsiguiente fracaso, inducen a la angustia primero, a la recién nacida esperanza después. Cuando el anciano navegante solitario torna, sangriento y exhausto, a su "bohío" de cañas, no se sumerge para siempre en la conciencia del fracaso, como todos los anteriores personajes de Hemingway, sino que, por contra, halla junto a sí el más puro hálito de la ternura, encarnado en el amor y las lágrimas de Manolín, ese mozalbete que pone el más significativo colofón al relato. Mientras el anciano, tendido en su jergón, sueña candorosamente con irreales leones, el niño llora; pero llora con un llanto tan limpio, tan delicado y humano, que nos sobrecoge y nos trasciende de esperanza. Mientras tanto, el trofeo, el esqueleto del pez espada, yace en la playa, admirado e inútil; trofeo sin destino físico, alegoría de lo deleznable.

No hay sombras de odio, ni amarguras irremediables, que empañen ese luminoso conjunto de *El viejo y el mar*. La violencia de la lucha es llevada hasta su desenlace con una rotunda dignidad épica, en que no intervienen ni la crueldad ni el ensañamiento. El pez, la presa, combate orgullosamente por su instinto, y orgullosamente le acosa el cazador, corporalmente lacerado, pero plenamente imbuído de la necesidad de su triunfo. Y más tarde, una vez logrado éste, cuando la turba de escualos aborda el botín tan trabajosamente conquistado, el viejo yergue, con ademán de héroe antiguo, su arpón, su cuchillo, su remo, y disputa sin cuartel el precio de la contienda. Inútil, pero bellamente, tal como puede acontecer al hombre cada día, en cada estadio de su devenir.

El mar de las Antillas es el justo escenario del relato, acaso el símbolo de la tesis implícita: todo brilla con cegadora diafanidad, todo está vibrando de vida prometida, todo rezuma una vaga ternura, desde la vagabunda medusa hasta la trémula gaviota, que se posa en el mástil extenuada de su vano periplo. Pero, de cuando en cuando, ese resplandor difuso, esa tierna latencia, se ven ásperamente interrumpidos por los manchones verdes de los "sargazos", por el triangular coleteo del tiburón, que acecha la nobleza

del hombre. Y, al final, por fortuna, esa sonrisa, esas lágrimas. Que acaso sean la clave de toda la novela. Ese llanto, entre gozoso y pío, del niño que ya inicia su sabiduría humana, y cuya ingenuidad desborda la sencillez del viejo, conjugando con ella, haciéndola el más modulado contrapunto, perfilándola y dignificándola.

Los críticos norteamericanos han calificado de épico este relato, no viendo en él más que el fulgor externo de la anécdota, de la peripecia desnuda. Pero ese aspecto de *El viejo y el mar* no se nos antoja el primordial. Tras esa armazón trágica del combate, de las heridas, de los desgarramientos físicos, late el sentido lato del libro y, acaso, el sentido último de todo lo que se esconde en Hemingway: el descubrimiento de la ternura, el retorno hacia el eje diamantino del hombre moderno. Ya lo han hecho bastantes antes que Ernest Hemingway; no hace mucho hablábamos de un libro desconcertante, transido de arrepentimientos y gozos desconocidos: *Souvenir, souvenirs*, de Henry Miller. Pero mientras en el turbulento autor de *Trópico de cáncer* la nueva posición se deshilachaba en líricos arrebatos, en desorbitadas y bellas utopías regresistas, como moderno "villano del Danubio", en Hemingway la vuelta al hombre, a la alegría del hombre, se inicia con leve y sencillo paso, sin una voz desacorde, sin que una estética desmesurada oculte con sus troncos la selva oscura del corazón humano. Hemingway ha desbrozado la boca de la cueva; ya veremos más tarde.

E. S.

PROBLEMAS DEMOGRAFICOS DEL MEJICO MODERNO.— El censo de Méjico en 1953 arrojará ya un total de población superior a la de España. Al ritmo actual, en 1960 la población será de 34 millones, y en 1970, de 43 millones o más. En toda Hispanoamérica—la cual crece a un ritmo tan acelerado que ya su población total de 160 millones excede a los 150 millones de Estados Unidos—, y aun en toda la estadística mundial de aumento de población, Méjico ocupa actualmente el primer lugar, alcanzando su índice de crecimiento, por ejemplo, doble velocidad que el de Estados Unidos. En sólo diez años, de 1940 a 1950, la población de Méjico ha dado un brinco asombroso: de 19,6 millones a 25,7, es decir, de seis millones de personas (diez y medio de nacimientos

frente a cuatro y medio de defunciones). Aun podría duplicarse de aquí a veinticinco años, según cálculos de los expertos de la O. N. U., si la mortalidad infantil bajara más de lo que ha bajado en los últimos años y llegara a niveles como los de Noruega o Estados Unidos. La cifra de crecimiento de Méjico ha superado la media mundial, que ofrece un aumento tan colosal como el de haber pasado la población del mundo de 1.600 millones en 1900 a 2.400 millones en 1950, con un aumento diario actual de 60.000 personas aproximadamente. El único papel vergonzoso en esa estadística mundial lo protagoniza Francia, cuyos "excesos" en los métodos "homicidas", conforme a la moral católica, de control de natalidad, ahora tan insensatamente difundidos por funcionarios "criminales de paz" de la Organización Mundial de la Salud, han estancado, con tendencia incluso al descenso, el crecimiento de su comunidad humana.

No es que resulte, desde luego, nada cómodo ese gigantesco ensanchamiento colectivo de los pueblos. A Méjico, según deduce de los datos antes citados Alberto Escalona Ramos, en su trabajo *Exceso de población en Méjico—Dinámica Social,* mayo de 1953—, le amenaza una etapa larga de hambre, a menos que opere un cambio muy profundo en su política agraria, forestal, pesquera, bancaria, etc., que le permita alcanzar un nivel de vida más alto.

Resumimos a continuación las conclusiones a que llega el excelente estudio que a este respecto sistematiza el señor Escalona. Méjico es, en realidad, un país pobre, que necesita seguir dando más importancia a su agricultura que a su industria, porque ésta, que tampoco ha de descuidarse, no puede competir en el mercado exterior con los grandes productores mundiales, y en el interior no hay poder adquisitivo suficiente para absorberla, a menos que se pueda ir aumentando el de los campesinos; la verdad es que la agricultura, no obstante aportar apenas la quinta parte del ingreso nacional, da vida a más de las dos terceras partes de la población. Para poder alimentar a esta población creciente urge descentralizar la misma población y la economía; libertar totalmente el trabajo en el campo; desarrollar la ganadería, sobre todo para el consumo interior; dar prioridad al movimiento de los productos agrícolas en los ferrocarriles; introducir pescado a muy poco precio a todo el interior del país—actualmente es obstaculizada la alimentación del pueblo por intereses políticos, que han impedido la afluencia al interior de pescado barato de ambas costas, para suplir la deficiencia de carne y otros alimentos básicos—; continuar la construcción de obras de irrigación y repartir las tierras

irrigadas a quienes verdaderamente han de trabajarlas; repoblar intensamente y defender de modo efectivo los bosques que aun superviven; tratar de detener el proceso de erosión de los suelos de cultivo—muy escasos: un 4 por 100 está bien cultivado; otro 4 por 100 es cultivable y sólo de un 3 a un 5 por 100 más es difícilmente cultivable; casi la mitad Norte del país se encuentra comprendida en la faja desértica que rodea al mundo siguiendo la línea del trópico de Cáncer; la mayor parte del territorio es muy montañoso; las tierras bajas del Sur están cubiertas de vegetación tropical y son muy malsanas y difícilmente saneables—; propagar los sistemas de mejoría química de los suelos, y crear en todas las escuelas primarias y secundarias, sobre todo en las rurales, una conciencia geográfica, dirigida a una mejor conservación de los recursos naturales.

Si Méjico sabe abrirse a trabajar, no en función de sí mismo, sino de toda su área natural hispánica de intercambio vital, tiene abierto un futuro de gran influencia. Al flanco de los Estados Unidos queda ya un pueblo que pronto tendrá los 40 millones de habitantes, como Francia e Italia, y cuya estabilidad interesará a la propia Norteamérica, que tendrá que darle alguna oportunidad de mejoría. Una vez más queda claro que los pueblos de raíz hispánica sólo podremos ser fuertes complementándonos los unos con los otros, para dar asiento temporal, lo más dichoso y seguro posible, a la porción de la Humanidad que Dios ponga en la vida sobre estas tierras que entregó al esfuerzo creador de nuestra estirpe.

M. L.

LA TORRE.—Con ocasión del cincuentenario de la fundación de la Universidad de Puerto Rico ha aparecido el primer número (enero-marzo de 1953) de esta revista, que, según las palabras de Jaime Benítez, su director, aspira a propiciar *una tarea de examen, de estímulo y de debate cultural análoga a la que en los últimos años, con el concurso de pensadores de dentro y de fuera de Puerto Rico, hemos venido realizando en el aula universitaria.* De pórtico a la revista sirven unos versos de Goethe traducidos por Juan Ramón Jiménez: *Naci para ver,/ mi sino es mirar;/ jurado a mi torre,/ el mundo me gusta.* Sería interesante saber qué representa

Goethe en el actual momento de la vida universitaria puertorriqueña; el *Fausto,* en efecto, ha sido escogido para iniciar las publicaciones de la biblioteca de la Universidad, y recientemente apareció publicado aquí en Madrid, en colaboración con la *Revista de Occidente.*

El contenido de esta primera entrega es de alta calidad; valgan de ejemplo dos estudios de tan diferente intención como el de Ludwig Schajowicz: *La forma interior de la literatura europea,* y el de Luis M. Díaz Soler: *Para una historia de la esclavitud en Puerto Rico.* España y la vida española no figuran en los propósitos editoriales de la revista; pero su presencia es de un orden mucho más eficaz, vivo y genuino: un chispeante ensayo de Juan Ramón—*Poesía cerrada y poesía abierta*—, una carta autógrafa de Unamuno reproducida facsimilarmente, la exacta crónica de José Luis Cano sobre un aspecto de la nueva poesía hispánica... Más vale esta presencia concretada en ideas y en tinta fresca que el aparecer, fantasmalmente, en la baldía retórica de nuestros impenitentes hispanistas.

Si fuera lícito ponerle un pero a una revista nueva por pecados de omisión, habría que hacerlo con este primer número de *La Torre.* Porque hay un olvido total de todo lo que en el terreno de la cultura—y de la incultura—sucede en los restantes países de Hispanoamérica, con la posible excepción de Méjico. El que en el sumario no aparezca nada relacionado con la otra América, con *nuestra América,* y el que en la lista de futuros colaboradores figure apenas un hispanoamericano, carecería de importancia si no fuera porque parece ser la expresión de una tendencia extrañamente arraigada en el intelectual puertorriqueño. Hay que esperar que *La Torre,* que tan porosa se muestra a otras corrientes de pensamiento, se interese también por las cosas que pasan en ese mundo—tan vecino suyo—de la América hispánica.

Una última observación. Se han puesto de moda en América las revistas universitarias y, en especial, las de tipo general que, como *La Torre,* intentan mostrar un panorama de la totalidad de la vida universitaria. No creo que, la mayoría de las veces, el ensayo haya dado buenos resultados. Es supremamente difícil conciliar en una publicación la actualidad con el academicismo, y el producto habitual que se obtiene son unos pesados volúmenes rellenos de monografías sobre los más desconcertantes asuntos, y que no encuentran morada sino en el amplio vientre de las bibliotecas públicas. Es posible—esta salida parece indicarlo así—que *La*

Torre soslaye tal riesgo y que, sin desdoro de su alta calidad, siga siendo una revista para leerla, comentarla, aguardarla. Su importancia, por lo pronto, es que nos muestra en Río Piedras una Universidad en acción, crepitante y moderna.

H. V. G.

COLABORAN EN ESTA SECCIÓN:

ENRIQUE SORDO
MANUEL LIZCANO
HERNANDO VALENCIA

COLABORAN EN LA SECCIÓN "EL LATIDO DE EUROPA":

ALFONSO SASTRE
VINTILA HORIA
JOSE MARIA VALVERDE
MANUEL LIZCANO
JOSE MARIA DE QUINTO

ESPAÑA EN SU TIEMPO

PABLO PICASSO EN ITALIA.—En ocasión de la última Exposición de Pablo Picasso, que, no hace mucho tiempo, se verificó en la "Galleria Nazionale d'Arte Moderna", en Roma, el público italiano tuvo la gran ocasión de poder ver una de las más completas muestras de este artista, que, según algunos, es "el más explosivo, el más vivo y actual" (1) artista de la época.

Esta Exposición ha dado motivo a los críticos italianos de volver a considerar, una vez más y con mayor importancia que en otras ocasiones, la esencia del arte de Picasso y su influencia sobre los artistas de la península.

Naturalmente, nos encontramos frente a una pluralidad heterogénea de los aspectos de la crítica, y no es cosa fácil llegar a resumir todo lo esencial y lo característico que se ha vuelto a decir acerca de este hombre, que, sin duda alguna, tiene rasgos geniales precisamente por ser "acaso el artista más problemático de nuestros tiempos" (2).

Buscando una posible homogeneidad en esta tentativa, encontramos, ante todo, la asertada afirmación que "el arte de Picasso tiene muchos aspectos y no todos, aun importantes para comprender su personalidad, tienen el mismo valor en la formación del gusto", del cual se le considera como guía. Debemos pensar que si "están descuidadas, por la mayoría de la gente, aquellas obras que pertenecen a los períodos de la calma", períodos en que "la Musa le sugiere primorosos acentos de ternura", y, aun siendo "intermitentes, esparcidos a través de los decenios" y que varían "según los problemas formales del momento" (3), su esencia es siempre la misma. La causa de este descuido es debido a la insuficiencia de la crítica—así asevera Sergio Bettini—, por su enlace con el orden metafísico del siglo pasado, y que no le permite descubrir que "en el arte, la exigencia es la de *temporalizar* la forma, de hacerla permeable al tiempo de la existencia, de eliminar el alejamiento entre el *Arte* y la vida" (4), como acontece con Picasso. Si es verdad que actualmente el Arte—en su sentido cabal—está

(1) Palma Bucarelli, pág. 4.
(2) Sergio Bettini, pág. 18.
(3) Lionello Venturi, pág. 13.
(4) Sergio Bettini, pág. 20.

en crisis, también es verdad que esta crisis se debe considerar como consecuente "emergencia del mundo del espíritu", con sus expresiones, a veces más violentas y a veces más tranquilas, que pueden considerarse como "manifestación patente de una instabilidad y de una molestia espirituales" (5). Picasso es la más grande y típica expresión de esta instabilidad y molestia espirituales, ya que, si es suficiente un solo cuadro para conocer a El Greco, a Tintoretto y a los otros, para descubrir la inspiración, el tono poético, la dominante de la personalidad, un cuadro suyo es "una casualidad temporánea, tal vez también sólo momentánea, de su continua movilidad. Claro y preciso el retrato crítico de su personalidad artística: "Carácter periférico. Falta de un centro, de un inmanente núcleo de sentimiento y de forma. Inspiración, invención, imaginación extraordinarias, abundancia infinita de hallazgos y de pruebas, increíble feracidad de recursos, habilidad suprema; pero un desviarse continuo, incesante, un camino sísmico, como una trayectoria indefinida y sin meta, como una desesperada instabilidad sin posesión de sí. La *improvisación*, el genio del artista" (6).

Con estos rasgos tan propios, ¿cuál es la influencia ejercida por Picasso sobre el Arte italiano? El *picassismo* se afirma en Italia sólo en 1945—casi como una reacción política a la condena artística que tuvo en 1939—, y ya en 1947 llega el ocaso que cierra su breve ciclo transitorio. Esto no quiere decir ni mucho menos que no haya habido en Italia influencia alguna del arte de Picasso. A la pregunta de cuál sea la enseñanza de este artista, podemos contestar diciendo: "La personalidad revolucionaria de Picasso, como la de Caravaggio, de Goya, de Courbet, no es un fenómeno irracional y desatado de lo que le precede y le sigue, que nace y muere en sí mismo, sino que lleva consigo elementos nuevos que generan nuevos desarrollos. ¿Sus personajes? Los hombres de hoy día: realiza un hombre típicamente moderno. El conocimiento de Picasso significa verle en sus contradicciones y traer un elemento de juicio." Por tanto, "continuadores de Picasso no son aquellos que, siguiendo una lógica determinista y mecánica (lógica engañadora), creen que el ir más allá que Picasso signifique continuar su destrucción de la estética tradicional (las destrucciones de Picasso tienen su contrapartida en lo que al mismo tiempo construye, la cosa más importante), sino quienes saben mirar a la vida, a la so-

---

(5) Umbro Apollonio, pág. 30.
(6) Carlo Ludovico Ragghianti, págs. 28-29.

ciedad, a la realidad, al hombre, como Picasso, no de espectadores o de especuladores intelectualoides, desde el alto del reino de las formas puras, sino como actores" (7).

S. T.

---

(7) Renato Guttuso, pág. 59 de la revista *La Biennale di Venezia*, núm. 13-14, de mayo-junio de 1953.

EXPOSICION INFANTIL.—En la primavera madrileña floreció en un viejo barrio un campo maravilloso de colores puros y simples, entonando con ingenua sinceridad las líneas primarias de unos dibujos infantiles.

Niños de todos los países han soñado durante meses con esta exposición (1), en la que, sintiéndose responsables, pero sin dejar de ser niños, han puesto de manifiesto el alto valor de escolaridad que puede entrañar el dibujo.

Escasa importancia se daba en las escuelas al dibujo. La rutina, la torpe interpretación de láminas detestables, perdía vocaciones, desnaturalizaba ese mundo irreal y maravilloso de la imaginación del niño.

El sistema de la libre interpretación escolar dió resultados sorprendentes. Una clara muestra es la Exposición de Dibujos Infantiles Internacionales que comentamos. En ella pueden comprobarse los dos sistemas. El viejo, encarnado en la Pedagogía del "Maestro Ciruela", en que el niño discurre por las tramas forzadas de una dirección vulgar.

Por otra parte, el nuevo sistema dando paso a la libre interpretación del alumno de un tema propuesto y desarrollado, bien individualmente o en colectividad; tales las muestras de la aportación francesa, en que los niños han realizado un gran cuadro, haciendo cada uno una parte del dibujo total, y así puede verse una torre Eiffel llena de sentido estético, rodeada de calles; vistas en perspectivas curiosas, por donde discurren hombres, vehículos, dando una dimensión total de lo que es una calle parisiense tal como la siente el niño. Y en ésta, como en los dibujos italianos, ¡cuánto se observa de dirección!; pero dirección inteligente, para descubrir dónde está el valor y saberlo realizar, hacer ver las cosas con alma, sin falsilla. ¡Cuánto también de educación visual, de conocimiento de pintura contemporánea!

---

(1) Centro de Instrucción Comercial.

No se puede hablar de todos y cada uno de los dibujos ni tampoco aun agruparlos; no obstante, se observa cierta unidad en los envíos.

Se vislumbra el grado de atención que se presta en las escuelas al dibujo.

El sentido artístico, decorativo, colorista, muy acentuado en el grupo italiano; al igual los dibujos brasileños, en donde la exuberancia de la Naturaleza condiciona casi constantemente los dibujos plenos de colorido, donde el verde desempeña espléndidos contrastes.

Argentina destaca por el número de dibujos y por su calidad colorista. Dibujos hermosos, ricos en materiales. (¡Cuánta pobreza en las escuelas se refleja en muchos dibujos!)

Imaginación realista la de los niños españoles, un poco esclavos de ciertos temas, quizá porque los vive con más frecuencia que otros.

Caso curioso; la temática es distinta. Son los ambientes. Para el niño brasileño, la selva es un tema eterno y sugeridor; para el español, los toros, los desfiles, las procesiones (asombra ver dibujos y más dibujos reflejando la Semana Santa española); para el italiano, el color, el sentido decorativo del dibujo; para el alemán, la esclavitud al dibujo.

Contemplando la exposición, tan inteligentemente instalada en el Centro de Instrucción Comercial, son múltiples las sugestiones que se nos ofrecen. Pero, por encima de la anécdota del rasgo peculiar, hay algo que late más hondamente y con vigor inusitado: el valor del dibujo en la escuela, lo que puede representar en la formación del niño el descubrir las cosas en su alma, el saber expresarlas con inteligencia; ayudar al niño a ver, a crear, y así, poco a poco, a la vez que se "recrea" nos ofrecerá una "re-creación" de este mundo atormentado que nos toca vivir.

¿No ha sido hermoso que niños de toda la tierra hayan soñado un mundo mejor? Hasta la guerra ha resultado menos tremenda en estos dibujos.

Esta realidad cubierta de sombras que viven los hombres de nuestro tiempo ha sido purificada por el alma artista y sincera de muchos niños. El mundo feo que les ofrecemos nos lo han devuelto reducido a líneas ingenuas, cubierto de colores.

¿No ha sido esto un canto de esperanza dado por los inocentes?

T. S.

UN COMPOSITOR ESPAÑOL.—La actualidad nos trae a la mente la figura de un notable compositor español, Manuel Martínez Chumillas, que en el silencio de su estudio, mitad papel pautado, mitad papel azográfico, pues alterna la música con la arquitectura, construye con equilibrio, no de matemático, sino de artista, una producción seria y consistente.

Ha sabido reservar el cerebralismo para sus construcciones físicas, pero quizá esa nota del conjunto, del equilibrio que señalamos, común al doble creador que mora en él, le ha dado las características de su recia personalidad musical.

Recordemos sus títulos esenciales, que han ido definiendo su exquisita expresividad, dentro de un desarrollo moderno, de músico que vive y conoce los problemas de su tiempo y sabe dotar a sus producciones del sentido de su momento.

De su ballet *La Pastora Marcela,* de sus bocetos sinfónicos *A pie y en coche, Feria* y *El Buen Retiro* se deduce claramente su dominio de la orquesta. Y nos produce el deseo de escucharlas de nuevo, de oírlas una y otra vez, sin que podamos explicarnos —inclinados como estamos al lado de la música—que no se aleje del arte arquitectónico, para que su producción suene con mayor frecuencia en los violines de nuestras orquestas.

Su producción pianística, sus canciones, su música de cámara nos ofrecen el denominador común de sus trazos duros y frágiles a la vez, en admirable paradoja expresiva.

Manuel Martínez Chumillas carece de vanidad, apoya su fuerza en su música, en una verdad concreta que va de la brillantez colorista de la orquesta en su obra *Feria* a la íntima expresión de su cuarteto número 2, al que con gran acierto aplica el apelativo de *Doméstico,* doméstico en lo interno, en sus líneas y aun en el alternar de sus voces, ora claras, ora audaces como una pirueta.

C. J. C.

COLABORAN EN ESTA SECCIÓN:
SANDRO TACCONI
TOMAS SALINAS
CARLOS JOSE COSTAS

BIBLIOGRAFIA Y NOTAS

HERNAN CORTES EN SU AMBITO (*)

POR

RAFAEL HELIODORO VALLE

Cuando tuve el honor de ser uno de los fundadores de la Sociedad de Estudios Cortesianos, me adherí al propósito de hacer de ella un centro de auténticas investigaciones, que nos permitiera conocer, lo más aproximadamente posible, la vida y la obra de Cortés, sin dejarse llevar por las corrientes de la hostilidad deliberada o de la admiración ciega, que han impedido por mucho tiempo apreciarla con justeza de ánimo. Sólo así podrá colocársele en su verdadero sitio, librándolo de las intemperancias de la demagogia, que son peligrosas como las intransigencias de la pasión ciega y torva. Los unos y los otros le han hecho gran daño, presentándolo intocable o negándole actos de grandeza y haciéndole responsable de hechos que no perpetró y que siguen, a lo largo del tiempo, ensombreciendo los perfiles de su personalidad. Quienes le deturpan solamente olvidan que era hombre de su tiempo, y que en torno a él se agitaban las ambiciones imperiales y civilizadoras de un gran pueblo, a quien correspondía uno de los turnos de la grandeza histórica. Sólo así, publicando todo lo que a él se refiere, estudiándolo, analizándolo, sin esconder las miserias y las flaquezas, pero sin negarle las luces que le ilustran, será posible aproximarse a su verdad y a su circunstancia. Convertirle en símbolo de una ideología es labor antihistórica, porque él fué una lujosa síntesis de las cualidades y los defectos humanos de su época, a la vez que el intérprete de un pueblo en movimiento que se sentía estremecido por los designios de una alta misión.

Es evidente que los estudios históricos deben ser apolíticos. Lo es también que el historiador, el exegeta de pueblos, debe tener pasión; pero no la baja, la que es víctima de sórdidos prejuicios, sino la constructiva, la que percibe en el fondo del tiempo que esas líneas, que son la figuración de un paisaje, la pasión que levanta del polvo de los días la luz que magnifica a los grupos

(*) CUADERNOS HISPANOAMERICANOS *se honra en incluir nuevamente otra colaboración del prestigioso escritor hondureño Rafael Heliodoro Valle. En nuestro número del pasado mes de julio publicábamos, en la Sección "Nuestra América", un trabajo del gran crítico centroamericano acerca del tema "El libro en Honduras". Ahora ofrecemos a nuestros lectores este "Hernán Cortés en su ámbito", prólogo a la obra* Bibliografía de Hernán Cortés, *que aparecerá próximamente en su primera edición.*

humanos y las individualidades. El historiador, que ha hecho compromisos con la probidad, tiene el deber de aclarar el documento muerto y seleccionar los textos en que no se ha entremetido la calumnia del contemporáneo o el odio personal de los postreros. Con otro criterio no se quedaría sobre el pavés de la Historia ni el santo que tuvo ira ni el héroe que no pudo ceñirse, tan sólo por un pecado, el cíngulo de la santidad. Recordemos la frase de Rodó al acercarse a Bolívar, en la que el maestro señala la hermosura de la luz, que hace eclipsarse la parte impura del héroe.

Cortés fué uno de los grandes de España y de América; lo sigue siendo todavía. Los grandes de España no sólo fueron aquellos que pelearon contra los moros y defendieron las ciudades, sino los que, gracias al trabajo, se hicieron señores, dejando ejemplo a su nación—tal don Hernán Cortés—, y todo lo pusieron al servicio del bien común, creando fuentes de riqueza, combatiendo el dolor humano al construir un hospital o una hospedería, buscando fuentes de felicidad al traer semillas nuevas o erigir bastiones para defender la cultura. Así el conde de Lemos, que fué mecenas de hombres de Letras; o el príncipe de Esquilache, que fué el centro de un mundillo intelectual; o el conde de Tendilla, que será recordado mientras consultemos el *Códice Mendocino* o se haga el elogio de las humanidades en la Nueva España; o el mismo marqués del Valle, que si no era de casta de hidalgos, era de honda extracción popular, y vivirá mientras se pondere lo que hizo. Cortés tiene menos vínculos con su marquesado que con los orígenes de la Universidad de Méjico, de la historia de las ideas políticas y sociales, de la revolución agrícola y pecuaria, la minería y el comercio, la industria naval, las letras y la antropología, el buen humor del mejicano, que viene de "aquellos que todo lo ganaron y todo lo perdieron". Y los tiene también, en grado sumo, con la historia de las investigaciones estéticas, que bien lo advirtió Salvador Toscano al decir que fué el primero que dió a conocer en Europa la riqueza de las artes plásticas del Méjico antiguo. Semejante a Cosme de Médicis fué, ante todo, un hombre de trabajo, de empresa, mucho antes de venir al Anáhuac, ya que había pisado firmemente la tierra, cultivándola en Santo Domingo y en Cuba.

Cortés hizo historia, porque además de tener claro ingenio le ayudaron españoles de oscura genealogía muchos de ellos, que se ganaron el noble título de fundadores y pobladores, así como los que acompañaron a Colón y a Balboa, a Olid y a Pizarro. En el libro *Pasajeros de Indias* se revaloran los nombres de los que fueron tejedor o sembrador de olivos, o alarife o criador de gallinas o trajo los primeros garañones o instaló los primeros molinos; y así se ganaron, a puño cerrado, la nombradía y la distinción en los anales de la cultura y el progreso. Muchos de ellos, como Pizarro, el que fué marqués de los Atavillos, había sido cuidador de puercos en su aldea, o el otro, que figura con eminencia en la historia literaria, no era más que un soldado raso, o un cantador que tocaba la vihuela. Saben muy bien los genealogistas que aquellos a quienes en su tiempo se les llamó "varones de Indias" fueron más ilustres por el oficio y el saber que poseían que tal o cual "marqués mío no te asombre", de quien sólo sabemos hoy porque algún gran pintor le inmortalizó en la tela. Goya fué más grande que sus reyes, como Cortés más que el César, que no le comprendió, y a quien ofrecía un vasto plan civilizador que no pudo entender. Y el genealogista no ignora que hay en la obra de los grandes pintores un vasto arsenal de noticias para esclarecer rangos y purificar títulos. Muchos de los fundadores próceres advienen de familias humil-

des, y el hijo del platero, Felipe de las Casas, o la hija de dos oscuros súbditos, Isabel Flores de Oliva, bastan como expresiones de la democracia en aquel mundo imperial. Quien reconstruye el árbol genealógico del impresor Juan Pablos o del metalurgo Bartolomé de Medina, o del carretero Sebastián de Aparicio, aducirá razones más claras que las mías.

Pero hay una genealogía más interesante acaso: la que reconstruye los orígenes intelectuales de los hombres con tinta y con ideas o de los sabios con laboratorio y bisturí. Allí no ocurre lo del refrán: "El padre aventurero, el hijo parrandero y el nieto pordiosero." En esas investigaciones, las ideas se mueven dento de una atmósfera abierta al espíritu del español de los siglos XV y XVI, fomentada por la distancia entre las ínsulas, las gobernaciones y la metrópoli.

El César Carlos V se hallaba muy lejos de América, y a pesar de la voluminosa información que recibía, no le era posible enterarse de ella personalmente, porque los acontecimientos de Europa le absorbían totalmente la atención. Tenía veintiún años cuando Cortés tomó Méjico-Tenochtitlan. Eran los consejeros de Indias quienes leían las cartas de los conquistadores, la Audiencia de Santo Domingo y los jefes de las nuevas provincias religiosas. Tanto era así, que si la curiosidad del rey hacia América se hubiese afirmado desde entonces, el centro de gravedad del Imperio se habría movido hacia alguna de las zonas de los acontecimientos americanos, Méjico o Cartagena de Indias quizá, y la suerte de la América española habría sido otra frente a los apetitos de los enemigos de España.

Tras largas exploraciones en las bibliotecas de Méjico, Lima y Wáshington, ha culminado la *Bibliografía de Hernán Cortés*, bajo el auspicio de la Sociedad de Estudios Cortesianos, que en la primera fundé con el concurso nobilísimo de hombres de estudio mejicanos. Mi propósito fundamental se ha cumplido: acopiar el mayor número de materiales para el conocimiento más aproximado de *El Conquistador*, defendiéndole de las intemperancias de la admiración excesiva y del odio que ruge. Para apreciar su vida y su obra han faltado, hasta hoy, los elementos de juicio que en cuatro centurias se han ido concentrando en libros y en manuscritos, y a pesar de su número e importancia se hallan dispersos, no pocos desconocidos aún para los investigadores sagaces. Desde la época en que conmovió a Europa con sus hechos hasta la nuestra, en que todavía suscita controversias, ha transcurrido el tiempo suficiente para analizarle con el cuidado que exige la crítica, comprenderle y darle el sitio legítimo que se merece por ser el héroe central de un movimiento histórico.

He pretendido trazar el mapa cronológico de los materiales impresos que se refieren a Cortés. Ese trabajo tiene un antecedente: el que preparó José Toribio Medina, y cuya publicación se anuncia con motivo del primer centenario de su nacimiento. Antes de él, Joaquín García Icazbalceta y el norteamericano Harrisse habían reunido noticias sobre las ediciones europeas de las cartas cortesianas, las dirigidas al rey. Pero entre los años de la muerte de Medina y el de hoy ha surgido una rica producción impresa que ellos no conocieron, y que he tenido, por fortuna, a mi alcance a lo largo de mis investigaciones.

Creo que en el siglo XVI de América, después de Colón, es Cortés quien ha ofrecido un temario múltiple, que tiene ramificaciones en la diplomática, la biografía, la crítica histórica, la antropología y las investigaciones estéticas.

Vendrá después, para quien disponga de más tiempo y calma, la tarea de preparar la bibliografía crítica del gran español que, en cuatro siglos, ha recibido ditirambos y mordeduras. Continúa en espera de sus jueces; el número de testigos es enorme; pero habrá que cotejar sus declaraciones, acrisolarlas, ponerlas en parangón con las de sus detractores y sus panegiristas, y dar a ese proceso la respetabilidad que exigen el héroe y su circunstancia.

RAFAEL HELIODORO VALLE.

RAPIDO TRANSITO

EL TIEMPO, ESE FANTASMA QUE ANUDA LA AMISTAD

A la sombra violeta de las doradas torres salmantinas, a punto de enmadejarse el cielo con el vuelo de las golondrinas que tienen posada en ellas, encontramos, después de varios años, al escritor nicaragüense José Coronel Urtecho, nuestro amigo. A la sombra apacible, amorosa y entrañable de las torres solares de Salamanca escuchó a José Coronel quien esto escribe, y sintió que el tiempo había pasado muy lentamente, casi con pereza y suavidad de gato. Coronel acaricia este gato del tiempo pasado con sus palabras, que hispen el pelo en el recuerdo.

Ha recorrido el escritor medio mundo en media vida. El otro medio lo ha dejado para recorrerlo a partir de este instante. Dice que le gusta quedarse en los lugares apacibles que visita. Decimos que gusta del nomadismo, de vagar y naufragar y salvarse en la intranquilidad permanente y en el viajar constante. Sí; le gusta ir de un lado a otro con su maleta, sus libros, su mirada avizorante de niño al que maravillan los libros de aventuras, con la chaqueta desabrochada y las manos en los bolsillos, con algo de marino y algo de *clown* de paisano en su figura. Ha saludado los puertos del Atlántico con su mejor saludo de poeta con cargo de despedidor oficial. Ha echado anclas en esa caleta mágica del viaje que es la nostalgia. Hoy, de forma imprevista, por providencial lotería, nos ha tocado encontrarle en Salamanca. Nuestra amistad no se ha desgastado un punto; es buena moneda.

Pensando poco, pero pensando, se nos ha ocurrido divagar sobre el tiempo pasado. El tiempo, ese gran fantasma, no desata nada, anuda. El tiempo, ese gran contable, no borra, hace surco con su milagroso lápiz.

La disculpa de nuestro encuentro ha sido el II Congreso de Poesía para él y ciertos deberes para uno; mas ya sabíamos que en Salamanca, en su Granada o donde fuese, nos volveríamos a encontrar. Porque el mundo es un pañuelo, como dicen, y el tiempo lleva un uniforme construído con pañuelos de despedidas y de encuentros. El tiempo que lleva la blanca vestidura de todos, de absolutamente todos los fantasmas que pasan.

EL LIBRO, ESAS PALABRAS QUE ANCLAN EL TIEMPO

Rápido tránsito es como una conversación con su autor. En *Rápido tránsito* nos lleva José Coronel prendidos de una prosa viva y coleante desde su

hacienda de Nicaragua, orillas del río San Juan—río de conquistadores y de piratas—hasta las tabernas misteriosas, poliglotas y poliétnicas de los más recoletos lugares de los callejones neoyorquinos. Desfilan por él, con su paisaje al fondo, novelistas y poetas, personajes mayores y menores de la formación y de la vida del escritor. El escritor, el poeta, en este su libro, no se aviene a otras razones que aquellas que pasan o hacen pasar por el estrecho tamiz del lienzo mágico de su sensibilidad. El escritor, el vagabundo, corretea desesperadamente por la selva intrincada de la gran ciudad del mundo: Nueva York. Luego nos regala sus impresiones en un capítulo alucinatorio, vertiginoso, terrible. Todo lo que hay de erudición en este libro es fuerza viva, no letra muerta. Es un libro cálido.

Cuando descubre en el capítulo "Memorama de Gotham" la ciudad de Nueva York, mudan sintaxis y ortografía; todo cambia, se torna sonido, luz, aroma, tacto y sabor furiosos. Nueva York tiene en él su música, su resplandor, su suciedad particular, su lágrima oceánica, su contorno dinosáurico, antediluviano. Se nos da trágico, tierno, aburrido, alegre, triste, gigantesco papá de los espantapájaros. Nueva York está en la cima del libro.

Rápido tránsito está compuesto en siete capítulos. Siete largos saltos de la vida del escritor, del tránsito del hombre. Pero este libro, que ya hemos dicho que es como entrar en conversación con su autor, ata lo que se va, lo que huye, lo que es rápido tránsito, y edifica un paréntesis en la literatura de viajes hispanoamericanos. El libro queda, aunque el tiempo, los sucesos y los hombres se desparramen en fuga.

IGNACIO ALDECOA.

EL ARPA DE HIERBA

En el año 1948, Truman Capote, de Nueva Orleáns, cumplió veintitrés años. Hasta ese momento, sus ocupaciones habían sido: pintar en cristal, escribir los discursos de un político de tercera fila, bailar en un *bateau-mouche*, estudiar el arte de la adivinación y predicción del futuro... En 1948 añade a esta curiosa serie de oficios y *hobbies* un sensacional suceso: la aparición de su primera novela *Other voices, other rooms*. La sorpresa que causó el libro del muchacho se refleja en las críticas del país, en el número de ejemplares vendidos y en la rápida difusión que tuvo por todo el mundo.

A esta primera novela extraña, alucinante y fantasmagórica, siguieron otros tres libros: *A tree of night* (cuentos), *Local color* (viajes) y su esperada segunda novela *The grass harp*.

El mundo fantástico y angustiado que viven los personajes de *Other voices...*, ese mundo de "pantanos miásmicos y destrozadas mansiones", que aterra y maravilla a M. Clark, parece haberse purificado en *El arpa de hierba*. Truman Capote, sin perder ninguna de sus cualidades de narrador mágico, ha empleado la magia de sus palabras en un cuento de hadas, al que incorpora todos los elementos realistas, todos los variados giros del lenguaje y la psicología de nuestros días.

Los cinco seres—dos ancianas, un anciano y dos jóvenes—que Capote reúne

en su segunda novela tienen alma de niños, imaginación de adolescentes y vocación de Robinsones. Se alejan, quieren alejarse del mundo mezquino en que viven, y el cual, a cada uno por distintos motivos, no satisface. Su creador los empuja al bosque cercano a la ciudad, a una casa-nido construída entre dos árboles, y desde lo alto, sentados en la noche, sueñan los cinco un largo momento de seguridad y alegría.

La ternura y la riqueza de matices de Truman Capote se vierte, se canaliza, con predilección, en Dolly Talbo, la anciana niña, loca según su áspera hermana, que busca plantas medicinales en el bosque mientras escucha la voz de la Tierra: "¿No la oyes? Es el arpa de hierba, que está siempre contando un cuento (conoce todas las historias de la gente que duerme en la colina) de toda la gente que ha vivido, y cuando nosotros estemos muertos, contará también nuestra historia."

Collin, el niño, escucha. La vieja negra, Catherine Creek, refunfuña y saca de su bolsa pasteles y una botella de zumos. Luego llegan Riley Henderson, el joven que caza en el bosque, y el solitario juez. Los cinco, sentados en la casa-nido, entre los dos árboles, mientras el *sheriff*, el pastor y las honorables damas de la ciudad, los buscan. El juez ha colgado de una rama del árbol su reloj de oro, y el murmurar del tiempo, al pasar, los acompaña. El viejo juez dice: "Yo era un hombre convencido de que mi vida había pasado incomunicada, sin dejar huella. Veo ahora que no he sido tan desgraciado. Miss Dolly, ¿cuánto tiempo? ¿Cincuenta? ¿Sesenta años? La recuerdo desde hace mucho tiempo. Una niña tiesa y ruborosa, cabalgando con su padre a la ciudad... Tantos años viéndola y nunca antes la había reconocido como lo hice hoy, como lo que es: un espíritu..."

Lewis Gannett escribió en el *New York Herald Tribune*: "Como William Faulkner, Truman Capote tiene el don de pintar el mundo en palabras." El mundo a que nos llevan las palabras de Truman Capote es un mundo de convincentes realidades, inmerso, rodeado de una niebla de recién creada, amanecida poesía

IGNACIO ALDECOA.

ANTOLOGIA DE LA POESIA CHILENA

Este nuevo volumen de la colección de Antologías que nos viene ofreciendo el Instituto de Cultura Hispánica se abre con una interesante introducción de Renato de Mendoça, a quien se debe igualmente la selección de autores y poemas. Las versiones castellanas—lástima que la Antología no sea bilingüe—son de Rafael Morales y Santos Torroella.

La poesía brasileña se destaca, entre la de los otros países de la América española, con caracteres propios, discernibles apenas nos llegamos un poco a ella. Y esto tanto en ese primer período en que se cumple la trayectoria romanticismo-parnasianismo-simbolismo, como a través de los años que seguirán, pasando por la etapa modernista, hasta estos de ahora, con la más joven poesía brasileña. Son distintos factores los que pesan en calidad de ingredientes sazonadores, que no harán sino animar en un sentido o en otro la genuina

fisonomía poética de este país. Así gravó en ella ese sentimiento de nostálgica melancolía tan típicamente portuguesa: la saudade, que en tierras de Brasil puede encontrar un sentido más arraigado, viejo, cada vez más olvidado al paso de las generaciones, pero entrañablemente adherido. Unese a esto esa callada melancolía que es rasgo del indio, y que por su parte vendrá a poner su grano de arena en este aspecto "saudoso" de raigambre atávica dentro de la poesía brasileña. Visto esto, cabría preguntarse: ¿y ese clima de alegría, de cálido optimismo, de plenitud de color que entendemos ser el Brasil? Indudablemente Brasil es eso también, como se traslucirá en su manifestación poética: la sensualidad, que alterna con aquel otro lado de la medalla que acabamos de examinar. Una sensualidad que no es sino paisaje reflejado en la medida del hombre.

Hemos de contar aún con otro rasgo decisivo: el indianismo. Uno de los más grandes poetas de esta literatura, Manuel Bandeira, fielmente representado en esta Antología, es autor de una *Antología de poetas de fase romántica*, en la que escribe sobre este factor que es el indio: "El indianismo, lejos de ser la planta exótica mal trasplantada por los románticos, tenía raíces profundas en nuestra literatura popular. La idealización del indio correspondía perfectamente al sentido nacional: es ésta anterior al romanticismo y no desaparece con él." De aquí que resulte innecesario, como observa muy acertadamente el señor Mendoça, la explicación del indianismo romántico de la literatura brasileña, como debido a influencia de Chateaubriand y Fenimore Cooper.

Poseía, pues, el Brasil cuantos elementos podían contribuir a la plasmación del momento romántico. A ofrecernos una muestra de él, así como de las derivaciones brasileñas del parnasianismo y del simbolismo francés, está dedicada la primera parte de la presente Antología. La inicia la romática figura de Gonçalves Dias, el autor de *I-Juca-Pirama* y de las *Timbiras*, las epopeyas románticas más famosas de la literatura brasileña, en su aspecto indianista. Porque el indianismo es el rasgo capital de este poeta, que, junto a exquisiteces de un blanco y melancólico lirismo de salón, canta la exótica exuberancia del paisaje de su país o recuerda nostálgico las palmeras con aves que gorjean de modo tan distinto, como en la aquí incluída *Canción del exilio*.

Pertenecientes a la segunda generación romántica, más atormentada por cuestiones trascendentales y filosóficas, Alvarez de Acevedo y Junqueira Freire —muertos los dos en plena juventud—significan exactamente la obsesión de la muerte, la inquietud religiosa, la preocupación por el más allá. Fagundes Varela, con su poema *Cántico do Calvario*, completa, juntamente con algunos más, el cuadro que de la poesía romántica nos ofrece la Antología.

Sigue al período romántico una época de claro influjo francés en sus dos aspectos consecutivos de parnasianismo y simbolismo. El primero de ellos se impondrá a la poesía romántica con carácter de reacción: Alberto Oliveira, Correia y, mejor que todos, Olavo Bilac, que supo conservar, aun dentro de unas líneas absolutamente de importancia, sus rasgos aborígenes. Pero ni en la belleza estática y petrificada del parnasianismo ni en la alucinada melancolía del simbolismo, con Cruz e Souza a la cabeza, podía realizarse cuanto el alma brasileña lleva en sí.

Es la generación de 1922 la que prorrumpe en un impetuoso grito de renovación: "Vamos a encontrar el Brasil", que abrirá paso al modernismo y, más tarde, a las corrientes de la poesía brasileña actual. Con Manuel Bandeira se abre la segunda parte de la Antología, en la que se ha reunido un grupo

de poetas entre los que figuran nombres tan significativos como los de Jorge de Lima, Murillo Mendes, Carlos Drumond de Andrade, la deliciosa Cecilia Meireles, Augusto Federico Schmidt, Vicinius de Moraes... No hemos de ocultar cuánto más ha de interesarnos esta segunda parte, no sólo por su mayor proximidad a nosotros, sino por estimar superiores los poetas aquí reunidos a los que desfilaron ante nosotros en el primer período de poesía que recoge esta Antología.

Manuel Bandeira, después de una primera experiencia simbolista, se coloca a la cabeza del grupo reaccionario: no más lo importado, lo absolutamente extraño a la esencia misma del Brasil. El será el camino inmediato de una poesía nueva, de perfiles propios, que da pie a la que había de seguir; de ahí que su poesía tenga una extraordinaria importancia climática, aparte, claro está, su íntimo valor. Porque la poesía de Bandeira se nos presenta, además, con una riqueza de inspiración que va no sólo más allá del simbolismo, por el que pasó casi sin detenerse, sino del modernismo, del que Bandeira fué uno de los iniciadores, sobreponiéndose a cualquier limitación impuesta por modos o modas.

La experiencia del modernismo tiene su representante máximo en Mario de Andrade, introductor del verso libre en Brasil. Luego de ciertos tanteos en busca de formas nuevas y de una expresión puramente nacional, brasileña, se define con una obra poética de serena madurez, aligerada de lo que pudiera ser el lastre modernista: una poesía sencilla, sosegada. Los dos *Poemas de la negra* emanan este sosiego, en medio de una lenta y suave penumbra, poemas casi entre sueños:

¡Eres tan suave!
Tus labios suaves
yerran por mi rostro.
cierran mi mirar.

Anochecer.

En la suave oscuridad
que se desprende de ti,
que se disuelve en mí.

¡Qué sueño...!

Yo me imaginaba
que eran duros tus labios.
pero tú me enseñas
el retorno al bien

De Jorge de Lima se han incluído en esta Antología poesías, todas ellas pertenecientes a la segunda fase poética del autor. Creo que esto obedece a un criterio acertadísimo, pues conocida es aquella primera manera suya de un violento tipismo brasileño, que motivó composiciones tan difundidas como *Esa negra Fulô* y *Madorna de laiá*, entre otras. Había de resaltar, pues, de mayor eficacia para el conocimiento de la obra de este poeta, presentarnos algunos ejemplos de esa segunda fase, cuya consigna es "la restauración de la poesía en Cristo". Bajo este lema publica en 1934, junto con Murilo Mendes, *Templo e Eternidade*. El poeta se hace hermano del hombre, hermano en el Señor, y fraternalmente le dará lo que tiene:

Escuchad, hermanos míos:
Saqué de todo poesía
para ofrecérsela al Señor.
No saqué oro de la tierra
ni sangre de mis hermanos.
... ...
Para daros no tengo más que poesía.
Sentaos, hermanos míos.
(*Reparto de la Poesía*)

Sin embargo, a pesar de este empeño de poesía dentro de una tónica espiritualista, de clara religiosidad, Jorge de Lima no puede—o tal vez no quiere—esquivar la llamarada de color, de calor material que irrumpe en medio de ese balance de vida que hace, y en el mismo poema exclama:

Capitán mayor, ¿dónde está el Congo?
¿Dónde está la isla de San Barandán?
¡Qué noche tan oscura, capitán mayor!

A este mismo sentido profundamente religioso responden todos los poemas incluídos en las páginas dedicadas a Jorge de Lima. Todos menos uno: el titulado *Aline*, de tono absolutamente distinto. Con una gracia fresca y jugosa se nos va presentando, como en una sesión de cine mudo, los distintos planos —en el espacio y en el tiempo—de un retrato—el de Aline—, con calidades de daguerrotipo.

Para Manuel Bandeira, Murilo Mendes es "acaso el más completo, el más extraño y seguramente el más fecundo de esta generación". Ya nos referimos a él al hablar de Jorge de Lima. Efectivamente, también Murilo Mendes pasa por un cambio en la línea de su poesía: una vuelta al catolicismo, que se reflejará en todos sus libros a partir de *Tempo e Eternidade* (1934). Ejemplos de los más significativos de ellos encontramos en la selección que el señor Mendoça ha hecho entre la obra de este poeta, uno de los maestros de la actual poesía brasileña. Sin embargo, su poesía habría de ser superada por la de una figura de extraordinaria fuerza agreste, profundamente humana y enraizada en la más pura elementalidad de la tierra: Carlos Drummond de Andrade. Coetáneo de Murilo Mendes, participó también en el movimiento modernista, aunque mostrando siempre una fuerte personalidad, constantemente preocupado por lo social. Su obra, repartida en diversos volúmenes, *Alguma poesia, Brejo das almas, José*, etc., ha sido recogida últimamente en *Poesia até agora*, en que figura además un capítulo final de *Novos Poemas*. La humanidad de Drummond de Andrade trasciende lo individual que pueda surgir de su más llagada entraña de poeta para verterse en lo social, en el terreno de los otros, de los demás, de todos. Vemos en él al hombre que habla del Hombre con voz que nos suena como allegada. El funde su personalidad, su yo concluso en el Hombre concluso también, como él, absolutamente como él en todo:

... Primero la muerte particular,
restringida, silenciosa, del individuo.
Muero secretamente y sin dolor,
para vivir tan sólo como pedazo de veinte,
y me incorporo todos los pedazos
de los que igualmente, callados, irán pereciendo...

El será ese pedazo de todo llamado a cantar, a decir. El dirá de toda esa

vida que por minutos se realiza vertiéndose hacia la muerte. Con su peculiaridad mecánica de este ahora que vivimos:

... tomo el coche. Indico el lugar
donde algo espera. El campo. Reflectores.
Paso por entre mármoles, vidrio, acero cromado.
Subo una escalera. Me inclino. Penetro
en el interior de la muerte.

La muerte aséptica, previamente medida, calculada, esperando en un lugar concreto y estrecho. La muerte es ahora aproximación mecánica a un lugar, a un instante. Vivimos minuto a minuto. Final hacia el que se avanza con una serenidad que nos viene holgada a nuestra talla humana: avanzar tan seguro, tan conforme, que nos permite un lento parpadeo entre blandas minucias:

... Me lavo nuevamente.
Que los cabellos se muestren ordenados,
y las uñas no recuerden al rebelde muchacho antiguo.
La ropa sin polvo. La maleta sintética.
Cierro mi cuarto. Cierro mi vida.
El ascensor me encierra. Estoy sereno.

Cada punto, cada palabra tiene su peso justo, la intensidad precisa. *Morte no aviâo* es un poema impresionante, y no sin pena lo abandonamos: hubiéramos querido discurrir por él sin prisas, de palabra en palabra. No hay gran diferencia en lo que encontramos en los demás poemas aquí traídos. Hay ese amor al hombre, al que el poeta, hablándose, habla. *Consuelo en la playa* es un poema buenísimo, en el que la ternura se muestra sin tapujos:

Vamos, no llores...
La niñez está perdida.
La juventud está perdida.
Pero la vida no se perdió.
... ...
No tienes casa, navío, tierra.
Pero miras el mar.
... ...
Estás desnudo en la arena, en el viento...
Duerme, hijo mío.

Pero, sobre todo, hay algo: la hermandad entre copartícipes de una vida que cada uno, desde su final—su disolución—, va legando a los que vendrán después:

... pero que esa luz basta, la vida es bastante; que el tiempo
es buena medida, hermanos, vivamos el tiempo.
... ...
¡Adiós presencia mía, mi mirar y mis arterias,
mis huecos en la almohada...
adiós, vida legada a otros!

Podríamos decir que lo más importante del pensamiento de Drummond de Andrade está contenido en este poema: *Los últimos días.* Su visión del mundo, de ese mundo anegado en tintas indelebles, está en el que sigue: *Visión 944.* En suma, un poeta cuya presentación en esta Antología nos deja insatisfechos, por más que se le haya concedido un espacio adecuado.

La misma sensación experimentamos luego de leer la *Elegía* de Cecilia Meireles. Rebosante de emoción dentro de unas líneas tan sencillas, que hacen destacar aún más esta calidad sobrecogedoramente emotiva:

Me incliné sobre tu rostro, absoluta, como un espejo.
Y tristemente te buscaba.
Pero también fué inútil, como todo lo demás.
... ...
Todo en ti era ausencia que se demoraba:
una despedida dispuesta a cumplirse.

Y ese estupendo final al que nos lleva como de la mano, luego de haberla seguido en su monologante discurrir por entre la vida y el recuerdo, para decir:

No tienes voz, ni movimiento, ni cuerpo.
Y yo te reconozco.
¡Ah, pero a mí, a mí,
quién sabe si me podrás reconocer!

Augusto Federico Schmidt dejó oír nuevamente una voz discordante: clama contra lo pintoresco, que se había querido buscar en una poesía ceñidamente nacional, a veces de sinceridad discutible. Así, se entrega a una poesía intimista, sin paisaje exterior dotado de valor propio, sino sólo circunstancial en relación con un suceso de la vida interior del poeta. Poesía hecha desde el momento transitorio que es la vida—el presente—, enfocada hacia un antes, cuyo pensamiento llena de pesadumbre ("Tristeza desconocida"):

Es que no es mía esta tristeza.
... ...
mi alma recibió esta tristeza que no es mía,
llegada acaso como mensaje enviado desde lejos a un muerto reciente,
mensaje que andaba perdido buscando un corazón cualquiera descuidado
[en aquel instante.

Sólo el vislumbre profético de un momento por venir, afortunadamente próximo, el momento de la Poesía, en el que comprenderemos todo el misterio inabarcable de la Resurrección. Papel revelador de la poesía trascendental. He aquí lo que preocupa a Carlos Federico Schmidt. Una profunda religiosidad que, juntamente con su esencialidad poética, le arrancará palabras de vidente, en un balbuceante decir de alucinado.

No podemos pasar de largo sobre la figura interesantísima de Vicinius de Moraes, poeta de perfil personalísimo, que ha contribuído en no poco a la brillante etapa por la que pasa actualmente la literatura brasileña.

Se cierra la Antología con unos poemas de João Cabral de Melo y de Ledo Ivo, representantes ambos muy destacados de la joven poesía del Brasil.

JOSÉ ÁNGEL VALENTE.

ETICA, DERECHO E HISTORIA (el tema iusnaturalista en la problemática contemporánea), por José María Díez-Alegría, S. J.—Ediciones Sapientia.— "Colección de Ciencias del Espíritu".—Tomo I.—Madrid, 1953.—Un volumen en 8.° mayor.—225 págs.

Ediciones Sapientia inaugura una nueva sección: "Colección de Ciencias del Espíritu", que se dispone a abarcar en una exploración rigurosa y sistemática el mundo de las realidades, que se levanta sobre lo meramente material y cuantitativo. Y lo inaugura con una obra que viene a insertarse en lo más agudo de la crisis que atraviesa la problemática éticojurídica en nuestro tiempo.

El tema del fundamento metafísico de la obligación moral, núcleo del orden de problemas que al doctor P. Díez-Alegría más asiduamente preocupan, había sido ya tratado en su tesis doctoral de Filosofía en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma: "El desarrollo de la doctrina de la ley natural en Luis de Molina y en los maestros de la Universidad de Evora de 1565 a 1591", en la que descubre un mundo inédito para la cultura contemporánea de especulación éticojurídica de primer orden.

Se disponía a continuar sus investigaciones históricas a lo largo de toda la Escolástica postridentina acerca del fundamento de la obligación, cuando en el primer Congreso Hispano-Luso-Americano y Filipino de Derecho Internacional, celebrado en Madrid en 1951, la ponencia del profesor Luna, de la Central, y su discusión, puso de manifiesto la trascendencia y el interés suscitado en los juristas actuales por el problema de la dialéctica tensional de inmutabilidad e historismo en el Derecho Natural y sus relaciones con la Etica.

El rector de la Facultad Filosófica de la Compañía de Jesús, de Madrid, y profesor de Etica en la misma, P. Díez-Alegría, propuso entonces estudiar con lealtad insobornable estas graves cuestiones, atendiendo a las preocupaciones de los espíritus de nuestro tiempo y a los puntos de vista que se han señalado en el ámbito del pensamiento hispano-luso-americano actual.

En concreto: las cuestiones radicales suscitadas por las posiciones positivista-existencialistas de la teoría egológica de Cossío y su escuela y por el influjo de Maritain en el mundo americano.

Es definitivo el estudio del fundamento trascendente al puro orden fácticocoactivo del positivismo jurídico, de la normatividad del Derecho, a la luz de la gigantesca fenomenología de este *existential* del Derecho, ofrecida por los evidentes atropellos de derechos fundamentales, realizados hoy por medio de un aparato judicial y policíaco irreprochable, con que da comienzo la obra.

Mas esta integración del Derecho en el orden moral plantea un nuevo problema: el de la obligatoriedad de toda ley jurídica, conocido en la especulación moral por "obligatoriedad de las leyes puramente penales". Se examinan agotadoramente las diversas soluciones dadas con la competencia técnica de un doctor por la Gregoriana, y apunta el autor su propia posición.

La otra vertiente del problema, puesta hoy de actualidad por el profesor argentino Carlos Cóssio, cuya posición es inaceptable, es la cuestión de los comportamientos jurídicos inmorales. Con una sencilla transcripción de textos se demuestra que es temeraria e inexacta la opinión que el autor argentino se ha formado de la posición escolástica en este respecto, especialmente la de Suárez, que al profesor español parece incluso demasiado discriminativa entre el orden ético y el jurídico. El P. Díez-Alegría acaba exponiendo

ampliamente su posición propia, dotada de equilibrio y comprensión dentro de un profundo sentido jurídico.

Por tanto, si se quiere evitar la disolución positivista sociológica de la esencia del Derecho es imposible prescindir, en cualquiera de las instancias de realización de dicha esencia, de su referencia al mundo de las valideces morales. Kant queda a medio camino al querer liberarse de la heteronomía de lo empírico en la esfera del querer moral, pues la autonomía de la razón está llena de antinomias; pero Scheler, con su ética material de los valores, nacida de una teoría deficiente de la abstracción, tampoco ofrece una solución viable. A este propósito realiza el autor una completa visión de la axiología postkantiana, que demuestra su capacidad de sintonización con otros rumbos culturales, y acaba el parágrafo con un estudio, no verificado hasta ahora, del modo como la naturaleza del hombre es fundamento de valideces éticas, siguiendo de cerca la posición de Gabriel Vázquez.

Con una exposición de las objeciones de Cossío y Larenz contra la inmutabilidad del Derecho Natural, y un examen del intento de solución trascendentalista de Augusto Guzzo, comienza el segundo capítulo.

Sigue un sondeo de la tradición escolástica, con una matización y conocimiento de causa que sólo un profesor de Facultad de Filosofía Escolástica, doctor por la Gregoriana y teólogo, podía realizar; precede una explanación de las aporías que la Historia Bíblica ha venido presentando tradicionalmente contra la inmutabilidad (sacrificio de Abrahán, despojo de los egipcios, matrimonio hebreo soluble por divorcio perfecto). Se examina detenidamente, teniendo en cuenta las fluctuaciones de expresión, la obra del Aquinate. Se compara al Angélico con sus sucesores genuinos de la Segunda Escolástica: Domingo Soto y la evolución de su herencia en los doctores de Evora: Cerqueira, Gonçalvez y Molina júnior, para acabar aceptando como más cercana a la verdadera solución la teoría de las cualidades exceptivas de la segunda época de Luis de Molina.

En el parágrafo siguiente se considera la misma cuestión en los autores iusnaturalistas actuales, especialmente Santiago Maritain, cuyos fundamentos metafísicos se investigan y critican con una fuerza de penetración hasta ahora inusitada al exponer y refutar al pensador francés. El principio de la analogía de proporcionalidad como vigente entre los ideales jurídicopúblicos de diferentes épocas de la Historia, aparece como insuficiente para explicar la dimensión de historicidad del Derecho Natural, y la renuncia de Maritain a la fórmula solutoria de tesis e hipótesis, tradicional en la Iglesia, como una incursión temeraria de un filósofo en la esfera teológicomoral.

Tras haber examinado detenidamente y criticado la posición de Stadtmüller y Kierkegaard y la *Situationethik*, acaba la obra con una toma de posiciones del autor en la solución de las aporías bíblicas a la luz del principio orientador del mayor o menor peligro que las modificaciones en la reglamentación jurídica de una institución puede suponer en la consecución de sus fines esenciales. A continuación soluciona el problema gnoseológico del Derecho Natural: dialéctica entre norma objetiva y conciencia subjetiva, lo que le lleva inmediatamente a tratar de la tolerancia del error y los derechos de la *buena fe*, para dar fin a su estudio postulando, en definitiva, una apertura de lo jurídico sobre lo teológico.

La obra, presentada como tesis doctoral en la Facultad de Derecho de Madrid, muévese toda en un ambiente de enorme sinceridad científica y humana

y de extraordinario esfuerzo de compresión de las teorías rechazadas. Se halla trascendida por un soplo de fenomenología vivencial, que hace la impresión de una perpetua recreación de nociones, posiciones y criterios selectivos.

Detecta en su autor una polifacética formación humanoteológica y jurídicotécnica que apenas se vislumbra en la abundante bibliografía especializada incluída en los índices.

Pertenece el P. Díez-Alegría a la generación joven, que comienza a dar frutos de madurez, dentro de los profesores de la Compañía de Jesús, cuya preocupación ha venido siendo, desde que en la expulsión del año 1931 se pusieron en contacto inmediato con otras culturas, realizar una fecundación del patrimonio complejo y riquísimo de la ciencia católica tradicional por medio de una apertura comprensiva a las aportaciones positivas e históricamente ya confirmadas como valiosas de lo mejor de la Fenomenología alemana, dentro de un criterio selectivo sólidamente ortodoxo y por una revitalización intrínseca de las posibilidades genuinas del pensamiento escolástico.

Entre el brillo intuitivo de las expresiones plásticas y ágiles, dentro de una rigurosa precisión científica, que hacen sumamente grata la lectura de la obra, adolece de cierta fatigosa complejidad que oscurece algo su comprensión, debida a que la mente de su autor es más cíclica que rectilínea, moviéndose por círculos concéntricos, que hacen el efecto de un iterado replantear de los problemas.

LUIS CENCILLO, S. J.

CLIMA IDEOLOGICO INTERNACIONAL. VERANO, 1953

A propósito del XI Congreso Internacional de Filosofía de Bruselas (20 a 26 de agosto)

Es sugestivo abrir una ventana, en nuestro ambiente caliginoso, 1953, de las fricciones estatales, a un clima más abstracto y compulsar el palpitar metafísico del tiempo.

Aunque tal compulsación es desconcertante y hasta desoladora si se considera a la luz de ideales pretendidos, tiene un valor absoluto y ese regusto sabroso de lo definitivo si se entiende en su calidad de detección de un hecho definitivamente histórico: la actitud mundial en el espíritu—nos guste o no— en 1953.

Sin embargo, parece que no es posible hacerse una idea completa: hay una ausencia total de intelectuales soviéticos, presentes en congresos pretéritos e incluso ciertos medios filosóficos de España apenas han dejado sentirse, así como algunas figuras de los intelectuales españoles exilados en Centroamérica. Mas todo ello no deja de ser un ingrediente más, negativo si se quiere, en el fenómeno histórico cultural del verano 1953.

En Amsterdam, 1948, con ocasión del X Congreso Internacional de Filosofía, la Asamblea General de la Federación Internacional de Sociedades de Filosofía, dependientes de la U. N. E. S. C. O., en la que se halla integrada nuestra

S. E. F., aceptó la propuesta hecha por las Sociedades de Filosofía de Bélgica, de fijar la sede del próximo Congreso en Bruselas.

En el Comité Ejecutivo del XI Congreso Internacional figuran elementos de muy diversa procedencia, pero que se pueden dividir en dos grupos, los dos eternos bandos en que se reparte Bélgica: miembros de la Universidad de Bruselas y Gante y miembros de Lovaina.

El presidente pertenece a Bruselas, M. Barzin; de los secretarios, uno es de Bruselas, Ch. Porelman, y otro de Lovaina, H. L. van Breda, de la Orden Franciscana y director del Archivium Husserlianum.

Entre los miembros aparece el significado tomista Mgr. Louis de Raeymacker, el historiador de Filosofía contemporánea, A. de Waehlens y el eminente aristotélico Augustin Mansion, los tres de Lovaina, y este último presidente a su vez de la Wijsgerig Gezelschap te Leuven. De Lieja, el presidente de la Société Belge de Philosophie, Ph. Devaux, y E. de Bruyne, de Gante.

Aunque se ha procurado dejar un amplísimo margen a iniciativas personales de los congresistas, el Comité ha propuesto el estudio de ciertos temas, que por sí son ya un exponente de las inquietudes ideológicas del tiempo:

La experiencia en Metafísica.
Variedad y procedimiento de la prueba.
Naturaleza de la explicación en ciencia.
Inteligibilidad de lo histórico.
Fundamento y límites de la autoridad política.
El sujeto del Derecho.
Naturaleza de la fe religiosa.
La significación en el lenguaje.
El papel de la hipótesis en la investigación sociológica.
El problema del "otro" psicológico.
Relativismo y obligación moral.
Especificidad y autonomía de la obra de arte.

En Historia de la Filosofía se dedica particular atención a G. Berkeley y a Roberto de Lincoln (Grosseteste), por celebrarse en este año el centenario de su muerte.

El número de comunicaciones es extraordinario: una media de 33 por sección, y son 13 las secciones. Y son muy diversas sus perspectivas. Tal vez Italia cuente con mayor número de intervenciones, y el segundo lugar lo ocupe Hispanoamérica, con los países de lengua alemana y Francia. Es el castellano uno de los idiomas oficialmente reconocidos en el Congreso.

Grecia, Hungría, Polonia y Yugoslavia, tras el telón de acero, concurren con profesores actualmente residentes. Rusia se halla representada solamente por exilados en Francia, Suiza y Norteamérica. China se halla ausente. Intervienen, en cambio, dos universidades de la India y Nagasaki, del Japón. No deja de ser interesante la aportación de Israel y de Turquía.

En cuanto a las grandes figuras de la Filosofía contemporánea, se observa que es mucho mayor la intervención de filósofos católicos que la de no católicos. El Congreso reviste un carácter de investigación universitaria y erudita, más que el de un contraste entre las grandes personalidades filosóficas del tiempo, que tal vez sería el ideal. España, en concreto, podía presentar una mayor riqueza de elementos, que se hallan ausentes, involuntaria o pretendidamente, del Congreso.

* * *

Encontramos, en la sección de *Teoría de la Filosofía* (título extraordinariamente expresivo de la actitud de revisión totalizante de todos los valores y del estadio de reflexión reduplicada propia de nuestra mentalidad), nombres ya conocidos de nosotros: Paul Häberlin (Basilea), Michele Federico Sciacca (Génova): *L'"horizontale" du reél et la "verticale" de la pensée,* J. Wahl, el fenomenólogo de París, especialista en Kierkegaard, y G. Kafka, ya fallecido, de Würzburg. De la Universidad de Zagreb (Yugoslavia) asiste P. Vuk-Paulovic, con una comunicación, *Philosophie und Herrschaft,* en que señala el sometimiento de la Filosofía al poder político por la hipertrofia de la función política como una de las más peligrosas degeneraciones de la cultura humana. Como condición estrictamente indispensable en el filósofo auténtico indica el valor moral.

* * *

En la sección de *Epistemología* figura Aloys Dempf (Munich): *Um eine Kritik des historischen Vernunft,* acerca de la Filosofía positiva de Schelling; Toccafondi (Roma): *La funzione dell'astratto nella conoscenza del concreto*; Ugo Spiritu (Roma): *Il soggetivismo e la crisi del pensiero moderno*; Antoine Terstenjak (Ljubljana, Yugoslavia): *Le rôle cognitif des émotions.*

De lengua española, Francisco Canals Vidal (Barcelona): *La intelección conceptual y la plenitud del entendimiento,* adopta la posición de la gnoseología tomista contra Bergson. Y R. Pardo (Buenos Aires): *El problema del mundo externo en cuatro epistemologías evolutivas de la razón,* que, siguiendo a Enriques, Reichenbach y Le Roy, acusa una tendencia evolucionista radical.

* * *

La sección *Metafísica,* decisiva para juzgar de la situación mental de una época, acusa dos tendencias fundamentales: la de problematizar acerca de la misma Filosofía: Gnoseología metafísica y posibilidad de la metafísica (11 comunicaciones), y la de un auge de los estudios sistemáticos con preferencia a los históricos (10 comunicaciones), lo cual supone un progreso esperanzador.

Se advierte alguna inclinación, discreta, al ensayismo: tres ensayos existencialistas y uno de V. Jankélévitch: *La Philosophie du "presque" et l'intuition du "presque rien".* Y seis comunicaciones de tema histórico, una de las cuales corresponde al eminente R. Jolivet (Lyón), y otra, De Mendoça, S. J. (Bombay), introduce un tema de filosofía india: *The concept of reality according to Shaktivadd.*

Entre los problemas sistemáticos predominan los que se refieren al sentido de lo real y de la realidad, a la analogía del ser, la individuación y la finalidad.

De lengua española, A. Aróstegui (Granada): *Ontología fundamental,* busca las relaciones entre Heidegger y la Escolástica clásica. Ramón Ceñal, S. J. (Madrid), uno de los autores que, según declaración del propio Heidegger, más se han acercado a la interpretación auténtica del sentido del ser en el filósofo alemán, presenta otra comunicación sobre *El problema de la Ontología fundamental,* planteado, según reconoce, por el mismo profesor de Friburgo y Berlín. Miguel Virasoro (Buenos Aires): *Existencia y mundo,* trata de las

relaciones entre la conciencia subjetiva y la esfera de lo objetivo, siguiendo también la pauta de Heidegger y de la Fenomenología. R. Paniker (Salamanca): *El concepto de ontonomía,* como opuesto a autonomía y heteronomía e integrando ambos aspectos, como problema último de la inteligencia humana. Miguel Gonzalo Casas (Tucumán): *Sobre el conocimiento racional de Dios.*

Figuran, entre otros, nombres tan conocidos en el ámbito de las investigaciones metafísicas como Juan B. Lotz, S. J. (Pullach b. München), Aimé Forest (Montpelier), André Marc, S. J. (París), Luigi Stefanini (Padua), S. Vanni-Rovighi (Milán), célebre por sus estudios sobre Kant.

* * *

Las comunicaciones sobre *Experiencia en Metafísica* ocupan volumen y sección aparte, y vienen a versar sobre las relaciones entre lo empírico y lo conceptual: Etienne Gilson (Toronto), A. De Conink (Malinas), N. Abbagnano (Turín), célebre existencialista Italiano, y Cornelio Fabro (Roma), tomista destacado, ilustran, entre otros, esta sección. De lengua española figuran Juan Roig Gironella, S. J. (Barcelona), que, después de pasar revista a los ingredientes del "escándalo" de la multiplicidad de las filosofías debido al desequilibrio entre experiencia y conceptualización, halla la fórmula armonizadora en la Analogía escolástica. Adolfo Muñoz Alonso (Murcia) y Angel Vasallo (Buenos Aires), que decide designar perfectamente a la experiencia metafísica con los nombres de abolengo aristotélico-platónico de "asombro" y "admiración". Se halla, sin embargo, poderosamente influído por el existencialismo.

* * *

Predomina en la sección de *Lógica, Análisis filosófico y Filosofía de la Matemática* el estudio de la Logística: P. Lorenzen, K. Härtig, E. W. Beth, Y. Bar Hillel, P. Linke, P. C. Gilmore, G. Günther.

La única comunicación en lengua castellana se debe a Miguel Sánchez Mazas (Madrid): *La Matemática como ciencia de estructuras reales (ciencia natural),* en forma de proposiciones escuetas, con numeración decimal marginal, producto de una densa y asidua meditación personal.

* * *

En la sección de *Filosofía y Metodología de las ciencias de la Naturaleza* se distinguen dos corrientes de problemas: relaciones entre Filosofía y ciencia positiva, en la que destaca la comunicación de B. van Hagens, del Pontificio Ateneo Salesiano, acerca del intercambio de conceptos entre Filosofía y Ciencia: *La valeur noétique des sciences de la nature,* las dos de profesores españoles, aunque en lengua francesa: *L'Explication dans les sciences de la nature,* de J. Zaragüeta (Madrid), y *Le sens de l'explication physique,* de C. París (Santiago de Compostela), y la del italiano Selvaggi, S. J.: *Le rôle de l'Ontologie.*

La otra corriente está representada por las comunicaciones que se orientan hacia problemas del microcosmos: Echarri, S. J. (Oña, España): *¿La experiencia microfísica?,* que ahonda en la cuestión de lo sensible inédito y lo ultra-

sensible material; A. Franck (París), A. Metz (Antony, Francia), P. Servien (París) y J. Pacotte (Bruselas), que tratan del tema de la Física quántica.

Otras tendencias menos frecuentadas son las que se ocupan de la Relatividad, de la Finalidad, así, J. Pemartín (Madrid): *Tiempo y Finalidad*, y de la Vida: G. De Kolosváry (Budapest).

No deja de ofrecer interés la comunicación de N. Dobroskaïa-Zavadskaïa (París): *The "Gnosism" a scientific philosophical conception giving account of the orderliness and freedom in nature*, ensayo acerca de la diferencia entre conocimiento científico y filosófico, en que este último, absoluto y profundo, "Gnosis", es la toma de conciencia del Absoluto, Dios. La mística temperamental eslava se muestra en toda su originalidad.

* * *

La sección de *Psicología filosófica* es la que tal vez nos haya defraudado más; las comunicaciones adoptan, en general, un tono ensayístico, y, a pesar del título de la sección, hay un enorme predominio de Psicología experimental, y preferentemente de Parapsicología y Psicoanálisis.

Julián Marías (Madrid), en su comunicación *La vida humana y su estructura empírica*, nos ofrece un compendio de su filosofía en medio de una gran claridad expositiva: la razón vital en su condicionamiento histórico del hombre. Entre la teoría analítica y el acaecer concreto se interpone un estrato intermedio: la estructura empírica de la vida humana, que es la forma concreta de nuestra circunstancialidad.

Takiyettin Mengüsaglu (Estambul): *Der Begriff des Menschen bei Kant und Scheler*; P. Siwek, S. J. (Nueva York), M. Thiel (Heidelberg), E. J. Furlong (Dublín), E. Minkowski (París) y otros varios.

De lengua española, además de Marías, figuran R. A. Piérola (Tucumán): *El dilema de la Psicología y el Existencialismo*; J. Muñoz, S. J. (Comillas, España) y V. García Hoz (Madrid).

El único trabajo de tema estrictamente escolástico es la comunicación de A. Coccio (Mondovi Breo, Italia): *Dimostrazione minima dell'immortalità*, en que se examina el argumento de Santo Tomás.

Hay una sección especial dedicada a la Psicología del lenguaje y otra al tema del conocimiento del "otro", propuesto por el Comité.

* * *

En una sección de tema tan fluxo como la *Filosofía de la Historia y de la Cultura*, destacan los nombres de F. J. v. Rintelen (Maguncia): *Positivismus un gefährdete Humanitas*, y el indio K. Satchidananda Marty: *Towards a new Philosophy*, y los americanos O. N. Derisi (Buenos Aires), Castro (Méjico) y Piñera (la Habana).

* * *

La sección de *Filosofía Social, Jurídica y Política* es la más frecuentada por los autores hispánicos, siguiendo la tradición de la especulación áurea española.

En efecto, J. M. Díez-Alegría, S. J. (Madrid), bajo el título de *El problema*

ontológico de las sociedades transtemporales, trata el tema apasionante, desde Hegel, de la verdadera onticidad analógica y no unívoca de las entidades morales como contradistinta de la entidad cosmológico-psicológica de sus miembros, corrigiendo e integrando las aportaciones de Th. Litt. B. Mantilla Pineda (Medellín, Colombia), afirma que la Fisolofía jurídica tiene por objeto "el Derecho en su pluralidad óntica, lógica y valorativa, participando de un lado de la comprensión universal de la Filosofía y por otro del imperativo de objetividad de la ciencia del Derecho". José Todolí, O. P. (Madrid): *Filosofía del Derecho de Gentes*, se inclina por dar este nombre al Derecho Natural de nación a nación. Enrique Aftalión (Buenos Aires), de la escuela egológica de Cóssio, vuelve a tratar su tema predilecto de la comprensión fenomenológico-existencial en la aplicación del Derecho. Honorio Delgado (Lima) filosofa sobre la autoridad sin aludir a sus últimas raíces trascendentes. Enrique de Almeida (Quito) pone de relieve la necesidad de esclarecer el concepto de autoridad en la hora presente. Belisario D. Tello (San Luis, Argentina) muestra su orientación católica en su comunicación *El bien común y la Autoridad*. Francisco Briosso Figueroa (Buenos Aires) declara a la Filosofía Política incapaz de universalizar acerca de las reformas justas de gobierno, llevado de su desconfianza hacia los universales.

H. E. Hengstenberg (Oberhausen): *Hat die Gemeinschaft ein Sein, das von dem der Glieder zu unterscheiden ist?*, concluye afirmativamente que este ser de la comunidad es algo cualificado y distinto de la mera suma de la entidad de sus miembros.

A. F. Van Leuwen (Nimega): *Justice Sociale*, propugna que la Justicia social responde a las exigencias del bien común no como parte de la justicia legal, sino como justicia distributiva, pues siempre se trata en ella de la justa repartición entre los miembros de la sociedad de los derechos y los deberes. Por otra parte, se decide resueltamente por la negativa a la cuestión de si hay que limitar el campo de la justicia social a la esfera de lo económico. Estando de acuerdo con el autor respecto a este segundo punto, tendríamos algunos reparos que hacer a su posición acerca del primer punto tratado.

* * *

En la sección de *Etica* continúan los hispanoamericanos frecuentando las comunicaciones: J. I. Alcorta Echevarría (Barcelona): *Bien ontológico y bien moral*, en que despliega su frondoso pensamiento y ahonda en las raíces de la axiologia moral. C. J. Arroyave (Medellín, Colombia): *Necesidad de una Etica humana*, en que afirma en todo su relieve humano la dimensión libérrima del hombre. Mercedes G. Tuduri de Coya (La Habana): *Relativismo y obligación en el acto moral*, matiza, distingue magistralmente, para acabar afirmando los valores morales absolutos. Fermín de Urmeneta (Barcelona): *Essai de systématisation de l'Espistemologie morale*.

Nathan Rotenstreich (Jerusalén): *The ambiguity of the ethical situation*, que para este autor es fundamentalmente colisión, mitigada por el ritmo doble de la existencia humana que se despliega entre hechos y valores y que eleva el puro *factum* de la existencia al nivel del valor con todas sus consecuencias.

El profundo especialista en San Agustín, P. Charles Boyer, S. J. (Roma), trata en su comunicación *La Vérité, force unitive*, el espinoso problema de la tolerancia y de la conveniencia pluriconfesional. Enrico Castelli (Roma): *La*

Phénomenologie du Mal, complejo y profundo ensayo en que se parte del dato de la tragicidad de diversos personajes de Sartre y del teatro clásico español. La existencia humana es la apuesta entre el Bien y el Mal. No hay razón suficiente para hacer el Bien si el Mal es absoluto. El Bien puede arriesgarse en un lance, y lo jugado, jugado está: "determina" una "existencia". La fenomenología del Mal nos enseña que esta apuesta es un riesgo, pero el riesgo no es siempre una apuesta; este riesgo amenazador que aquí se origina es el aspecto inevitable de la existencia caída.

* * *

La *Filosofía de los Valores* constituye sección aparte, y también en ella, reducida, por cierto, aparecen dos profesores argentinos: B. Aybar (Tucumán): *El dinamismo ontológico, raíz de los valores*, y B. H. Granda Ruiz (Buenos Aires): *Aspecto social de los valores*.

* * *

M. R. Quiroga (Córdoba, Argentina), en la sección *Estética*, hace una interesante contraposición de "Contemplación" y "Einfühlung", como rasgos diferenciales de la estética antigua y moderna, y expone con penetración y claridad la estética laica de Lipps. Luis Farré (Tucumán): *Lo bello, atributo trascendental de la estética*, hace un estudio sereno, amplio y sólido, aunque transido de emotividad, de las últimas raíces trascendentales de lo bello. Rosaura G. Tuduri (la Habana): *Cualidades específicas y autonomía de la obra de arte*.

Jamil Almansur Haddad (São Paulo) presenta un estudio interesante: *L'homme baroque brasilien*, en que examina las causas del barroquismo brasileño del XVII, y tal vez con criterio algo simplista y bajo un influjo excesivo de Weissbach, las encuentra casi exclusivamente en la pedagogía jesuítica.

* * *

La sección de *Filosofía de la Religión* ofrece comunicaciones de cierta profundidad y sugestividad, aunque predomina una actitud vagamente deísta; pero, no obstante, hay trabajos enfocados desde un punto de vista religioso-positivo, no ciertamente escasos. Dos son históricos, sobre Pascal y Cusa. Y hay otro grupo que trata de temas anejos de psicología ontológica, como el de Bergenthal (Burghausen, Baviera): *Das Sein und das Mysterium*. De lengua española únicamente Eladio Leirós-Fernández (Santiago de Compostela): *El contenido de la Filosofía de la Religión*, que, según él: 1) se refiere a la Religión en abstracto, sobrenatural y preferentemente objetiva, y 2) tienen por tema central la posibilidad de la revelación.

* * *

Finalmente, la sección de *Historia de la Filosofía*, en el conjunto de comunicaciones que tratan de la antigüedad, desarrolla un temario análogo al de los demás Congresos de este tipo. Es original la comunicación de Wormann (Los Angeles): *La terminologie sculpturale dans la Philosophie présocratique*.

Sobre Heráclito se presentan dos comunicaciones; sobre Platón, cuatro; sobre Aristóteles, ocho; sobre Plotino, dos; San Agustín, dos, y el Seudodionisio, una ponencia.

El profesor Kiyoshi Yoshioka (Nagasaki) muestra un conocimiento profundo de la cultura griega en su comunicación *An interpretation of Anaximander*, donde realiza una síntesis densa y omnicomprensiva de las relaciones entre las diversas corrientes del pensamiento filosófico griego.

En las comunicaciones de D. A. Rees (Bangor, North Walles), Vollenhoven (Amsterdam) y Diego Pro (Tucumán) sobre la evolución doctrinal de Aristóteles, tema cada año más frecuentado por la investigación histórica, nos ha sorprendido desagradablemente no encontrar referencias a las últimas investigaciones de Zürcher, verdaderamente revolucionarias dentro del aristotelismo, publicadas en 1952 bajo el título *Aristoteles Geist und Werk*, y según las cuales parece haber de concederse a Teofrasto un margen mucho más amplio en la redacción definitiva de los textos aristotélicos.

J. D. García Bacca (Caracas) también presenta una investigación aristotélica: *Sobre el concepto de ser y de ente en Aristóteles*, que es relacionado con la escolástica posterior. Juan R. Sepich (La Plata): *La noción de verdad en el Libro IX, capítulo X de la Metafísica*.

Es extraordinariamente interesante la comunicación del profesor E. von Ivanka (Graz) sobre el concepto de participación, emanación y jerarquía en el Pseudodionisio y en Proclo, de tan enorme trascendencia en toda la especulación medieval y posterior.

En las comunicaciones de Edad Media predominan los estudios sobre Roberto de Lincoln (Grosseteste), por los profesores Callus (Oxford), Michaud-Quantin (París) y Crombie (Londres). El P. Garrigou-Lagrange, O. P. (Roma) hace una síntesis expositiva de los principios del tomismo estricto.

Esta sección de Historia parece reunir el mayor número de comunicaciones de carácter estrictamente científico y de positiva y seria investigación. Los estudios de Filosofía medieval, sin embargo, son demasiado escasos y denotan cierta incompetencia ambiente para abordar cuestiones intrincadas, profundas y que exigen tal vez demasiado conocimiento de las lenguas antiguas: latín, griego y árabe, en que se hallan sus fuentes. Esta escasez denota, por otra parte, la abstención de concurrir al Congreso de los grandes especialistas alemanes y franceses en estudios de Filosofía medieval.

Hay un predominio en las comunicaciones de Filosofía moderna de estudios sobre pensadores más que sobre sistemas hondamente decisivos en la historia del pensamiento; Berkeley, en su centenario, cuenta con la mayoría—seis—, le sigue Hegel con cuatro; Descartes, Malebranche, Kant, N. Hartmann y la Fenomenología con dos, y, finalmente, con uno: Spinoza, Leibniz, Hume, Swedenborg, Rosmini, Bergson, Amor Ruibal, Blondel, Dewey, Decoster, Lavelle, Paliard, Heidegger, Dostoyevski, Sartre, Grönbech y Nishida.

I. Quiles, S. J. (San Miguel, Argentina) estudia un tema de carácter monográfico y realmente nuevo, con escrupulosidad auténticamente científica: *La Filosofía escolástica en América latina durante la Colonia*. Dionisio Lara Mínguez (la Habana): *La idea del hombre en Swedenborg*, redescubre a este filósofo misceláneo, paralelo de nuestro Feijoo, con una concepción platonizante espiritualista del hombre: "ipsa vita hominis est eius amor". P. V. Aja (la Habana) estudia a Kant y Hartmann en la libertad moral. Eladio Martínez Ruiz (Bilbao): *Amor Ruibal, precursor*, y Rafael Virasoro (Santa Fe, Argen-

tina), vuelve al tema existencialista: *Presencia de la muerte en la Filosofía de nuestro tiempo.*

El señor Mindán Mañero (Madrid) acomete un tema muy propio para concurrir a un congreso internacional: *Existencia y carácter de la Filosofía en España,* se trata de reivindicar y más bien de hacer algo de luz en la atmósfera turbia que envuelve en los ambientes nórdicos todo actuar español. La afirmación, sin embargo, que encabeza la comunicación, de ser escasa la producción, exiguo el valor y el influjo nulo en los dos últimos siglos, nos suscita serias reservas. Evidentemente, en la esfera del ensayo existencial y de las actitudes independientes, Unamuno, Ortega y D'Ors son las tres grandes figuras que internacionalmente podemos presentar, pero si queremos salir por fin de la órbita en que se mueve el grupo de colaboradores de Überweg en *Grundriss der Geschichte der Philosophie* y la *Revista de Occidente,* hemos de ampliar nuestro módulo filosófico y considerar como aportaciones positivas y trascendentales de la Filosofía española el influjo de un Balmes en los comienzos de la Neoescolástica en Italia (Tongiorgi, Palmieri, Sordi, Taparelli), el monumento pedagógico y consultivo que supone la obra y el magisterio de Urráburu en la Gregoriana, donde se recoge lo mejor de la tradición universal católica, y los investigadores actuales eclesiásticos y seglares que modestamente han hecho de España y de su influjo un reducto de hondura, solidez y amplitud histórica de pensamiento filosófico. El influjo de estos autores, el influjo de España misma, es ciertamente más callado, más recatado que el de los grandes ensayistas europeos, pero no menos eficaz ni de menor trascendencia.

* * *

En conjunto, el Congreso de Bruselas detecta una gran inquietud filosófica mundial, y en especial del mundo hispanoamericano, pero también falta de vertebración sistemática ante los problemas. Han disminuído los temas históricos, pero aún no se ha alcanzado el vigor especulativo necesario para ofrecer grandes síntesis doctrinales, maduradas en la originalidad fecundada de tradición de la propia actitud ante los problemas.

Bien es verdad que si exceptuamos al existencialista italiano N. Abbagnano, los creadores de Filosofía se hallan ausentes del Congreso.

Argentina delata un predominio, tal vez vicioso, de inspiración heideggeriana, asociada a cierto positivismo jurídico suscitado por la escuela egológica de Cóssio. Y, en general, la sección de Metafísica arroja un influjo todavía extraordinariamente acusado del padre del existencialismo actual en los pensadores hispanos. Los focos de influencia doctrinal en nacionales y extranjeros no han variado sensiblemente con respecto a concentraciones similares de tiempo atrás. El panorama se presenta, pues, con escasa novedad histórica.

LUIS CENCILLO, S. J.

CRITICA LITERARIA Y HUMORISMO EN LOS U. S. A.

(Dos ejemplos)

COMO SE CRITICA UN POEMA, por Theodore Spencer (De *New Republic*, 6 diciembre 1953).

Me propongo examinar el siguiente poema:

Treinta días trae septiembre,
Con abril, junio y noviembre.
Todos los demás treinta y uno,
Excepto febrero solo,
Que tiene solamente veintiocho,
Hasta que el bisiesto le da uno más (1).

Thirty days hath September,
April, June and November.
All the rest have thirty-one,
Excepting February alone,
Which has only eight and a score
Till leap-year gives it one day more.

Los anteriores críticos que han estudiado este poema, Coleridge entre ellos, no han logrado explicar lo que podríamos describir como su *dinámica* fundamental. Esto es lo que me propongo. Lo primero a observar es el orden en que los nombres (o construcciones verbales) de los meses se presentan. Con arreglo a su significado en la prosa—lo que llamaré en adelante la *instancia* prosaica—, "septiembre" no debería preceder, debería seguir a "abril", como demuestra una ojeada al calendario. Efectivamente, "septiembre" debe seguir no sólo a "abril", sino también a "junio" si la instancia prosaica ha de satisfacerse suficientemente. El orden prosaico de los dos primeros versos debería ser, por consiguiente: "Treinta días tienen abril, junio, septiembre y noviembre." Esta es la única secuencia que se armoniza con la lógica de la prosa.

¿Por qué entonces, nos preguntamos, el poeta ha violado lo que el lector instruído sabe que es la realidad? ¿Ignoraba el calendario, creyendo que septiembre precedía a abril en la marcha de las estaciones? Es difícil imaginar que tal fuera el caso. Debemos encontrar otra explicación. Aquí es donde viene en nuestra ayuda el principio del análisis dinámico.

El análisis dinámico demuestra que la poesía de más éxito logra su efecto produciendo una *expectación* en la mente del lector antes que su sensibilidad esté plenamente preparada para recibir el impacto del poema. El lector da una *proto-respuesta* hacia la que tienden subconscientemente sus órganos de apercepción plenamente equilibrados. Es esta proto-respuesta la que el

---

(1) (N. del T.) Por la universalidad del *folk-lore*, también España tiene una versión de este maravilloso poema, que para su más honda comprensión adjuntamos aquí:

Treinta días trae septiembre,
con abril, junio y noviembre.
Veintiocho no más uno
y los demás treinta y uno.

poeta ha manejado aquí tan inteligentemente. El lector ordinario, entrenado sólo en las *instancias prosaicas*, guarda el orden usual de los meses. Pero la sensibilidad del poeta sabe que la verdad poética es más inmediatamente efectiva que la verdad literal de la cronología. No *afirma* la secuencia inevitable; nos *prepara* a ella. En su profundo análisis de las dos variedades del tiempo mensual, pone primero el mes *más amable*. (Nótese cómo el áspero sonido "pt" de septiembre se suaviza con el sonido "e" a ambos lados.) Es el mes en que la vegetación empieza a marchitarse, pero todavía no nos infunde un sentimiento de fatalidad trágica.

Desde aquí el poeta nos prepara, dinámicamente, para lo que ha de seguir. Empezando su lista de los meses *in medias res*, puede volver después al comienzo de las series de contrastes que constituyen el objeto de su poema. Inmediatamente aparece clara una analogía con el "Edipo Rey", de Eurípides, y la "Ilíada", de Dante. La crítica reciente ha pasado por alto con excesiva frecuencia que esas obras también ilustran el método dinámico empezando en medio de las cosas. Es un hecho sorprendente, hasta ahora (según creo) inadvertido, que un poema latino llamado la *Eneida* hace también esto. Esperamos que el autor de este poema empiece con la partida de su héroe desde Troya, igual que esperamos que el autor de nuestro poema empiece con "abril". Pero en ninguno de los dos casos se cumple nuestra expectativa. Catón, el autor de la *Eneida*, crea una suspensión dinámica empezando con Eneas en Cartago; nuestro poeta anónimo trata de modo semejante la sensibilidad de sus lectores, empezando con "septiembre" y *volviendo* luego a "abril" y "junio".

Pero la sensibilidad del poeta no se detiene en este punto. Habiendo descrito lo que es cierto de *cuatro* meses, dispone otros *cuatro* con economía magistral. En una serie de punzantes formas lingüísticas, su sensibilidad suma sus inexorables limitaciones: "*Todos*" (nótese la capitalización), "los demás treinta y uno". La sensibilidad del poeta comunica un sentimiento a la sensibilidad del lector, de tal modo, que la sensibilidad de ambos, con referencia a sus previas pero independientes sensibilidades, se funde en esa comunión momentánea de sensibilidad, que es la sensibilidad final que la poesía puede dar tanto a la sensibilidad del poeta como a la sensibilidad del lector. La textura y estructura del poema han erupcionado en una reacción de primera magnitud. Se logra así la ambigüedad del equilibrio.

Contra estos dos grupos de medidas espaciales, temporales y numéricas —uno de cuatro, el otro de siete meses—, el trágico individuo, la solitaria excepción. "Febrero" está colocado dramáticamente. "Febrero" está *solo*, cortado de toda comunión con sus compañeros. En el momento en que se menciona "febrero", suena la nota trágica. Pues el sonido inicial de la palabra "excepto" es "x", y al tocar este sonido la sensibilidad del oído del lector, un sinnúmero de asociaciones se acumulan subconscientemente. Pensamos en el lugar, el solitario lugar del crimen, tan frecuentemente marcado con la "x"; nos acordamos de los exámenes de nuestra infancia, en que las respuestas equivocadas eran implacablemente señaladas con "x"; pensamos en los ex reyes y en el exilio, en las encrucijadas solitarias, en la inexorable anonimidad de los que no saben escribir su nombre...

Y, sin embargo, el poeta nos da un rayo de esperanza, aunque tal vez se demuestre ilusorio. El solitario "febrero" (adviértase cómo el "solo" del verso cuarto encuentra eco en el "solamente" del verso quinto), el individuo solitario

e inadaptado, que evidentemente es el héroe y la figura crucial del poema, no está condenado a la rutina a que han de obedecer sus compañeros, en sus diversos modos. Como Hamlet, él tiene capacidad de cambiar. Es un símbolo de individualismo, y el ritmo de los versos a él dedicados señala una alegría, aunque desesperada, que inmediatamente capta nuestra simpatía y reverbera profundamente en nuestra sensibilidad.

Pero (y ésta es la ilusión a que me refería anteriormente), a pesar de toda su variedad, su capacidad de cambio, "febrero" no puede realizar (y en esto consiste su tragedia) el valor *cuantitativo* de la sociedad en que le han puesto las circunstancias. Por más frecuentemente que alterne de veintiocho a veintinueve (el poeta, con su sensibilidad exquisita, no *menciona*, de hecho, esas humillantes cifras), nunca puede alcanzar la burguesa seguridad, aunque anónima, de "treinta y uno", ni igualar la más modesta y aristocrática tranquilidad de "treinta". Década tras década, siglo tras siglo, milenio tras milenio, fracasa eternamente. Unico símbolo del cambio en una inmutable sociedad, continuamente es derribado. Una vez cada cuatro años intenta alzarse, lograr el nivel, alto, aunque desilusionante, de sus sueños. Pero fracasa. Siempre le falta un día, y los tres años hasta la llegada de su próximo esfuerzo son un triste intervalo, en que el recuerdo de su desengaño anterior se funde en la futilidad de la esperanza, sólo para volver a hundirse, frustrado, en la desesperación. Como Tántalo, está tendido para siempre sobre una rueda.

Hasta aquí me he ocupado principalmente del *análisis dinámico* del poema. Un estudio más continuado revelaría la *síntesis* que se puede hacer sobre la base del análisis que mi tesis ha intentado lograr. Esto, quizá, el lector de adecuada sensibilidad lo puede realizar por sí mismo.

THEODORE SPENCER.

(Traducción de J. M. V.)

THE COCKTAIL PARTY. De T. S. Eliot, por SEYMOUR LAWRENCE (Ed. Harcourt, Brace, $ 3,00).

Es otra vez el diácono, y por qué no se limita a los ensayos, disertaciones y salmos, no lo sabremos nunca.

La reunión del "cocktail", otro "símbolo" moderno. Llámese Tierra Baldía o llámese Prufrock. Pero aquí alcanzamos conclusiones:

"Lo mejor de un mal oficio es lo que cualquiera de nosotros hace de él..., excepto, desde luego, los santos..."

El Verbo como dado. Hacen falta tres actos para llevarnos a esto.

Charlería de "haut-monde", la ha hecho hasta morir. Gente (de una cierta especie) hablando en un vacío, no uno *a* otro, o *para*, o *con*. Figuras de escayola, cada una de ellas, un mensajero que lleva un aspecto del Verbo. Abundan las abstracciones, secas como polvo. La cuestión es que esto no es una obra teatral. No hay acción dramática, y volviendo a algo esencial, no hay *catharsis*. Se dicen palabras en el tono cuchicheado de los museos. Nos dicen que ocurren cosas; nunca nos convencemos de que ocurran. Después de leerlo, este recensionador lo vió en escena. Lo que se llama una ejecución perfecta.

La prosa nunca vacila, nunca se eleva, sino que fluye imperturbada y sin desaliño, a veces amablemente aliviada por el ingenio:

JULIA:	Eduardo, deme otra de esas deliciosas aceitunas.
	¿Esto qué es? ¿Patatas fritas? No, no puedo soportarlas.
	Bueno, había empezado a contarle lo de Lady Klootz.
	Fué en la boda de los Vincewell. ¡Oh, hace tantos años!
	(Al Invitado no identificado.)
	¿Conocía usted a los Vincewell?
INVITADO:	No, no conozco a los Vincewell.
JULIA:	Oh, los dos ya han muerto. Pero quería saberlo.
	Si hubieran sido amigos suyos no podía contar la historia.
PEDRO:	¿Eran los padres de Tony Vincewell?
JULIA:	Sí. Tony fué el producto, pero no la solución.
	Solamente hizo más difícil la situación.
	¿Conoce a Tony Vincewell? ¿Le conoció en Oxford?
PEDRO:	No, nunca le conocí en Oxford.
	Me encontré con él el año pasado en California.
JULIA:	Siempre he tenido ganas de ir a California.
	Cuéntenos qué estaba haciendo en California.

Es el Eliot de *Bajo el bam/ Bajo el bú/ Bajo el bambú; A Cooking Egg.* Un excelente escritor de verso ligero. Debía haber seguido moviéndose en ese nivel.

Pero no un drama donde hay gente que se hace viva, ama y se entrechoca. Las situaciones se dicen, pero no se muestran: Celia *se dice* que es la amada de Eduardo; Pedro *se dice* que el amante de Lavinia. Oímos hablar de ello, pero no hay contacto que establezca relaciones, verbales en todo caso (y Dios nos salve de las físicas). Son desconocidos, y lo que tenemos son sus conversaciones. Se pronuncian palabras, pero las sustancias que representan no son creíbles. Lo que está ausente, lo que siempre ha estado ausente en Eliot desde su mismo comienzo (exceptuando la parte IV de *The Waste Land)* es un sentido de la fuerza y el alcance del corazón. No hay una presencia viva que nos conmueva. No hay ninguno bastante vivo; las personas son como sombras, y al borde del desastre. Hombres vacíos rellenos con frases oratorias, moralistas y retumbantes:

Ese es el peor momento, cuando se nota que se ha perdido
el deseo de todo lo que era más deseable,
y antes de contentarse con lo que se desea,
antes de saber lo que queda para ser deseado;
y se sigue queriendo poder desear
lo que el deseo ha dejado. Pero no puedes entender.
¿Cómo puedes entender lo que es sentirse viejo?

No más solitario que el otro. Pero los que toman el otro
pueden olvidar su soledad. Tú no olvidarás la tuya.
Todo camino significa soledad... y comunión.
Ambos caminos evitan la desolación final
de la soledad en el mundo fantasmal
de la imaginación, apartando memorias y deseos.

Si todos fuéramos juzgados según las consecuencias
de todas nuestras palabras y acciones, más allá de la intención
y más allá de nuestro limitado entendimiento
de nosotros mismos y de los demás, todos seríamos condenados.

Los *Cuartetos* continuados. Eliot discursivo, pero no dramático. Considerar

las ideas; cómo cada persona encuentra su propia salvación marital: martirio religioso: éxito social. Empezamos con tres problemas (en forma de cuatro personas) y terminamos con tres soluciones (en forma de tres personas, habiendo muerto una de ellas para resolver su problema). No hay cambio ni revelación de carácter en el proceso. Las ideas son las móviles; las personas están quietas, dejando que les pasen las ideas. Los guardianes (que parece que todos tenemos, y de los cuales Eliot parece ser uno) desempeñan papeles mortalmente serios, pero para ser tragables, son cómicos de personalidad (*Bajo el bam/ Bajo el bú*). No sabemos lo que hacen, pero hacen. Son conscientemente cómicos para empujarnos. Uno puede catalogar: movilidad espiritual, el que no ama y el que no puede ser amado, ambición mundana, etc. Ahí están todos, dichos a nosotros. Un ensayo hubiera servido lo mismo. O un sermón desde el púlpito.

Tonos corteses: y este recensionador se asustó cuando, varias veces durante la representación, las voces de los actores subieron con ira. Llegaba como una sorpresa, y una sorpresa que no encajaba. No había razón para que alzaran la voz. No había nada de qué enfadarse para ellos. La ira es un sentimiento humano.

SEYMOUR LAWRENCE

(Wake, 9, 1950. New York.)
(Traducción de J. M. V.)



A S T E R I S C O S

LA MISMA PIEDRA

* * * Entre los tópicos más en boga entre los españoles está el de que jamás nos enteramos de los valores nacionales hasta que nos los descubren en el extranjero. Entre las contumacias más cazurras que padecemos anotamos la de ser sordos de conveniencia a las voces que se den anunciándonos algo positivamente serio de oriundez española.

Puede que predicar entre nosotros no sólo sea predicar en desierto, sino, además, contra viento, sople éste del Norte o del Sur, de la diestra o la siniestra. Lo terrible es que sea lo que sea, nadie se entera o se enteran unos pocos y se encogen de hombros. En fin, ¿se puede hacer algo?

Pedro Henríquez Ureña, en el primer número de la revista *Indice*, mayo de 1921, en un artículo titulado *En la orilla*, se preguntaba: "¿Por qué España —que con tanto empeño aspira a tener filósofos—no se entera de quién es Santayana?" A treinta años de distancia, no hay respuesta. A treinta y dos, hay unas notas necrológicas y pompas fúnebres en la Prensa reclamando a Santayana como si los Estados Unidos nos lo hubiesen secuestrado y de pronto nos percatásemos del secuestro. Inmediatamente se organiza una brigada mixta de intelectualismo y detectivismo para localizar los primeros pasos del señor Santayana, averiguar una serie de pequeños detalles de índole puramente familiar y diagnosticar que fué visto por última vez en tal fecha, y que nada se ha sabido de él desde tal otra.

Poco se puede añadir a este modo de ser o a esta manera de entender las cosas. Santayana si no es un perfecto desconocido para nosotros se debe a la generosidad, talento o perspicacia de las editoriales sudamericanas. Y amargo es decirlo también, si no es que sigue teniendo vigencia todavía la protesta de Henríquez Ureña en 1953 se debe a que se ha muerto Santayana.

Al parecer, la piedra o las piedras—¿y para qué añadir ejemplos?—con las que tropezamos son siempre las mismas. Los elementos que integran estos desdichados y fabulescos pedruscos vienen a ser: el conocido tópico, que sirve a la generalidad; la bizarra postura, que salvaguarda a una determinada facción; la contumacia cazurra, que disculpa a los más espabilados. Solamente se salvan los que dan voces, que son muy pocos y que, desde luego, no son escuchados.

I. A.

CON EL TIEMPO LLEGA EL ACUERDO

* * * El señor González ha sido entrevistado últimamente en *El Español*. La entrevista, de las llamadas "en rueda", ha sido hecha por tres periodistas jóvenes, y es bastante completa y clara. El señor González Ruiz habla de su vida periodística, del teatro, de lo poco que gana—unas diez mil pesetas al mes—, de Ortega, y hasta llega a llamarse a sí mismo, suponemos que en un rapto de humor, "bon vivant". Las respuestas son, desde luego, clarísimas, y, a través de ellas, la figura de Nicolás González Ruiz parece simpática. No obstante, uno—posiblemente debía de tener una idea equívoca al respecto—no acaba de entender eso de *Soy partidario de los teatros de cámara, porque soy partidario de la libertad y de suprimir la censura*. Y ello porque en otras épocas —el año 1950 para ser exactos—el señor González Ruiz emprendió una campaña pidiendo la supresión de la crítica para los teatros de cámara, y ahora no parece ser suficiente decir que la petición era motivada únicamente por tratarse de funciones privadas. (No sé, no sé.)

En aquel tiempo—no es preciso servirse de la memoria—uno dirigía el teatro de ensayo "La Carátula", y se vió sorprendido con que, a raíz de una "advertencia" del señor González Ruiz en *Ecclesia*, tanto las críticas como la propaganda de nuestro humilde y sufrido teatro nos eran tachadas por el organismo de censura. Naturalmente, sin crítica que encauzara y valorase nuestras actuaciones y sin posibilidad de propaganda que atrajese al público necesario, nuestra labor teatral no podía seguir. Y terminó. Al menos durante el tiempo en que se mantuvo este régimen restrictivo. No es de extrañar, pues, que, después de leer las declaraciones del señor González Ruiz tocantes a la libertad, uno no pueda evitar una leve sonrisa de escepticismo. Porque de no ser así uno estaría hecho un mar de confusiones.

El señor González Ruiz—para dejar aclaradas las cosas—, en marzo de 1950, después del estreno de *Ardele o la margarita*, de Jean Anouilh, pieza por él calificada de hedionda, decía lo siguiente: *No discutamos ahora el que, por tratarse de una representación privada, la censura lo autorice. Pero si ésa es la razón de autorizarla, ¿por qué se publican críticas en los periódicos diarios?* Se comprende fácilmente, leído lo anterior, que la petición de González Ruiz significaba una mutilización más a lo ya mutilado.

Si ahora, transcurrido el tiempo, cuando la labor de los teatros de cámara y ensayo ha sido la más importante del teatro español en estos últimos años, el señor González Ruiz quiere hablar de libertad y de la supresión de la censura, no nos va a parecer mal a nosotros. Pero antes era preciso poner las cosas en claro.

J. Q.

EL AMERICANO EN PARIS

* * * Ha aparecido, simultáneamente, en Londres, París, Frankfurt y Florencia una revista patrocinada y costeada por la Ford Foundation de Nueva York, y *en cumplimiento de una de las finalidades de la fundación: ampliar la amistad y el entendimiento entre los pueblos de todos los países mediante*

el intercambio cultural. Perspectives (tal es el nombre de la edición en inglés) se presenta revestida de todos los primores que el buen gusto tipográfico, unido a la holgura financiera, puede obtener para una publicación. La revista es redactada en los Estados Unidos, y cuenta con un nutrido y, al parecer, competentísimo comité orientador. Cada número es dirigido por un *guest editor*, por un director transeúnte, que procura lograr una cierta afinidad en el estilo y los temas contemplados.

¿Propaganda? Es posible. Pero en este caso se trata de una estupenda propaganda, porque el contenido de cada entrega es de una calidad sorprendente. *Perspectives* se ocupa de literatura, arte y música, y lo hace con palpable dignidad. Los artículos de crítica literaria, en especial, son modelos de finura y sensatez, y en ellos tendrían mucho que aprender los críticos de habla española, tan inconcretos y desabrochados en su gran mayoría. Que sea, si se quiere, propaganda; mas hay que reconocer el hecho bastante insólito de que se trata de propaganda dirigida a una minoría de lectores—intelectuales, estudiantes, etc.—, la menos propicia a dejarse envolver en mentiras propagandísticas y también la mejor inclinada a reconocer los verdaderos valores en cualquier campo de la cultura. Es lícito, y hasta conveniente, controvertir los fundamentos políticos o económicos de los Estados Unidos; pero ampliar esta controversia a la negación sistemática de realidades tan sólidas como la literatura estadounidense es una actitud de indisimulada mala fe. Puede suponerse que tras todo esto hay algún perversísimo *arrière-pensée* de los directores de la Ford Foundation; entre tanto se descubre, hay que decir que *Perspectives* ofrece una magnífica visión, talentosa y seria, de la vida intelectual de Norteamérica.

Lo que resulta incomprensible para el profano es cómo una publicación como ésta, en la que difícilmente se sospechan apuros económicos, emplea el fácil sistema de reproducir artículos ya publicados en otros sitios (en el número 3, por ejemplo, de dieciocho colaboraciones, sólo diez son originales). Es posible que gracias a ese expediente puedan ser logradas entregas con cierta calidad antológica; pero una revista obtiene su personalidad a base de colaboraciones originales y exclusivas. Salvo, claro está, que *Perspectives* intente realizar en el campo de la literatura lo que *Selecciones* del *Reader's Digest* hace en su ancho feudo de todo lo divino y lo humano. Pero esta hipótesis es inverosímil; ¿quién puede soñar siquiera en competir con *Selecciones*?

Hay también la melancólica evidencia de que a la Ford Foundation no le interesa, al menos por ahora, publicar su revista en español. Ni en Barcelona ni en Méjico ni en Buenos Aires se anuncia la edición castellana de *Perspectives*. Y es posible que en ninguna otra parte del mundo hagan tanta falta a los Estados Unidos más *amistad* y más *comprensión*. Hay en todos los pueblos y en muchos de los Gobiernos tantos justos motivos de resentimiento y de desconfianza hacia todo lo norteamericano, que cualquier esfuerzo por el logro de los filántropos propósitos de la fundación ha de dar frutos favorables. Son muy mal conocidas en Hispanoamérica las realizaciones de la intelectualidad yanqui, y la revista—¿cómo evitar el tópico?—vendría a llenar un gran vacío. Su publicación evitaría, además, que mentes maliciosas piensen que a sus directores no les interesa divulgar la cultura norteamericana sino en los países signatarios del Pacto del Atlántico Norte.

H. V. G.

* * * No queremos caer en afirmación tan absoluta y cuestionable como es la de que en España no se sabe novelar. Si queremos precisar que los métodos de los escritores españoles para tratar la novela no son de mucha altura. Si atendemos a la pura cuestión formalista, no hay problemas para el novelista español. El lenguaje, el estilo son cualidades y calidades connaturales. Si nos fijamos en la arquitectura o construcción de la creación, aunque las más de las veces falla, siempre en alguno se salva por incorporación o mimetismo de ensamblajes con "made in U. S. A.", en Francia o en cualquier otro país. Esto es importante, pero no definitivo. Si nos referimos al modo de tratar los personajes y a la ideología de los mismos—caballo de batalla de nuestra novelística contemporánea—tendremos que los procedimientos, las maneras, son infantiles, torpes o superficiales. ¿Por qué?

La razón, a nuestro modo de ver, está en que el escritor español, frente a la novela, se desenvuelve en un clima de intuiciones y de sensaciones; nunca —o muy difícilmente alguna vez—en un medio ideológico fuerte, sincero e importante. Pasan más la anécdota, el gracejo verbal, la construcción, que la ideología. Las novelas españolas se alejan o acercan al sainete y al cuadro de costumbres en razón directa de su acercamiento o lejanía de lo exclusivamente ideológico. ¿Motiva esto nuestra meridional manera de ver las cosas? ¿Es consecuencia de una falta de preparación organizada en el caminar del pensamiento? La solución abriría el estrecho ventanuco de nuestro aislacionismo novelístico y crearía la habitación en la que voluntariamente nos hemos recluído. Nos parece que el novelista español trata el problema, su problema creacional, no con las herramientas de su "oficio", sino con las de un "oficio" anejo, pero no igual. Queremos decir que, frente a la novela, reacciona como un poeta, tratándola poéticamente, con los medios de la poesía. La novela se resiente de esto, y se transforma normalmente en una trivialidad híbrida a medio camino de la oda y a otro medio del folletín, cuando peor, y en un acercamiento, pero no en un contacto con la novela de VERDAD, cuando mejor.

Que el escritor español trata a sus personajes con más o menos acierto no quiere decir que los trate como debe hacerlo. La mentalidad de los personajes de novela de nuestra actual literatura es tan anodina como uniforme. Cierto que es difícil buscar una coyuntura ideológica para los personajes que sea importante y trascendente, porque esto viene determinado por el ambiente en que se desarrolla el novelista. Y el novelista no se desarrolla en nuestro país más que en un tradicional ambiente de preocupaciones—en cuanto a lo intelectual—mediocres.

El arte de novelar, la ciencia de novelar, el clima para novelar, los procedimientos para novelar están en España todavía en embrión. No nos invada la desesperanza. El embrión puede desarrollarse y dar lugar a un ser completo y hasta perfecto.

Todo lo dicho viene a cuento del tan cacareado renacimiento de nuestra novela contemporánea, con perdón.

I. A.

TAMBIEN NOSOTROS SABEMOS HACERLO

* * * Continúa hablándose de *Murió hace quince años* y de su afortunado autor, José María Giménez Arnáu. Y lo gracioso es que lo que se habla no corresponde, ni mucho menos, a lo que se escribe o se ha escrito, aun cuando sea una misma persona la parlante y la escribidora. En este tiempo nuestro —no sabemos bien por qué—no se escribe lo mismo que se habla. Una cosa es hablar—las palabras son aire y...—y otra escribir. Sin embargo, uno tuvo la desgracia de hablar el día del estreno de *Murió hace quince años,* y la palabra "monstruoso" que salió de sus labios quedó condenada a perpetuidad en las páginas de *Ateneo* junto a otras declaraciones, desde luego mucho más hábiles e insinceras. ¡Qué le vamos a hacer! Uno, desde luego, no está muy arrepentido, aunque, a fuer de sincero, debe hacer una declaración. Y es que, con el tiempo, ha descubierto o creído descubrir una intención soterrada, sutilmente escondida, en *Murió hace quince años,* intención inadvertida, al parecer, por parte de la crítica y el público que ha llenado el teatro durante representaciones y representaciones. Ha sido un poco eso que vulgarmente se dice "devolver la pelota". Como se recordará, Sartre, para escribir *Le diable et le bon Dieu,* se inspiró en una pieza clásica, españolísima, de nuestro teatro. Y, naturalmente, que un "existencialista" viniera a fijarse en nuestras cosas repugna, había que castigarlo. Y el castigo está ahí. El esquema de *Murió hace quince años*—para que vean los franceses que nosotros también sabemos hacerlo—es semejante al de *Les Mains Sales,* de Jean Paul Sartre, y las situaciones, muy parecidas. Véase el cotejo.

J. A. Giménez Arnáu: *Murió hace quince años.*	Jean Paul Sartre: *Les Mains Sales.*
Diego, un joven comunista, ha caído herido de muerte, y principia a relatar las circunstancias que le han conducido a tal situación.	Hugo, un joven comunista, debe decidir sobre su vida o su muerte, y principia a recordar y analizar las circunstancias que le han conducido a tal situación.
A Diego le fué encomendada por el partido la misión de matar a su padre, jefe de la Policía.	A Hugo le fué encomendada por el partido la misión de matar a Hoederer, jefe comunista que ha pactado con la reacción.
Diego se presenta en la casa de su padre y se siente atraído, influído por los vínculos familiares.	Hugo se presenta como secretario en la casa de Hoederer y se siente atraído, influído por el líder.
Diferencia: Diego no mata a su padre, sino que, por el contrario, lo defiende.	Diferencia: Hugo mata a Hoederer, no se sabe si por celos o por cumplir el cometido revolucionario.
Diego termina el relato, y muere.	Hugo termina el relato, y dice a los del partido "no recuperable", es decir, ha elegido la muerte.

J. Q.



CRONICA DE SANTANDER

EL VII CURSO DE PROBLEMAS CONTEMPORANEOS

INTRODUCCIÓN

A todo lector atento a las manifestaciones culturales del verano español, durante los meses de julio y agosto, no le será desconocida la fama que año tras año vienen acumulando en su hoja de servicios los llamados Cursos de Problemas Contemporáneos. Desde el año de 1947, el Instituto de Cultura Hispánica, de Madrid, los organiza en el ámbito de la Universidad Internacional "Menéndez Pelayo", de Santander, corriendo a cargo de la dirección del Instituto tanto la responsabilidad de la determinación de temas a tratar y conferenciantes, como de su montaje administrativo. Un servicio más entre los muchos inapreciables que el Instituto de Cultura Hispánica viene proporcionando a la formación cultural de la Universidad de habla castellana.

LA UNIVERSIDAD "MENÉNDEZ PELAYO" CUMPLE SU MAYORÍA DE EDAD

Lo que posiblemente no sabrá el lector hispanoamericano es que la Universidad Internacional de Santander tiene ya su alcurnia y su tradición. Como precedente más o menos ilustre se recuerdan los Cursos de Verano de la Magdalena, iniciados allá por agosto de 1933, bajo la dirección del desaparecido poeta Pedro Salinas, en la que intervinieron como profesores personalidades de la talla de Menéndez Pidal, Ortega y Gasset y Karl Vossler, entre otras muchas celebridades del mundo del espíritu.

Allá por el 1945, el Ministerio de Educación Nacional concertaba en la ciudad cantábrica de Santander un triple grupo de Cursos de Verano a cargo del Consejo Superior de Investigaciones Cientí-

ficas, que habrían de tratar, independientemente entre sí, de un lado, los problemas económicos, sociales e internacionales estudiados en el detalle de su formación actual y en el fundamento de sus motivos teológicos y filosóficos. De otro lado, la segunda Sección trataría de indagar la fusión de la permanencia clásica y la cultura nacional en el estudio del humanismo español e hispanoamericano, profundizando en el carácter del pensamiento hispánico que aflora en los estractos de nuestra historia, exponiendo, además, las culturas de otras naciones y sus vinculaciones y mutuos influjos. Y, por último, un grupo de investigaciones biológicas y trabajos médicos realizados en el Instituto de Graduados de Medicina, en la Casa Salud Valdecilla, de Santander. A estas tres grandes Secciones de investigación científica se agregaría luego un curso para extranjeros y unas Reuniones Pedagógicas para el perfeccionamiento de la metodología docente en su varia disciplina.

Esto fué, más o menos, la Universidad Internacional "Menéndez Pelayo" hasta 1953. Hubo cambios de consideración: En 1946, el Instituto de Cultura Hispánica se hace cargo de la Sección de Estudios Actuales, creando el Curso de Problemas Contemporáneos; en 1952 nacen los Cursos de Cinematografía; en 1953, las Reuniones de Física Nuclear, con participación de los eminentes Eisenberg, Samuel K. Allison y K. Neizsacker..., el Curso de Periodismo, etc.

Un Patronato para la Universidad

Y ahora, a raíz del gran éxito corroborado de la Universidad Internacional, el Ministerio de Educación Nacional ha redactado un nuevo decreto creando una Junta de Patronato que, de aquí en adelante, ordenará las actividades de la Universidad, cada año más numerosas y trascendentes. En esta Junta tomarán parte todos los rectores de las Universidades españolas, miembros del Instituto de Cultura Hispánica y de Relaciones Culturales, el jefe del Sindicato Español Universitario y todas aquellas personalidades que por su prestigio y experiencia puedan contribuir al engrandecimiento de la Universidad "Menéndez Pelayo".

Aparte de lo que de beneficioso ha de tener para la estructuración de los nuevos curso, la creación de este Patronato se ha abordado ya la construcción de residencias universitarias, dotando a los cursos de los medios para desenvolverse con suficiencia. Tres nuevas residencias, cercanas a las playas, albergarán un crecido número de universitarios internacionales, amén del Real Palacio de la Magdalena, sede desde 1949 del Curso de Problemas Contemporáneos, que viene albergando 122 universitarios en su residencia, la cual ha sufrido importantes mejoras gracias a la diligente eficacia del director del Instituto de Cultura Hispánica, don Alfredo Sánchez Bella. Más de un millón de pesetas se han invertido en este año en el Palacio de la Magdalena, cifra que representa sólo una parte del presupuesto que tanto el Ministerio como las autoridades provinciales destinan a la Universidad santanderina, con objeto de hacer de ésta una institución cultural para el verano, sin precedentes en la historia universitaria.

El VII Curso de Problemas Contemporáneos

Por lo que respecta más directamente al Instituto de Cultura Hispánica, se ha organizado el VII Curso de Problemas Contemporáneos en el Palacio de la Magdalena, en varios ciclos estructurales, en tres decenas, correspondientes a las del pasado mes de agosto. Bajo la dirección de don Manuel Fraga Iribarne, secretario general del Instituto de Cultura Hispánica, recientemente nombrado secretario general del Consejo Nacional de Educación, el VII Curso se dividió en los siguientes ciclos: Ciclo sobre "Arte Abstracto", Ciclo sobre "La educación en una sociedad de masas", Ciclo sobre "Problemas militares de nuestro tiempo", Ciclo de "Problemas del catolicismo español contemporáneo", Ciclo "Cuestiones actuales de la ciencia". A estos Ciclos cabe agregar otros varios, en cuya organización ha colaborado asimismo la Dirección. Son: el "Curso Superior de Lingüística", "Curso de Periodismo" y la "II Reunión de Física Nuclear".

En total se han matriculado en los

ciclos base del Curso de Problemas Contemporáneos un total de 537 profesores y graduados de la Universidad hispánica y de centros universitarios del extranjero, residiendo 378 de ellos en el Real Palacio de la Magdalena. Entre los profesores hispanoamericanos asistentes al Curso destacan el chileno Ricardo Latcham, el argentino Atilio García Mellid, el nicaragüense José Coronel Urtecho, el mejicano Alfonso Rubio, el argentino Carlos Damián Bayón, el cubano Pérez Sentenant y el boliviano Luis Felipe Lira Girón.

Para este VII Curso se han seguido las directrices trazadas en el año anterior, rehuyendo el tipo de exposición magistral en forma de conferencias, aunque sin renunciar en algún caso a ellas. Más bien se ha asimilado como procedimiento de comunicación la ponencia, estudiada y presentada por un especialista, cuyo texto se ha facilitado a los asistentes por medio de su reproducción en multicopista, pasándose a continuación al análisis de la ponencia en forma de reuniones de seminario, con coloquios canalizados por un director de debates y por el director del Curso.

Todos los ciclos han tenido gran interés. Es de justicia destacar entre ellos el dedicado al tema "La educación en una sociedad de masas", cuya preparación corresponde íntegramente al doctor Fraga Iribarne, al frente del Seminario Hispanoamericano de Educación del Instituto de Cultura Hispánica. Por su apasionamiento, autenticidad, colorido y pintoresquismo es de subrayar el ciclo sobre "Arte Abstracto", gracias al cual se han puesto en claro muchas cuestiones terminológicas, estéticas, técnicas, literarias e históricas de este arte tan poco representativo del hombre actual, pero que tiene una realidad indeleble que ha de estudiarse para su incorporación certera a la historia del arte. Este ciclo ha sido una toma de estado de la cuestión, y no una defensa del arte abstracto, hecha por el Instituto de Cultura Hispánica frente a otras tendencias actuales del arte, según plumas mal informadas han pretendido afirmar. El ciclo de "Temas militares" ha servido para comprobar un fenómeno ya bosquejado en cursos anteriores: la buena voluntad de convivencia y comprensión entre la milicia universitaria, colaborando ambas en favor de la cultura hispánica y beneficiándose mutuamente de sus virtudes. Porque en el caso español es de notar que estos dos estamentos sociales—intelectuales y militares—han vivido, hasta la fecha, extraños y, en muchos momentos de nuestra historia, antagonistas irreconciliables, contribuyendo con su enemiga a la deficiente marcha de la historia nacional, como ocurriera durante la República que desembozó en 1936.

Además de los ciclos propiamente universitarios, de sus lecciones y coloquios, se han celebrado otros actos culturales, como conciertos, conferencias-conciertos, lecturas de poesías, con intervención de poetas de habla castellana (por ejemplo, Gerardo Diego y José Coronel), representaciones teatrales, excursiones a las Cuevas de Altamira, Santillana del Mar, Río Cubas, Picos de Europa...; proyecciones cinematográficas de documentales de arte y de ciencias, recitales de bailes populares españoles y de masas corales, etcétera. Como complemento del Ciclo de Arte, el Museo de Arte Contemporáneo de Madrid montó una gran Exposición Internacional de Arte Abstracto en el Museo Municipal de Pinturas de Santander, siendo muy comentada y discutida la participación de los artistas abstractos de la Magdalena.

A continuación, especialistas de las respectivas materias presentan al lector de los CUADERNOS unas sugestivas crónicas vividas y escritas desde el ámbito universitario del Palacio de la Magdalena, de Santander. Creemos conveniente advertir que en ellas exponen su opinión personal, no la de la Revista.

MAS SOBRE LA QUERELLA DEL ARTE ABSTRACTO "PERO SE MUEVE"

(Crónica de Santander)

POR

SANTIAGO LAGUNAS

"Así como el caminante que para ir a nuevas tierras no sabidas va por nuevos caminos no sabidos ni experimentados, camina no guiado por lo que sabía antes, sino en dudas y por el dicho de otros, y, claro está, que éste no podría venir a nuevas tierras, ni saber más de lo que antes sabía, si no fuera por caminos nuevos nunca sabidos y dejados los que sabía; ni más ni menos que el que va sabiendo más particularidades en un oficio o arte siempre va a oscuras, no por su saber primero, porque si aquél no dejase atrás, nunca saldría de él ni aprovecharía en más; así, de la misma manera, cuando el alma va más aprovechando, va a oscuras y no sabiendo" (San Juan de la Cruz. *Noche oscura,* libro II, capítulo XVI. 8).

"Lo terrible del Arte es que cuanto más avanzamos en él, más nos somete a la prueba de lo riguroso, de lo que es punto menos que imposible" (R. M. Rilke).

Esta crónica, o más bien crónica-ensayo, no pretende ser algo así como una reseña total y detallada de todo lo ocurrido en Santander en torno a los actos celebrados por la Universidad Internacional "Menéndez Pelayo", y bajo el patrocinio del Instituto de Cultura Hispánica, durante la primera decena de agosto, actos referidos concreta y primordialmente al arte abstracto.

El programa editado señala, sin mostrar por qué, *al fenómeno artístico contemporáneo llamado equivocadamente arte abstracto.* Es un rodeo lingüistico que nos sitúa en realidad en el mismo punto de partida del problema, ya que si tuviéramos que tomarnos el trabajo de revisar toda la nomenclatura de todas las cosas que se llaman como se llaman —y que indudablemente bien llamadas estarán cuando así las llaman y se entienden con ellas muchos grupos diferentes y sin previo acuerdo—, la tarea sería inabordable y absolutamente ineficaz. Una nueva Babel. Y este "equivocadamente" será muy difícil—por no decir imposible—de probar que lo es. Más fácil sería, acaso, tratar de entender qué es lo que se quiere significar con esta nomenclatura de "arte abstracto" aparecida en nuestro tiempo y que, a semejanza de las denominaciones de "arte gótico" "arte románico", "arte barroco", etc.—y contra lo que cree Gaya—, encierra y encierran una verdad y una autenticidad profundas, incluso etimológica, revelada en el simple hecho de su aceptación popular —y aún me atrevo a decir de su aceptación general creciente—, imposible de ser cambiada por una persona, o grupo de personas disidentes, ni siquiera tomando acuerdos campanudos, como ocurrió en el caso del "jeriñac", y como, con mi compañero el italiano Sartoris, del clan de la llamada "Escuela de Altamira", al tratar de cambiar lo de "arte abstracto" popular por su "arte absoluto", que en vano intentaba resucitar mi otro compañero del grupo de "Altamira" Luis Felipe Vivanco, en este curso. Igual, todas las sustituciones que han tratado de hacerse después de la palabra "cubismo", alegando que fué creada por broma, y olvidando en paralelo la realidad de su verdad profunda, patente en el hecho de su fulgurante aceptación general, etc., etc., y otros muchos intentos de denominaciones, como "arte no figurativo", "arte concreto", etc., etc., impopulares en cuanto tratan de sustituir la denominación genérica de "arte abstracto", que ha logrado "cuajar" primero, queriendo expresar y significar la misma cosa a la que ella alude.

Volviendo al punto de donde arranca esta disgresión, queremos decir que esta

crónica lo que pretende primordialmente —y se contentaría si lo alcanzase en un mínimum—es expresar en sustancia, o al menos poner de relieve, algunas de las muchas cosas importantes allí dichas, oídas, vistas, aprendidas y aprehendidas, o sugeridas después, sobre estos problemas palpitantes del arte actual, visto con miras universales desde nuestra realidad de españoles.

Para nuestra apreciación personal del fenómeno artístico no nos interesa considerar esencialmente hechos exteriores a él, como son su cronología externa, la geometría, la topología, la epistemología, la ontología, etc., etc., ni tampoco la mecánica de los quanta. Al menos creemos que no tiene interés alguno para el Arte el acarreo de todos estos conocimientos, que, extraídos desde fuera, más bien logran crear para él una niebla de confusión exterior a su núcleo que una mayor claridad para precisar en la periferia el punto más conveniente de penetración interior.

Es mucho más importante—y creo que algo de esto quería expresar Barandiarán—ese conocimiento más bien posesivo que investigador, apasionado e incluso doloroso; ese ritmo oscuro, que sube y baja y da vueltas a ciegas en circuito cerrado, buscando en su inquietud nutrirse desde todas las partes y vivir de veras el instante exterior desde lo vital profundo, como única garantía de servicio al futuro. Considerando siempre—para la creación y la contemplación artísticas—al factor tiempo, dentro del cual se mueve nuestra temporalidad—y no nuestra esencialidad—no con desprecio, pero sí al margen. Sólo como una cuarta coordenada de integración, que no nos sirve en cuanto a nuestro latir esencial, pero que liga nuestra intimidad personal naturalmente incomunicable con la intimidades personales de los demás, armonizadas, aunque insolubles, en una "amistad" exterior reparadora y necesaria a nuestra vitalidad de humanos, en tanto no alcancemos a "comunicarnos" con los demás y poder gozar libremente de su intimidad, en la "intimidad de quien nos engendró", como creados que somos para vivir en lo absoluto y en la temporalidad, simultáneamente.

Nos interesa el Arte y el fenómeno artístico, solamente en cuanto expresión radicalmente sincera de *presente,* en cuanto antihistórico, en sus dos variedades de "antifuturista" y "antitradicionalista", y en cuanto se opone en sí mismo en su propio movimiento intrínseco a sufrir el desarrollo lineal y reversible del tiempo histórico, y busca solamente la expansión hacia lo absoluto desde el presente y en todas las direcciones radiantes, con despliegue de fuerzas de intensidad, tensión o emoción creadoras, capaces de abarcar y enlazarse a ese "mismidad" humana en la que vive inmerso, incidiendo normalmente en un solo trecho del desarrollo lineal progresivo de lo histórico temporal. Y advirtiendo que, sin falsear jamás ese trecho propio—al que llamamos punto de inserción en el tiempo histórico—, situándolo en un momento o curso del tiempo pasado (pastiche), ni en uno del tiempo futuro (futurista)—falso por imprevisible a la humana naturaleza y utópico y juliovernesco—, sino sincera y humildemente coordenados con nuestro propio tiempo, en el que nos ha sido dado vivir, y el único por donde el Arte tiene posible enlace extrínseco o histórico con todo el Arte de la humanidad pasada y futura. Sin cuyas condiciones de expansión radiante fuera del influjo histórico y de inserción radical en su propio momento histórico, nace el Arte en falsedad mortal, y tiene sólo cualidades y explendor sucedáneos, que desaparecen casi siempre, incluso con su propia época.

El problema de la moral artística

El P. Muñoz Rojas, O. P., expuso a la salida de uno de los coloquios los dos puntos "clave" a que debe sujetarse el artista para garantizar la pureza y acción saludable de toda su creación artística: Primero, *el artista ha de ser absolutamente sincero consigo mismo.* Segundo, *debe considerar seriamente la pureza y bondad de las fuentes de que se alimenta su sinceridad.*

De aquí se deducen estas dos cosas, claramente implícitas: Primero, que el Arte nace exlusivamente en el misterio

de la personalidad (lo cual excluye toda intromisión colaboradora o social desde dentro, en el hecho de la creación artística simple). Segundo, que el Arte, de todos modos, es una vía natural de comunicación y de asociación con los hombres. Y que, por tanto, el artista, en buena ley, además de buscarse sinceramente a sí mismo, debe hacerlo *sólo* en aquellos caminos que no puedan acarrear el mal a los demás.

Este mismo sentido tiene la frase del P. Muñoz, que dice: "Cuando el manantial no brota limpio, turbia va la corriente." Y lo que muy bien queda precisado por las palabras del Santo Padre Pío XII:

"No he de exponeros a vosotros—que lo sentís en vosotros mismos, acuciante como un noble tormento—uno de los caracteres esenciales del Arte, el cual consiste en una cierta intrínseca "afinidad" del Arte con la religión, que hace que el artista, en cierto modo, un intérprete de las infinitas perfecciones de Dios, y particularmente de su belleza y armonía. La función de todo Arte está en el hecho de romper el recinto angosto y agobiante de lo finito, en que el hombre está sumergido, mientras vive en este mundo, y en abrir a su espíritu anhelante, como una ventana hacia el infinito."

LA ACUSACIÓN DE CAMÓN

Aun cuando basándola en una falta de paralelismo—a todas luces insostenible—con la literatura norteamericana de nuestros días, Camón Aznar ha lanzado contra el arte abstracto la acusación moral de que tal arte representa el caso de mayor traición conocida de un arte a su propia época.

Moreno Galván hizo, a su vez, a Camón la siguiente pregunta:

"—Si usted tuviera que juzgar el arte egipcio de la IV Dinastía solamente por las Pirámides, juzgaría que dicho arte había hecho traición a su época?"

No cabe duda de que la afirmación de Camón no se apoyaba escuetamente sobre la falta de paralelismo con el que creía "noble naturalismo" de la actual literatura norteamericana, pues este argumento era en Camón muy impremeditado, como se vió después. La cosa alcanzaba niveles más hondos, y puede decirse que era una afirmación más bien "intuitiva".

Camón atribuía a la novelística americana actual una especie de romanticismo lírico y de exaltación de los valores humanos más nobles (inexistente, al menos, en ninguno de sus representantes más destacados. Y, por tanto, el argumento literario no sólo no bastaba, sino que se le caía totalmente por su base, ya que él no demostró un conocimiento verdadero de la actual literatura norteamericana, e incluso pareció extrañado de que expresara en realidad algo muy diferente de lo que él le había concedido en su argumentación.) A este pretendido romanticismo lírico y exaltación de los valores humanos más nobles, oponía Camón, por contraste, los de deshumanización, e incluso traición, del arte abstracto a su época. (Sólo el aparente lírico Saroyan—y no siempre—escapa a la ironía amarga, la dureza, el naturalismo descarnado y brutal y la falta de espiritualidad de lo más significativo y encumbrado de la novela norteamericana actual.) ¿Qué sentido cierto podría tener, pues, la acusación intuitiva e irrazonada, suficientemente de traición a su época, con la que anatematizó Camón al arte abstracto?

Fernández Figueroa afirmaba que es vano hablar de "la traición de un arte a su tiempo", sino solamente de artistas sinceros o no sinceros consigo mismos, como única posibilidad de traicionar la época.

Alguien—no sé si fué Cirici—apuntó todavía más claramente que el hecho de que el arte de una época esté en aparente desacuerdo con ella no quiere decir, ni mucho menos, que esté traicionándola. Y alguien añadió que incluso también puede ser que la época, y no su arte—en desacuerdo con ella—sea quien esté traicionándose a sí misma.

En este punto de la cuestión habría que decir unas palabras previas a la crítica de arte en general, la cual es ejercida por personas de mayor o menor solvencia, pero que difícilmente suelen responder ante nadie más que ellos mismos de sus afirmaciones. Suelen asignarse muchas veces gratuitamente el pa-

pel de guía o mentora y promulga las directrices y caminos que el artista, e incluso el Arte, debe seguir.

Creemos sinceramente que éste no es el papel de la crítica, sino el de ir constatando valores y hallazgos a la zaga de los que los van encontrando. Creo que es Albert Beguin quien ha dicho: "Lejos de prescribir a los pintores el camino a seguir, es preciso entender el sentido de la pintura que necesariamente practican: en ella hallaremos signos de un estado de conciencia revelador del alma contemporánea."

Y que debería partirse del aforismo de Braque:

"Para la obra de arte no hay más que un criterio de valor, y es el de no ser posible explicarla."

Esto no quiere decir, naturalmente, que dicha obra no pueda sentirse o entenderse y gozar de su emoción o de su belleza; pero para el conocimiento de los que quieren explicarlo todo en el Arte según su lógica; siendo, al fin y al cabo, como el Arte es, una "experiencia" vital, basta leer las siguientes líneas de Albert Einstein sobre el asunto:

"Mediante el saber puramente lógico no estamos en condiciones de llegar a conocimiento alguno del mundo de las experiencias: todo conocimiento sobre la realidad emana de la experimentación y termina en ella. Las hipótesis planteadas de una manera puramente lógica son completamente huecas en la realidad."

He aquí la razón por la que falla la crítica artística, planteada de una manera puramente lógica y completamente hueca en la realidad, siempre que le falle la dimensión de la responsabilidad y el riesgo, que sólo están en la experiencia, y que constriñen al artista de un modo real, y no al crítico erudito, que trabaja plácidamente lejos del saber experimental vivido, ignorándolo esencialmente.

Con esto volvemos a la acusación de Camón. Creemos, con Gasch, que los pintores actuales, al igual que la época en la que se hallan enraizados, padecen cada vez más una sed de absoluto. Esto, de por sí, ya justifica la furia con que se pretende extraerle a la pintura las últimas consecuencias. ¿Pueden la pintura y el Arte saciar esta sed de absoluto? Ya vemos que no, que el Arte y la pintura, ni tampoco otro medio humano, pueden llenar por sí mismos apetencias cuyas raíces no son de orden natural. Pero el Arte, como la ciencia de nuestro tiempo, como todo otro conocimiento o experiencia humanos, la filosofía, por ejemplo—que no parten de la "verdad revelada"—, al agudizarse y exacerbarse y afinar cada vez más sus instrumentos y sus métodos, compelidos por la necesidad y exigencia históricas que actúan sobre ellos, les llevan, aun sin proponérselo, y quizá hasta sin saberlo, al mismo borde de la sima de lo "absoluto", donde se acaba el trecho a recorrer con aquellos senderos, y el abismo se abre con todos sus misterios y todas sus sobrehumanas interrogaciones.

Parece como si desde todos los campos de su actividad le estuviera llegando a la intelectualidad soberbia y humanística que nació con el Renacimiento y fulguró en el siglo pasado, y ahora colea, la hora de plantearse definitivamente en la tierra el problema de la salvación, o sea, el dilema de la sincera inserción en Cristo y en su Iglesia, o bien el aniquilamiento y la corrupción.

Naturalmente, está el terreno muy movedizo en todos los aspectos para tranquilizarse también críticamente asiéndose a seguridades estéticas pasadas. No hay desacuerdo entre este arte abstracto y la época, si bien es verdad que el desacuerdo parece estar más bien que entre Camón y el arte abstracto, entre la época de Camón y la del arte abstracto, entre las cuales, y aunque simultáneas, existe abriéndose una profunda falla, cuyas grietas se acusan por todas partes. Pero si me lo permitís, y no suena a pedantería, yo le diría a Camón y os diría a todos y me digo a mí mismo que no podemos ni está en nuestras manos volver para atrás—*Nessun retorna in diettro*—, y que es preciso ir adelante sin pestañear ni añorar romanticismos de ninguna clase, tratando únicamente de purificarlo todo a cada paso y rectificando el rumbo hacia la luz, pero "que hay que ir" a toda costa, y aun en medio de la tormenta, y con confianza hacia adelante, ya que Dios

ha querido hacer que el tiempo histórico sea irreversible. Y no deplorar la trágica condición del arte moderno, sino pensar prácticamente, con Maritain, en que éste debe a toda costa "convertirse" para encontrar a Dios y encontrarse a sí mismo dentro de la verdadera, posible y única libertad.

Nunca se insistirá bastante en advertir que el Arte no es por sí mismo algo sobrenatural e inmutable, que no es una *esencia*, sino una *contingencia*, y, como tal contingencia, cosa humana y relativa al hombre y a su circunstancia. Lo que sí es absoluto y eterno para todo hombre y su circunstancia es aquello que con el Arte, relativo a ambos, trata aquél de apresar y de contener de absoluto. En este sentido—si es lícito emplearla así—no existe para mí otra mejor definición del Arte que la que se encierra en esta frase de San Agustín:

"Vestigio de tu secretísima unidad."

Por eso, el Arte de cada época se basta a sí mismo y se cierra sobre sí mismo, pero no tiene poder alguno para nutrir satisfactoriamente a las épocas que le siguen. Cada una de ellas, independientemente de admirar o no el Arte de las anteriores, necesita crear el suyo propio, pues si el Arte es función del hombre y su circunstancia, aun cuando el hombre permanece esencialmente el mismo, sin embargo no ocurre lo mismo con su circunstancia, la cual es, a su vez, función del tiempo histórico. Y el Arte, en cuanto pertenece al hombre, no se deja enhebrar fácilmente como las cuentas de un collar, ni puede ser evolutivo. (Sí que lo es, parcialmente, en la medida que pueda serlo su circunstancia.) Y ese hombre esencialmente invariable, e invariamente unido de modo complejísimo al pasado y al futuro desde el presente, es quien marcha por el camino irreversible "hacia adelante". arrancando a lo absoluto y a lo eterno, con su pequeño espejo único "personalísimo" que el Creador le dió, los destellos maravillosos que le llegan sólo a través de las rendijas de esa red tejida por fuera de su alcance, que cambia sin cesar y que es su circunstancia exterior o histórica.

Y no hay por qué girar obligatoriamente—adorando al santo por la peana—alrededor de tal o cual época clásica o de tales o cuales obras maestras, y alrededor de ellas jugar al noble corro tan grato y tan acogedor para el "turismo estético", y que tanto suelen recomendar académicos o críticos "engagées". (Si así fuera, todavía estaríamos danzando con paso cansino alrededor de algún "menhir" o de algún "crownlech". Pero, afortunadamente, el consejo académico tiene menos fuerza y menor perdurabilidad a través del tiempo que la obra de creación artística.)

Unicamente las cualidades "abstractas" de la belleza, el grado de armonía, integridad, esplendor y pureza que su creador haya sabido infundirles, hace que las obras de arte taladren sucesivamente el tiempo y sean admiradas en cada una de las épocas sucesivas. Su sencillez—no simplicidad—, su pureza, su intensidad emotiva, la concentración de todos los elementos abstractos de la expresión y de la belleza, fundidos de una vez para siempre en la creación plástica, hace que se detenga unos instantes nuestra respiración ante la muestra suprema de la elegancia del espíritu humano derramado por Dios. Y patente en un hombre de las cavernas como el de Altamira, en un Giotto o en un Van-Gogh.

LAS CONFERENCIAS

A mi modo de ver, ha habido en este Curso de Arte Abstracto—y refiriéndonos concretamente a las conferencia pronunciadas sobre las artes plásticas—cinco tipos de conferencia.

El tipo de conferencia puramente literaria u ocasional. A él pertenecen las conferencias de J. A. Gaya Nuño, de Sánchez Camargo y de Figuerola Ferreti.

Después, el tipo que podríamos llamar "técnico-didácticas", como la de Popovici, modelo de claridad y de precisión externa e interna, ocultándose delicadamente el saber científico-crítico del autor tras de la exposición correctamente ordenada desde un punto de vista expositivo-histórico, y entre la trama gris de la nomenclatura y la clasificación, nada fáciles de ser bien hechas.

Diferimos de Popovici en considerar que haya sido minimizada, en general, la aportación del Futurismo al arte abstracto, junto a la importancia del Cubismo, principalmente. A nuestro modo de ver, tanto los cubistas, como los abstractos, como muchos de los críticos de pintura, se han negado más o menos inconscientemente, y más o menos explícitamente, a concederles categoría de movimiento pictórico o plástico tanto al Futurismo italiano como a la llamada hoy Escultura Móvil. Como ha sido muy bien visto por Oteiza y por Víctor d'Ors, es un error palmario tratar de incorporar el movimiento "cinemático" y, por tanto, "físico" a lo plástico—esencialmente formal y expresivo—, y dentro del cual el movimiento no se hace homogéneo—como muy bien han visto ciertos arquitectos de hoy—, sino en la "tendencia" o "fuerza" dinámicoexpresiva de la propia Forma. El arte puede incluir el movimiento en su "sentido", pero no en su "naturaleza". Un movimiento pictórico que no ha comprendido esta verdad esencial a toda plástica, creemos que no puede figurar nunca con rigor junto a un movimiento tan auténtica y rigurosamente plástico, y de pintores, como el Cubismo. Lo malo es que el palmario error tenga imitadores y seguidores, envueltos todos en el mimetismo de la moda, con ese plazo mínimo de permanencia y de valor que a veces no sobrevive ni siquiera a su propia generación.

El tercer tipo es el de las "entelequio-eruditas" o "filosofales". A este grupo podrían pertenecer la conferencia de Damián C. Bayón, la de Luis Felipe Vivanco y la de Camón. Consiste el método de ellas en tomar a veces un núcleo interesante en sí mismo; y mitad como punto de partida, mitad como conejo de indias, inyectarle una fuerte dosis de conocimientos, observaciones, sugestiones poéticas o científicas e ideas de erudición, hasta hacer que se borre casi por completo el punto de partida e incluso hacer peligrar la vida del tema—tomado como *cavia cobaya*—, con despreocupación de conservar su indefensa expresión o la manifestación de su íntima vitalidad. Muy interesante en sí mismas las tres conferencias citadas, en sus lucubraciones, giros y vagabundeos más o menos poéticos, científicos o filosofales. Pero menos interesantes en cuanto se trate de considerar la "autenticidad" de su filiación a esa "experiencia" vital insoluble que es el arte; concretamente, la pintura.

El tipo cuarto, muy semejante al segundo, pero que en lugar de tomar un punto de vista histórico-externo toma el crítico-interno. Cobra por ello mucha mayor sugestión que aquél para un público en gran parte formado por artistas: pintores, poetas, escritores, escultores, etc., etc. Lo llamaremos "expositivo-crítico", e incluiremos en él las interesantísimas conferencias de Víctor d'Ors y Sebastián Gasch.

Aunque Víctor d'Ors tuvo que hablar improvisando el último día, por la públicamente inexcusada desaparición del arquitecto Rafael de Aburto, que no dió su conferencia anunciada bajo el título de "Arquitectura del arte abstracto"—y a causa de una oportunísima solicitación de Gaya Nuño en el coloquio de la tarde anterior—, Víctor d'Ors no improvisó—ni muchísimo menos—el contenido sustancial de su conferencia, que en tono de charla, en todo momento sugestiva y en muchos apasionante, examinó con muy amplia y minuciosa visión algunos de los conceptos esenciales al arte, y particularmente a la arquitectura moderna.

Definió claramente los límites específicos de la zona intermedia entre la razón y el sentido, en que tiene lugar la creación artística. Zona integral de la mente humana, a la cual la razón asciende sensibilizada y transformada ya en "inteligencia", y el sentido penetra también purificándose intelectualmente desde la vertiente opuesta, hasta convertirse en "sentimiento". Ni las ciencias puramente racionales, de un lado, ni lo naturalista, sensual y amorfo, del otro, pueden hallarse comprendidos en el plano del arte que les es superio y distinto, y en el que únicamente podrían integrarse debidamente sensibilizados e intelectualizados los unos y los otros.

Basado en el hecho de que la Arquitectura ha sido siempre puramente abs-

tracta, D'Ors cree que el lenguaje que buscan para expresarse los pintores abstractos pudiera verse algún día y resultar "inventado ya", y ser el de siempre, empleado por la Arquitectura. (No sé si aprecio exactamente su pensamiento, pues carezco del texto de su conferencia y escribo de memoria.)

Pero además del Color, cuyo lenguaje esencial es fundamental a la Pintura y no a la Arquitectura, en este punto hay una diferencia radical, al menos no claramente especificada por D'Ors, entre la Arquitectura y la Pintura.

En lo que a la Arquitectura se refiere—si bien cabe considerarle también un núcleo íntimo personal y subjetivo de expresividad—, no cabe duda de que tal núcleo es secundario en ella y que ha de estar perfectamente ordenado y en armonía de subordinación al núcleo central expresivo, que impone a toda obra de arte arquitectónica la funcionalidad que le es propia. Dicha funcionalidad es FUNCIONALIDAD COLECTIVA necesariamente: "interior" en cuanto se refiere a la colectividad, y exterior o de relación latente, con la colectividad o con el grupo, cuando se ocupa de lo "individual". En la Pintura y en la Escultura, en sí mismas, cuando son artes autóctonas—con expresión propia independiente—, su funcionalidad, lo mismo que en la Música, es, por contraposición con la de la Arquitectura, "EMINENTEMENTE SUBJETIVA" y necesariamente interna. De Bach no cuenta en su obra musical, al menos de una manera directa y necesaria, su posible afición a la caza. Y sí, en cambio, sus sentimientos y pasiones, cosa que contaría, evidentemente, a la inversa en una arquitectura creada para alojar al individuo Bach dentro de ella.

En suma, la Arquitectura "es" para la funcionalidad "externa" o de relación del "individuo", o bien para la interna de la colectividad o del grupo. Mientras que la Pintura, la Escultura, la Poesía y la Música "son", en cuanto artes autóctonas, para la funcionalidad "interna" del hombre, y a él le buscan, a su intimidad, extrayéndole de la colectividad y del grupo, para llevarle a la contemplación y gozo estéticos más personales. En este sentido no creemos que el lenguaje de la pintura abstracta tenga que ver esencialmente con el de la Arquitectura, ya que el uno se ha de referir a las necesidades internas del hombre como individuo, y el otro a las necesidades externas del hombre en su vida de relación, o sea a las internas de la colectividad. Aunque, como es natural, y entre todas las artes o modos de expresión de lo humano se pueda encontrar una red de puntos de contacto existentes entre todos ellos.

D'Ors aclaró muy bien que lo FUNCIONAL ARQUITECTÓNICO debe ser entendido integralmente, y no sólo como se ha entendido muy erróneamente—añado yo—por la jactanciosa arquitectura funcionalista, que ha atendido, de un modo a todas luces manco y parcial, al aspecto puramente material y mecanicista de lo funcional, descuidando en muchas ocasiones lo funcional orgánico o "superior" (por no llamarle "lo espiritual", expresión tan manoseada indebidamente al hablar de todas estas cuestiones).

No cabe duda de que la Arquitectura, hacia arriba y hacia abajo, camina hacia una mayor sinceridad y desnudez de todo lo superfluo y hacia una expresión cada vez más ascética y más pura, tanto en su concepto como en el empleo de los materiales, o sea que, por el presente, tiende a ser cada vez más puramente abstracta.

A causa, fundamentalmente, de la amplitud de la función y de la complejidad de la técnica que hoy ha de satisfacer la Arquitectura, necesariamente su campo desborda claramente lo individual y exige ya casi constantemente el trabajo en equipo, si bien la Arquitectura ha sido siempre, en realidad, producto de una o más mentes creadoras, contemporáneas o, en diferentes épocas, un equipo de artífices para las diferentes artes de acompañamiento. Hoy, la nueva necesidad es la ampliación, en cuanto a la técnica se refiere, de proyectar en equipo.

La conferencia de Sebastián Gasch fué también modelo de claridad de exposición, que supone una serie de conocimientos sedimentados sobre el tema.

En algún punto, y en mi opinión, Se-

bastián Gasch se deja llevar más bien de la fluidez del razonamiento que de su profundización. Dice, por ejemplo, en un punto que es capital para la comprensión de una pintura:

"Desde el momento que nuestras búsquedas nos han llevado a comprender que las relaciones de formas y colores son el elemento esencial de toda obra pintada; desde el momento que todos los lienzos del pasado sólo son, en el fondo, relaciones plásticas, una abstracción recubierta de realidad, una osamenta revestida de carne; desde el momento que esa cubierta sensual exterior de las obras del pasado no hizo más que disfrazar, disimular y desvirtuar el hecho pictórico integral, haciéndolo a menudo impuro..."

Este razonamiento falla totalmente en los siguientes puntos: no hay tal "osamenta revestida de carne" ni en la vida ni en el arte. La carne no reviste el hueso sino solamente en un sentido figurado. La carne, es más verdad, que se inserta en el hueso, formando un todo vivo con él; que se nutre en común, y que uno de otro tienen vida recíprocamente. En las obras del pasado no es posible separar con un bisturí lo que Gasch llama lo sensual, que no siempre, ni mucho menos, fué sensual. (Piénsese un momento en Altamira, en Sasetta o en Andrea Vanni, pongo por ejemplo.) La cosa no es tan simplista como nos explica Gasch. Lo que él llama envoltura o cubierta, no creemos cierto que haga en los cuadros auténticos del pasado la función que él le atribuye de disfrazar, disimular y, sobre todo, desvirtuar el hecho pictórico integral, sino que más bien este hecho pictórico integral vive en tales cuadros indisolublemente—o, como diría Oteiza, "indescontablemente"—unido a su sostén externo. Todo cuadro que "es", es producto de una "encarnación pictórica", con medula, nervio, hueso, arquitectura, carne y hasta epidermis. Si fuese así el proceso, como nos lo describe Gasch, no habría tal pintura abstracta como creación, sino como truco. Los pintores abstractos no crearían nada en pintura; a lo más harían algo así como desenvolver cosas pasadas, quitándoles el celofán más o menos transparente. No creemos eso, ni tampoco que la Pintura sea la Arquitectura si no es en el sentido de que son arquitectura o "construcción interior" todas las artes. Lo que sucede ahora entre toda la pintura anterior, hasta Cézanne y aun a Picasso y Braque, como elementos de transición, y la "pintura abstracta" (producto auténticamente aparecido en nuestro siglo), es que en el pasado, en todas las pinturas que ha ejecutado el hombre hasta el siglo XX, y como decimos antes, desde Altamira al Greco, a Goya, Cézanne y aun Picasso y Braque, la precipitación o coagulación plástica vital, hecha sobre la base fundamental del color y del dibujo, que se llama "pintura", ha sido ejecutada siempre "a partir de núcleos vitales externos", de la naturaleza exterior u objetiva (o bien sobre símbolos directamente relacionados con esa naturaleza exterior u objetiva), verificándose el proceso "de fuera a dentro", como por una especie de "enjutamiento", que aprisionada o encerraba, al fin, ese meollo irreducible del cuadro real y misterioso que exteriormente conocemos como "pintura".

En nuestra época, y a semejanza de lo ocurrido ya en épocas anteriores con la Música, y también con lo mejor de la Poesía, la Pintura se ha hecho también más interna, y tiende más a la expresión de lo "subjetivo" que a la interpretación de lo "objetivo". Y no solamente eso, sino que, a diferencia y en contraposición del modo de proceder hasta aquí por toda la pintura del pasado, el pintor trabaja un poco como el músico "no descriptivo", y trata de producir esa precipitación o coagulación plástica vital misteriosa, psíquicamente energética, que llamamos "pintura", prescindiendo de toda relación directa con la naturaleza exterior u objetiva, atento exclusivamente a sentirse identificado con el cuadro y sin pretender detenerse a tratar de identificar o reconocer explícita y racionalmente la objetividad del tema, que sirve de módulo interno e interior, para cuajarle, aprisionándolo, en un proceso en el que, por analogía con el de coagulación o el de precipitación—o con ambos simultáneamente—, logra arribar, en defi-

nitiva, a una como "encarnación plástica" absoluta en el cuadro, que se le queda (casi siempre con plena sorpresa por su parte, después de sucesivos ataques y contraataques y febril quitar y poner), sin tener ya que añadirle o quitarle nada, al menos sustancial, siendo guiado durante todo el pro eso no por un pensamiento lógico, claro, dominador e ingenioso, sino por un hilo oscuro, difícil, y que muchas veces se pierde por completo para reaparecer de nuevo y volver a perderse y ser asido finalmente; hilo oscuro que exige ir más allá de lo que es ya sabido y de lo calculado, para marchar sobre todo de conformidad con el sentimiento. Pudiéramos decir que la inteligencia "razonable" tiene más bien como misión trabajar aquí en tensión vigilante, quedando como guardián a la puerta, para impedir entrar todas las demás cosas que puedan intervenir y perturbar con sus realidades la otra realidad interna que está fraguándose oscuramente dentro de este proceso. El cual satisface al pintor "necesariamente", y es Voluntaria y conscientemente querido.

El último tipo de conferencia—en el que incluímos la de Jorge Oteiza—tiene, a nuestro parecer, una doble finalidad: "expresiva" y de "tanteo". De tanteo en cuanto que en su expresividad, sin dejar de estar fundada en muy profundas razones e intuiciones estético-plásticas, desempeña también en un cierto grado el cálculo de efecto sobre el auditorio a través de un lenguaje y nomenclatura que a lo patético une lo puramente formulario y convencional de algunas otras disciplinas, ajenas en su simple exterioridad al fenómeno artístico. El problema de la "estructura invisible" en la escultura y en el cuadro, muy bien señalados por Oteiza, centran todo el problema estético. Consideraciones asimismo de estructura y de encarnación plástica "indesmontables", encerrando la invisible y vital estructura. He ahí la obra de arte verdadera, de auténtica creación artística, que soporta impávida—mejor aún irreducible a razonamientos y conceptos—toda investigación sobre ella; pero que en ningún modo es investigación analítica y teórica en sí misma, sino investigación práctica sintética y plástica u "obrando". CREACIÓN VITAL y no ANÁLISIS ESPECTRAL científico o espectro-crítico.

Su conferencia tiene, a pesar de sus apariencias, una profunda trabazón lógica y riqueza de contenido en conceptos clave, esenciales a todo conocedor de arte (descartados los eruditos). Son expresivas muchas de sus afirmaciones originales: "La estatua ilegítima de Calder"; "La vieja Escuela de París, hoy convertida en un colegio de párvulos medio pensionistas y aficionados"; "El movimiento es, por definición molecular de lo estético, contrario a la estatua"; "Hay una insatisfacción suprema común a todos, una razón dinámica metafísica y absoluta: la falta de vida eterna", y otras más de visión aguda muy expresiva.

Finalmente, una exclamación también patética de Oteiza: "Pintura y Estatua han procedido siempre de la insatisfacción, del conflicto documentado y trágico del artista, de su fondo espiritual. ¿Qué ha ocurrido últimamente para que cualquier mentalidad académica y cursi, para que el viejo romanticismo de lo bello, reencarne, pueril y sin respeto, en el mundo tan dolorosamente reconquistado del arte?"

Esta insatisfacción, este grito de Oteiza, que como todo el arte moderno pide algo más para el arte que "el viejo romanticismo de lo bello", ¿no tiene acaso el mismo sentido latente que tan claramente expresa San Juan de la Cruz con la serenidad y seguridad que le da su "experiencia más alta"?

Por toda la hermosura
nunca yo me perderé,
sino por un no sé qué
que se alcanza por ventura.

COLOQUIOS Y COMPLICACIONES. LA EXPOSICIÓN DE ARTE ABSTRACTO.

Los coloquios constituyeron en el curso de Arte Abstracto la parte viva y movida. Algo así como la *spice of the program*. Lástima que para estas ocasiones no sepamos algunos españoles e

hispanoamericanos colgar en un clavo a la entrada nuestra invisible capa "peyorativa" enfática y doctrinal y quedarnos—y lo digo pidiendo perdón a Camón por el plagio—sencillamente en mangas de "camiseta esgrimal". Debido a este pequeño defecto, largas y undosas parrafadas sonoras han consumido innumerables turnos planeando brumosa y casi plácidamente sobre la lingüística, la sociología, la espacialidad, la temática e incluso este personaje tan querido de *La Codorniz* (en estrecha dependencia con los embalses) como es el Usuario. Como es natural, la agilidad del diálogo—llamémosle otra vez "coloquial"—se desvanecía inmersa en tan profundos lagos que parecían invadir los coloquios solamente con la secreta misión de anegar y escamotear tal agilidad y llevársela envuelta en vagarosas nubes de verborrea y sumergirla en ese baño letal de lo seudofilosófico y de lo seudocientífico. Otras veces, en cambio, la alondra agilística, picada por "el pájaro pillo, que no pone el pie en el suelo", se soliviantaba y salía disparada hacia los cerros de Ubeda de la pasión y de lo personal. José Luis Fernández del Amo, desde la presidencia de la mesa, calmoso y avizor estaba al quite, bregando en todo momento —al igual que Fraga Iribarne desde el extremo opuesto de la mesa—, con silenciosa discreción, para impedir que la cordialidad y la paz fueran turbadas. El vuelo audaz e irreflexivo de algún espontáneo que escapaba de súbito a la cordura del presidente de la mesa, era atrapado invariablemente por la mano férrea de Fraga—no recuerdo si incluso reforzada por la campanilla—antes que alcanzase en su vuelo ofensivo cualquiera de los objetos que en buena ley y juego noble no es correcto ni digno atacar.

Las comunicaciones—unas sí y otras no—estuvieron también teñidas por la agilidad o por—como muy bien ha dicho Juan Cortés—la "logomaquia".

Fué verdaderamente interesante—la más interesante e importante en mi opinión—la del Padre Dominico F. Muñoz Hidalgo, O. P. A tal extremo que yo creo—y supongo a estas alturas, ya tomada la decisión—que esta comunicación debería ser editada.

Sus llamadas acostumbran poner el dedo en la llaga:

"Por ello al hablar de belleza y piedad, de arte y religión, hay que recordar que, en el fondo, son análogos a humano y divino, natural y sobrenatural, *dos realidades vivas y concretas...*

"En general, hay crisis de arte religioso en la actualidad, no por arte, sino por falta de religiosidad en el artista y en quienes le solicitan. El artista de hoy se ha puesto tal vez de espaldas a la Iglesia, en parte, porque se ha encontrado con mucha rutina, mucha flor de trapo, mucho cromo mórbido, mucha superstición encubierta, mucha hojarasca, y tal vez porque crea haber visto un desinterés, acaso no merecido, tanto hacia el arte moderno como hacia este aburguesamiento de lo religioso por parte de los eclesiásticos, quienes, atentos sólo al Dogma y a la Moral, sin ver la trascendencia para el mal y para el bien de estas expresiones, toleran en amplia comprensión tanto *bibelot* de que se nutre la piedad de los fieles.

"También es posible que el artista se haya alejado porque ha caído de rodillas con orgullo sutil e inadvertido, tal vez, ante su técnica y posibilidades, olvidándose de la sencillez y humildad no sólo en la obra, sino en el íntimo hontanar de su vida espiritual...

"El caso es que del siglo XVIII a estos días, el arte religioso ha sido el páramo más estéril de la Historia del Arte...

"No hay que olvidar que, dentro de los límites de su lenguaje, cada arte llama y busca al hombre como unidad...

"Ni lo figurativo ni lo abstracto tienen exclusiva sobre lo sagrado. El espíritu sopla donde quiere. Lo importante es que no se confunda el hálito divino con la pretensión subjetiva humana, que intente hacernos comulgar con ruedas de molino, so pretexto de actualidad, arte del siglo XX y otras lindezas. Ni lo uno ni lo otro tienen primacía en valoración religiosa; depende, aparte de los quilates estéticos y técnicos que cuente, de estas calidades: adaptación, dignidad, pureza y amor. Medítese sobre ellas y se verá cómo todo el hombre está en ellas y todo lo

que el hombre creador puede ofrecer al sencillo fiel creyente. Cualquiera de estas notas que falle esterilizará la obra de arte volviéndola un pastiche, un ídolo o una blasfemia...

"Hemos de rebelarnos por pura limpieza psíquica, por pura honradez humana, porque somos cristianos y sentimos nuestra Fe y nos duele verla traducida en sensiblerías mórbidas y decadentes, no sólo en las manifestaciones plásticas, sino en la misma piedad tan frecuentemente arrutinada y burguesa, y en este sentido bueno es que demos aldabonazos y gritos desde el arte abstracto o el arte avanzado; pero..., ¡ojo!, no caigamos en el mismo pecado por el extremo opuesto, peor aún por ser pecado de soberbia, de deshumanización..."

La comunicación de Cirici tiene, entre otras, dos afirmaciones que, aunque seguramente escritas en serio, resultan casi humorísticas:

"Que el "productor" (léase pintor, escultor, etc.) comprenda que lo más vinculado a la vida del hombre—los objetos de uso, de la ciudad a la cuchara—debe ser siempre un artesano. Que comprenda que la cerámica y el tejido son los dos polos del arte...

"Será posible una totalización de la eficacia estética, abarcando todos los productos de uso del hombre. Será posible el cuadro de caballete, pero no necesario, porque la belleza de los útiles domésticos puede ser suficiente..."

En cuanto a lo primero, creo que Cirici confunde lamentablemente al gran pintor, o escultor, o músico, seres privilegiados humanos, en cuanto a dones o dotes naturales—porque así lo quiere Dios—, con el artesano, hombre corriente y moliente, tan digno como aquél o más, pero sin sus dotes, porque así lo quiere Dios y ello es un hecho. *El entierro del Conde de Orgaz*, pongo por ejemplo, o *Las meninas*, no tienen nada que ver ni con la cerámica, ni con el tejido, ni con la ciudad, ni con las cucharas. Y el arte—el gran Arte de la Humanidad—tiene otros problemas, y no es para el "uso" ni se asemeja en nada esencialmente a la artesanía. Cirici no parece apreciar la diferencia de rango entre ambos, y podríamos decirle, con Bazaine, que el arte, a diferencia de la artesanía, no está ligado al hombre por su utilidad práctica material, sino por lazos mucho más hondos.

En cuanto a lo segundo—aparte de la manía que parece existir entre mucha gente contra el cuadro de caballete o pintura significativa en sí misma y de dimensiones restringidas—, nos preguntamos: ¿Pero es realmente posible creer que "lo que va envuelto en los *Fusilamientos* y los *Aguafuertes*, de Goya; en la *Noche estrellada*, de Van Gogh; en la *Tocata y fuga*, de Bach; en los *Torsos* y los *Caballos*, de Fidias; en la *Novena Sinfonía*, *La Gioconda*, la escultura egipcia, la *Resurrección de Lázaro*, del Giotto, o el *San Mauricio*, del Greco, etc., etc., y en los Picasso y Cézanne y Braque? ¿Es posible creer —y que Cirici lo piense seriamente— que lo que va "envuelto" en todas y cada una de las obras de arte de la Humanidad en cada tiempo de la Historia, se pueda expresar con uno o mil saleros, almadreñas, del cepillo de dientes o del futbolín? Pensamos, como diría muy finamente y muy sutil Carlos Lesca, que todo esto es elegir los fáciles caminos del esteticismo, del nada decir, pero decirlo bien.

Es la vieja y desacreditada idea de Mondrian de que cuando los objetos de uso común sean bellos, reemplazarán a la obra de arte, personal, cuando dice: "En el porvenir, la realización de la plástica pura, en la realidad palpable, reemplazará a la obra de arte." Es también la vieja historia del alcaide que le aserró a un bastón que le habían regalado el puño de plata, alegando que le venía largo, y que cuando le dijeron que podían haberlo serrado por abajo, afirmó muy serio que a él de donde le sobraba era de arriba, y creemos que el bastón del arte es "artesanía" por la contera y no por el mango.

En cuanto a la manía de considerar con desvío el cuadro de caballete y darle una primacía artísticamente injustificada al mural, como han expuesto, entre otros, además de Cirici, Gaya y Gasch—si no recuerdo mal—, cito a continuación lo que Bazaine piensa de este punto:

"La cuestión no está hoy en saber si

el pintor debe hacer cuadros de caballete o pintura mural, si pinta para alguno o contra alguna cosa, si tiene que utilizar el óleo, el huevo o el macadam. La pintura es, menos que nunca, en estos tiempos desesperados un oficio (1), una "distracción" o un vicio. Menos aún todavía un servicio social. Es una manera de "ser", la tentación de respirar en un mundo irrespirable..."

LA EXPOSICION DE ARTE ABSTRACTO

Por primera vez se celebra en España una exposición colectiva de esta tendencia, la más discutida de todas las del arte actual.

Solamente querría decir que ofrece un conjunto de alegría y donde un pintor—o al menos como yo—respira a gusto. La exposición tiene—y no es cosa fácil haberlo logrado así—un mínimo de obras que desdigan de su título. Y también muy escaso número de obras de baja calidad. Españoles y extranjeros mantienen un nivel armónico, y hay no menos de diez obras, alrededor de las quince, de definida autenticidad personal. De la escultura, las cuatro piezas horizontales de bronce de Claire Falkeinstein son, en mi opinión, las de mayor vigor y pureza.

Este arte abstracto, que también, y como todo el arte anterior, aspira a ser profundamente realista—si bien en otra nueva dirección de la realidad, apenas naturalista—, ha venido a situarse sorprendentemente en Santander, cuna del más puro y primitivo realismo naturalista, como es el de Altamira.

Creemos en la trascendencia de este Curso santanderino para la realidad futura de la pintura y el arte españoles, que había llegado a encerrarse últimamente dentro de España sin suficiente hálito ni pujos de proyección—no ya al exterior, sino hacia lo universal—. Como si el sentido universal y la sensibilidad que lo español ha tenido para lo universal en sus mejores épocas hubiese estado dormido hasta el presente, haciendo, sobre todo en lo que al arte y la pintura académicos—oficial y suboficialmente—se refiere, lo que Bazaine llama "su servicio inútil".

Pensemos seriamente que las cosas del Arte no se fraguan en las academias, ni tan siquiera lo harán tampoco en las que se creen de nuevo cuño bajo títulos parecidos o semejantes a "talleres comunes para la investigación estética"; todo esto irá muy bien para la técnica de una artesanía actual—lo cual en sí mismo, y si llega a ser realidad verdadera, y en tanto no se corrompa académicamente, no será nada despreciable—, pero en cuanto a la pintura "Pintura" y al arte "Arte" se refiere, sabemos también que:

"No se hace la pintura que se quiere, sino que se trata de querer hasta el fin la pintura que se puede, *la que puede la época*. Y ésta no se hace a golpes de inteligencia o de conocimientos históricos (ni de trabajo común u organización eficiente de talleres de investigaciones estéticas, añadiríamos nosotros), sino POR EL MÁS OSCURO TRABAJO DEL INSTINTO Y DE LA SENSIBILIDAD."

Y seguimos diciendo con Bazaine:

"La pintura no es un medio de adornarse la vida o de distraer en ella una parte del juego, sino más bien de darle una forma y un sentido. Y esto no lo encontraremos por la tranquila ilusión de una posesión plácida, sino por el sentimiento trágico y constante de su ausencia.

No invitamos, pues, a los pintores a un viaje turístico para propietarios, ni a un inventario de sus riquezas (lo hasta la fecha conseguido), sino a una más extensa posesión de si por este *salirse de sus casillas* (tan español, por otra parte) e imprevisible, jamás definido, que lo es lo más concreto de nuestra existencia.

---

(1) Sí; es un oficio, pero sólo en la medida en que la cualidad de obra ejetada del cuadro es inseparable de su más profunda expresión. *(N. del A.)*

LA EDUCACION EN UNA SOCIEDAD DE MASAS

(Crónica de Santander)

POR

MANUEL CARDENAL DE IRACHETA

La en otro tiempo residencia real de la Magdalena, en la ciudad de Santander, viene siendo desde hace años hogar universitario. Este pasado mes de agosto albergó notables equipos de profesores y alumnos, quienes, bajo el patronato del Instituto de Cultura Hispánica y la inmediata supervisión del catedrático don Manuel Fraga Iribarne, se ocuparon, con espíritu objetivo, de un cierto número de problemas contemporáneos. En la segunda decena del mes se pusieron sobre el tapete, como suele decirse, aquellos pertinentes a la "Educación en una Sociedad de masas". Se postuló, pues, el hecho de la existencia de una sociedad masificada. A mi modo de ver, el señor Fraga caracterizó exactamente, en su conferencia introductoria, la sociedad de masas por el hecho de lo que Ortega llamaría *el lleno*. Siempre ha existido Sociedad, es decir, conjunto humano—no es el hombre *animal "solivagus"*, decía Cicerón—; pero el número de hombres que constituyen la Sociedad determina necesariamente su estructura e influye decisivamente en cómo es la persona de cada uno de sus miembros. El hombre-masa lo es porque es un ser humano que vive inmerso en una sociedad numerosa. Este hecho innegable de lo multitudinario de la Sociedad actual hace perentorio la acción de esa misma Sociedad, particularmente a través de su órgano estatal, en el terreno de la educación. No puede el estado en modo alguno, ni las demás instituciones, desentenderse del problema urgente, y de vida o muerte, del ajuste adecuado de sus miembros al tipo masivo de sociedad. Desde luego, toda educación ha sido siempre una adaptación del individuo a la sociedad. Pero aquí el profesor Fraga no ha olvidado subrayar vigorosamente que "si la educación es para el hombre en sociedad", no hay que perder de vista—por lo que respecta al fin de la educación—que el hombre es por naturaleza racional y, por tanto, dirigido a la Verdad, y que lo más equivocado moralmente es convertir la educación en propaganda, sea la que sea, hasta tal punto que "una experiencia del tipo de la que permitió a Miciurin y a Lysenko *corregir* la genética mendeliana, para *compaginarla* con el sistema marxista, pertenece a la historia de la locura". Y, por otra parte, que educar es educar íntegramente, no tan sólo adiestrar en esta o aquella conducta. En este sentido combate el señor Fraga la educación liberal, que por su fondo agnóstico dejó grandes y fundamentales sectores del ser humano fuera de su propósito, y por individualista descuidó la acción estatal de la propia sociedad sobre sí misma. En general, no se interesó el liberalismo más que por los problemas de educación de las clases medias—bachilleratos, escuelas técnicas—y apenas inició la educación popular y siempre en un sentido intelectualista, en la medida en que el obrero necesitaba capacitarse mínimamente para su cometido de tal.

Aceptado el criterio social de la educación y su carácter integral, surgen sus problemas específicos. Los de la educación en una sociedad de masas están supeditados a los problemas típicos de la propia sociedad de masas. He aquí cuáles son éstos según el profesor Fraga: *A)* Los problemas ecológicos, áreas metropolitanas, vivienda, transporte, etc. *B)* Problemas psicológicos nacidos de las nuevas relaciones sociales, de la nueva estructura de la familia, del tipo de "conocimiento" de hombre a hombre ("el hombre se convierte en un número estadístico, en ficha antropométrica; ya no es su nombre—fácil de fingir—ni su fisonomía—imposible de retener—, sino

sus huellas digitales o su grupo sanguíneo el que cuenta"). *C)* Problemas que plantean los elementos irracionales que, invadiendo la sociedad de masas, requieren en aparente paradoja una mayor racionalización de la conducta de sus miembros. *D)* Necesidad de clases dirigentes; necesidad cada vez más apremiante porque los antiguos estamentos han desaparecido casi en su totalidad, y de ellos se ha venido nutriendo el mando social en los últimos ciento cincuenta años; y *E)* "Entre tanto, el hombre de *Tiempos modernos* sigue en su trágico e inevitable diálogo con la esfinge, es decir, con la máquina, con la técnica. Rostro de hombre, máscara racional; y cuerpo de bestia, que potencia las fuerzas telúricas, muchas de ellas hostiles. No hay por qué reiterar el impacto tremendo de la técnica en toda la vida social..."

El señor Fraga, como católico, quisiera salvar al hombre y educarlo para sus últimos fines, pero no soslayando jamás las condiciones que la sociedad de masas imponen a la acción del educador. En definitiva, el señor Fraga mantuvo una mirada realista, objetiva e ilustrada.

La conferencia del catedrático de Derecho Administrativo de la Universidad de Madrid, don Fernando Garrido Falla, sobre "Intervencionismo estatal y educación nacional", es una joya dialéctica. He aquí un pensamiento que se mueve con exactitud dentro de sus supuestos. El primer concepto de su esquema es este: "Lo estatal y lo extraestatal son partes integrantes del todo social, cuyo equilibrio exige una determinada relación compensatoria entre ambos elementos. El Estado ha de intervenir cuando la sociedad falla. La sociedad puede irle a la mano al Estado cuando éste se exceda en lo requerido por la misma sociedad." Sentado este principio, dentro del cual es clara la idea y el alcance del intervencionismo estatal, pasa el señor Garrido Falla a contemplar la realidad social, y no solamente estática, sino dinámicamente. Es indudable que el proletariado ha ascendido socialmente, tiene más poder económico y más ansias de alcanzar aquellos bienes reservados antaño a minorías pudientes. A la par, la industrialización hace posible—milagro de la técnica—que los bienes materiales se multipliquen hasta hacerse posible un reparto que alcance a todos. La cultura, entonces, como bien deseado por los más, ha de entrar también en ese reparto de bienes. Por otra parte, el proceso histórico—analizado en Francia, Inglaterra y España misma por el señor Garrido Falla—muestra una ininterrumpida secularización de un lado, y de otro, una mayor intervención de los órganos centrales de la administración. En España, por ejemplo, la segunda enseñanza deja de ser tarea exclusiva, o casi exclusiva, de los colegios religiosos, para ser entregada a instituciones públicas, provinciales o municipales en el siglo XIX, y, en 1886, pasa a la Administración Central. Todo ello caracteriza la enseñanza como servicio público. La realidad actual de la sociedad de masas, apoyada en las corrientes del pasado, ha producido la no menos ineludible realidad de una enseñanza ampliamente secularizada—término que, en modo alguno, significa aconfesional ni mucho menos arreligiosa—, la ha convertido en un servicio público, término que al autor le parece inevitable.

Dos observaciones justas ponen fin a la conferencia del señor Garrido Falla. La primera se refiere a que "Servicio público" no implica, necesariamente monopolio. No es un estatista el autor, y admite, según su postulado de libre juego entre sociedad y Estado, que pueda la sociedad subvenir, ella espontáneamente, a llenar las necesidades públicas. La cuestión estriba en que, de hecho, históricamente, existe un proceso de estatización de la enseñanza, y, al par que ésta, por su amplitud y urgencia, tiene que caer en las manos poderosas del más poderoso aparato social: el Estado.

La segunda observación recae sobre el concepto corporativo del grado supremo de la enseñanza: la Universidad. Con finas y precisas distinciones pone el señor Garrido Falla las cosas en su punto; su conclusión es "que actualmente la Universidad en España es uno de los servicios públicos que se gestionan en forma corporativa".

Con la conferencia del catedrático de la Universidad de Salamanca, el señor

Tierno Galván, nos adentramos, llevados por mano conocedora, en los estratos más hondos del pensar sociológico. Mejor diríamos presociológico. El señor Tierno Galván se propuso el tema "Antropología y Sociología", para resolver aquel otro—que daba título a su conferencia—de qué se entiende por *Antropología cultural.* Aquí, oyéndole, tocamos la grave cuestión de la terminología filosófica, cuya equivocidad nos obliga a pensar que las llamadas ciencias del espíritu no pueden parangonarse con las de la Naturaleza, en las que las discrepancias terminológicas no existen y las diferencias ideológicas nada obstaculizan la ordenación de sus *facta* ni una suficiente interpretación de los mismos. El hecho mismo de que la palabra "antropología" designe contenidos diversos, pide, según el señor Tierno Galván, la constitución de una antropología filosófica para no olvidarnos de lo que pueda haber de "analógico". "El fundamento común sobre el que especula la Antropología filosófica se apoya en el convencimiento de que el ser humano es fundamentalmente unitario, y sobre esta unidad se ha de construir la Antropología".

Pero ¿qué es la antropología cultural? Nada empírico ni indagatorio, como dice el señor Tierno Galván. Su contenido es para el catedrático de Salamanca el del punto de vista europeo, y "preferentemente alemán, que se esfuerza por definir cuales sean los distintos tipos humanos que se definen como canónicos para clasificar las actitudes generales del hombre como totalidad ante la cultura en cuanto tal". Se trata de distinguir la antropología cultural de los dems sectores de la antropología; pero, además, es necesario distinguir los "dos puntos de vista: el antropológico y el sociológico". La antropología ha de definir previamente a la sociología los distintos tipos humanos. Por esta vía se llega a una definición de la antropología cultural como "estudio del ser humano en general y en determinados arquetipos humanos en especial, en cuanto poseen el saber, en tanto que objetividad social, configurándolo y definiéndolo".

Decídese después Tierno Galván por una tipología próxima a la que defendió Spranger, pero más reducida:

Homo theoretisus
Homo religiosus
Homo faber
Homo ludens u *Homo vitalis*

donde, como se ve, se entrecruza un término que proviene de Huizinga.

La disciplina antropológica cultural ha de preceder a la sociología. "El sociólogo, desde un determinado nivel cultural social, define al hombre como culto o inculto, religioso o no religioso. Desde un cierto nivel de evolución técnica hablará del hombre agricultor o cívico. Su punto de vista es, por así decirlo, periférico, exterior. Sin embargo, la antropología procede desde el hombre..., y, por consiguiente, el análisis del ser humano le servirá de presupuesto para definir las circunstancias, el contorno social dentro del que ese ser humano está instalado."

* * *

Aceptado que vivimos en una sociedad de masas, dijo el señor Fernández de la Mora en su dosertación, la convivencia es más intensa y complicada que en cualquier otra de las configuraciones sociales conocidas. En tal caso, la necesidad de la pedagogía aumenta. Ahora bien: convivencia es más que coexistencia; quiere decir "coexistir vinculado". Pero no basta el sociológico convivir, sino que hay que enfrentarse con el axiológico convivir bien. Este convivir bien es un convivir ordenado. De dos modos se puede establecer el orden de la convivencia: primero, por virtud de un decisionismo; segundo, por mor de una norma. La primera fórmula se hace precisa cuando no hay un fondo común de acuerdo entre los miembros de la sociedad; es una fórmula de urgencia. La segunda fórmula es la que resuelve la disparidad y las diferencias, administrándolas y regulando su juego no mediante "una voluntad soberana—un arbitrio—, sino mediante un sistema impersonal de normas, una constitución, un reglamento". La necesidad de estar educado para juzgar la vida social dentro de las reglas, es más que evidente.

La conferencia de don José Luis Rubio versó sobre el tema "Educación y sindicalismo". El disertante expuso un punto de vista lleno de idealismo. Trató de la vocación, de la "armonía de destinos", del hombre ante su vocación y de la educación de la vocación y de la educación de la responsabilidad y de la solidaridad. Sus conclusiones fueron:

1.ª "Sea cualquiera la posición que se tome ante el conjunto completo del sindicalismo nacional, es difícil negar, partiendo de una concepción cristiana, la necesidad de constituir una sociedad funcionalista, de naturaleza cuasiorgánica. La importancia social de la vocación, determinada taxativamente en la parábola de los talentos, y en el acercamiento progresivo a un tipo de Empresa, en el que se produzca la unidad de todos sus componentes por la copropiedad, la congestión y la coparticipación.

2.ª Es por ello decisiva la instauración de los principios educativos que pueden formar la instauración de las nuevas generaciones en este sentido, para facilitar el advenimiento del nuevo tipo de sociedad, al menos en los puntos escuetos de la anterior premisa."

Bajo nobles preocupaciones se desarrolló la exposición que hizo Juan Gascón Hernández, letrado de las Cortes, quien trató del tema "Cooperación y educación". Sus conclusiones fueron: todas las formulaciones de una posible tercera posición entre el capitalismo y el comunismo se centran en torno al pensamiento cooperativo.

Desde el punto de vista cooperativo, capitalismo y comunismo no se muestran tanto como sistemas opuestos, sino como dos caras de un único sistema.

La educación es el único medio de llegar a un mundo superador de los dualismos.

La educación debe ser cooperativa en el sentido de que ha de suscitar en el hombre la idea de su radical mismidad e intransferibilidad.

Educación y cooperación son, pues, dos ideas inseparables, y ello en un doble sentido:

1.º Porque la idea de la cooperación y del movimiento cooperativo no pueden triunfar más que mediante la educación.

2.º Porque toda educación que arranque del hombre y quiera verdaderamente ser educadora ha de tener por fuerza una dimensión cooperativa.

Aunque es probable que, en definitiva, cada uno ocupe el puesto que merece—y esto es cierto, sobre todo si se acude al socorrido criterio de los grandes números estadísticos—, no deja uno de encontrarse a veces en la vida personas con vocación, aptitud e incluso preparación para una actividad que no es exactamente la que ejercen tales sujetos. A mí me pareció que los señores Bayón, alto funcionario del Estado español—que habló sobre la difusión de la cultura en las masas—, y García Mellid—del Cuerpo Diplomático argentino—quien enseñó acerca de la moral de las masas y la educación—, son personas perfectamente ejemplares, de lo que uno se espera que debe ser un catedrático. Diríamos que sus conferencias fueron las de más *vis* pedagógica de cuantas oímos. Fundándose en la doctrina de los Papas, el señor García Mellid llegó a la conclusión de que "el bien útil debe subordinarse al bien honesto, y la herramienta a que está confiada la empresa no es otra que la educación—y aun tal vez mejor la persuación—, abarcando todo el "ámbito de la vida humana, sensible y espiritual, intelectual y moral, doméstica y social" *(Divini Illius Magistri,* l. c.), para que el hombre sienta crecer en su alma la planta inefable del Sumo Bien. Y añadió, a modo de colofón: "En la valiosa conferencia que, a modo de introducción general, dictó en la inauguración de este curso el ilustre catedrático don Manuel Fraga Iribarne, formulaba, entre otras, esta dramática interrogación: ¿Hay que educar al hombre de nuestro tiempo para ser, para saber ser hombre-masa, o, por el contrario, para que no lo sea? De acuerdo a las reflexiones que anteceden, nuestra respuesta es que los métodos educacionales a que debemos apelar en presencia del fenómeno arrollador, pero infecundo, de las masas, debe dirigirse a la restauración del hombre como ente diferencial y responsable, pleno de eticidad y conscien-

te de su rostro eterno, de su alma espiritual y de su salvación en Cristo, pues "ningún otro nombre bajo el cielo ha sido dado a los hombres en el cual podamos ser salvos". *(Hechos,* XV, 12.)

El señor Bayón se ocupó primeramente del concepto de *cultura social.* No se trata de una rama especial de la cultura, sino de la preparación de las multitudes para vivir en una sociedad de masas. Luego definió la *masa* frente al *pueblo.* El pueblo vive y se mueve con vida propia; la masa es inerte y recibe su movimiento de fuera. "Ahora bien: las masas pueden encontrarse dentro de una tradición o de una revolución." Actualmente, las masas tienen ansia de cultura. Según el conferenciante, lo único que puede acabar con la amargura de la desigualdad social es la posibilidad del acceso de todos a la cultura. Junto con la enseñanza técnica hay que poner la enseñanza "desinteresada", y la una debe, en buena pedagogía, ser transmitida sobre la marcha de la otra. Al enunciar un teorema de Geometría se puede iniciar una noticia histórica o una reflexión filosófica. La masa plantea problemas de cantidad; entre ellos que la enseñanza no puede ser espontánea, sino dirigida. Si bien "esta necesidad de una orientación ideológica de la cultura no lleva por fuerza aparejado un proselitismo..., el límite está en el respeto a la personalidad humana. Sólo una ley, en definitiva, debe regir: el amor, que es la ley suprema de la convivencia social".

* * *

Del conjunto de conferencias del ciclo hay que destacar dos, que, en cierto modo, fueron conferencias-ponencias. En ellas se atacaron temas característicos—y candentes—de la realidad pedagógica española. Fueron estas conferencias las de los señores Ballarín y Lozano Iruesta. El señor Ballarín, notario de Sevilla, joven aventajadamente conocido entre las nuevas generaciones de juristas, se planteó con ojos claros "la situación actual, nada halagüeña", del sistema de selección de funcionarios estatales. Estos funcionarios, sabido es, pasan en gran número por la Universidad, donde adquieren su título de abogado, médico, farmacéutico, etcétera. Estos títulos les permiten opositar a los diversos puestos de la Administración. La oposición es siempre memorística; los programas constan de cientos de temas, que el opositor, en un alarde de retentiva, ha de repetir ante un Tribunal. La única ventaja del procedimiento está en la garantía de la justicia que el procedimiento puede ofrecer. Pero lo que el procedimiento no puede garantizar es la idoneidad del opositor. Primero, porque ni su formación humana, ni su verdadera formación científica—la que debió adquirir en la Universidad—, juegan en la oposición. Segundo, porque la memorización de los temas es sólo temporal y parcialmente útil, ya que tal procedimiento de adquirir un saber va inexorablemente seguido de un rápido olvido de la mayor parte del mismo. Que los funcionarios españoles así reclutados no sean decididamente desastrosos, se debe a causas que nada tienen que ver con la oposición. Estas causas son, comentamos, debidas al terreno de su extracción: la modesta, laboriosa y honrada clase media española, que ostenta luego en la práctica administrativa sus virtudes (y también, no hay que ocultarlo, sus vicios).

La conferencia del señor Ballarín fué una constante diatriba contra las *oposiciones,* redactada con personal conocimiento del asunto. Propugnó, como remedio, por las Escuelas postuniversitarias de preparación especializada y porque, en todo caso, la Universidad hiciera valer el fondo formativo del candidato; que el *curriculum* universitario del candidato a funcionario pesara decisivamente en el juicio de elección del funcionario, como ya viene haciéndose en parte en algunas oposiciones entre los médicos.

El conferenciante se mantuvo, en general, dentro de su experiencia personal, y los datos y las referencias estuvieron atenidas al ambiente de la carrera de abogado y de los funcionarios estrictamente administrativos. Indudablemente—y desgraciadamente—, todo cuanto dijo puede ampliarse a otros

sectores del Estado español. En efecto, tan dura crítica podría haberse proyectado, por ejemplo, sobre la preparación para los Cuerpos de Ingenieros. Aquí se concentra la preparación del candidato a ingreso en una Escuela—cuyo ingreso equivale a ganar una oposición—, en la adquisición de *habilidades* mucho más memorísticas que lo que se piensa de ordinario; apoyándose la preparación en un cierto tipo de resistencia vital, que tiene mucho que ver con los juegos de paciencia y los *records* circenses, y poco con una auténtica formación humana, generosa y liberal y alertante de la personalidad. Tanto los opositores a los puestos administrativos como los aspirantes a ingreso en las Escuelas de Ingenieros pierden en las Academias preparatorias los mejores años de la vida: unos y otros no dan fruto alguno en los años en que precisamente—de veinte a veinticinco—se instituyen en el ser humano los hábitos profesionales y sociales. Todos adquieren deformaciones mentales, un cansancio y un disgusto por el saber y el esfuerzo intelectual que no puede por menos de reflejarse luego en la vida del funcionario y, por tanto, del país. Tales funcionarios creerán fácilmente que lo han conseguido ya todo cuando han ganado *su* oposición. Les faltará, en muchos casos, el sentido del "servicio" público.

Don José M.ª Lozano Irueste, funcionario técnico del Ministerio de Educación Nacional, en breves y enjundiosas palabras planteó el problema de la llamada Enseñanza Media. Hay tres tipos de enseñanzas: la *básica*, "aquellos saberes de carácter general sin los cuales no se entiende contemporáneamente posible una vida digna de acuerdo con el nivel cultural de cada época". Estos saberes son, no obstante lo de la vida digna, saberes inferiores—el saber leer, escribir y contar tradicionales—. El otro tipo de saber es el saber *preparatorio*, constituído por cuanto ha de aprenderse envista de un nuevo saber, al cual se aspira como meta. Y, tercero, hay saber de las *enseñanzas finales*, de los saberes superiores. "Quien los posee es apto para enfrentarse con el mundo de la ciencia o con la vida misma, en la actitud de quien posee un *máximo*, no en la más tímida de aquellos que sólo poseen un *mínimo*."

¿Dónde queda la Enseñanza Media? La respuesta depende—y la terminología de "enseñanza media" aquí no prejuzga nada—sociológicamente de cada época. En la Edad Media, tal enseñanza (atendiendo a su contenido tradicional: aproximadamente el *trivium* y el *quadrivium)* tenía una cierta finalidad en sí. "El título de Bachiller es autónomo y tiene utilidad de profesión y consideración social." En el siglo XVIII, la aristocracia educa en los *Colegios* a sus miembros "para el mundo". En el siglo XIX, la burguesía entiende que el Bachillerato es el vivero de las clases medias, las verdaderas clases burguesas, la *petit bourgeoisie*, en que se han de educar los jóvenes que seguirán "todas las carreras", es decir, que en él está la raíz educadora de la clase dirigente y dominadora. La llegada de las masas al nivel histórico obliga a replantear la cuestión. ¿Han de quedarse las masas con tan sólo la cultura "básica", lo que las cerraría el acceso a las capas superiores? La solución general del mundo moderno ha estribado en ampliar las posibilidades del hombre de la calle. Pero aquí es urgente ya hacer una distinción: enseñanza media no quiere decir, en nuestros días, enseñanza de tipo "preparatorio". Es verdad que puede conservar este carácter en el tipo de Bachillerato preuniversitario, es decir, eminentemente cultural y formativo (humanístico, en definitiva); pero puede ser también el Bachillerato "profesional", segunda enseñanza—no media—profesional; tener, por tanto, carácter "final". En un caso se sigue la línea tradicional del liberalismo, que busca la formación de *élites*, de minorías, cuyo destino es adquirir luego en la Universidad el *máximo* de capacitación; en el otro caso, se trata de crear un gran número de sujetos medianamente adiestrados en un saber o una técnica. La situación sociológica del mundo moderno, hondamente infiltrado de tecnicismo, requiere que un gran número de seres humanos posean conocimientos superiores a los *básicos* adiestramientos, y exigen un *training* largo, de carác-

ter cuasicientífico. Seguirán existiendo los tres tipos de saberes aludidos; pero el medio, el de la enseñanza media, ha de repartirse entre los tipos segundo y tercero, en: A) Una preparación para la educación superior; y B) Un entrenamiento y aprendizaje con finalidad propia.

El señor Lozano propone, en consecuencia, la elaboración de un plan general de Enseñanza Media en consonancia con lo expuesto. Dos Bachilleratos, pues: uno general (humanista *lato sensu)*, y otro, el profesional o laboral, ya iniciado en España.

PROBLEMAS MILITARES DE NUESTRO TIEMPO

POR

ENRIQUE MANERA

Entre los días 11 y 20 de agosto del actual se desarrolló en la Universidad de Verano de Santander un ciclo de conferencias sobre temas militares, al mismo tiempo que se daba en la misma Universidad una serie de conferencias sobre la educación de una sociedad de masas; ambas formaban parte de la sección de Problemas Contemporáneos.

El hecho de la coexistencia de ambos ciclos dió unos resultados altamente satisfactorios, pues los becarios de cada uno de ellos, integrados, como es lógico, por universitarios y militares, se fundieron espontáneamente, formando un solo curso, asistiendo todos, además de numerosos oyentes no matriculados, indistintamente, a las dos clases de conferencias, y quizá poniendo mayor atención los militares a las que daban los universitarios y éstos a los temas bélicos.

Durante los seminarios se dió el mismo fenómeno de asistencia en bloque a los mismos y de intervenciones en los temas de los dos tipos; especialmente el elemento universitario tomaba la palabra con frecuencia para exponer sus puntos de vista sobre las ideas expuestas por los conferenciantes militares.

En las discusiones surgidas en los seminarios se notaba extraordinariamente las distintas formaciones de unos y otros. Los universitarios cuidaban la forma de expresión y enjuiciaban los asuntos desde un punto de vista formal, pidiendo con frecuencia el fundamento racional y hasta legal de las opiniones expuestas. Los militares, en general menos expresivos, les interesaban más el estudio de los factores y de los fines propuestos. Todos ellos, aunque por distintos caminos, coincidían en el fondo de las cuestiones bases.

El resultado de este contacto fué superior a toda ponderación, pues, lejos de surgir diferencias esenciales, se difuminaron muchas de las que había, entremezclándose espontáneamente ambos grupos, exponiendo con franqueza, pero cordialmente, su forma de pensar sobre los puntos más interesantes de las conferencias, prometiéndose muchos de ellos seguir el contacto fuera de la Universidad de Verano.

Sobresalieron en estos seminarios su presidente, coronel de Estado Mayor González de Mendoza, con sus acertadas respuestas y encauzamiento de las discusiones, así como el señor Fraga Iribarne, con sus aceradas intervenciones, siempre claras, y con método que impedía salirse a ponentes y comunicantes de los objetivos fijados en la discusión.

Fueron, pues, los seminarios sumamente interesantes, tomándose quizá con mayor interés que las propias conferen-

cias, pues la libertad y franqueza de las discusiones los hizo populares y simpáticos, rebosando siempre de público, que salía siempre sumamente complacido.

Los temas de las conferencias del Curso de Problemas Militares podemos dividirlos en tres grupos:

El primero correspondía a los conceptos de Ejército, su evolución histórica e interpretación contemporánea.

El segundo estudiaba la Estrategia y Geopolítica en el momento actual.

El tercero trataba de las armas modernas y su influencia en la guerra y sociedad. Constituía, pues, un ciclo bastante equilibrado, en que se tocaban los más importantes resortes de la milicia.

La conferencia de apertura estuvo a cargo de su director, excelentísimo señor general don Antonio Alcubilla, con el tema de "El Ejército en general", en la que comenzó examinando la razón y la sinrazón de la guerra y las ideas de pacifismo y belicismo, considerando las ideas de pacifismo como una herencia del liberalismo del siglo XIX, no correspondida por los grandes pensadores, tales como Ortega, Laurent, etc.

Habló después de la función permanente del Ejército en la sociedad y su influjo en los diversos tipos de sociedades históricas: feudalismo, monarquías, burguesías y sociedad de masas, con sus mesnadas, mercenarios, nación armada y movilización de la sociedad entera; en todos los casos se trató de una institución que garantizó la continuidad nacional, aun en el caso de crisis o divorcio entre el Estado y la nación. Se extendió en estudiar las características de los distintos tipos de Ejércitos antes citados, poniendo como ejemplo de mercenarios modernos a la Legión Extranjera francesa, de la cual contó varias anécdotas, que pusieron una nota de color a la conferencia.

Al tratar de los ejércitos actuales citó lo que el general francés Jaquet: las cinco llaves de la defensa de mañana, que son, según él:

1.ª Perder el complejo de inferioridad ante el ruso.
2.ª Abandonar la idea de los frentes continuos.
3.ª No temer a los grandes repliegues.
4.ª Dar a la aviación prioridad absoluta; y
5.ª No descuidar el empleo del explosivo atómico.

Con estas cinco máximas cerró el señor Alcubilla su interesante conferencia, dando con ella una amplia idea general del concepto Ejército.

El coronel de Estado Mayor González de Mendoza disertó sobre el dificultoso tema "El Ejército como clase social; su labor educadora y ciudadana". Comenzó haciéndose la pregunta si no sería atrevido hablar del Ejército como clase social, aunque sí se huye del sentido de casta que puede encerrar el concepto: puede considerarse el Ejército como clase social, o, mejor, como reunión de clases sociales, que modifican en un sentido determinado sus características generales mediante el hábito que imprime la milicia, dando lugar a reacciones comunes ante el medio ambiente nacional.

Para explicar esta hipótesis desarrolló sintéticamente el proceso de formación de los Ejércitos Nacionales, comenzando por las luchas individuales o de las primitivas clases, y la influencia que tuvo el paulatino perfeccionamiento de las armas, que obligó a la especialización en su manejo e hizo aparecer la figura del guerrero. En la Edad Media, éste y su castillo representaron la seguridad, adquiriendo por ello el jefe guerrero unos derechos a cambio de la protección.

La excesiva libertad ante el Estado de los señores obligó en España a los Reyes Católicos a la creación del primer Ejército permanente: la Santa Hermandad, que terminó con la anarquía medieval y la función social del castillo.

Analizó después la influencia que la pólvora tuvo en la organización de los ejércitos y su proyección social ampliamente destacada por los escritores del Siglo de Oro, especialmente Cervantes.

Pasa después a analizar la función social del actual Ejército obligatorio como crisol de todas las clases sociales, sirviendo de antídoto de la lucha de clases. La consecuencia de ello es la función social del oficial como edu-

cador por encima de otra misión, incluso de la guerrera, convirtiéndole en un factor social de primer orden. En este sentido, el universitario actual, encuadrado en la Milicia Universitaria, actuando como oficial tiene un enorme campo como educador de la nación entera.

Terminó su disertación llamando la atención sobre la posibilidad de que el Ejército sea un maravilloso agente de acción social, pudiéndose convertir en la mejor escuela, donde puedan aprenderse las virtudes tradicionales en la carrera de las armas, perfectamente aplicables a la acción social.

Toda la conferencia fué una clara exposición de las posibilidades que el Ejército ha tenido siempre de ejercer una fuerte influencia social sobre la sociedad de su tiempo, pudiéndose aprovecharse hoy día de esta cualidad para ejercer conscientemente una labor educadora positiva.

El comandante Sintes Obrador dividió su conferencia en dos partes: en la primera trató de la evolución histórica del concepto Ejército, y en la segunda, de la interpretación contemporánea de este concepto.

En la primera parte explicó por qué la actividad bélica es algo inherente a la misma naturaleza humana, así como estudiando la evolución de esta actividad en las grandes acciones guerreras de la Humanidad, eligiendo para ello el ciclo histórico grecorromano; estudiando con mucha amenidad el nacimiento y desarrollo de la Falange, sus cualidades militares y su servidumbre al terreno; de cómo la organización de tres filas, acoplable a cualquier clase de terreno, terminó en cinocéfalos con la Falange, atacándola en su punto flaco.

En la segunda conferencia habló del Ejército moderno, consecuencia de la segunda guerra mundial y la de Corea, a su vez fruto del ciclo histórico que, pasando por la primera guerra mundial, tiene su origen en las napoleónicas. Habló de la necesidad de espacio para la maniobra moderna y de los gigantescos medios materiales necesarios en los conflictos de nuestro tiempo, citando como ejemplo las cifras del esfuerzo norteamericano en la pasada guerra. Se refirió también a que no basta la maniobra estratégica, sino la maniobra técnica, la investigación científica, para conseguir nuevos medios de lucha.

Terminó hablando del contraste del Ejército nortecoreano con el norteamericano en la última campaña, y en los eternos valores morales, tan indispensables en las futuras guerras de botón como en las más primitivas.

El capitán de Fragata Manera habló sobre la influencia de la estrategia en la política. Su tesis fué de que la política exterior de los pueblos es casi constante en la historia de éstos, siendo la razón de esta constancia el imperativo estratégico que le proporciona su posición geográfica, lo que hace que esta política no sea la que quisieran, sino la que puede ser, creando unos carriles muy rígidos, que no se pueden romper sin modificar la geografía, lanzándose a conquistas territoriales. Habló de dos tipos de países: los continentales y los marítimos. Señaló cuáles son las razones geográficas de los países continentales que imprimen un carácter decisivo a la política exterior de los mismos, tales como la aspiración de llevar las fronteras a las cordilleras y de dominar las cuencas hidrográficas de los grandes ríos navegables.

Examinó los objetivos de los pueblos marítimos, que son siempre conseguir el control de la navegación dominando las zonas focales del tráfico por medio de bases bien situadas. Consideró la posición relativa de unos países con otros, especialmente la posición central, que ha sido la causa de la suerte o la desgracia de los pueblos que la poseían.

Por último, dijo que, en los tiempos actuales, la valoración de los pueblos depende principalmente de su posición estratégica y de su economía, constituyendo estos dos factores las dos columnas en que se resume su importancia internacional.

El teniente coronel Cuartero Larrea dió una conferencia sobre Geopolítica, la ciencia que quizá ha tenido más influjo sobre el pensamiento estratégico actual e incluso ha servido como justificante de la política agresora de algu-

nos pueblos. Se extendió sobre las hipótesis de Mackinder y Hausoffer sobre la importancia del dominio del "Corazón del Mundo" para conseguir la hegemonía en Eurasia y en todo el globo. Hizo interesantes comparaciones de las situaciones geográficas mundiales de Norteamérica y Rusia, explicando el porqué de su antagonismo, mucho más profundo que el que aparentemente les da sus diferencias políticas. Por último, habló de los muchos incrédulos que tiene esta nueva ciencia, dando razones sobre su importancia real, que agradaron mucho al auditorio, que lo oyó muy complacido.

El teniente coronel de Aviación Bengoechea dió la última conferencia de la sección geoestratégica, tratando del tema "El mundo, campo de batalla". Comenzó haciendo unas reflexiones muy acertadas sobre la realidad de la guerra y sus causas, así como de los resultados que las antiguas y modernas han tenido en la destrucción de las poblaciones. Pasó después a estudiar el tema en sí, afirmando había sido Clausewitz el primero en hablar de la guerra total; en la actualidad, como consecuencia de los adelantos técnicos, no se hará nada en lo sucesivo sin que el mundo entero se mezcle. Otra de las características de las guerras actuales es la agrupación de las naciones por sistemas de Gobierno, es decir, en democracias y totalitarios; cada una de ellas tiene sus ventajas e inconvenientes en la conducción de la guerra.

Pasó después a marcar la influencia que el avión ha tenido en los últimos acontecimientos bélicos, hasta convertirse en un arma independiente, con objetivos puramente aéreos. El aumento de su radio de acción es el factor que más ha cooperado en esta independencia. También la Aviación ha sido la causante de que las estrategias naval y terrestre, hasta ahora autónomas, se hayan compenetrado y sea difícil deslindar sus límites. Las transmisiones instantáneas han traído la posibilidad de coordinación, y el poder aéreo terminó con las zonas adyacentes: el dominio del aire es indispensable para la obtención de la victoria, aunque es aventurado opinar que sólo con él pueda dar fin a la lucha.

Pasó después a examinar el problema de la reducción del factor tiempo. Hasta el presente, siempre hubo tiempo de reaccionar ante el agresor; pero ¿y en el futuro? Parece aconsejable tener ya dispuestos los elementos necesarios, al menos para la fase decisiva. Hay quien sostiene que la creación, por motivos de seguridad de grandes fuerzas, necesariamente conduce a la guerra; lo cierto es que siempre los grandes armamentos han desembocado en una guerra; pero en la actualidad no existe otra opción sino la de respaldar a una política fuerte con las armas. Eisenhower ha dicho que la próxima guerra se decidirá en los primeros sesenta días. La frase es aventurada; pero lo que es indudable es que, debido al bombardeo estratégico atómico y a otras circunstancias, el tiempo perdido en la paz no será posible recuperarlo.

La sección del significado del nuevo armamento en la guerra moderna estuvo a cargo del comandante de Estado Mayor Urmeneta y del de Armas Navales García Brines.

El comandante Urmeneta tituló su conferencia "Armamentos y objetivos militares contemporáneos". Comenzó encuadrando la misión del Ejército dentro del polígono de armamento estratégico, cuyos vértices más importantes son: el portaaviones, el submarino, el avión de bombardeo de gran radio de acción y los proyectiles dirigidos.

Analizó las posibilidades de estos cuatro elementos ante las enormes posibilidades que le presta, desde un punto de vista destructivo, la bomba atómica, y direccional, el radar.

Pasó a continuación a estudiar la estructura actual del Ejército con sus tres unidades fundamentales: División de Infantería, Blindada y Aerotransportada; desarrolló un ligero estudio sobre las respectivas doctrinas tácticas, terminando por dudar del valor de las convencionales.

Hecha esta exposición sobre el Ejército actual, comenzó a tratar sobre la proyección que sobre los conceptos anteriores tiene el arma atómica, especial-

mente en los campos orgánico, táctico y logístico. Esbozó la nueva orgánica que requiere la guerra atómica y las características del futuro campo de batalla, en el cual la victoria será de aquel bando que consiga domesticar la bomba atómica, es decir, convertirla en un arma táctica. Esto traerá consigo una preparación moral de los combatientes, que no excluirá el antiguo valor ni tampoco los clásicos principios de la guerra, que, aunque a otra escala, persisten en su totalidad.

El conferenciante consiguió interesar al auditorio por la originalidad de la exposición y lo sugestivo del tema.

El comandante de Armas Navales García Brines cerró el ciclo con una conferencia sobre "El progreso científico y su influencia en los Ejércitos contemporáneos". Comenzó hablando de las armas surgidas en la última guerra en el mar: el radar, el sonar el asdic, y la reacción de los submarinos ante ellas con el snort, motores de alta velocidad en inmersión, etc. En tierra, el cohete, armas V alemanas y, por último, la bomba atómica. Hizo un estudio detallado del proceso de la fisión nuclear y las consecuencias que para la guerra futura traerá tal arma.

Como continuación de su conferencia proyectó una película sobre el radar, que amenizó extraordinariamente la disertación, poniendo al alcance de todos los oyentes el fundamento de esa maravilla electrónica.

Como resumen podemos decir que el curso fué un éxito, y que es de desear que el ejemplo dado por los organizadores de la Universidad de Verano de poner en contacto el pensamiento militar con el universitario debía ser imitado con mayor amplitud de miras, pues estamos seguros de que sus frutos serían inestimables.

EL CATOLICISMO ESPAÑOL CONTEMPORANEO

(Crónica de Santander)

POR

MANUEL ALONSO GARCIA

Durante los días 21 al 30 del pasado mes de agosto tuvo lugar en Santander el ciclo tercero del Curso de Problemas Contemporáneos, dedicado al estudio de algunas cuestiones relacionadas con nuestro catolicismo. Las ponencias, que respondían a problemas concretos, fueron objeto de debate por parte de los asistentes. Los títulos y los nombres de los ponentes son los siguientes:

1. *El problema de la intolerancia en el catolicismo español*, a cargo de Carlos Santamaría.
2. *La eficacia social del catolicismo español*, desarrollada por José María García Escudero.
3. *El sentido individualista del catolicismo español*, por el P. José María de Llanos, S. J.
4. *Psicología del catolicismo español*, que defendió Manuel Lizcano.
5. *Características morales del catolicismo español*, por el P. José Todolí.
6. *El catolicismo español y las organizaciones apostólicas*, a cargo de Manuel Alonso García.

Junto con estas seis ponencias, se llevó a cabo la relación de algunos libros que, en cierto modo, tocan el problema de nuestro catolicismo, tales: *La leyenda del Gran Inquisidor*, del autor de *Los hermanos Karamazoff*, que hizo Constantino Lascaris; y el libro del canónigo Carolo *Historia espiritual de las Españas*, que presentaron Lorenzo Gor-

nil y José María Baljón, ambos de la revista *El Ciervo*, de Barcelona. En el curso de la reunión se presentó también una comunicación sobre *El movimiento seglar en la Iglesia dentro del catolicismo español*, del sacerdote don Avelino Andrés Esteban Romero, comunicación que despertó enorme interés.

* * *

Bajo la presidencia del excelentísimo señor obispo de Bilbao, don Casimiro Morcillo, el curso sobre "El catolicismo español" ha cobrado un interés realmente digno de consideración y estudio. Los asistentes respondieron a una selección que, si no muy rigurosa en verdad, acreditaba una inquietud efectiva en los reunidos, como gente que es procedente de campos definidos netamente como católicos y con viejas preocupaciones ya—por lo antiguas y depuradas—en este sentido. Grupos de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas de Acción Católica, hombres de inquietud perfilada y claramente definida en este aspecto, han tomado parte en las diversas reuniones, desenvueltas bajo el signo de una sinceridad que ha llevado a poner en estrecho contacto a clérigos y seglares, en afán único de prestar su contribución a una tarea de vivisección, de un problema que está ahí, con toda su vitalidad y toda su enorme trascendencia. Lo mismo en el desarrollo de los trabajos centrales que en el desenvolvimiento de los coloquios que acerca de cada tema se fueron sucediendo, fué extraordinariamente fácil apreciar un interés sincero por hablar con toda valentía y claridad de expresión en torno a temas que integran y constituyen hoy, dentro de nuestro catolicismo, un verdadero problema, en parte por lo que guardan de realidad, en parte también por lo que tienen de imputación injusta que, en ciertos extremos, a nuestro catolicismo se hace. Ello, en todo caso, como situación, constituye un inmejorable punto de partida para proceder a un análisis detenido de algunas de las cuestiones que, sin ser demasiado concretas, presentaron, no obstante, el suficiente valor de referencia para, en torno a ellas, tratar de elavorar una temática, de cuya investigación pueda deducirse una actitud de los católicos españoles frente a la manera de vivir nuestro catolicismo. Más exactamente aún, frente al modo de situarnos, católicamente, ante los problemas que, con un carácter determinado, tienen una derivación incidente en nuestra conciencia católica.

El ambiente, pues, ha sido, en general, de cuidado estudio de unos problemas que afectan hoy al catolicismo español. En el transcurso de las jornadas, bien de exposición unilateral, bien de animado diálogo, se ha podido percibir un deseo manifiesto de poner al desnudo, sin encubrimientos piadosos ni generosas desvirtuaciones, una realidad con todas sus deficiencias, y con sus poderosos invertidos también, para llamar al sentimiento de cada cual y situar a todos los interesados ante una manera nueva de ver las cosas. Las notas predominantes de esta reunión, desde este punto de vista, han sido la claridad y el vigor en el planteamiento de los problemas, junto con la abertura del diálogo, extendido a todas las facetas que abarcaba cada tema y con la proyección que, en cada uno de éstos, era dable adquirir. Las acusaciones de intolerante, individualista y carente de sentido social que se hacen al catolicismo español han sido abordadas de frente, con toda la valentía y el calor de una inquietud existente en todos cuantos asistían a la reunión, y con la plena conciencia de que nosotros, los españoles, somos los primeros interesados en que nuestro catolicismo no se deje arrastrar por la intolerancia—si por intolerancia entendemos la acepción peyorativa en que el término se usa cuando se hace raíz de imputación a nuestro catolicismo—, ni sea individualista ni se disuelva en una ineficacia social que le haga poco menos que inválido. En esta misma dirección de sinceridad, de vigor y de firmeza se han analizado las características morales y psicológicas de nuestro catolicismo y el problema de éste en relación con las organizaciones apostólicas que, desde cualquier ángulo,

mantienen la inquietud y desarrollan su labor en el ámbito español.

La reunión ha servido—y ya sería bastante, si no hubiera otras realidades—para poner de manifiesto una preocupación efectiva y honda en el mundo seglar de nuestra patria por los problemas religiosos y apostólicos, por el problema mismo de nuestro catolicismo, el cual se quiere vivido intensamente, abiertamente, pero íntegra y radicalmente en toda la hondura de su expresión eterna y con la eficacia deseable de su temporal proyección. El tono de la reunión ha sido bien definido en este aspecto. No cabe volverse de espaldas a lo que los mismos católicos reclaman: un nivel de vida espiritual que sea el índice verdadero de lo que un entendimiento auténtico de la vida católica—en conjunción perfecta, religión y vida—exige e impera. La exigencia se la hacen los católicos a sí mismos. Y esto es ya, por sí solo, bien consolador. El hecho de que en una reunión católica se expresen los católicos con la sinceridad con que en Santander lo han hecho, dice mucho acerca de las posibilidades de una sociedad que siente desde la profundidad de su vital constitución el problema de su manera de vivir el catolicismo, de su modo de practicar la religión, sin eludir en nada el alcance de las posibles reformas y sin miedo a nada que haga referencia a la exigencia personal de la propia vida. Fieles a lo esencial, pero avanzados en todo cuanto pueda contribuir a la implantación de un catolicismo militante. Así se ha desarrollado la reunión y éste ha sido el tono predominante a lo largo de las distintas sesiones.

LAS PONENCIAS

En todas ellas ha predominado, en general, un doble sentido de trabajada inquietud por el tema y una autenticidad en la exposición de las derivaciones que, relacionándose con el motivo central de aquél, hubieron de ser llevadas a la consideración de los asistentes. Analizaremos brevemente cada una de ellas, dando un somero resumen de las mismas:

1. *El problema de la intolerancia en el catolicismo español.* A cargo de Carlos Santamaría, personalidad bien conocida en el mundo católico, secretario de las Conversaciones Católicas Internacionales de San Sebastián y hombre que lleva tratados temas filosóficos, sociológicos y político-culturales con enorme maestría y siempre desde un prisma cristiano, católico, para ser más exactos.

Santamaría comienza admitiendo la intolerancia como uno de los pecados o vicios racionales, al que están—dice—particularmente expuestos los españoles por su temperamento cálido y por las circunstancias en que se ha forjado su Historia. Distingue entre una intolerancia legítima, signo de vitalidad y buena salud moral, y otra pecaminosa, que hace muy difícil, cuando no imposible, la convivencia social. A ésta se refiere Santamaría.

Una primera diferenciación es necesaria: la de intolerancia católica—intolerancia de la Iglesia—e intolerancia de los católicos—entre los cuales puede estar la de los católicos españoles—. La primera, dogmática y disciplinaria, no hay sino reafirmarla; es en la segunda donde concierne fijar los límites. En el orden humano, tolerancia e intolerancia representan actitudes parciales, insatisfactorias; en el divino-humano, en Cristo, hay perfecta armonía entre ambos.

Concierne, por tanto, separar la intolerancia de la Iglesia de la intolerancia del catolicismo español, en la cual inciden, para desvirtuar el genuino sentido de aquélla, los vicios españoles. Santamaría aduce, en este aspecto, testimonios diversos de autores españoles tan significativos en estas materias como Balmes, Menéndez y Pelayo, Donoso, Unamuno, Padre Feijoo, que muestran hasta qué punto hacemos objeto, en ocasiones, los españoles de nuestra intolerancia, de nuestra falsa intolerancia, a todos cuantos en alguna forma se oponen a nuestras opiniones. No cabe seguir una táctica de recriminación de aquello que hay que combatir de frente. Porque ello puede convertirse en un arma que se vuelva contra nosotros mismos. Hay una frase en la ponencia de Santamaría que resume cla-

ramente, a nuestro juicio, esta postura: "Sería tal vez preferible—dice—preparar a los católicos para la lucha en frente abierto que acostumbrarlos a una actitud siempre defensiva y encogida tras los parapetos de una falta de seguridad", tan mala como una tolerancia exagerada, que desvanezca en las conciencias el sentido del pecado, puede resultar una intolerancia puritana e hipersensible, que pretenda descubrir tentaciones y pecados por todas partes. Hablando en términos generales—dice Santamaría—y forzosamente imprecisos, yo pienso que entre los católicos practicantes españoles abundan más los segundos—los que se condenan por desconfiados—que los primeros—los que lo son por excesiva confianza—, y creo que la intolerancia timorata de los que tienen de la vida espiritual una concepción enladrillada de escrúpulos y de "vade retros", es causa de la esterilidad y de la ineficacia de muchos de nuestros aspectos católicos.

La ponencia de Santamaría termina sosteniendo cómo la tolerancia constructiva, de absorción—que no hay por qué confundir con el falso irenismo—se echa bastante de menos en España. Tal vez—dice—en otros países el peligro sea, al contrario, el de una abertura, en ocasiones excesiva e imprudente. Pero—concluye—es un error muy común el de hablar de los peligros del vecino sin querer mentar nunca los propios.

2. *La eficacia social del catolicismo español.* José María García Escudero es hombre que no necesita, creemos, ser presentado en el mundo hispanoamericano. Ahí están sus obras *La política de Balmes, De Cánovas a la República, Los Estados Unidos cumplen siglo y medio* y su más reciente *España, pie a tierra.* Sin contar sus numerosísimas colaboraciones en las principales revistas culturales españolas sobre temas de la más diversa índole—universitarios, teatrales, novelísticos, cinematográficos, culturales en sentido amplio, políticos, sociales, etc.—, que trata con vigor y destreza de especialista. Y siempre un penetrante sentido y enfoque católicos. A cargo de García Escudero corrió la defensa de la ponencia cuyo título sirve de encabezamiento a este epígrafe.

García Escudero empieza delimitando el objeto de su estudio, entendiendo por social la acepción amplia del término. Divide la ponencia en dos grandes apartados: el catolicismo de la burguesía y la situación religiosa del proletariado. Dentro del primero pasa revista a la familia, al colegio, estudia el problema sexual en cuanto problema planteado, analiza la aportación de los intelectuales y su situación desde el punto de vista católico, pasando a continuación a fijar su atención en el sacerdote y en la guerra civil española de 1936-39. Todos estos extremos, verdaderas estructuras de la vida social de un país, son sometidas por García Escudero a un penetrante análisis, lleno de objetividad, con todo el apasionamiento amoroso del hombre preocupado e insatisfecho, pero con la dureza cruda, casi brutal, de llamar a las cosas por su nombre, única manera de situarse ante ellas con alguna posibilidad de renovación transformadora y de cambio para mejorar. Pone al desnudo las lacras religiosas y sociales de una burguesía, más preocupada todavía de su buen vivir en cualquiera de sus estamentos, que proceder a una directa asunción de responsabilidades en el marco de una verdad que ha de pesar sobre ella como imputación directa de una sociedad levantada sobre bases injustas. Y en el estudio de cada una de las estructuras que se muestran como fundamentales en la educación de la burguesía, García Escudero cala bien hondo con el bisturí de la sinceridad y con el amor inquieto de quien siente la responsabilidad de su misión misma.

En el apartado segundo—*Situación religiosa del proletariado*—, García Escudero comienza planteándose el problema de si puede hablarse de España como "país de misión", concluyendo en un sentido negativo. Pero a continuación afirma que "el proletario no cree en los cristianos—y esto es una gran verdad—porque no los ve vivir como tales, porque hemos—los cristianos—contrahecho y mutilado nuestro catolicismo. La consecuencia es un clima

de lucha de clases que no espera nada de la reforma de las costumbres y sí de la reforma de las estructuras, pero de la impuesta violentamente por el mismo proletariado.

El proletariado—sostiene también García Escudero—no cree en la Iglesia docente, apuntándose también como peligros el posible confusionismo entre poder temporal y poder espiritual y el fenómeno de la "inflación religiosa", tan característico ya en nuestros tiempos, y sobre el cual el Papa ha considerado conveniente llamar ya la atención.

La raíz del problema está, sin embargo, como afirma García Escudero, en que no somos una sociedad íntegramente católica, en que estamos demasiado apegados a un concepto burgués y anticristiano de la existencia y en que nos fijamos más en las obras del cristiano que en el "modo de ser" de éste, que es lo verdaderamente importante. El fariseísmo es otro mal. Pero, al lado de ello, el hecho mismo de reunirse para hacer sincero examen de conciencia de nuestros pecados—y no para cantar y contar nuestras posibles excelencias—es ya un síntoma de renovación venturosa.

3. *El sentido individualista del catolicismo español.* Estuvo desarrollada por el P. José María de Llanos, S. J., bien conocido en los medios juveniles y universitarios por su valentía y su preocupación para abordar cuestiones de esta índole.

En su ponencia, el P. Llanos va refiriéndose a cada uno de los distintos aspectos en que se manifiesta ese nuestro sentido individualista, que por tantos, incluso por nosotros mismos, se considera como achaque que padecemos y a manera de tara difícil de eliminar. Desde este prisma, el P. Llanos considera todos los vicios y bastantes manifestaciones de la manera individualista de vivir nuestro catolicismo. Marca el grave defecto de que nuestra visión del catolicismo escape al sentido comunitario que le es esencial. La oración tiene, en nosotros, un evidente sello individual, personalista; interpreta la exuberancia y riqueza de las manifestaciones exteriores de nuestro culto como una prueba más de ese individualismo, así como igualmente lo es esa proliferación de nuestras pías asociaciones, de nuestras cofradías y hermandades, más preocupadas de sí mismas como tales que de su obra apostólica.

Analiza, asimismo, el influjo que en nuestro modo de vivir la piedad tiene el que denomina "espíritu de facción hispánico", así como los grandes motivos de nuestra devoción—la Santísima Virgen y la Eucaristía—, sin que en ello quepa advertir, según el P. Llanos, verdadera conciencia de Iglesia. Esto en cuanto se refiere al modo de vivir el catolicismo del español en su horizonte más interior: en el trato con Dios. Queda su relación—la del español católico—con la Iglesia y con los demás hombres. En aquel sentido, la vida del español como católico lo es, con frecuencia, con espíritu de bando, de filiación, programático, hasta el punto de que se llega a caer en la identificación entre nacionalidad y catolicidad, en un nacionalismo religioso. Aquí cabría insertar la explicación que se puede dar a algunos fenómenos bien desarrollados entre nosotros—hasta un poco típicos—, tales como el anticlericalismo y el "papismo tradicional", amén del sentido apostólico entendido con notable espíritu de filiación en ocasiones casi político y escasa significación misionera.

En relación con el modo de vivir nuestro catolicismo respecto de los demás hombres, el P. Llanos hace notar primeramente cómo entre nosotros topamos con la unánime confesión de que es buen católico el ciudadano que practica. Hay mucho de práctica de la religión como rito, con olvido consiguiente de lo fundamental de ésta: la caridad. Se advierte en el español un profundo respeto por el hombre—y éste es un dato positivo—, pero ello lo hacemos compatible con un hondo individualismo que se nos mete hasta en la religión. A nuestro amor al prójimo le sobra valía—dice el P. Llanos—y le falta ternura. Por otro lado—aunque dentro siempre de esta línea—, el español acusa un grado bajo en su capacidad para aceptar lo ajeno, sea ello

bueno o malo, o sea, cierta impermeabilidad defensiva, en vivo contraste ante su potencia comentadora y judicial.

El P. Llanos entra, acto seguido, en el análisis de nuestra actitud ante el bien común desnudo, en su integridad cristiana, que él interpreta como actitud cargada de fuerte contenido pasional. Por último, se detiene en el estudio de nuestra acusada codicia, de nuestra fuerte sexualidad y de nuestra mucha energía y extraordinario arte para la mentira. Imputaciones todas que el P. Llanos acomete con verdadera sinceridad, para concluir, tras todo ello, que el español ha de ser hombre de atormentada conciencia, ya que para él tanto el bien como el mal no pueden ser—no son—cosas baladíes. "Hombre, el español—dice el P. Llanos—que se agarra a sí para pensar, para pecar y para salvarse, hombre que encuentra en su sentido individualista tentación y ayuda, hombre que lo halla sin buscarlo en la misma historia de sus errores y en la misma riqueza de su producción espiritual y ascética." Y en todo queda la esperanza de que, conservando lo positivo del individualismo —léase aquí personalidad—, se eliminen sus inconvenientes para pasar a una espléndida madurez.

4. *Psicología del catolicismo español actual.* Esta ponencia fué defendida por Manuel Lizcano, hombre joven, de fuertes preocupaciones sociales, luchador en el campo obrero y autor de numerosos trabajos en revistas españolas. Su firma no es desconocida para los lectores de esta revista.

Manuel Lizcano comienza con una nota metodológica, en que propone el plan a seguir, haciendo un estudio sociológico de las instituciones insertas en grupos primarios—aquí la familia—, de las insertas en grupos de contacto directo—las comunidades religiosas—, de las insertas en grupos derivados—el clero—y de las instituciones públicas —donde incluye la clase obrera, la burguesía, los intelectuales y el sector juvenil—.

En unas consideraciones generales precisas destaca algunos caracteres peculiares de la sociedad española que, en cierto modo, condicionan la psicología de nuestro catolicismo. Así, se refiere al hecho de que nuestra sociedad es sociedad conmocionada, en ocasiones hasta lo convulsivo, por crisis o psicosis colectivas impresionantes, sobre todo desde hace siglo y medio; al agotamiento de las fuentes de riqueza materiales por un empeño en empresas colectivas; a nuestro fuerte contenido emocional, que nos lleva a aceptar el dogma sin mayor discusión, en moral a admitir los mandamientos de Dios y de la Iglesia, aunque la mayor parte de las disposiciones de esta última se desconocen. Alude, por último, en esta introducción, a lo litúrgico y sacramental, a las costumbres y ritos de tipo popular, así como a las devociones populares—especialmente a la de la Santísima Virgen bajo sus múltiples advocaciones—.

A continuación entra en el análisis de los diversos grupos que anteriormente hemos enumerado. En la familia advierte una materialización progresiva, aunque conserve algunas virtudes naturales y una cierta vida de piedad, siendo la más descristianizada la familia obrera.

En las comunidades religiosas se percibe claramente una cierta resistencia a innovaciones que rompen un tanto con el sentido tradicional, contemplativo y de sacrificio de los y las religiosos españoles.

En el clero, salvando sus maravillosas virtudes y reconociendo el impulso y valor de las jóvenes promociones de sacerdotes, todavía son patentes los dos achaques que al sacerdote se hacen y que es, en no pocos de ellos, una realidad a vencer: la falta de humana sensibilidad y adaptación a formas nuevas y la carencia de sentido social.

El análisis del mundo obrero es más minucioso, llamando la atención sobre sus condiciones de vida materiales, en general insuficientes, sobre su situación religiosa, en no pocos aspectos lamentable, y acerca de sus condiciones sociales y políticas que colocan a la clase obrera ante un grave problema, todavía sin resolver en nuestra patria.

Sobre la burguesía, es digno de notarse la inconsciencia en que se desenvuelve, eludiendo sus elementales de-

beres de justicia y faltando, en consecuencia, y flagrantemente, a las normas básicas de la caridad.

En los intelectuales es fácil advertir un grupo de futuras promesas—muchos de ellos eficientes realidades ya en nuestros días—que, con criterio netamente católico y abertura de horizontes para enjuiciar los diversos problemas nacionales y religiosos, aseguren un porvenir, en este sentido, extraordinariamente halagüeño.

Por último, sobre la juventud se proyecta actualmente la conciencia efectiva de su peso en la vida pública junto con un capítulo de exigencias, que se traducen en un vigor en el planteamiento de los problemas, una sinceridad, fruto quizá de muchos desengaños con un deseo de retorno a un catolicismo íntegramente vivido y practicado. En suma, un gran afán de verdad y sinceridad, de autenticidad y realismo, es la exigencia insobornable de esa juventud que "ha aprendido—como dice Lizcano—a mirar con noble desconfianza y altivez a muchos que, estratificados en los equipos ideológicos de generaciones pasadas, mercantilizaron sus ideales y contribuyeron a legarnos una vida dura en exceso—para amplios sectores de la juventud, tan fatigosa, que es casi insoportable—que agosta pronto el tesoro de su esperanza en la vida y a la cual, por tanto, no pueden encontrar justificación".

5. *Características morales del catolicismo español.* Con esta ponencia corrió el P. Todolí, del Instituto "Luis Vives", de Filosofía y profesor del Instituto Social "León XIII".

El P. José Todolí inicia su ponencia reconociendo cómo el problema de las relaciones entre la religión y la moral es uno de los más complejos y difíciles de nuestro catolicismo, si no el más difícil y complejo de todos ellos. Y llama la atención sobre el hecho, corriente en nuestra historia y en nuestra psicología, de hombres de fuertes consecuciones religiosas, por las cuales darían su vida, pero de conducta moral más que dudosa.

Una nota sobre la cual conviene fijarse, a juicio del P. Todolí, es la del arraigo religioso de nuestras gentes, arraigo que no marcha paralelo con una cultura similar. Es la "fe del carbonero", fe viva, de corazón, proselitista e intransigente, que no se traduce con frecuencia en una rectitud moral. Los métodos de moral práctica son tradicionales, más anquilosados que renovadores entre nosotros. Somos, en nuestro catolicismo—según el P. Todolí—, profundamente realistas; queremos nuestras verdades claras y nuestra religión de alguna manera escenificada. La religión no tiene eficacia frecuentemente sobre la vida moral. Hay una disociación entre pensamiento y conducta, entre creencia y práctica, entre religión y vida.

El P. Todolí analiza, en su ponencia, el problema de las relaciones entre la religión y la moral tal y como se desenvuelve, y resuelve en cierta manera, en algunos autores de la significación de Kierkegaard y de Kant. Asimismo plantea y resuelve el problema con el criterio del cristianismo. A continuación se fija en el fenómeno—al parecer extraño—de la coexistencia de la religión con un cierto grado de inmoralidad, fenómeno que conceptúa como universal, distinguiendo, a este respecto, lo que él denomina tres tipos de inmoralidades: la de los no formados o poco formados religiosamente, la de los incluso muy formados y las inmoralidades cometidas bien contra la ley natural, bien contra los preceptos positivos.

Las conclusiones a que llega el P. Todolí son las de que, en el primer caso —entre los no formados—, la vida moral es débil porque débil es la religión que había de prestarle fundamento; en el caso segundo—el de los muy formados—, el problema es más complejo porque se mezclan otros intereses, económicos, sociales, políticos, etcétera; por último, en el caso tercero, si bien el español suele tener verdadero terror a quebrantar los preceptos naturales, se desentiende por completo de las disposiciones de carácter positivo.

6. *El catolicismo español y las organizaciones apostólicas.*—Esta ponencia fué desarrollada por Manuel Alonso

García, Presidente Nacional de los Jóvenes de Acción Católica.

Alonso García plantea, primero, la delimitación de su campo de estudio, fijando lo que hemos de entender por organización apostólica—toda aquella que cumple, al menos en la declaración formal de sus fines, una función o serie de funciones de real proselitismo—, y excluyendo expresamente las puras y simples Cofradías de carácter piadoso.

Para la debida situación del tema, considera a las organizaciones apostólicas en la inserción de nuestro catolicismo, estimando como previas una serie de indeclinables exigencias, tales como la de ser obras de totalidad, de universal significación y la de significar, por otro lado, una aportación efectiva, caracterizada por su intencionalidad misional y su efectiva presencia.

A continuación estudia las organizaciones apostólicas tal y como las ve la gente desde fuera y tal y como se ven desde dentro. En el primer aspecto llama la atención sobre lo que el mundo aprecia como una simple asociación piadosa de seglares, manifestada en una doble ausencia—cualitativa y cuantitativa—en los distintos campos, con cierta y segura impresión de fracaso, unida a una falta de cultivo de los valores naturales en los miembros de las organizaciones, que también sobre ellas se lanza como imputación frecuente. Se les achaca asimismo carencia de sentido organizativo—atomización insolidaria e irresponsabilidad—. Por último, nuevas orientaciones hechas a las organizaciones apostólicas: la de su desarraigo social—inhibición o cortedad—y la de su desplazamiento—inadaptación, anacronismo instrumental y desproporción necesidades-medios—.

Desde el punto de vista interno, en las organizaciones apostólicas se aprecia fácilmente una crisis, tal vez de vida interior; una ausencia de ideas claras, de visión perfecta de posibles soluciones, y una carencia de verdadero sentido organizativo. Junto a esto, una insuficiencia de medios económicos con los que subvenir a propias necesidades. Y, por último, la escasa y débil personalidad que las organizaciones apostólicas tienen dentro de los distintos ambientes y la carencia de conciencia apostólica.

Alonso García estima que existen crisis de las organizaciones apostólicas. Defiende el punto de vista de las organizaciones de apostolado en cuanto órganos de conquista de ofensiva del catolicismo español.

Analiza los diversos puntos que, a su juicio, deben integrar un programa de renovación y eficacia de las organizaciones apostólicas, estimando que ello requiere: conocimiento de la realidad sobre la cual se actúa; elaboración cuidada, viva y actual, de un catálogo de postulados que integren un verdadero programa de posibles realizaciones; atención a los problemas nacionales, insertándose en ellos, cualquiera que sea su matiz, por la dimensión apostólica en ellos existente; afirmación conjunta de las tareas formativas y activas; constitución de un frente único que, respetando la variedad, destruya todo brote de capillismo; asunción de responsabilidades por seglares en el orden de la efectiva presencia dentro de las masas para una acción eficaz sobre éstas; ruptura de todo prejuicio o interés y elevación de la justicia social a finalidad primera; por último, eliminación de lo individualista en lo apostólico junto con la afirmación de una corriente milicia-acción, entendida en el sentido de que quien se compromete se obliga a todo cuanto un compromiso de esta índole supone.

LOS DEBATES

A lo largo de las discusiones entabladas entre los numerosos asistentes—sacerdotes, religiosos y seglares—, y que seguían, como coloquios, a la exposición de cada ponencia, se ha podido apreciar, en general, una coincidencia de los interlocutores con el punto de vista de los ponentes.

Pero no sólo ésta. Por parte de todos se ha apreciado con toda claridad un deseo vivo de poner al desnudo las llagas de los distintos problemas, sin temor a airearlos; antes bien, pensando que la única manera de proceder a una posible renovación y superación de

naturales son necesarios), concepto que lleva a la creencia de su explicitación en forma matemática. Finalmente, quedó destacado el papel de la técnica dentro de la genial obra de Leonardo.

La segunda conferencia versó acerca de la genial figura de Paracelso. Esta disertación fué enormemente sugestiva. El público la siguió con palpables muestras de atención concentrada. En la primera parte, Laín trazó los rasgos más salientes de la biografía de ese enorme ejemplar del Renacimiento. Paracelso no quiere ser un filósofo natural más. Siente auténtica vocación de médico. Se lanza por esto a una vida activa, alejada de la mera contemplación teórica. Sus ideas constituyen, frente a la concepción del Cusano y Leonardo, un acceso distinto a la naturaleza. Aquéllos tienen del cosmos una idea fuertemente teñida de mecanicismo y de matemática. Paracelso quiere arribar a los secretos de *natura*, siguiendo un camino del todo diferente. Como médico, su gran preocupación es curar. Para ello intenta encontrar respuesta a los problemas fundamentales, a través de los saberes obtenidos por la experiencia. Unas acertadas consideraciones del conferenciante pusieron los puntos sobre las íes en lo que respecta a las diversas acepciones del mencionado vocablo. (Caben, por lo pronto, los siguientes significados: 1.º La experiencia como aventura. 2.º La experiencia proyectada o de comprobación. 3.º La experiencia inventiva o de exploración, y, finalmente, la experiencia de convivencia sentimental o por simpatía. Todas estas acepciones están pensadas, naturalmente, respecto de una experiencia del mundo sensible.) El sentido último es el preconizado por Paracelso, y equivale, en cierto modo, a una penetración esencial en la realidad. Esta pretensión involucra un abandono de prejuicios, un ir a la naturaleza ingenuamente. Teofrasto creía que con su adanismo intelectual, apasionadamente, podía ponerse en contacto íntimo con la realidad. De ahí su rebeldía contra el saber libresco y tradicional. Indudablemente, estas ideas de Paracelso, atinadas en muchos casos, conducen a fantasías y disparates. Laín subrayó, empero, que si se consigue separar la ganga de la veta genuina, se halla en el saber paracélsico un conocimiento estimable, de índole distinta de la visión matematizada de Leonardo y de Nicolás de Cusa. Se trata de un saber significativo y relacional, lleno de extraños neologismos, que exige—para penetrar en el alma de ese gran renacentista—un gran esfuerzo intelectivo. La última parte de esta interesantísima conferencia fué dedicada a trazar los rasgos más salientes de la cosmología de Paracelso, la cual está configurada, en esencia, por la idea de "fuerza" y por el concepto de "cualidad". En lo que respecta a la primera, para investigar la acción de las diversas fuerzas, Paracelso realiza experimentos en su laboratorio alquímico. Como nota destacada de la influencia de este gigantón debe consignarse que la idea de fermento, fundamental en la bioquímica moderna, fué introducida por él. Descartando, pues, todo lo que hay de "gótico" y de caprichoso en la obra de Paracelso, en ella se encuentra un nuevo modo de enfrentarse con la realidad. La obra posterior de la ciencia ha sido informada preferentemente por la matemática. Sin embargo, cabe preguntarse si han desaparecido de la ciencia de la naturaleza, posterior a Paracelso, todos sus logros y geniales atisbos. (No es posible dar cuenta en esta breve crónica de la riqueza de contenidos de la disertación del cultísimo Laín. El lector que desee más amplias referencias, y un lenguaje más preciso y atinado, puede consultar los dos bellos artículos del mismo Laín, publicados en los números 1 y 2 de *Theoria:* "Experiencia y naturaleza en Paracelso" y "La antropología de Paracelso".)

La tercera conferencia tuvo lugar el miércoles 26. Las dificultades espaciales me impiden dar debida cuenta de ella. Por eso voy a limitarme a enunciar algunos de los temas desarrollados en esta conferencia. Laín describió las notas predominantes del espíritu barroco. A saber: dinamismo, infinitismo y racionalismo. De estas tres ideas principales nacen dos posturas de la historia de la ciencia: el empirismo metódico y el racionalismo matemático. Se tra-

tó de Bacon y de Galileo, representantes genuinos de estos dos métodos de acceso a la realidad. Laín habló, además, de la hazaña genial de Newton y Leibniz: el cálculo infinitesimal, basado en la idea de lo continuo, fundamental en esta concepción de la ciencia. De este mundo teórico brotaron consecuencias importantes: transformaciones profundas en las ideas de espacio, de tiempo, y un tránsito a la noción antropocéntrica del universo. Etcétera.

La cuarta conferencia se ocupó de la visión evolucionista de la naturaleza a través de los siglos XVII, XVIII y XIX. El señor Laín Entralgo trató del preformacionismo, del ovismo (teorías en las que predomina el concepto de "forma", concepto que es llevado incluso al terreno infinitesimal) y del inclusionismo. Pasando por las diversas fases recorridas por los pensadores barrocos y románticos sobre la idea de "evolución", el conferenciante planteó la situación característica del hombre romántico respecto de la divinidad: creerse dios en potencia y semidiós en acto. Recordó la frase de Novalis: "Nosotros *somos* dios." (De aquí a creerse un creador no hay más que un paso.) El estilo vital del hombre romántico quedó caracterizado: en la vida histórica, por creerse capaz de crear su propio destino: en el orden veritativo, por creerse creador de verdades—las cuales no tienen que ver con la realidad—, y en el orden técnico, porque inventa artilugios que no tenían existencia natural. Sin duda, se trata de un descarrío orgulloso. Pero no puede discutirse que de aquellas circunstancias procede el mundo de nuestro tiempo. Terminó Laín su conferencia preguntando si sería posible una armonía entre las dos concepciones de que se había ocupado: la mecanicista y la orgánica.

En la quinta y última conferencia se ocupó Laín del actual momento decisivo para la historia del hombre, analizando sobre todo la situación de la ciencia física a finales del siglo XIX y principios del XX. Hacia 1890 dominaba la mente de los físicos una gran tranquilidad, optimismo y confianza en sus fuerzas y en lo conseguido científicamente. (La altitud de nuestras circunstancias actuales considera desmedida tal actitud.) Laín redujo a siete los principios en que se basaba el conocimiento físico de la naturaleza de estos antecesores nuestros. A saber: mecanicismo, continuismo, determinismo, tridimensionalismo, tesis de que los átomos son porciones reales y materiales absolutamente irreducibles, irreducibilidad entre la masa y la energía y necesidad de admitir un principio explicador para las acciones a distancia. De todos estos principios se deducía la racionalidad del universo.

La parte final de la conferencia estuvo dedicada a relatar los sucesos imprevistos que van echando por tierra cada uno de los anteriores principios. Pueden citarse, al efecto: el descubrimiento de la radiactividad por Henri Becquerel; el gran hallazgo de Planck de los cuantos de energía—probablemente uno de los inventos más geniales y fructíferos de la Física de nuestro tiempo—; la teoría de la relatividad de Einstein; los espacios de dimensiones; el principio de indeterminación de Heisenberg; el universo limitado de la cosmología contemporánea, etc. Puede decirse que casi se ha venido abajo el mundo teórico de los físicos de primeros del siglo. Tal "cataclismo" ha producido confusión, la cual, a juicio del conferenciante, es salvadora por permitir una penetración más honda en la realidad física. El espectáculo de la Física en estos años recientes es algo fascinante y dramático. El hombre, después de la aventura romántica, irrumpe, una vez más, en la esfera del misterio. La mente humana, pese a todos sus logros maravillosos, es deficiente. ¿Por qué no admitir como uno de los ingredientes constitutivos de la condición humana el misterio? ¿No será la empresa de los años que se avecinan la edificación de una física fundamentada sobre una esencial menesterosidad de la mente del hombre? Todo presagia una respuesta afirmativa y hace ver que el ser humano vuelve a confluir como río indigente en el mar de la divinidad. Nuevamente tropezamos con las raíces fundamentales de la existencia humana:

Dios y el tremendo misterio que envuelve la vida del hombre.

Esta conferencia, como todas las demás de Laín Entralgo, fué muy aplaudida.

* * *

Hasta aquí he querido ser cronista fiel—aunque lacónico, dadas las limitaciones obligadas de espacio de que dispongo—de las cinco magistrales disertaciones de Laín. Y no me parece bien cerrar este artículo sin algún comentario. En primer lugar, en cuanto al público. Ya dije al comienzo que el auditorio era selecto y que siguió las conferencias con creciente interés. Sin embargo, hay que consignar también que era un público diverso, es decir, no estaba constituído por las personas idóneas para un tratamiento a fondo de la naturaleza de la mente del hombre actual. De aquí que el contenido y tratamiento de las diversas cuestiones fuera mayormente esquemático y elemental. No se podía, dadas las circunstancias, hacer otra cosa. Desde el punto de vista indicado, todas las conferencias merecen grandes elogios; los temas fueron desarollados con tino, con suma discreción, abundancia de citas y fuentes bibliográficas; con palabra bella y precisa y dentro de una feliz e íntima unidad. Sin embargo, dicho esto, debo agregar en lugar segundo—y también secundario—que muchos de los asistentes al curso hubiéramos deseado un tratamiento más a fondo de las cuestiones que tiene planteadas ante sí el hombre contemporáneo. Evidentemente, esto no podía pretenderse en las conferencias. Pero sí podría haberse hecho algo en labores posteriores de seminario, a que hubieran podido concurrir sabios eminentes que trabajaban en la II Reunión de Física Nuclear, patrocinada por la Junta de Energía Nuclear de España. Lástima que los organizadores de los diversos cursos de esta Universidad Internacional de Santander no hayan pensado en esta derivación, a mi juicio, obligada del magistral ciclo del rector magnífico de la Universidad de Madrid.

* * *

Como final de la decena científica de la Sección de Problemas Contemporáneos, el profesor Samuel K. Allison, director del Institute for Nuclear Studies, de la Universidad de Chicago, pronunció una interesantísima conferencia, titulada "Estado actual de las ciencias físicas". El distinguido conferenciante se expresó en inglés. (Previamente se repartió entre los asistentes un resumen en castellano.) La disertación de Allison fué muy comentada y aplaudida, y en ella, con palabra austera y sencilla, fueron suscitados los temas de alguno de los efectos de las modernas técnicas y de los descubrimientos recientes sobre la vida humana contemporánea, y las tendencias actuales en lo que se refiere a un apoyo de la investigación científica en el terreno de la Física.

SEGUNDA REUNION DE FISICA NUCLEAR

POR

RAMON CRESPO PEREIRA

En la Universidad Internacional Menéndez y Pelayo, durante el período 20 de agosto-2 de septiembre, ha tenido lugar la II Reunión de Física Nuclear. En estas sesiones científicas, anexas al Ciclo de Problemas Contemporáneos, los miembros de la Junta de Energía Nuclear han colaborado activamente con los especialistas extranjeros más distinguidos. Causa verdadera satisfacción ver cómo España empieza a estar a tono en las modernísimas técnicas de la física nuclear, no sólo porque los investigadores españoles demuestran estar enterados de las diversas cuestiones de esas ramas de la ciencia física—todavía realmente en creación—, sino porque en estas reuniones han presentado trabajos originales que han merecido vivos elogios de los investigadores extranjeros.

La Reunión fué iniciada el día 21 de agosto por una conferencia del profesor doctor Samuel K. Allison, director del Institute for Nuclear Studies, de la Universidad de Chicago, en la que expuso los progresos recientes sobre el poder de detención, por la materia, de las partículas atómicas. Después de esta interesante disertación—hecha en americano—intervinieron, en días subsiguientes, el profesor Wirtz, del Max Planck Institut de Gotinga; el profesor doctor P. Scherrer, director del Instituto de Física de la Escuela Politécnica Federal de Zurich y presidente de la Comisión de Energía Atómica suiza; el profesor Caldirola, de Milán, etcétera. Junto a los trabajos expositivos de los extranjeros, desempeñaron un papel muy airoso los de los compatriotas. Pueden destacarse los siguientes:

La comunicación presentada por la doctora M. A. Vigón, de la J. E. N. (Junta de Energía Nuclear), con el título "Actividad de una sonda en forma de disco". Esta joven investigadora ha estudiado bajo la dirección del profesor Wirtz, y fué elogiada calurosamente por su maestro después de su conferencia.

El trabajo de A. Tanarro, de la Junta de Energía Nuclear, que trató de la medida efectiva de tiempos de extraordinaria pequeñez (una milmillonésima de segundo). Esta medición suscita nuestra admiración entusiástica, y nos muestran hasta qué confines tan remotos e inusitados transitan las plantas del científico contemporáneo. Lo curioso del caso es que la medición de estas "duraciones" casi infinitesimales tienen interés inmediato en la física nuclear y vienen a satisfacer necesidades de la ciencia. El método de Tanarro se funda en la utilización del "patrón de medida" que ofrece la emisión ordinaria de la radio.

El equipo que forman Catalá (de la Universidad de Valencia), Casanova y Senent—todos del Instituto de Optica de la Universidad valenciana—presentó un trabajo original sobre "Estado actual de nuestra técnica de hilos de seda cargados con uranio en emulsiones nucleares".

El equipo del doctor Ortiz, A. Carbó y el doctor Iglesias, ambos de la J. E. N., dió cuenta de un método seguido en el cálculo de utilización térmica de las estructuras de uranio y grafito, importante para las pilas atómicas. Etcétera.

Las conversaciones que seguían a la presentación de comunicaciones, o las discusiones que complementaban las conferencias, tuvieron lugar en un ambiente de franca y abierta cordialidad. Lástima que no pudieran usar todos los científicos allí reunidos—una veintena—el mismo idioma. (Los extranjeros se sirvieron del inglés, excepto el profe-

sor Caldirola, que se expresó en italiano, salpicando su discurso de cuando en cuando de aclaraciones en lengua inglesa. Los españoles hicieron la presentación de sus trabajos en castellano, pero eran capaces de expresarse también en inglés.)

Es digno de todo elogio el entusiasmo del grupo de jóvenes investigadores de la J. E. N., que en pocos años están desarrollando en España los arduos estudios de la Física nuclear. (La Junta se inició oficialmente como tal en 1950, y está dirigida por D. J. M. Otero.)

Una observación que salta inmediatamente a la vista es la del carácter más bien experimental de estas novísimas ramas del frondoso árbol de la Física. Naturalmente, se trata de una experimentación basada en una teoría rigurosa, y que se sirve de dispositivos técnicos de extraordinaria finura. A pesar de la perfección de la técnica surgen, frecuentemente, fenómenos insospechados, que obligan a recurrir a nuevas hipótesis o que echan por tierra elementos científicos que parecían bien asentados. Por ejemplo, fué un espectáculo impresionante percibir cómo se conmovía materialmente el cuerpo científico de esta II Reunión de Física Nuclear después de la conferencia del profesor Caldirola. Este físico italiano sugirió la posibilidad de que existan en el núcleo mesones de masas superiores a las admitidas hasta la fecha. Esta sugerencia se basaba en experimentos realizados durante varios meses en la Universidad de Milán, en reacciones nucleares de gran energía. Pues bien: esta hipótesis fué acometida con preguntas rápidas, llenas de un cierto escepticismo y veladas por una cierta ironía. ¿Habrá verdaderamente mesones de masas diferentes? En el fondo, Caldirola no se atrevía a afirmarlo. No afirmaba ni negaba. Se limitaba, en su comunicación, a dar cuenta del resultado de los experimentos milaneses y a lanzar una sugerencia.

Es satisfactorio comprobar el espíritu que anima a estos físicos contemporáneos. No son nada dogmáticos en sus teorías. En realidad, parecen decirnos: "He aquí el resultado de nuestros trabajos. Hasta aquí hemos llegado. Pero lo dicho no es la última palabra. Ya veremos. Tengamos paciencia. Sigamos trabajando, confrontando, midiendo, teorizando..." El tiempo, con su flecha en marcha, rumbo al porvenir, es por eso buen aliado de estos científicos que laboran con entusiasmo, plenamente dedicados a su tarea, pacientemente, con energía. El científico actual no persigue la construcción de grandes sistemas ampulosos, agotados, perfectos, presuntuosos, en que no sobre ni falte nada. La atención del físico de nuestro tiempo se dirige a temas muy limitados y concretos, como hace ver el título de algunas de las conferencias y comunicaciones anteriores. Para llegar a sus objetivos se sirve de la matemática moderna, de un aparato de experimentación y de medida muy perfecto y, sobre todo, de una fuerte dosis de intuición. Los físicos se desenvuelven con gran familiaridad entre esos personajes tan extraños e invisibles que son los neutrones, los positrones, los electrones, los mesones, las partículas atómicas, los rayos alfa, beta, gamma, etcétera. Todos estos personajes de la acción física dejan huellas a su paso, que el físico recoge con paciencia y habilidad. Con estos datos, buceador en el mundo de lo infinitesimal, el físico vuelve para contarnos el relato emocionante de la vida de los átomos.

Pero, como siempre, después de admirar a esos científicos, echamos de ver que la ciencia sola no basta para orientar al hombre en este mundo. Hace falta una reflexión científica y cristiana sobre la ciencia. Las dotes científicas que usan tan magistralmente los físicos dan resultados sorprendentes en esa ciencia. Tal vez no sean recomendables todas ellas para otros tipos de hacer humano. Aun así, no deja de ser un espectáculo consolador ver a los físicos en estas reuniones de Santander. Muchas de sus virtudes son dignas de que las imitemos.

INDICE

Portada del pintor español *Antonio Rodríguez Valdivieso*. Dibujos de *Aurelio Calderón* y *J. Hernández Pijuan*.—En páginas de color, crónica general del VII Curso de Problemas Contemporáneos, organizado por el Instituto de Cultura Hispánica en el Palacio de la Magdalena, de Santander.